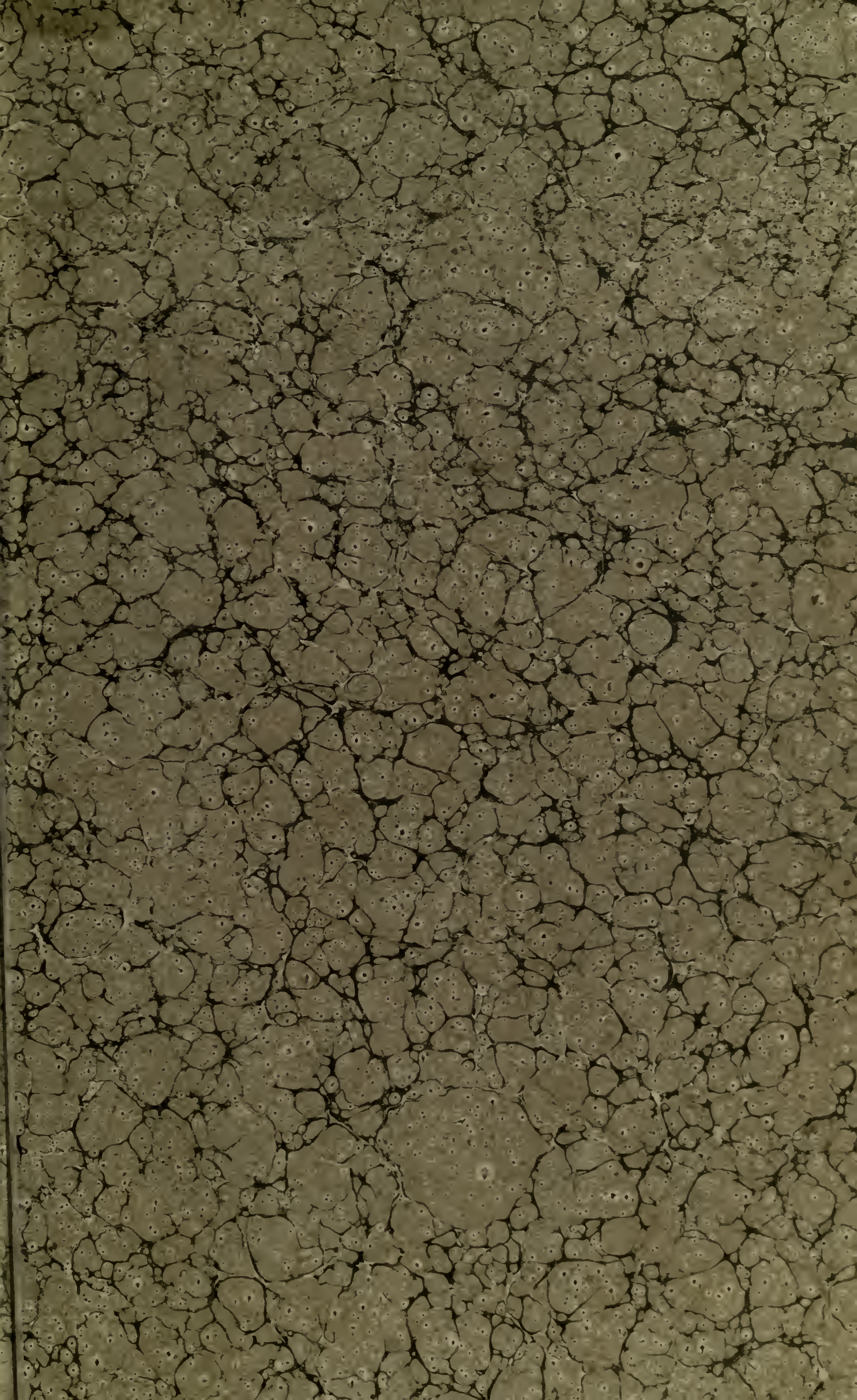






Novela de costumbres

JOSE MILLA

SALOME GIL

OBRAS COMPLETAS DE DON JOSE MILLA

IV

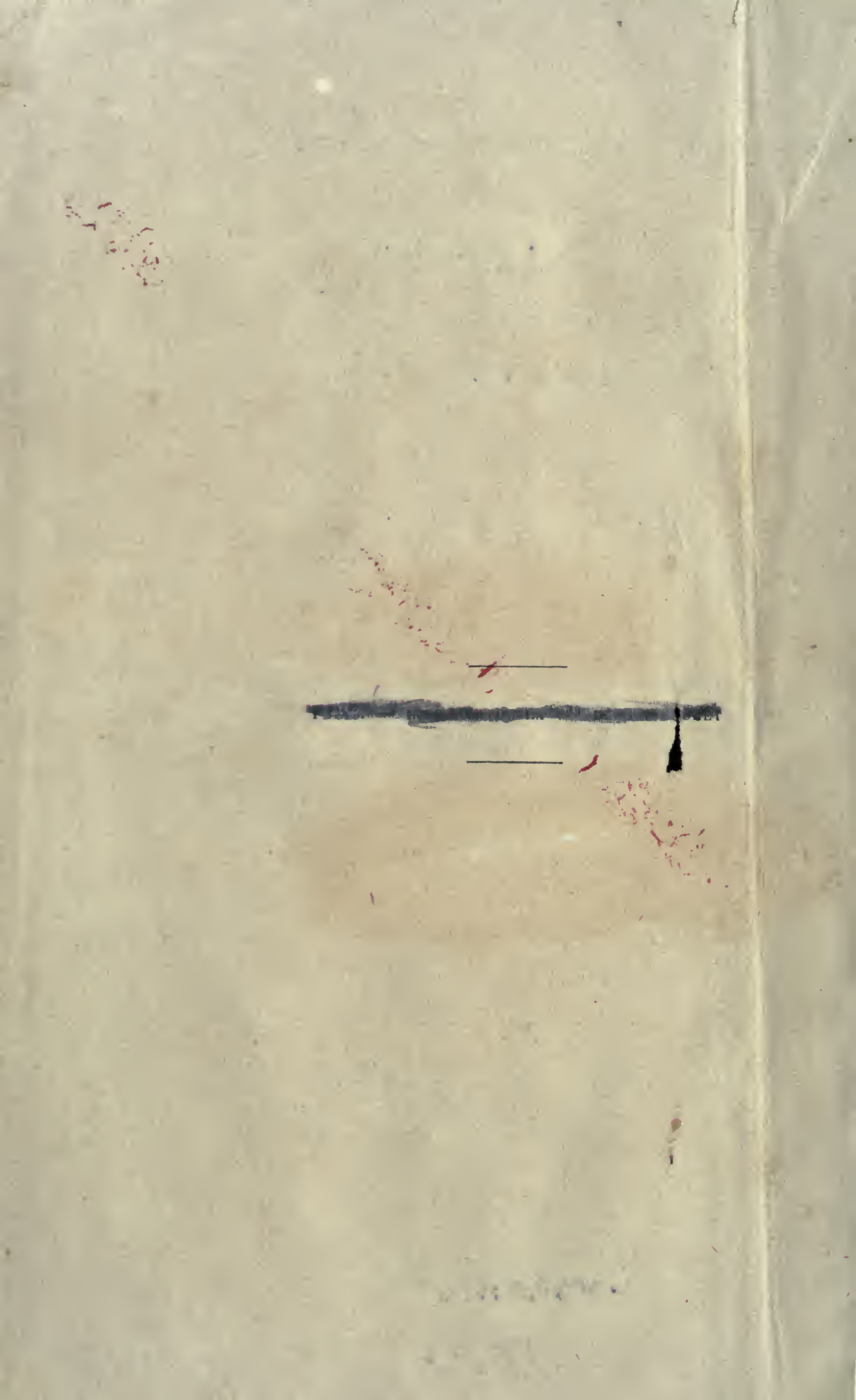
HISTORIA DE UN PEPE

Y

[illegible]

Guatemala

1876



HISTORIA DE UN PEPE.

CAPÍTULO I.

UNA DESCONOCIDA Á QUIEN SIGUE UN DESCONOCIDO.

Personas á quienes conocimos ancianas ya y que duermen hoy el sueño eterno debajo de la tierra, nos contaban que los últimos días de Diciembre de 1792 fueron extraordinariamente fríos, y el 28 del mes aun más destemplado que los otros.

Como en aquellos tiempos no se hacían observaciones meteorológicas, nuestros lectores tienen que conformarse con el dicho de los viejos de quienes tuvimos nosotros la noticia y creer, sobre su palabra, que el día de Inocentes de 1792 faltó muy poco para que se cubrieran de escarcha los tejados de esta capital.

Bien sabido es, además, que en aquella época la novísima ciudad de Guatemala no contaba por las noches con otro alumbrado que el que proporcionaba generosamente á la tierra las estrellas del cielo y el de la luz mortecina que despedían, en una ú otra calle, las candilejas encerradas en algunos nada limpios faroles, colgados delante de los nichos de los santos.

La ciudad parecía, pues, un vasto panteón, donde no se veía criatura viviente, ni se oía otro rumor que el que for-

maba el cierzo helado que hacía retemblar los cristales de las ventanas.

En el centro mismo de aquel cementerio de vivos ha otro de muertos, el de la parroquia del Sagrario, que c paba el sitio donde se levanta hoy el mercado cent ¡Extrañas vicisitudes las de las cosas de este mun Aun no hace cincuenta años la manzana que cae al ori te de la catedral era un lugar destinado á guardar despojos de la muerte. Un día se notificó á los difuntos la orden de desocupar el campo y las blancas osamentas to maron en silencio el camino de San Juan de Dios. Aun nos parece todavía que vemos desfilar por las calles la fúnebre procesión.

Hoy ocupa el antiguo palacio de la muerte todo cuanto puede contribuir á mantener la vida. ¡Qué bulicio! ¡qu algazara! ¡qué animación! Cuando solemos atravesar e mercado, abriéndonos paso con dificultad al través de lo promontorios de vendimias y entre la apilada muche dumbre de los expendedores, nos asalta la idea de qu sería un espectáculo curioso el que se ofrecería á aquell multitud si se presentaran de repente los antiguos propie tarios del local reivindicando el sitio de que se les des pojó sin oirlos.

Perdonad, lectores, la digresión, y volvamos al año 179 en que no había en la plazuela del Sagrario mercado, sin cementerio.

Á las dos de la mañana del día 28 de Dicien se des lizaba una figura blanca pegada á la pared e del panteón. Avanzaba lentamente y como con ter anto que necesitó emplear más de un cuarto de hora an dar las cien varas que hay desde la esquina noreste á la sudeste de la plaza. Es decir, que aquella figura humana venía de la calle de Santa Teresa hácia la parte central de la población. No obstante la lentitud con que caminaba,

podía advertirse que era joven, y el traje que vestía revelaba una mujer de lo que se llamaba entónces clase media. Cubríale la cabeza y la mitad del cuerpo un gran paño blanco (probablemente una colcha), y parecía llevar en los brazos algun objeto que le interesaba mucho resguardar del frío, pues procuraba cubrirlo con el mayor esmero.

Por desgracia no asomó en aquel momento por la calle que seguía la desconocida ni el mayor de plaza con su patrulla, ni un vecino cualquiera á quien alguna gravísima necesidad hiciese aventurarse á aquella hora y con el frío intenso que hacía por las inmediaciones del cementerio. Si alguno la hubiese visto, la habría tomado por alma de la otra vida y tendríamos hoy una leyenda poética que podríamos aprovechar, en vez de tener que limitarnos á ser fieles narradores de hechos prosáicos de la vida real.

Al llegar á la esquina sudeste del cementerio la mujer se detuvo y fue á arrodillarse delante de una imagen de la virgen de Dolores que ocupaba un nicho en el ángulo que hacían las paredes de una casa que enfrentaba con el panteón. La luz de la lámpara iluminó de lleno el rostro de la desconocida. Estaba pálida como si hubiera sido un cadáver escapado del vecino recinto.

Lloraba y murmuraba palabras entrecortadas por los sollozos y que parecía se las arrancaba del fondo del alma. Aquella pobre joven debía estar abrumada bajo el peso de uno de esos dolores que se experimentan en la vida de tarde en tarde; pero que en pocas horas nos hacen avanzar años en el camino que conduce á la eternidad.

Se levantó con mucho trabajo, apoyando la mano izquierda en el guardacantón de la esquina y sosteniendo con el brazo derecho el objeto de su solícito cuidado.

Continuó caminando lentamente, sin desviarse de las paredes de las casas, como buscando algun apoyo. Avanzó tres cuadras hácia el occidente y entrando en la parte habitada por las personas principales y más ricas de la ciudad, veía las casas sin fijarse en ninguna, como si no las conociera. Se detuvo al fin delante de una de las más grandes y de mejor aspecto, y asió del pesado aldabón de bronce que pendía de una máscara grotescamente cincelada. La mano de aquella pobre mujer estaba más fría que el metal.

Dominada sin duda por una sola idea, la desconocida no había advertido que iba siguiéndola, á unos cincuenta pasos de distancia, un hombre embozado en una gran capa y que llevaba un sombrero de alas anchas que le cubría hasta los ojos. El embozado se detuvo mientras la mujer permaneció arrodillada frente á la imagen de la virgen; continuó siguiéndola y cuando ella se paró delante de la puerta de la casa, él apresuró el paso y procurando recatarse, se situó en el hueco de la puerta de una de las casas de enfrente.

CAPITULO II.

UN REGALO DEL DIA DE INOCENTES.

La mujer sacudió el aldabón con toda la fuerza de que fué capaz y repitió otras dos veces los golpes, que resonaron en el interior de la casa. Los primeros que escucharon los aldabonazos fueron dos enormes perros que velaban en el corredor y cuyos ahullidos penetrantes y prolongados despertaron á la servidumbre y alborotaron á las mulas del coche que dormitaban en la caballeriza. El gato favorito de la señora que dormía en la cocina, al amor del rescoldo, se enderezó, erizó los pelos del espinazo y comenzó á mayar en tono lastimero, completando el concierto desapacible que formaban los ladridos de los perros, las coces de las bestias sobre el empedrado y los gritos de dependientes y criados que se levantaron y acudieron al zaguán, preguntando quien llamaba y que se le ofrecía.

El caso era grave. Los aldabonazos redoblaban y nadie respondía á las voces de la servidumbre.

Después de una ligera discusión entre el amo de la casa, el Señor Don Fernando Fernández (de Córdoba, según él aseguraba), y la Señora su esposa, Doña María Josefa de Alvarado y Guzmán, se resolvió que el caballero se levantára y fuera á ver lo que ocurría. Dícese que pasó un cuarto de hora antes de que el señor Fernández atinara con el modo en que debía ponerse los calzones; pero él

siempre sostuvo que no había sido por miedo, sino por la ira que le causó el que fueran á alborotarle la casa, á semejantes horas. Buscó alguna arma, y no encontrando más que el espadín de parada que usaba cuando vestía el uniforme de regidor del Ayuntamiento, tuvo que conformarse con tan insignificante medio de defensa.

Luego que salió de su alcoba, el que se decía descendiente del Gran Capitán, la señora saltó del lecho á medio vestir y echando mano á su devocionario, se arrodilló junto al candil que ardía en una ventanilla que comunicaba la pieza con la inmediata, y comenzó á rezar las letanías.

Sin saber bien por qué, Doña María Josefa consideraba á su marido en un peligro más grave que el que había corrido su ilustre antepasado en la batalla de Ceriñola.

Don Fernando, que no las tenía todas consigo, hizo dos mil conjeturas, cada una de ellas á cual más probable, sobre lo que podía motivar aquel extraordinario, inusitado y pavoroso acontecimiento. Lo único que no se le pasó siquiera por la imaginación, fue lo que causaba en realidad el alboroto en que se puso la casa.

D. Fernando tenía dos dependientes españoles, dos criados criollos y un negro esclavo que manejaba el coche. Todos se armaron como pudieron antes de afrontar el peligro ; siendo el más temible, en apariencia al menos, de los instrumentos bélicos de que echaron mano, una pistola de Eybar, medio descompuesta, que llevaba uno de los dependientes. Fernández de Córdoba, al frente de aquel improvisado pero decidido ejército, dió la orden de abrir y se colocó denodadamente . . . . . detrás de la puerta.

Quitó la llave el más viejo de los dos españoles, un vizcaino mal encarado que debía ser descendiente del que peleó con D. Quijote. Sacó la cabeza, vió, escuchó ;

pero todo fué inútil. No se divisaba alma viviente, ni se oía mas ruido que el del viento que silbaba en la desierta y silenciosa calle. Iban á retirarse todos, cuando uno de los criados observó que había alguna cosa delante de la puerta. Recojió el objeto, vió que era un cestillo cubierto con un lienzo blanco, y habiéndolo levantado por orden de Fernández, se ofreció á la vista de éste y de los que lo acompañaban un niño profundamente dormido.

El descendiente del Gran Capitán, que había recobrado su serenidad cuando se convenció de que no se presentaban enemigos con quienes combatir, experimentó, al ver el contenido del cestillo, un sentimiento mezclado de impaciencia, de asombro y de espanto, como nos sucede de ordinario cuando sobreviene un acontecimiento que á lo improvisto agrega lo desagradable.

—¿Cuántos tenemos? preguntó con cólera al vizcaino, que dilató desmesuradamente las pupilas al oir la extraña pregunta del patrón.

—Yo creer que ninguno, contestó en mal castellano el bueno del vascongado. Hacer siete años que vos con Doña Josefa casar y hasta ahora hijo no haber dado Dios.

—¡Animal! gritó D. Fernando, blandiendo el espadín sobre la cabeza del vizcaino; no es eso lo que pregunto, sino cuantos del mes tenemos hoy.

—Eso ser según la hora, contestó el dependiente sin alterarse. Si noche de miércoles ser todavía, á 27 estar, si madrugada del jueves, á 28.

—A 28, eso es; lo que pensaba, dijo D. Fernando. ¡Día de Inocentes! La broma es un poco pesada y no seré yo el majadero que la aguante. Pon ese canasto donde estaba, añadió, dirijiéndose al criado que lo tenía, y cierra la puerta.

CAPÍTULO III.

PRIMEROS AÑOS DE LA VIDA DEL PEPE. CAMBIO COMPLETO EN SU SITUACIÓN.

Los dos dependientes y los tres criados de Fernández se veían unos á otros espantados y sin atreverse á ejecutar la orden cruel que acababa de darles su amo de dejar á aquel pobre niño abandonado y á la intemperie. Después de un momento de silencio, el vizcaino tomó el cestillo de manos del criado y exclamó :

— Eso no ; criatura desamparada no morir de frío donde hidalgo vizcaino estar. Mañana mujer nodriza buscar y de mi sueldo pagar, si fuere menester.

Dicho esto y sin atender á los votos y reniegos de Don Fernando, se entró con el niño, que en aquel momento despertó y rompió á llorar. Lo oyó Doña Josefa y tomando el candil, salió á ver lo que ocurría.

Informada del extraordinario acontecimiento, quiso ver al expósito, le pareció muy lindo y exclamó enternecida:

— Tiene razón Vericoechea (así se llamaba el vizcaino), sería una iniquidad dejar en la calle á esta pobre criatura con el tiempo que hace. Que vayan Blas y Cárlos (el negro cochero y un criado) á Jocotenango en busca de una chichigua. Ofrézcanle lo que pida, que venga ahora mismo y mañana se dispondrá lo que convenga.

El ilustre vástago de los Fernández de Córdoba, á pesar de tener muy bien sentada y merecida reputación de testarudo y atrabiliario, no acostumbraba replicar cuando mi Pepa, como él llamaba á la señora, expedía una orden categórica. Envainó el espadín, lanzó una mirada furiosa á Don Martín de Vericoechea, á quien culpaba, y no sin razón, del engorro que se le venía encima, y dejando á la dama que hiciera su voluntad, como sucedía siempre, se metió en su aposento, murmurando entre dientes:

—Con razón dicen que á quien Dios no le dió hijos el diablo le da cosijos.

El vizcaino, sin hacer el menor caso de los refunfuños de su patrón, llamó al otro dependiente y á los criados, y colocándose en medio de ellos, sin decir una sola palabra, con un gesto expresivo puso el índice de su mano izquierda sobre sus labios y dió con el pulgar y el del corazón de la derecha ese ligero chasquido que sirve para espresar orden de marcha. Acostumbrados á la pantomima del cajero mayor, que sin duda por hábito de ahorrar economizaba hasta las palabras, dependiente y criados comprendieron que se les mandaba, bajo pena de expulsión, guardar profundo secreto sobre aquella extraña aventura.

Entre tanto la desdichada que acababa de abandonar á su hijo á la puerta de una casa que le era absolutamente desconocida, regresó por las mismas calles que había seguido á la ventura. Al pasar otra vez delante del cementerio del Sagrario, sintió como si el frío de la noche corriera por sus venas. La idea de que quizá al siguiente día el cadáver del que había llevado en su seno iría á dormir el sueño eterno en el sitio destinado á los párvulos en aquel panteón, la helaba de terror.

Aquella consideración hizo lugar pronto en el espíritu

de la desventurada madre á otra reflexión no menos desgarradora.

—¿Y qué importa la muerte? murmuró en voz entrecortada por los sollozos. ¿Sé acaso donde lo he dejado? Esa separación entre los dos que comienza hoy para terminar más allá de este mundo, ¿no es por ventura lo mismo que la muerte?

No dijo más. Quiso apresurar el paso; pero le faltaron las fuerzas y cayó sin sentido. Entónces el embozado, que continuaba siguiéndola, se acercó á ella, se inclinó hasta pegar su rostro con el de la mujer y advirtiéndo que aun respiraba, se levantó y dió un silbido agudo y prolongado, que repitió el eco lejano en las desiertas calles.

No tardaron en aparecer, como si hubiesen brotado de las paredes del cementerio, cuatro hombres embozados en grandes *chamarras*, que se colocaron en fila delante del desconocido, sin decir palabra. Les habló este en voz baja; entónces ellos tomaron en brazos á la mujer y siguiendo la calle del costado de Santa Teresa, llegaron delante de una casa de pobre apariencia situada á media cuadra del potrero de Corona, y llamando dos veces á la puerta, pusieron en la grada aquel cuerpo casi inanimado, y se alejaron.

El secreto de lo sucedido en la casa de Fernández en la noche del 28 de Diciembre de 1792, fue religiosamente guardado por los testigos del acontecimiento. Y sin embargo, hubo un rumor, aunque muy vago y que no se generalizó, de que aquel niño no era hijo de Don Fernando y de su esposa. Las imaginaciones fecundas dieron rienda suelta á las conjeturas, y el chico vino á ser para algunos de los vecinos el fruto clandestino de un desliz del amo de la casa. El despego que, segun se sabía, le

mostraba Fernández, no era más decían, que artificio y disimulo, y todos convenían en que el muchacho era el vivo trasunto de su padre. Más aún. Cuando José Gabriel (ese fue el nombre que le dieron), iba avanzando en edad, se generalizó la opinión de que era idéntico al retrato del Gran Capitán que corría en un tomo de la Historia de Mariana. Digan lo que quieran, para eso de encontrar semejanzas nadie nos gana.

Preciso es confesar, sin embargo, que si aquel adolescente no descendía del héroe español, iba sacando unas facciones que sin formar un conjunto perfecto, constituían un rostro interesante, entre serio y grave, como suponemos debió de ser el del guerrero tan célebre por sus hazañas como por sus respuestas picantes é ingeniosas.

Un día, cuando contaba ya Gabriel ocho años de edad llegó á su casa lloroso y amostazado, y arrojándose en brazos de su cariñosa madre, le refirió que al salir de la escuela se había entablado una riña entre él y uno de sus compañeros; y que habiéndo este quedado vencido, le gritó como por burla: *Pepe*, *Pepe*.

—¿Por qué me habrá llamado así? preguntó el niño candorosamente.

—Pues es muy claro, contestó la señora. Porque uno de tus nombres es José, y á los que se llaman así les dicen Pepes.

Sin quedar enteramente satisfecho con la explicación, el niño no concibió la menor sospecha sobre el significado de la palabra que le habían arrojado como un insulto, y continuó considerándose, como era natural, hijo de los que pasaban ante el mundo por padres suyos.*

* Para inteligencia de aquellos de nuestros lectores que no sean guatemaltecos, conviene advertir que *Pepe*, entre nosotros, es una contracción de *pepenado*, provincialismo que significa levantado del suelo, recogido; y en ese concepto se aplica á los expósitos.

Aquel día fue el último en que el hijo adoptivo de D. Fernando Fernández y de su esposa concurrió á la escuela pública. Informada del caso la señora, reunió un consejo de familia, conpuesto de ella misma, de su marido y del vizcaino, Vericoechea. D. Fernando dijo con muestras visibles de mal humor que á él le importaba muy poco que llamaran al mozo como les diera la gana. Habló en seguida el vizcaino, que en mal castellano, pero con muy buen sentido opinó que Gabriel no volviera á la escuela, ofreciéndose á ser en adelante su único preceptor.

Doña María Josefa aceptó la propuesta de mil amores, y como el programa de estudios de aquel futuro grande hombre se componía de lectura, escritura, doctrina cristiana y las cuatro primeras reglas de la Aritmética, se consideró que estas materias no eran superiores á los conocimientos científicos del vizcaino, que desde aquel día agregó á su oficio de primer cajero las funciones importantes de pedagogo de Gabriel.

Creció este y llegó á los catorce años siendo el ídolo de la que pasaba por ser su madre, cuyo entrañable amor le compensaba el desvío con que lo veía siempre D. Fernando; quien, como suele decirse, no tragaba al pobre Pepe. Aquel hombre duro y atrabiliario, como no tenía hijos rabiaba de que otros los tuvieran, y agriándosele cada día más el carácter con la edad, había acabado por odiar á los niños. Solo la costumbre inveterada que tenía de no contrariar en nada la voluntad de su mujer, hacía que aguantara á aquel intruso en su casa.

Doña Josefa se veía en el Pepe y lo amaba más tal vez que si hubiera sido su propio hijo. ¿Por qué la misma causa produce con frecuencia efectos enteramente contrarios en el hombre y en la mujer?

La buena de las señora hacía cuanto le era dable para echar á perder el carácter de aquel pobre muchacho, pro-

curando que concibiera la más aventajada idea de sí mismo. Creció Gabrielito oyendo á su mamá, á los criados y á los amigos de la casa que era el niño más lindo, más grasioso y más vivo de la ciudad. Pero sobre todo, en lo que puso más empeño la imprudente señora fue en infundirle la más elevada idea de la importancia de su familia y de la nobleza, casi augusta, de su origen. Y lo más curiosodel caso es que acabó por decir eso con la mayor buena fé. El amor cegaba de tal mado á la pobre señora, que creía real y verdaderamente que aquel niño, en quien veía un conjunto de perfecciones, no podía ser hijo de un cualquiera.

Por fortuna estas preocupaciones entraron en el alma impresionable del Pepe acompañadas de algunos sentimientos enérgicos y varoniles que el vizcaino, á pesar de sus pocos alcances, supo inspirar á su pupilo. Desgraciadamente este hombre honrado no pudo completar su obra, pues cuando Gabriel cumplía los quince años, un violento tabardillo puso término á la vida útil y laboriosa de aquel buen español. La semilla quedaba, sin embargo, y debía fructificar, andando el tiempo.

Las lágrimas que derramó Gabriel sobre la tumba de su sencillo y bondadoso preceptor fueron las primeras que le arrancó un dolor moral ; pero ! ay ¡ debían ser seguidas muy de cerca por otras aun más abundantes y amargas. A los pocos meses tuvo lugar un acontecimiento que iba á influir de una manera decisiva en la vida del expósito. Una enfermedad repentina arrebató á Doña Josefa, sin darle tiempo de asegurar, como tenía propósito de hacerlo la suerte de su hijo adoptivo. Se había propuesto disponer en su favor de la mitad de los gananciales que le correspondía en el caudal de su marido, pero sintiéndose en buena salud y no de edad avanzada, fue aplazando de día en día el poner por obra aquella determinación.

Encontróse, pues, el expósito cuando iba á cumplir diez y siete años, solo y frente á frente con el hombre cuyo apellido llevaba, á quien creía su padre y cuyos sentimientos nada afectuosos hácia él no le eran desconocidos.

Pasados los días de riguroso duelo, D. Fernando tomó la resolución de arreglar sus negocios y trasladarse á España. Estaba rico, no debía nada á nadie, y á él le debían muy poco; no tenía ya afección alguna que lo ligara al país: era, pues, natural que prefiriera volver á su tierra nativa, donde le quedaban aún algunos deudos.

Comenzó á tomar disposiciones para llevar á cabo su propósito. Por fortuna se lo facilitó la propuesta que le hizo la casa de Aguero y Urdaneche, una de las más importantes de la capital, de comprarle las existencias que tenía, la casa de habitación y hasta los muebles. Una sola conferencia entre Fernández y D. Andrés de Urdaneche fue suficiente para que aquellos dos hombres prácticos y versados en los negocios arreglaran el contrato. El día que se firmó la escritura, luego que se retiraron el escribano y los testigos, D. Fernando dijo á D. Andrés que tenía que hablarle de un asunto grave, aunque nada tenía que hacer con los intereses.

Don Andrés frunció las cejas y contestó algo bruscamente á Fernández que en el escritorio de la casa comercial de Aguero y Urdaneche no debía pronunciarse una sola palabra que no fuese de negocios. Citó, pues, á Fernández para aquella misma noche, á las siete en su casa de habitación, y sin decir más, abrió el libro mayor y se puso á escribir, como si nadie estuviera delante.

Fernández, que tenía sin duda que solicitar un servicio de aquel hombre extraño, cuyo carácter le era, por lo demás, bien conocido, no insistió, y acudió á la cita á la hora señalada. Encerráronse en el gabinete de D. Andrés, conferenciaron cerca de una hora y al despedirse D. Fer-

nando puso en manos de Urdaneche un pliego cerrado y sellado con sus armas.

Gabriel veía con asombro en su casa preparativos de viaje; oía decir á los criados que el amo se marchaba y no acertaba á adivinar lo que dispondría hacer de él. D. Fernando no había dirigido la palabra al pobre niño más que unas tres ó cuatro veces desde la muerte de Doña María Josefa, y eso en términos bastante duros. Llamabalo holgazán, inútil y vanidoso, y moviendo la cabeza con misterio, le pronosticaba que había de acabar muy mal. Gabriel no había conocido más padre que el suyo y creía que todos eran como D. Fernando, y las madres todas como Doña Josefa. Aunque sensible, pues, á tanto despego, no lo extrañaba, mediante áquella candorosa convicción.

Llegó el día en que Fernández iba á salir de la ciudad con dirección á Trujillo, donde se embarcaría en un galeón que debía hacerse á la vela para Cádiz. Los arrieros cargaban las mulas; los criados y criadas presenciaban con indiferencia la partida de su amo, que no había sabido hacerse amar de ellos, y el infeliz Gabriel, apoyado en uno de los pilares del corredor, con un nudo en la garganta y los ojos medio inundados de lágrimas, seguía con inquietud aquellos preparativos. Veía á su padre próximo á partir sin él, y no sabía cual sería su suerte.

Dadas las últimas disposiciones y luego que D. Fernando hubo repetido á la servidumbre la orden de cerrar la casa y entregar las llaves á los nuevos propietarios, sacó una bolsa que parecía contener algún dinero y dándola al criado más anciano, le dijo señalándole á Gabriel:

—Luego que yo me vaya, lleva ese niño donde pueda aprender algún oficio con que gane su vida como la ganamos todos. Ese dinero bastará para los primeros gastos.

Pero ten entendido, añadió, dirigiéndose al joven, que nada, absolutamente nada más tienes ya que esperar de mí.

Dicho esto, montó en la mula y salió, seguido de dos mozos, también montados, que lo acompañarían hasta Trujillo.

Viendo alejarse al que creía su padre, Gabriel experimentó un sentimiento extraño, en que una cierta satisfacción se mezclaba con el más vivo dolor. La partida de aquel hombre duro y cruel aliviaba su alma de un gran peso, por una parte, y por otra le desgarraba el corazón aquella indiferencia y la idea del abandono en que quedaba.

El anciano criado contó el dinero que contenía la bolsa.

— Son, dijo, cincuenta duros. Con esto habrá para algún tiempo. Dígame U. que oficio quiere aprender.

— Ninguno, contestó Gabriel. Me moriré de hambre antes de hacer uso de ese dinero.

— Vea U , replicó el criado, que eso de dejarse morir de hambre, es más fácil decirlo que hacerlo. Si U. no recibe lo que le dejó el amo, no sé que hará.

Sin aguardar contestación, comenzó el sirviente á cerrar las puertas. Gabriel dirigió una mirada de despedida al cuarto donde había muerto su madre, y enjugó una lágrima que se desprendía de su párpado. Oyendo que el criado, después de haber cerrado una tras otra todas las piezas, sonaba el manojo de llaves, como para indicarle que era tiempo de salir, dijo con entereza:

— Vamos, y se encaminó á la puerta.

CAPÍTULO IV.

UN PROTECTOR MISTERIOSO.

Salió Gabriel de aquella casa donde había vivido desde la noche en que vino al mundo, y á la que no volvería jamás, y se paró en la esquina, sin saber á donde ir ni que partido tomar. Estando en aquella perplejidad, se le acercó un hombre que llegaba con paso apresurado, y preguntándole si era el niño Gabriel Fernández, á su respuesta afirmativa le entregó una esquela cerrada en forma de triángulo, como se acostumbraba hacerlo entónces con las que se dirigían de un punto á otro de la ciudad.

Abrióla Gabriel y leyó lo siguiente :

"Venga usted á verme sin pérdida de momento. Tengo que comunicarle algo que le interesa."

ANDRÉS DE URDANECHE.

Gabriel había visto frecuentemente á aquel sujeto, que visitaba á su padre y sabía también donde estaba situado el establecimiento comercial de Aguero y Urdaneche. Se dirigió allá inmediatamente. Pocos momentos después el joven atravesaba el patio de una casa grande y enclaustrada, donde se veía en el corredor del fondo entreabierta una puerta maciza, forrada de láminas de hierro con clavos de bronce. Era el almacén, pieza espaciosa y oscura, cuyas paredes desaparecían detrás de una gran estantería

de cedro, ocupada con multitud de objetos de diferentes clases, la mayor parte inútiles. Aquellos rezagos, que no habían podido realizarse en la tienda de comercio, se amontonaban allí, por no saber que hacer con ellos. Un tramo ó dos estaban ocupados con los libros y papeles de la casa. Junto á la única ventana que tenía la pieza se veía una mesa de nogal, con pies labrados y cubierta con una carpeta verde. Un tintero grande y no muy limpio, compuesto de tres piezas de plata colocadas en un plato ovalado, del mismo metal; cajas de obleas, plumas de ave, cartas abiertas, el "Diario," libro voluminoso cubierto de cifras y apuntamientos en letra española, el calendario de Beteta y las ordenanzas de Bilbao estaban esparcidos sobre la mesa. En las dos cabeceras había dos sillas de brazos, tapizadas de baqueta de color oscuro, con flores medio borradas y á poca distancia una arca grande con un fuerte cerrojo y otras dos llaves. Casi todos esos muebles habían sido traidos de la Antigua cuando se verificó la traslación.

Gabriel no estaba en situación de fijarse en aquellos objetos. Profundamente impresionado cuando vió que su padre se iba dejándolo en la calle, luego que recibió el billete de Urdaneche, por una evolución de su espíritu, de esas que son naturales en jóvenes de su edad, concibió la idea de que Don Fernando lo había recomendado á aquellos señores, y que la dureza de su despedida era más aparente que real y efecto de su carácter adusto y concentrado. ¿Cómo habría podido imaginar que hubiera quién se interesara por él, si no era aquel á quién reconocía por padre?

Don Andrés de Urdaneche era originario de Navarra. Había venido á Guatemala pocos años antes de la ruina de 1773 y se asoció con Don Francisco de Aguero, sevillano rico que conociendo la probidad y talento comercial de Don Andrés, no vaciló en entregarle su caudal que, según decían, había este doblado en poco tiempo.

La casa tenía negocios en España, el Perú y México; y aunque no faltaban algunos que no parecían tener la opinión mas favorable del que la manejaba casi en absoluto, lo cierto es que la confianza que inspiraba á la generalidad era grande. Todo aquel que deseaba colocar sus fondos con seguridad, acudía á aquella casa, cuya solidez se había hecho proverbial. Sus relaciones en todo el reino eran muy extensas y casi toda la cosecha de añil y de cacao pasaba por sus manos. Debían ser, pues, efecto de envidia ó de maledicencia los rumores que circulaban muy por lo bajo respecto á aquel establecimiento comercial, uno de los mas importantes del país.

D. Andrés era alto de cuerpo, enjuto de carnes, de fisonomía grave, que indicaba un carácter frío y reservado. Aunque no contaba todavía sesenta años, parecía mucho más anciano. Tal vez ocultos pesares habían minado la existencia de aquel hombre tan insensible y duro al parecer. Quizá tenía, como cualquiera otro, una historia que conoceremos algún día, debiendo contentarnos por ahora con estas indicaciones generales.

Sus ojos, de un azul oscuro, lanzaban de vez en cuando miradas penetrantes, que obligaban á los que hablaban con él á bajar los suyos ó á dirigirlos á otro lado. Su rostro, cubierto de una palidez enfermiza, presentaba un conjunto más bién desagradable que no simpático, y su sonrisa era tan violenta y tan forzada, que hacía aun más desapacible la expresión habitual de su fisonomía. Había personas que buscando siempre parecimietos, decían que la cara de D. Andrés era la de Felipe II, afeitado.

Vestía calzón de paño negro, medias de algodón, zapato con hebilla de acero, chaleco y chaqueta muy largos, de lienzo blanco y en la cabeza atado un pañuelo, cuyas puntas le caían hácia atrás, costumbre muy general en aquel tiempo.

Cuando entró Gabriel, D. Andrés dejó la pluma con que escribía, se puso en pie y durante unos pocos segundos estuvo examinando al joven, en quién probablemente no se había fijado en casa de Fernández.

— Puede ser, murmuró entre dientes Urdaneche, después de haber hecho aquel rápido examen de la fisonomía de Gabriel ; y sin ofrecerle asiento, permaneciendo él mismo en pié, le dijo :

— ¿ A qué carrera quiere U. dedicarse? ¿ Al comerció, á la abogacía, á la medicina, á la iglesia, ó á las armas?

Gabriel, que hasta entonces no había pensado en elegir profesión, no sabía como responder á aquella pregunta inesperada. Después de un momento de silencio, contestó :

— Creo, señor D. Andrés, que antes de decidirme por alguna carrera, debo saber si cuento con los medios de seguirla.

— U. puede contar con cuanto necesite.

Estas palabras, pronunciadas en tono seco y breve, afirmaron al candoroso adolescente en la idea de que su padre lo había recomendado á aquellos señores, quienes por encargo suyo, debían cuidar de su educación. Este pensamiento lo enterneció, y exclamó, con los ojos llenos de lágrimas :

— ¡ Ah ! Mi buen padre ha cuidado, antes de partir, de asegurar mi suerte, sin duda mientras vuelve, ó me lleva á su lado.

— Este no es lugar de hablar de esa manera, replicó Urdaneche. La casa ha recibido orden de una persona con quién tiene negocios, de proporcionar á U. cuanto haya menester. Es asunto de cuenta corriente y nada más. No perdamos tiempo, añadió consultando el reloj: ¿ á qué profesión desea U. dedicarse?

— Pues ya que debo decidirme ahora mismo, respondió Gabriel, medio ofendido por la aspereza del viejo nego-

ciante, á la de las armas. Pero yo no sé si debo admitir auxilios de una persona desconocida, ignorando lo que motiva esa protección.

— Si U. rehusa, dijo D. Andrés, no hablemos más.

— No rehuso; pero quisiera saber.....

— U. no tiene nada que saber. ¿ Acepta lo que tengo orden de ofrecerle, ó nó?

Gabriel, más y más convencido de que debía ser su propio padre el que proveía á su educación, y que solo por capricho, ó por rareza de carácter procedía de aquella manera, contestó, después de reflexionar un momento:

— Acepto.

— Hoy mismo, dijo Urdaneche, se solicitará para U. un despacho de cadete del Fijo.

Tomó una pluma, trazó unas diez ó doce líneas en una foja de papel, la cerró en forma de carta y entregándola al joven, añadió :

— Aquí tiene U. esta esquela para un caballero en cuya casa vivirá, si le acomoda. Puede U. disponer de todo el dinero que guste ; poco ó mucho, no importa. Tiene. U. letra abierta en la casa.

Dicho esto, hizo una ligera inclinacion de cabeza, como para indicar á Gabriel que la entrevista debía terminar y comenzó á abrir una voluminosa correspondencia que tenía sobre la mesa.

— Agradezco á U. en mi alma, dijo el joven, el interés que se sirve tomar por mí ; y en cuanto á ese protector oculto que U. no quiere darme á conocer......

— Plazaola, dijo Urdaneche esforzando la voz y como llamando.

Presentóse inmediatamente un individuo que llevaba una pluma detrás de la oreja y que salió de una pieza contigua, cuya puerta había permanecido cerrada.

—Vea U. continuó diciendo D. Andrés, en las cartas de los corresponsales de Cádiz, para cuando estaba anunciada la salida del *Neptuno*. Creo que es tiempo ya de que ese bergantín hubiera llegado á Trujillo.

Gabriel se retiró mordiéndose los labios, y cuando salió de la casa, vió el sobrescrito de la carta. Estaba dirigida á un D. Ramón Martinez de Pedrera, y como el joven no conocía á aquel sujeto, se acercó á un caballero que pasaba y le suplicó le indicara, si lo sabía, donde habitaba la persona á quien iba dirigida aquella esquela.

—Lo conozco, dijo el sujeto. D. Ramón Martinez de Pedrera, escribano real, vive en la cuadra del cuartel de Artillería, segunda casa, á la derecha, pegada á una tienda de *maritates*.

Gabriel agradeció la indicación y fue inmediatamente en busca de la casa del escribano.

Le abrió un viejo negro que vestía un traje de amarillo y verde, con pretensiones de librea; pero tan descolorido y remendado, que no habría sido temerario suponer que había servido al criado de la familia durante tres ó cuatro generaciones.

Preguntado por D. Ramón, contestó que en aquel momento estaba el barbero acabando de afeitarlo, y añadió que el niño podía, si gustaba, aguardar al amo en el escritorio.

Entró Gabriel en un cuarto bastante espacioso, situado á la izquierda del zaguán y en el que no veía cosa alguna que indicara el destino que según el viejo negro tenía aquella pieza.

En una de las cabeceras estaba un armario enorme, de aquellos de tres rostros que se usaban antes y que suelen verse todavía, pintado de celeste claro y con molduras que se conocía haber sido doradas. En una mesa redonda y grande cubierta con una carpeta verde y que

ocupaba el medio de la pieza, no había objeto alguno, y en derredor estaban colocadas hasta doce sillas, tapizadas de baqueta azul. No había en aquella sala un solo libro, ni recado de escribir, ni papeles, ni nada que pudiera justificar el título de escritorio que le daba el criado.

Comenzaba Gabriel á sospechar si aquel cuarto sería más bién el comedor de la casa, y partiendo de esta idea, infirió del tamaño de la mesa y número de las sillas que debía ser grande la familia del escribano real.

La aparición de este personaje vino á interrumpir las conjeturas del joven. Entró D. Ramón peinado con polvos, acicalado, envuelto en una capa de paño de grana con galón de oro en el cuello y con el sombrero de castor en la cabeza, como si se dispusiese á salir. Correspondió al saludo de Gabriel en los términos usuales; pero acompañando sus palabras con una risa muy extraña. Tomó el billete que le presentó el joven y se retiró al extremo de la la pieza para leerlo. A cada frase que leía echaba una mirada de soslayo al muchacho, y cuando concluyó, guardó la esquela en el bolsillo del chaleco y mumuró entre dientes, de modo que Gabriel no pudo percibir lo que decía.

— Hijo de Fernández, vá á ser cadete del Fijo, diez y siete años, cuarenta pesos mensuales por habitación alimentos y lavado de ropa, gastos extraordinarios aparte; ¡ diablo ! no es malo para los tiempos que corren. La casa, paga todo... aquí hay gato encerrado; y volvió á reirse como cuando saludó á Gabriel.

— Queda U. admitido, añadió en voz alta, dirigiéndose al joven, y llamando al viejo negro, le dijo :

— El niño, en el cuarto del ahorcado; arréglalo y ve que le den de almorzar.

Dicho esto, se rió por tercera vez y se marchó á la calle.

Mientras el negro iba á preparar el almuerzo, se quedó

Gabriel rumiando aquello de "cuarto del ahorcado," que acababa de oír á su huésped. Notó además, que aquel escritorio, ó lo que fuese, donde por el momento se encontraba, tenía dos ventanas que daban á la calle, cerradas y cubiertas las junturas de las tablas con tiras de paño negro. ¿Qué había, pues, en aquella habitación que así se procuraba sustraer á las miradas de los curiosos? Nada, absolutamente nada más que un armario muy grande, una mesa y dos sillas.

Llegó el negro á avisar que estaba servido el almuerzo, y pasó Gabriel al comedor, donde no vió más que una mesa pequeña y dos sillas.

—¿Cómo se llama U., buen hombre? preguntó el joven al anciano sirviente.

— Benito, contestó el negro.

— Dígame U., continuó Gabriel, ¿Don Ramón es casado? ¿Tiene familia?

— No.

— Vivirémos aquí solos los dos?

— Quizás.

Gabriel comprendió que aquel hombre no quería seguir la conversación y se abstuvo de dirigirle la palabra durante un rato. Pero muchacho y curioso, quiso hacer una nueva tentativa y dijo al negro:

—¿Podrá U. darme razón por qué se llama la pieza donde voy á habitar el "cuarto del ahorcado"?

Al oír esta pregunta, el negro abrió desmesuradamente los ojos, y poniéndose un dedo en los labios, contestó, bajando la voz:

— No hable U. de eso. Si quiere vivir tranquilo en esta casa, vea, oiga y calle.

Todo esto excitó más y más la curiosidad del futuro cadete, que comenzó á sospechar que en aquella casa debía de haber algo extraordinario, que él no acertaba á explicarse.

Concluido el almuerzo, Benito le arregló el cuarto, que estaba en el corredor del fondo, frente á la puerta de calle. Lo único que llamó la atención de Gabriel en aquella pieza fue una pintura antigua que pendía de la pared, copia fiel del célebre cuadro de los Jugadores de Miguel Angel de Caravachio. De las tres figuras que contiene, la que ocupa el medio y que representa á un hombre de más edad que los otros dos Jugadores, ofrecía la particularidad de tener un agujero en el ojo izquierdo, lo que podía ser porque hubiesen roto el lienzo de propósito, ó efecto natural del abandono en que estaba el cuadro.

No dió Gabriel atención alguna á aquella circunstancia, y luego que estuvo solo, se puso á reflexionar sobre el giro extraño que iba tomando su vida, y á formar conjeturas vagas respecto á lo futuro. Ignorando su verdadera condición y firme en la idea de que su padre lo había dejado bajo la vigilancia de Urdaneche, á quien consideraba ya como una especie de tutor, dejó de afligirse por encontrarse solo y con la ligereza propia de sus pocos años, acabó por sentirse satisfecho de la resolución tomada por Don Fernando.

CAPÍTULO V.

MISTERIOS DE LA CASA DEL ESCRIBANO. — UN CAPITÁN RETIRADO.

Considerándose ya como un huésped de Don Ramón, Gabriel quiso conocer la posada y salió de su cuarto. Encontrose luego con el negro y habiéndole preguntado si haría mal en recorrer un poco la casa, le contestó Benito moviendo la mano en derredor, como trazando un círculo, y señaló en seguida á una puerta grande que se veía en el extremo del corredor del fondo, á izquierda.

Comprendió Gabriel que debía limitar sus paseos al patio exterior de la casa y á la parte interior de la izquierda. Y así debía ser, pues en el extremo de la derecha del corredor no había puerta, sino una que parecía ventana, como de vara y media de alto y dos tercias de ancho y que en aquel momento estaba cerrada.

Aquella ventana exitó la curiosidad de Gabriel, y no sin razón, pues no es costumbre que las haya en ese lugar, donde regularmente está la puerta del pasadizo que conduce al segundo patio y á las oficinas interiores de la casa.

El joven comenzó á pasearse por el corredor, mientras el negro, sentado en una butaca vieja, bajo el arco del zaguán, parecía luchar con el sueño y cabeceaba á cada momento. A poco llamaron á la puerta. Benito acudió

á abrir, pues á la cuenta con ese objeto se había colocado en aquel sitio. Habló con el que llamaba, que sin duda buscaba al amo é informado de que no estaba en casa, se marchó. El negro volvió á dormitar en su butaca.

No pasaron cinco minutos sin que llamaran de nuevo y se repitiera la escena. Volvió á resonar tres veces el aldabón casi de seguida y tornó el negro á la operación de abrir y cerrar y á la de dormitar en su sillón.

Visto esto, se puso Gabriel á calcular si no podría, sin que le advirtiera el negro, que solía detenerse hablando con los que llamaban, ver lo que fuese aquello que parecía ventana, y si en efecto lo era, echar por ella una ojeada hácia el interior de la casa. Como lo pensó lo hizo. Resonó un sexto ó sétimo aldabonazo y luego que se hubo levantado Benito, se precipitó Gabriel á la ventana y probó á abrirla. Al principio encontró resistencia, como si tiraran por dentro la puerta; pero haciendo un lijero esfuerzo, abrió. ¡Cuál sería su sorpresa al advertir que lo que oponía resistencia era una cadena de hierro, clavada por un extremo á la hoja de la ventana por la parte interior y que pasaba por encima de un torno como los que había en las porterías de los conventos de monjas! Al tirar Gabriel de la puerta, resonó una campanilla, y á poco oyó pasos que se acercaban por la parte de adentro y una voz de mujer que dijo:

—¿Qué hay, Benito? ¿Ese hombre ha imaginado algún nuevo martirio para atormentarme? ¿No le basta la prisión en que me tiene y lo que me hace sufrir hace ya doce años?

Asustado Gabriel al advertir el resultado de su imprudente curiosidad, y temiendo viera el negro que había abierto la puerta que ocultaba el torno, cerró precipitadamente y continuó paseándose, como si nada hubiese hecho.

Había en aquella voz de mujer algo de profundamente triste y simpático que impresionó vivamente al joven. Estaba seguro de no haberla oido antes y sin embargo, parecía como si no le fuese enteramente desconocida. ¿ Lo engañaría alguna semejanza casual ? Probablemente.

Pasó el resto de la mañana preocupado con aquella idea. A la una volvió Don Ramón, pidió la comida y se sentaron á la mesa él y Gabriel únicamente. El escribano parecía hombre comunicativo y de buen humor. Habló de diferentes cosas é hizo hablar á su joven huésped, preguntándole detalles sobre su infancia y vida en casa de sus padres y procurando inquirir con maña donde había conocido á Don Andrés de Urdaneche. Gabriel contestó con sencillez y franqueza á las preguntas de Don Ramón, aunque contrariado por aquella risa indefinible que era como una monomanía de aquel hombre extraño.

Por la noche, como á las nueve, encerrado ya Gabriel en su habitación, oyó llamar á la puerta repetidas veces y pasos de personas que entraban y que parecían dirigirse á la pieza que llamaba el negro el escritorio. Contó hasta diez llamadas; pero vencido por el sueño, no supo ya cuantas fueron en realidad las visitas que recibió su huésped.

Al siguiente día le remitió Urdaneche, bajo cubierta, su despacho de cadete agregado á la segunda compañía del Fijo. La alegría que experimentó fué tan grande, como si le hubieran conferido el grado de Capitán General. Soñaba despierto con el cuartel, el servicio, las expediciones militares y las batallas ; figurándose que un día ú otro repetirían los ingleses la invasión de las costas del norte, y como había sucedido pocos años antes, (según oía contar á su padre), tendría que salir el batallón á campaña.

Hiciéronle el uniforme, y cuando estuvo listo el equipo militar, que completó un sombrero apuntado y un espa-

dín, poco faltó para que el mozo se considerara un héroe. La verdad es que Gabriel no parecía mal con su casaca de paño blanco con cuello y vueltas azules, calzón muy ajustado del mismo color y tela, y botas de cuero negro con campana amarilla. Estaba más crecido de lo que correspondía á su edad, era bien formado y sin ser lo que se llama un buen mozo, tenía una figura de esas que interesan y agradan á primera vista.

El nuevo cadete fué muy exacto en el cumplimiento de sus obligaciones. Pasaba la mayor parte del día en el cuartel, estudiaba por la noche la ordenanza militar y un libro de táctica de infantería que compró en una tienda del portal, donde lo puso en venta un capitán retirado. Gabriel olvidó la aventura de la mujer encerrada en el segundo patio de la casa, las visitas nocturnas que recibía Don Ramón y hasta llegó á familiarizarse con la risa de éste. Tal es el imperio del hábito, por una parte; y tal, por otra, la condición de nuestro espíritu, que no puede sentirse vivamente impresionado por una idea, sin que se debilite la acción que sobre él ejercen las demás.

Gabriel hizo amistad estrecha con un subteniente de su misma compañía, dos años mayor que él y que se llamaba Don Luis de Hervias. Este joven y el cadete Fernández habían venido á ser casi inseparables, pasando juntos todas las horas que el servicio les dejaba libres.

—Debías tú, dijo un día Don Luis á Gabriel, hablar al capitán Rompe-y-raja para que te enseñe á jugar la espada.

—No conozco, respondió Gabriel, á ningún capitán de ese nombre.

—¿Cómo, replicó el subteniente, qué no conoces á la flor, nata y espuma de los oficiales retirados; el maestro de armas de quien recibe lecciones toda la juventud del batallón y que, según él mismo dice, podía darlas á Pa-

checo y á Carranza? ¿No has oído hablar del capitán Don Feliciano de Matamoros, retirado con goce de medio sueldo?

—Con ese nombre sí, dijo Gabriel. Está escrito en una obra de táctica que fue suya y que compré poco há.

—Y que estuvo varias veces empeñada en la fonda de la esquina del cuartel, contestó Hervias. Matamoros, más conocido con el apodo de capitán Rompe-y-raja, á la mitad del mes se lleva bebido todo el medio sueldo, y para concluir los quince días tiene que empeñar por acá y por acullá las pocas prendas que le quedan.

—¿Y lo que pagan los oficiales por las lecciones, preguntó Fernández, qué se hace?

—¡Lo que le pagamos! dijo Hervias, si no quiere recibir nada. Dice que él no vende el arte más sublime de todos los artes y nunca admite un cuarto. Es verdad que cuando se le agotan los recursos, no tiene escrúpulo en apelar al bolsillo de los discípulos, y como esto sucede á menudo, venimos á pagarle por vía de préstamo algo más que si la pensión fuese regular y mensual. El pobre Matamoros dice que á su edad no hay más gustos que comer, fumar y echar algunos tragos, y eso es lo que él hace de la mañana á la noche. Mientras tanto, su hija mayor, Rosalía, muchacha muy guapa, trabaja para mantener la familia, pues además de ella, tiene el capitán dos niñas y un niño pequeño que le dejó su difunta esposa. Yo conozco á la Rosalinda (que así la llamamos todos) porque concurre con frecuencia á las lecciones que nos da su padre.

—¡Qué! dijo Gabriel, ¿también ella aprende á jugar la espada?

—No, replicó Hervias, pero distribuye las caretas, las manoplas y las àrmas; recoge estos útiles cuando ya han servido, remienda algún guante que se rasga y adereza

alguna máscara cuando un puntazo ha abollado el alambre. La verdad es que la muchacha es un ángel y que interesa ver cómo quiere al capitán y sufre sus impertinencias. ¿Conque quieres ó nó, ser uno de los discípulos del primer maestro de armas de las islas y tierra firme del mar océano, como él se titula cuando está de mona?

—Iré, dijo Gabriel; ese aprendizage es útil y aún necesario á un oficial. Mañana, después del ejercicio, iremos á ver al capitán para que me cuente en el número de los que aprenden el sublime arte.

En efecto, al siguiente día Gabriel y su amigo en petiuniforme, llegaron á casa del capitán Don Feliciano de Matamoros, que perfectamente afeitado y acicalado, estaba dando fin á un almuerzo opíparo, no tanto por la calidad, cuanto por la cantidad de los manjares. Daba la casualidad que aquel día habían pagado generosamente á Rosalía la costura de una Basquiña de terciopelo negro con guarnición de cuentas de azabache, obra de aguja laboriosa, y con esto había manteles largos en casa del bueno del capitán.

Correspondió éste al saludo de los jóvenes oficiales llevándose militarmente el revés de la mano derecha á la visera de la gorra y les señaló dos sillas medio desvencijadas, con asientos y respaldos de rejilla.

¿Son Uds. servidos, caballeros? dijo Don Feliciano, mascando á dos carrillos; lanza en ristre y á degüello; para todos hay.

—Buen provecho, mi capitán, contestó el subteniente; no creíamos que estuviera Ud. todavía á la mesa, pues es bastante tarde. Vengo con el objeto de presentar á Ud. un nuevo discípulo, mi amigo y compañero Don Gabriel Fernández de Córdoba, cadete de la segunda compañía del Fijo.

—Servidor de Ud., mi capitán, dijo Gabriel, poniéndose en pié y saludando á estilo militar.

—Para servir á Dios, al rey y á Ud., cadete, contestó Matamoros, devolviendo el saludo. ¿Conque Ud., continuó, desea aprender el sublime arte, que es el primero entre todos los artes, como que sin él no tenemos seguras ni la honra ni la vida?

Diciendo así, el capitán se puso en la boca, una pierna de gallina.

—Hace Ud. muy bien, añadió. Joven, créame Ud., un militar que no conoce por principios el uso de la espada, es como un boticario que no sabe manejar la espátula. Si Ud. me hubiera visto á mí el 25 de marzo de 1782 cuando atacamos los fuertes de Roatán de que se había apoderado el inglés, habría comprendido de cuanta utilidad es el conocimiento del manejo del sable. Me acuerdo como si fuera hoy, exclamó Don Feliciano entusiasmándose más y más, no sabemos si con la memoria de sus hazañas ó con medio vaso de aguardiente de caña que se echó á pechos. Me acuerdo como si fuera hoy. Hervias, padre de este joven subteniente, y yo, fuimos los primeros que, seguidos de unos pocos soldados, saltamos á tierra de la fragata Matilde. El Teniente General, Presidente Don Matías de Gálvez y su segundo, el coronel Don José de Estachería, nos animaban desde el puente. Salió una compañía de ingleses y peleamos una hora cuerpo á cuerpo, hasta que los redujimos á los fuertes. Yo tuve que habérmelas con dos herejes descomunales, armados de espadones como de tres varas, que amenazaban compartirme en dos á cada mandoble que me asestaban. Pero allí fue el hacer uso de las reglas de Pacheco, de Carranza, de Pérez de Mendoza y otros maestros del arte. Me empiné sobre las puntas de los piés (y fue ejecutando Don Feliciano todo lo que iba diciendo), con el cuerpo hecho un arco

hácia adelante; paré un tiro de un inglés, y atrapándole la espada con la mano izquierda, me arrojé sobre él, lo agarré por el cogote (y lo hizo así con el subteniente), le dí la zancadilla y cayó haciendo retemblar la tierra. Así, ni más ni menos que como Ud. acaba de caer ahora. Hervias. Corrí á hacer el mismo paso con el otro inglés (y se echó sobre Gabriel; pero éste se parapetó detrás de la mesa y una silla) ¡ cá ! ni sus polvos; se había encerrado ya en el fuerte. ¡ Cáspita, jóvenes ! ¡ Qué lance aquél ! Sentía yo un corage que habría querido beber sangre inglesa.

Dicho esto, el capitán Rompe-y-raja se echó el otro medio vaso al coleto.

En aquel momento entró la hija de Don Feliciano á quien acompañaba su hermanito menor, asido del trage de la joven, llorando y pidiendo de comer

—Hijo de un héroe, exclamó el capitán, toma y participa de la refacción frugal de tu ilustre padre.

Alargó al muchacho la otra pierna de la gallina y se disponía á concluir la relación de la gloriosa campaña de Roatán; pero lo interrumpió Rosalía, diciéndole :

—Padre, Ud. no sabe que anoche nos hemos escapado de una buena.

—¿ Cómo ? gritó Don Feliciano. ¿ Qué ha sido ? ¿ Ha vuelto á invadir el inglés ?

—No, contestó la joven, no fue el inglés, sino *Pié de lana* con su cuadrilla, que puso en alarma todo el vecindario. Acaba de contármelo la vecina, Margarita la florera. Estaba ella velando, por acabar unas coronas para el monjio, y como á maitines, oyó ruido por los tejados ; salió al corredor y . . . . ¡ Jesús me valga ! solo el figurármelo me causa miedo ; vió descolgarse por el albardón media docena de enchamarrados. Abrió su ventana, gritó, acudió gente; pero todo fue inútil. Los ladrones se sa-

lieron por la puerta de la misma casa de la Margarita. Después se ha sabido que robaron donde Don Antonio de Berroterán, dejándolo amarrado al pié de su cama y con una mordaza en la boca; ¡ Jesús ! De considerar que pudieron haber pasado aquí, me tiembla el cuerpo.

Gabriel había quedado sorprendido al ver á Rosalía. Un ligero tinte de carmín cubrió la frente y las mejillas de aquel joven tan cándido y pudoroso casi como una doncella. La hija del capitán era de regular estatura ; la tez morena y ligeramente sonrosada; el cabello castaño, recogido hacia atrás con una peineta de carei; los ojos aterciopelados; nariz correcta; boca mediana; mano pequeña y fina, y pié tan diminuto, que apenas podía sostener el cuerpo, que al andar se balanceaba como el tierno vástago del cocotero agitado por la brisa. Tenía diez y ocho años; pero cierta gravedad profundamente impresa en toda su persona, la hacía aparecer de más edad.

Rosalía, que no conocía al cadete, fijó los ojos en él un momento, saludándolo con una ligera inclinación de cabeza y los volvió á su padre con quien hablaba. Sospechamos que si se hubiera preguntado á Gabriel lo que había dicho Rosalía cuando ésta concluyó la relación del lance de los ladrones, no habría acertado á decirlo. ¿ Era aquello amor ? No lo sabemos. Era una sensación indefinible y nueva, olvido de sí mismo y de cuanto lo rodeaba, concentración absoluta en un solo objeto. Eran ojos que no querían ver más que á *ella*, y se separaban de *ella* como con temor; eran oídos que no escuchaban más que lo que *ella* decía y no acertaban á comprenderlo ; era el alma encadenada ya á otra alma para siempre. ¿ Para siempre ? ¡ Ay ! Así lo hemos creido todos á los diez y siete años, cuando amamos por la primera vez.

CAPITULO VI.

DONDE EL CADETE FERNANDEZ RESUELVE HACER LO QUE NO HARÍA A NO ESTAR LOCO DE ENAMORADO.

El Capitán Matamoros, cuando oyó lo que refería su hija, se puso en pié medio tambaleando y exclamó:

—¡ Pié de lana ! ¡Pié de lana ! ¡Vaya un personage para poner en alarma toda una ciudad! Años hace que ese ladronzuelo es el *caco* de Guatemala. Capitán General, audiencia, batallón de línea, escuadrón de dragones, cuerpo de artillería, todos, hasta la inquisición, han procurado darle caza, y nada. Aparece y desaparece como si fuera brujo. y después de no oir hablar de él en mucho tiempo, de repente se nos cuenta alguna nueva fechoría suya. Que me den seis lanceros y me obligo á presentar en ocho días el cuero del tal Pié de lana y á entregar amarrada toda su cuadrilla. Pues bueno soy yo para chanzas ! Cuando fuimos á Roatán á desalojar al inglés...

—Pero, padre, interrumpió Rosalía, el inglés daba la cara, y Pié de lana no hace frente sino cuando los soldados son pocos. Nadie lo ha visto, ninguno lo conoce; se sabe que existe, que mata, que roba y es imposible dar con él.

—Pues yo daría, gritó Matamoros, aunque se escondiera bajo el altar mayor. ¡ A mí con esas ! ¡ Sable y lanza ! Cuando digo que en Roatán, ... en Roatán . . .

y no pudo concluir. El héroe á medio sueldo, el gran maestro de armas cayó bajo la mesa. Rosalía volvió la cara avergonzada y los dos jóvenes oficiales tomaron á Don Feliciano y lo llevaron á su cama, donde soñó durante el resto del día y en la noche con el inglés, con la campaña de 1782 y con Pié de lana.

Si el capitán soñó dormido, Gabriel contó las horas una tras otra, asediado por la encantadora imagen de Rosalía. La veía, la oía, el eco de su dulce voz vibraba en el fondo de su alma, como una armonía celeste. Era el rumor de la cascada, el eco blando de la brisa, el arrullo de la tórtola, el canto con que la madre hace dormir á su hijo en su regazo.

Quisiéramos poder decir que el sentimiento que experimentó Gabriel en aquella primera noche de amor, fue todo puro, y que la grosera y vulgar intervención de los sentidos, no manchó aquellos sueños de oro. Pero ¡ay! no fue así. Aquel joven que estaba para cumplir diez y ocho años, amaba y deseaba ya ardientemente poseer el objeto amado.

Al siguiente día se levantó más temprano que de costumbre, se puso el uniforme, fue al cuartel y cuando hubo cumplido con sus obligaciones de soldado, se dirigió á . . . ¿ á donde había de ser ? ¡ á casa del capitán !

Hacía poco que se había levantado Don Feliciano, cuyo rostro conservaba las señales de la borrasca del día anterior. Los ojos eran dos brazas, la nariz una acerola madura y los pómulos dos tomates. Llevaba una casaca medio militar y medio paisana; azul, sin las vueltas rojas del uniforme de su cuerpo; pero con unos grandes botones de plata, ó algún metal blanco que lo parecía. Tres ó cuatro de ellos, de mayor dimensión que los otros, pues tenían casi el diámetro de un peso, estaban en las mangas de la casaca, formando círculo, en la parte que caía sobre las manos.

El capitán se entretenía cuando llegó Gabriel, en limpiar dos gallos, pues era aficionadísimo á ese juego, según decía él, por la emoción que le causaba el combate de aquellos animales belicosos.

—Tengo, le dijo el cadete, que hablar á Ud. de un asunto grave.

—¿Qué hay? contestó el maestro de armas. ¿Necesita Ud. de aprender algún buen tiro? ¿Se trata de despachar á un camarada á la eternidad? Aguarde Ud. un minuto; le enseñaré un golpe admirable que trae Don Luis Pacheco de Narváez en la "Grandeza de la espada."

—No se trata de que yo mate á nadie, replicó Gabriel, sino de que Ud. evite que yo muera.

—Tá, tá, dijo el capitán á medio sueldo. ¿Es Ud. el desafiado y quiere que le enseñe á parar los tiros de su adversario? Eso es lo de menos, cadete. Con la doctrina de Jerónimo de Carranza en la "Filosofía y destreza de las armas," voy á ponerlo á Ud. en dos minutos, en actitud de batirse con el mismo diablo, sin que su pellejo corra el más ligero peligro. Venga Ud. ¡Sable y lanza! Venga Ud.

Diciendo así, el capitán tomó por la mano á Gabriel y lo condujo á la pieza donde se daban las lecciones de esgrima.

—Escúcheme Ud., dijo el joven, deteniendo al capitán que iba ya á descolgar dos espadas. Se trata de la felicidad de mi vida. Yo quiero casarme con su hija de Ud.

—¿Cómo? ¿cómo? exclamó Don Feliciano; ¿qué quiere Ud. casarse con mi hija? Ud. se chancea. ¿Es serio eso?

—Tan serio, replicó Gabriel, como que no saldré de esta casa sin obtener el consentimiento de Ud. Ella es mi vida, mi dicha, mi porvenir; amarla hasta morir y ser

amado por ella; he ahí, capitán, la única esperanza de mi alma.

—¿ Y ella consiente ?

—No lo sé. Vengo á poner mi corazón á sus piés y á oir de sus labios la sentencia de vida ó de muerte.

—¡ Cáspita ! exclamó el capitán, pues el niño se explica. Aguarde Ud.; y diciendo así, se dirigió á la puerta y llamó á su hija.

Al momento se presentó Rosalía, con las enaguas del vestido remangadas, cubierta la cabeza con un pañuelo de madraz á cuadros y una escoba en la mano.

Saludó á Gabriel, algo corrida, á causa quizá de la *tualeta* en que la encontraba aquel joven extraño para ella, y apoyadas ambas manos en el mango de la escoba, aguardó que hablara el capitán.

—Rosalía, dijo Don Feliciano, tomando la actitud más teatral que le fue posible; este joven cadete, que se llama . . . . se llama . . . . dispense Ud., ¿ cuál es su gracia ?

—Gabriel Fernández de Córdoba.

—Eso es, lo tenía en la punta de la lengua. No conozco otra cosa. Don Rafael Hernández y Córdoba, dice, ... me cuenta . . . . pues. . . . . habla de felicidad, de amor, de vivir ó morir, ¿ qué se yo ? ¡ en fin, que quiere casarse contigo . . . . pero ahora mismo. Parece que la cosa le urge ! ¡ Sable y lanza ! Yo no lo hice así con tu difunta madre. Catorce años estuve entre si caigo ó no caigo; pero aquel era otro tiempo. Ahora todo se hace á la *bombé*. Conque ¿ te conviene el novio ?

Rosalía no contestó una sola palabra. Veía al capitán, á Gabriel, y dudaba si sería aquello serio ó de burla. Mientras tanto el joven, con los ojos clavados en el suelo, temblaba como la hoja en el árbol y aguardaba una expresión de los labios de su amada, para arrojarse á sus piés. Al fin rompió el silencio y dijo entre risueña y grave:

—Caballero, si esto no es una chanza, yo no sé como deba tomarlo. Si no me engaño, ayer me ha visto Ud. por primera vez; y de consiguiente, puede decirse que no me conoce. La edad que Ud. representa me indica que es Ud. hijo de familia; y su apellido, que pertenece á una de las principales de la ciudad. Supongo que lo que Ud. ha concebido por mí, no puede ser más que un capricho, que pasará como ha nacido. Agradeciendo á Ud., pues, el honor que ha querido hacerme, me permitirá le diga que es demasiado joven para pensar en casarse. Yo misma no he dispuesto salir de la condición en que me hallo y que me impone obligaciones sagradas que deseo seguir cumpliendo como hasta ahora lo he hecho. Así, suplicando á Ud. prescinda de lo que no puede tener efecto, me excusará si me retiro.

Diciendo así, la joven hizo una inclinación de cabeza á Gabriel, y se marchó.

—¡ Qué pico de oro ! dijo el capitán.

Ese sermón merece un trago.

Abrió una alacena, sacó una botella, y á boca de jarro consumió una cuarta parte del contenido del envase.

—Pero no hay que aflijirse, Señor Don Miguel González de Córdoba, añadió ; ¿ no ha oído Ud. decir que en la boca de las mujeres el *nó* es hermano mayor del *sí ?*

Gabriel poseido de la más negra desesperación, no escuchaba lo que decía el capitán. Las últimas palabras de Rosalía habían triturado su corazón, como si lo hubiera puesto entre las piedras de un molino. Sintió que la sangre se le agolpaba á la cabeza, y faltándole las fuerzas para tenerse en pié, tuvo que apoyarse en el brazo de Don Feliciano.

¿ Se ríe Ud., respetable lector ? Es porque ya ha olvidado la impresión de las primeras calabazas que cosechó allá cuando contaba diez y ocho ó veinte años.

Mas filósofo que Ud., el bueno de Don Feliciano de Matamoros, capitán retirado con goce de medio sueldo y maestro de armas, viendo á su futuro yerno, (pues por tal lo contaba ya), medio muerto de dolor, acudió por lo pronto á lo que él consideraba como el único remedio para los males de la vida, é introduciendo el cuello de la botella en la boca de Gabriel, le hizo tragar una cantidad de líquido capaz de resucitar á un muerto.

En seguida hizo que el joven se sentara en un sofá y comenzó á hablar de esta manera:

—Si Ud. quiere creer á mi experiencia, joven, no tome como dicen, al pié de la letra lo que ha cantado la muchacha. ¿ Cómo quiere Ud. tomar la plaza como tomé yo el fuerte de Roatán, todo diciendo y haciendo ? Eso no se ve todos los días. Ponga Ud. un sitio en regla, apunte bien las baterías, y cuando sea tiempo ¡ fuego ! ¡ Sable y lanza ! No me llamo Feliciano si la guarnición no capitula y se rinde á discreción. Ud. debe tener padre, madre, tío ó tutor que cuide de su persona y bienes. pues supongo que no debe ser un cualquiera, ni tampoco un pelado que no tenga sobre qué caerse muerto. Hable Ud. al Señor ó á la Señora mayor; dígale todo eso de muerte, juicio, infierno y gloria que me dijo á mí, y pídale la licencia para el casorio. Cuando Ud. la tenga, vuelva y dígale á la Rosalía que el suegro ó suegra, ó lo quo fuere, la espera con los brazos abiertos ; y ó yó no sé nada, ó Ud. oirá entónces otro cantar.

Puede Ud., Señor Don Miguel, añadió el capitán, decir que su novia, es hija de un hidalgo que aunque pobre, tenía sus ejecutorias muy en regla y ha servido al rey por mar y tierra tan bien si no mejor que otro cualquiera. Que si á sangre vamos, la de los Matamoros de Peñapelada no cede á otra ninguna, como que descendemos de uno que allá en la guerra de Granada mató con su propia

mano veintisiete á treinta y siete infieles, (no lo recuerdo bien) que estaban pintados en nuestro escudo de armas que se perdió en la ruina junto con las ejecutorias.

En fin, obtenido el beneplácito de quien corresponda, Ud. vuelve, insta, y si la muchacha dice nones; repite por tercera y por cuarta vez hasta que caiga la fruta del árbol á fuerza de golpes.

—Mi padre, contestó Gabriel, está en España. La persona que cuida de mí es Don Andrés de Urdaneche, á quien Ud. talvez conoce. Le hablaré del asunto, y si está autorizado para suplir el consentimiento de mi padre, no dudo me lo dará, pues no hay razón para que lo niegue.

—¡ Bravo, cadete ! exclamó Don Feliciano. Eso es hablar. No hay que irse nunca por las ramas. Uds. se casarán y viviremos todos juntos en paz de Dios; porque eso de que yo me separe de mi Rosalía, ni ella de mí ni de sus hermanos, es pensar en lo excusado. Conque, á caballo, lanza en ristre y á degüello.

Dicho esto, le puso á Gabriel el sombrero en la cabeza y casi á empellones lo hizo salir á solicitar el permiso para la boda.

El enamorado mancebo aguardó la hora en que se encontraba Don Andrés de Urdaneche en su casa de habitación y fue á buscarlo. Habían pasado algunos meses desde que se vieron por primera vez en el escritorio de la casa comercial. No había experimentado el anciano alteración notable en su fisonomía. Á la edad de Don Andrés se cambia muy lentamente. Gabriel por el contrario; parecía más hombre; su musculación vigorosa y flexible se pronunciaba cada día más y un ligero bozo negro y fino, sombreaba su labio superior. Además, el amor, aunque no fuera sino de dos días, había hecho vivir á Gabriel dos años. Nos dirán quizá que esto es una paradoja; pero la observación propia y agena nos ha enseñado

que nada hay como las grandes pasiones para acelerar el movimiento de la vida.

No se escapó á la percepción sagaz del viejo negociante aquella evolución fisiológica de su pupilo, y á fuer de práctico y conocedor del corazón humano, comprendió que debía proceder de alguna causa moral: deduciendo de aquellas premisas la consecuencia lógica de que la visita inesperada del joven cadete debía tener por causa algún asunto de grande interés para éste.

Don Andrés era en su casa más humano que en el escritorio. Frío y reservado siempre, parecía más accesible, y sin inspirar entera confianza, no era en la vida privada aquella encarnación viviente del tanto por ciento, de las pérdidas y las ganancias, que se sentaba detrás de una mesa en el oscuro almacén de Aguero y Urdaneche.

Después del saludo, preguntó el anciano al joven sobre su vida, si estaba contento de haber abrazado la carrera militar y si era de su gusto la posada que le había elegido.

—La profesión de las armas, contestó el cadete, es la que me conviene, y cada día que pasa me alegro más de haberla adoptado. En cuanto á mi huésped, Don Ramón me parece un hombre excelente, aunque algo raro en su persona y. . . . . modo de vivir. Pero como yo paso gran parte del día en el cuartel, casi no nos vemos sino á las horas de comer. La casa es triste ; Don Ramón no tiene familia; se cansa uno de leer, y á la verdad hay momentos, muchas horas en que me fastidia la soledad.

—Es decir, contestó Urdaneche, que Ud. querría cambiar de posada.

No precisamente, replicó Gabriel. Talvez en otra no estaría tan bien como en la del escribano, como no fuese mi propia casa.

—Pero . . . . dijo Don Andrés clavando en el joven su mirada escrutadora y penetrante. Pero Ud. no tiene familia.

—Es verdad, Señor Don Andrés; más pudiera ser que me fuera conveniente establecer casa.

—¡ Establecer casa ! ¿ Y cómo va Ud., tan joven á vivir sólo, en poder de criados que le gastarán enormemente, sin que por eso esté mejor servido ?

—Es que pudiera . . . . pudiera yo . . . . (el pobre Gabriel, dominado irresistiblemente por la mirada del anciano, no se atrevía á terminar la frase). Pudiera yo . . . vivir acompañado.

—¿ Qué quiere Ud. decirme ? ¿ Cómo ? exclamó Don Andrés levantándose y no siendo dueño por lo pronto de dominar su asombro. Pero recobrando inmediatamente su serenidad y sangre fría, añadió:

—¿ Por ventura habrá Ud. pensado en casarse ?

¿ Podrá saberse cual es la persona en quien Ud. haya puesto su pensamiento ?

—Lo más virtuoso, contestó Gabriel con entusiasmo, la más noble, la más cumplida de las mujeres. Una que aunque escasa de bienes de fortuna, no cede á ninguna otra en lo esclarecido del linaje, en la belleza y en la respetabilidad de su familia. La hija de un veterano que cuenta largos años de servicios á su patria y á su rey y cuyo nombre está unido á uno de los hechos más gloriosos de la historia de este reino.

En una palabra; la hija del capitán de caballería Don Feliciano de Matamoros.

Don Andrés, con todo su aplomo, no fue dueño de contenerse, al oir las últimas palabras del joven.

—¿ La hija de quién ? exclamó ; ¿ del capitán Matamoros ? ¿ Y eso llama Ud. familia respetable y linaje esclarecido ? Un cualquiera, un ebrio, petardista y juga-

dor de profesión! Vamos, joven, Ud. ha perdido el juicio.

Se quedó el pobre cadete frío, como si le hubieran echado una rociada de hielo al oir calificar de aquella manera al hombre á quien él amaba y respetaba ya solo por ser padre de Rosalía. Además, en su candidez había tomado al pié de la letra lo que contaba el capitán de sus ejecutorias y de sus hazañas. Haciendo, pues, un esfuerzo para dominar su enojo, respondió:

—Ud. es dueño de calificar como guste á un hombre que ha derramado su sangre en los campos de batalla. Yo no sé que el capitán Matamoros sea jugador, ni petardista, ni borracho, aun cuando pueda tener sus descuidos, como cualquiera otro. En cuanto á su linaje, si no se hubieran perdido desgraciadamente en la ruina sus ejecutorias y su escudo de armas, con ellos probaría yo á Ud. que la familia de los Matamoros de Peñapelada son tan ilustres como pueden serlo los Fernández de Córdoba y que cuentan entre sus antepasados personajes capaces de honrar mejor genealogía. Pero esto no hace al caso. Yo no he venido aquí á discutir sobre blasones, sino á suplicar á Ud. en nombre de cuanto hay más sagrado, me dé el consentimiento que necesito para casarme con la hija del capitán. Créame Ud., Señor Don Andrés, añadió el pobre cadete enterneciéndose; no puedo vivir sin ella, y una negativa de Ud. sería mi sentencia de muerte.

Urdaneche, que había tenido tiempo para reflecciónar mientras el joven hacía la relación de las grandezas de los Matamoros de Peñapelada, contestó con mucha calma:

—Yo no estoy autorizado para dar el permiso que Ud. necesita como menor de edad, para casarse. Lo pediré á la persona que se interesa por Ud. . . . quiero decir que escribiré á Don Fernando, que es el único que puede darlo.

—Muy largo es aguardar, dijo Gabriel, que la carta vaya á España y vuelva la respuesta.

—Largo para la impaciencia de Ud., talvez, replicó Urdaneche. Pero no hay otro remedio. Su padre de Ud. vive, y sin su permiso no puede Ud. casarse.

Gabriel no tenía que oir más. Los cinco ó seis meses que le era preciso aguardar le parecían siglos. Salió, pues, de casa del viejo negociante con el corazón lleno de amargura y se dirigió á la de su futuro padre político y sabio mentor, á quien se proponía referir el resultado de aquella entrevista.

CAPITULO VII.

PRIMER AMOR.

—¿ Y bien ? hijo, (pues supongo que puedo ya darte este nombre,) exclamó Don Feliciano al ver entrar á Gabriel. ¿ Qué dice el papá, la mamá, el tío ó el tutor ? ¿ No es verdad que la alianza con la casa de los Matamoros de Peñapelada les ha parecido cosa como bajada del cielo ? ¡ Vaya ! Pues fácil hubiera sido dar con una prosapia más ilustre que la nuestra !

Diciendo así el capitán tosió y movió tres veces la cabeza adelante y atrás, con muestras evidentes de orgullo y satisfacción.

—Mi tutor, dijo el joven, no objeta la familia de Ud., capitán, (en lo cual, como sabemos, mentía como un bellaco;) pero dice que estando vivo mi padre, es necesario pedirle el consentimiento para el matrimonio. He aquí lo que yo no puedo soportar. Cinco ó seis meses sin unirme á Rosalía, serán cinco ó seis siglos de tormento. Vea Ud. como podemos hacer para que el matrimonio se verifique inmediatamente.

Don Feliciano recapasitó ; se le pasó por la cabeza la idea de un enlace clandestino, dando por sentado que podría convencer á su hija de que no debía desperdiciar aquella colocación, que tenía trazas de ser brillante ; pero reflexionó en seguida que semejante paso podía traer ma-

las consecuencias, y que nada se perdería por aguardar un poco. La Vanidad acudió en auxilio de la Prudencia, asegurando á Matamoros que el padre de aquel joven no podía considerar desigual la proyectada alianza, y con esta convicción dijo á su futuro yerno, con cuyo nombre no acertaba todavía:

— Dime, Rafael, ¿ no has leído tú la historia de aquel famoso general griego, ó romano, no sé bien lo que era, que se llamaba Fabio ?

— Sí, capitán, contestó Gabriel; supongo que se refiere Ud. á Fabio Máximo, célebre general romano. ¿ Pero qué tiene que hacer aquel héroe con lo de mi matrimonio ?

— Tiene, y mucho, contestó Don Feliciano con misterio. Si recuerdas bien la historia de ese romano, has de tener presente que debió muchos de sus grandes triunfos á su sistema de aguardar la ocasión más favorable para asegurar el éxito de sus empresas, sin dejarse llevar jamás por la impaciencia. Esto le valió el sobrenombre de *Cunctator*, que quiere decir contemporizador, según me aseguraba mi maestro de medianos. Conque ya ves, amigo Daniel, que si la historia, esa maestra del hombre, debe servirnos de algo, aquí viene como de molde una de sus lecciones. Si yo en Roatán....

— Perdone Ud. que lo interrumpa, señor Don Feliciano, dijo Gabriel. Creo que el ejemplo del general romano es muy digno de imitarse, y por mi parte no dejaré de tenerlo presente, si alguna vez llego á mandar un ejército en campaña. Pero mi situación actual nada tiene que ver con lo de Fabio Máximo. Yo no puedo vivir sin la hija de Ud. y la historia de todos los guerreros del mundo no me hará conformarme con la idea de aguardar cinco ó seis meses para unirme á ella.

— Tú hablas como joven apasionado, replicó Matamoros, y yo te aconsejo como experimentado y cauto. Ni

mi hija ni yo consentiremos jamás en prescindir del consentimiento de tu padre, pues nuestro legítimo orgullo no nos lo permitiría. Conque paciencia y aprovechar el tiempo que pasará mientras viene la respuesta, en ganarte la voluntad de la muchacha. Puedes venir aquí siempre que te acomode, pues ya te considero como de la casa; y además te conozco demasiado para que pudiera yo abrigar la menor sospecha contra tu moralidad. Y para darte desde luego una prueba (que no se la daría yo á todos) del afecto que te profeso, y de que te veo ya como de la familia, vas á prestarme un par de duros, que te devolveré sin falta alguna el día último del mes, al recibir mi medio sueldo.

Causó á Gabriel alguna estrañeza aquella rara manera de mostrarle confianza; pero ciego por Rosalía, se alegró de poder agradar á su padre á tan poca costa, y le contestó poniéndole en la mano los dos duros:

— Eso y más, capitán, siempre que Ud. lo necesite. Sabe que cuanto soy y cuanto valgo está á su disposición, y le agradeceré que en cualquier pequeño apuro, se acuerde Ud. de mí, antes que de otro alguno de sus amigos.

El capitán que se preciaba de tener muy buena memoria, se prometió acordarse del cadete lo más frecuentemente que le fuera posible; y luego que el joven se marchó, mandó á traer dos botellas de aguardiente de España, una de las cuales consumió en el resto del día, á la salud de su hijo político Ezequiel que se yo cuantos, como llamaba á Gabriel. Entrada la noche, comenzó á atacar la segunda botella; y lo cierto es que hácia la madrugada del siguiente día los dos duros del joven se habían encaramado, sin saber como, á la cabeza de su futuro suegro y metían en ella un alboroto de todos los diablos. Por fortuna al capitán, cuando se hallaba en esa situación, lo que le sucedía cuatro ó cinco días de los siete de la sema-

na, no le daba por camorrista. sino por alegre. y luego que había hecho media docena de extravagancias, caía como un tronco y roncaba como un bendito.

Entre tanto su pobre hija se afanaba á fin de que nada faltara á sus hermanos y que la casa estuviera en el mejor orden posible. No tenía un momento desocupado. Los que no consagraba á coser cosas agenas ó á hacer cigarros que ponía á vender, los empleaba en lavar y en remendar la ropa del capitán y la de sus hermanitos. De quien menos se acordaba era de su persona, que no le merecía algún cuidado, sino cuando había concluido con los demás. Tal había sido la vida de Rosalía durante seis años, desde la muerte de su madre, á quien tuvo que suplir en el manejo de la casa cuando no contaba más que doce. A las cinco de la mañana estaba en pié, y á las once ó doce todavía velaba por su padre, temiendo no fuese á sucederle alguna desgracia por efecto de la embriaguez.

Don Feliciano quería y casi respetaba á su hija; pero lo único en que no había podido ser deferente á sus ruegos era en abandonar aquella funesta habitud, harto arraigada en el viejo militar. Jamás se dió caso de que dijera á su hija una expresión impropia, ni que se mostrara impaciente con ella; pero tampoco dejó de beber, por más que ella le hiciese las reflexiones más respetuosas y sensatas.

Para los niños Rosalía no era una hermana, era una madre. Su gravedad natural le había hecho fácil aquel papel, desde que tuvo que comenzar á desempeñarlo, siendo ella misma una niña todavía.

No es preciso decir que los jóvenes oficiales que frecuentaban la casa no se habían mostrado insensibles á las gracias de la hija del maestro de armas. Cada discípulo que llegaba á recibir lecciones, comenzaba por hacer la

corte á Rosalía; pero la amable seriedad de ésta ponía término á los dos días al galanteo, y el cortejo lo dejaba, llevando un sentimiento de estimación y de simpatía hácia la joven, pero con la convicción profunda de que su alma era insensible al amor. Tal fue la idea que corrió entre las vecinas, y Rosalía misma, á fuerza de oir que era fría, llegó á creer que era así. Nunca le había hecho joven alguno otro efecto que el que le hacía una hermosa pintura. Le halagaba al sentido de la vista y nada más.

Gabriel Fernández, lo hemos dicho ya, no era un buen mozo; era un joven agraciado á quien no sentaba mal el uniforme blanco. Rosalía veía diariamente oficiales, más ó menos interesantes, con uniformes blancos; y así esas circunstancias no hubieran sido bastantes á hacer en aquella alma seria y grave una impresión que durara más de cinco minutos.

Pero Rosalía no había sido hasta entónces más que objeto de galanteos frívolos y pasajeros y ninguno de aquellos jóvenes orgullosos habría sido capaz, ni por chanza, de ofrecer su corazón y su mano á la hija de aquel capitán á medio sueldo, oscuro, pobre, dominado por una funesta inclinación al licor y medianamente ridículo con sus pretensiones nobiliarias y con los recuerdos medio fabulosos de sus proezas militares.

Cuando aquel cadete desconocido, pero que tenía cierto aire de distinción en su persona y en sus modales, hizo vibrar en el corazón de Rosalía los acentos apasionados de un amor que no por ser súbitamente concebido dejaba de ser profundo, experimentó ella una sensación nueva y extraña, un sentimiento que no se atrevió á analizar, tal vez porque tembló de descubrir lo que no quisiera confesarse á sí misma.

Ello es que cuando volvió la espalda á Gabriel, después de haberle dado aquella respuesta que impresionó tan

desagradablemente al enamorado joven, experimentó ella, no aquel sentimiento de tranquila satisfacción que hace nacer la conciencia del deber cumplido, sino una especie de remordimiento por la dureza con que había rechazado una declaración que tenía el sello de la más completa sinceridad. Pasó el resto de aquel día y el siguiente distraída, intranquila, y por la primera vez en su vida desde la muerte de su madre, tuvo algunos rasgos de impaciencia con sus hermanos y aún con su padre mismo. Ya lo habeis comprendido ¡ oh jóvenes lectoras ! El amor comenzaba á hacer sentir su dolorosa, su dulce, su irresistible presión en aquella alma tanto más dispuesta á un sentimiento serio, cuanto más había tardado en experimentar sus efectos.

Tres días después de haber visto á Gabriel por la primera vez, Rosalía amaneció, sin saber porqué, con la idea fija de que iría á su casa el joven cadete, cuyo nombre no sabía bien aún, pues no se había atrevido á preguntárselo á su padre. Aquella alma de Dios, que hasta entonces no había pensado más en el adorno de su persona, que no tenía siquiera un espejo, hizo aquella mañana dos cosas extraordinarias y que habrían alborotado á las vecinas, si no hubiera ella procurado que las vecinas no advirtieran aquellos dos actos que casi le parecían un delito. La primera fue haber buscado en una gaveta donde guardaba algunas prendas de su difunta madre, un pedazo de listón encarnado, y la segunda ir de punta de pié y sin que lo advirtiera el capitán, á sacar un espejito que servía á éste cuando vestía de grande uniforme y en el que iba contemplando, por partes el garbo marcial de su ínclita persona. Y como está escrito

¡ Ay ! que el delito engendrará delito,

como dijo un poeta sud-americano, no paró en eso el extraordinario procedimiento de la joven, sino que se ató el

listón encarnado en la cabeza y se vió al espejo. Su frente y sus mejillas estaban más rojas que la cinta. Pero ved lo que es nuestra dañada naturaleza. Pasada la primera vergüenza que le causó el encontrarse así adornada, una voz interior, que salía sin duda de lo más recóndito de su alma, le dijo que no estaba fea. Volvió á verse otra vez en el espejo y se sonrió con cierta complacencia. Tuvo después, ¿ por qué negarlo ? una violenta tentación de ir á cortar un precioso botón de rosa blanca que pendiente del tallo se balanceaba en una maceta que ella misma cuidaba; ¿ pero, qué dirían las vecinas si por desgracia la veía alguna con una cinta roja y un botón de rosa en la cabeza ?

Rosalía no se equivocó. A las once de aquella mañana llegó el joven cadete, á quien ella tuvo necesidad de recibir. ¿ Qué había de hacer ? Su padre no estaba en aptitud de dejarse ver de nadie. Decir que había salido, habría sido una mentira. Le fue pues, preciso resignarse. Eso sí, procuró rodearse de sus hermanos, y hasta el menor que no contaba más que seis años, entró á formar parte de la guardia de *corps* de la tímida doncella. Nunca habría ella pensado en llevar aquella mañana á su lado al *nene*, si hubiera podido preveer la mala partida que había de jugarle.

Fue el caso que agotados los lugares comunes de una conversación de primera visita, Gabriel, tan novicio como la dama, no sabiendo ya qué hacer ni qué decir, comenzó á acariciar al mocito y á dirigirle algunas preguntas. Una de ellas fue si quería mucho á su hermana mayor, á lo que contestó el muchacho:

—Sí, cuando es buena conmigo, y me da lo que le pido.

—Y qué, le dijo Rosalía, ¿ no soy buena siempre, desagradecido, y no tienes cuanto quieres ?

—Nó, replicó el *nene;* hace tres días que ya no me haces caso, ni quieres jugar conmigo, ni me das nada. Desde que vino este oficial y dijo papá que quería casarse contigo, ya no me hablas, ni á mis hermanas tampoco, sino es para regañarnos. Esta mañana por estar componiéndote y viéndote en el espejo, te olvidaste de ver mi almuerzo y se lo comió el gato.

La pobre joven se puso más encarnada que cuando se ató la cinta en la cabeza, y no encontró una palabra para desmentir á aquel imprudente que vendía así sus secretos. Turbada, conmovida, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, y haciendo una inclinación de cabeza á Gabriel, se retiró, llevándose al niño y seguida de sus hermanas.

El joven sabía cuánto necesita saber por lo pronto. Era amado. Aquella idea halagadora inundó su alma del júbilo más puro, y por la primera vez después de su conversación con Urdaneche, se sintió con fuerzas para aguardar el permiso de su padre y poder casarse con Rosalía. La negra desesperación que atormentaba su alma, hizo lugar á un sentimiento más dulce y más tranquilo. Al salir á la calle, el sol le pareció mas brillante, el cielo más sereno, el aire más refrescante; los árboles que asomaban sus copas sobre las paredes de las huertas, más verdes y frondosos ; el mundo todo mejor de lo que había sido en los tres días anteriores. Habría querido abrazar á cuantas personas encontraba y hacer partícipes á todos de su felicidad. Acertó á pasar á su lado un mendigo y le pidió limosna. Echó mano al bolsillo, sacó cuatro duros y se los dió. Le habría dado el Potosí, si lo hubiera tenido en aquel momento en la bolsa.

Después de aquella escena en que Rosalía vió inesperadamente descubierto el secreto de lo que pasaba en su corazón, se esforzó todavía la pobre joven en luchar con

su amor; pero inútilmente. La imagen de Gabriel la asediaba á toda hora; dormida ó despierta, y embargaba por completo las potencias de su alma. Los dos amantes volvieron á verse varias veces, sin testigos ya, pues Rosalía cuidó de alejar á sus hermanos cuando la visitaba el joven cadete. ¿Qué pasó en aquellas entrevistas? Lo que acontece siempre en casos semejantes entre dos jóvenes apasionados, pero tímidos, contenidos por el respeto y por la estimación mútua dentro de los límites del deber. Entregada á sí misma, Rosalía supo conservar su dignidad, y Gabriel, no obstante la vehemencia de su amor, se contentó con aquellos favores insignificantes en sí; pero á los cuales da el afecto el más subido precio.

Vosotros los que guardais en el fondo de vuestras almas como un valioso tesoro el recuerdo de vuestro primero é inocente amor, verdadera poesía de la vida, podreis comprender los goces inefables de aquellos dos corazones que con estrecho y al parecer indisoluble nudo, unía un sentimiento puro y delicado, de esos que con inmortales rasgos han sabido pintar Saint-Pierre y Chateaubriand.

¡Desdichado el que no haya probado una vez al menos un amor semejante, y que no pueda, evocando su recuerdo, dulcificar con esa gota de miel el amargo cáliz que en decadentes años nos hace apurar el infortunio!

Pasaron los días, que se deslizaban para los jóvenes amantes, como las aguas de un arroyo que corren sobre un lecho de flores. Su vida en los cinco meses subsiguientes á la revelación del amor de Rosalía, hubiera podido compararse á una de esas espléndidas mañanas del mes de mayo, en que no vemos cruzar la más ligera nube sobre la azulada atmósfera, saturada de luz y de perfumes. Pero ¡ay! ¡cuántas veces observamos, cuando el sol ha pasado el meridiano, un ligero vapor blanquecino

que va condensándose poco á poco en un extremo del lejano horizonte, y que convertido luego en negro y jigantezco nubarrón, cargado de electricidad, descoje su oscuro manto y cubre de un extremo á otro el firmamento! Es la tempestad que cierne ya sus alas pavorosas y que con estruendo horrísono va á lanzar sobre la tierra la cárdena espiral del rayo.

CAPITULO VIII.

SEMIDIOSA.

Una tarde, sentados Gabriel y Rosalía junto al balcón de la casa de ésta, se repetían por la cienmilésima vez el juramento de amarse eternamente, y contaban los días, (que debían ser muy pocos ya,) que faltaban para que se recibiese la ansiada respuesta del padre del apasionado joven. No dudando que sería favorable, porque siempre se cree lo que se desea, Gabriel trazaba á su amada con rasgos halagüeños el cuadro de su futura felicidad, cuando fue repentinamente interrumpida aquella conversación por el ruido de un coche, que se detuvo á la puerta de la casa.

Como el capitán Matamoros no recibía casi nunca visitas de las que se hacen conducir por piés agenos, llamó la atención de Rosalía que se hubiese parado el coche frente á su puerta y salió á la ventana á ver lo que era aquello. Gabriel hizo lo mismo, impulsado por un natural sentimiento de curiosidad.

En aquel momento abría la portezuela del carruaje un criado negro vestido con una hermosa librea azul galoneada de plata, é inmediatamente bajó una mujer joven, vestida con tanta elegancia y de un aire tan distinguido, que Gabriel no pudo menos de admirarse al verla. Tras ella salió otra mujer de edad, que parecía una de aquellas

antiguas criadas de las familias ricas á quienes se designaba con la denominación de hijas de la casa.

—¡Ah! dijo Rosalía al ver á la que bajaba del coche, ella es; y dejando sólo á Gabriel, corrió á recibir á aquella joven señora. Entraron. La del coche precedía á la hija del capitán y tras ésta iba la criada. Hizo la primera un ligero saludo al cadete y tomó el sitio de preferencia en el pobre sofá de rejilla que ocupaba la cabecera de la salita.

La recién llegada parecía tener poco más ó menos, la misma edad que Rosalía; pero presentaba en su persona todo el más completo contraste con ésta. Sería quizá seis ú ocho pulgadas más alta; el grueso era correspondiente á su estatura; el cabello era rubio dorado, el ojo azul, el tinte del rostro, del cuello y de las manos, de una blancura rara en un país que baña el ardiente sol del trópico. La boca no pequeña y desdeñosa, y con tal aire de majestad en su persona toda, que Gabriel, á pesar de su profundo amor por la hija del maestro de armas, no pudo menos que conceder cierta superioridad, aparente al menos, á aquella aristocrática belleza sobre la pobre y sencilla joven, que tomó desde luego delante de la otra una actitud más humilde talvez que la de la criada.

La del coche llevaba el cabello recogido con una peineta de oro; vestía un traje de burato verde, sumamente estrecho y de talle muy alto, adornado con rosas artificiales, y el zapato, de raso del color del traje, con unos tacones ó palillos tan grandes, que la hacían parecer más alta aún de lo que era en realidad.

—¿Cómo va el vestido, Rosalía? preguntó la recién llegada, cuyo acento tenía algo de imperioso, aunque no desagradable.

—Está todo hilvanado ya, Matilde, contestó la hija del capitán, y si te parece puedes probártelo.

— Sí, á eso he venido, replicó la otra, echando una rápida mirada al cadete, como para hacerle comprender que sin un motivo importante, no habría *ella* descendido á visitar á la pobre muchacha.

El tono en que Rosalía habló á la dama, contrastaba con la familiaridad del tratamiento. Habían sido condiscípulas en un beaterio, y la hija de Matamoros no había perdido el hábito de tutear á su antigua compañera de escuela, no obstante la diferencia de sus respectivas posiciones.

En efecto, la joven Matilde Espinosa de los Monteros pertenecía á una de las familias más ricas é importantes del reino. Hija única, era la idolatría de sus padres y objeto de una especie de culto de parte de una multitud de adoradores que aspiraban á la mano de aquella orgullosa belleza, que no encontraba en el país un partido digno de su mérito personal y de su considerable fortuna.

Rosalía era la costurera de Matilde, que tenía en mucho la habilidad de su condiscípula y pagándola generosamente, creía hacer cuanto estaba obligada en favor de una muchacha de tan humilde condición.

Hemos debido insistir en estos detalles. Pintamos costumbres harto diversas de las de hoy y no podríamos dejar de señalar la profunda diferencia que reinaba entre las clases sociales en la época en que tuvieron lugar los sucesos que vamos refiriendo.

Pasaron las dos jóvenes, con la criada, al cuarto de Rosalía. Gabriel no se movió; pudiendo más su curiosidad excitada que el sentimiento de mortificación que experimentaba al ver el papel secundario que representaba la que debía ser su esposa.

Se consoló, sin embargo, con la idea de que muy pronto no se vería ella en la dura necesidad de ocuparse en aquel humilde oficio. El no podía comprender que cualquier trabajo honrado enaltece al que lo desempeña.

La puerta del cuarto donde Matilde se ensayaba el traje había quedado entreabierta. Gabriel tuvo la indiscreción de dirigir una mirada hácia aquel punto y vió á la joven de pié delante del reducido espejo del capitán. El traje se componía de una enagua de terciopelo color de cereza con una bordadura de oro en el ruedo, y un corpiño de tisú de plata, guarnecido con un soberbio encaje de Malinas. El escote, muy rebajado, dejaba descubierto el espléndido busto de la doncella, y las mangas, abiertas hasta cerca del hombro permitían ver los dos brazos mejor torneados que se habían ofrecido jamás á la admiración del joven cadete.

Rosalía se había puesto de rodillas en el suelo, para tirar de la falda del traje de Matilde y emparejarla.

Gabriel prorumpió en una exclamación de despecho, y volvió los ojos á otro lado.

Ensayado el traje y observados algunos ligeros defectos que debían corregirse, Matilde volvió á vestir el que llevaba y entraron las dos jóvenes á la sala, donde permanecía Gabriel visiblemente preocupado.

—¿Estará listo para el día 22? preguntó la joven señora:

— Indudablemente, contestó Rosalía. Lo que hay que reformar es muy poco, y estará hecho pronto.

— Muy bien, replicó Matilde. Te agradeceré me lo envíes el 21 por la tarde. Debes saber que mi padre ha sido designado, como regidor más antiguo, para hacer las veces de Alférez Real, por estar este oficio vacante. Tenemos que dar refresco el 21, después de las vísperas, y un sarao en la noche del 22.

Diciendo así, la joven se despidió, y echando una mirada un tanto desdeñosa en derredor, añadió en voz baja, dirigiéndose á Rosalía.

— Si algo te hace falta, dímelo ; sabes que puedes contar conmigo.

La modesta hija del maestro de armas se ruborizó ligeramente al oír aquella oferta medio amistosa y medio protectora, y contestó :

— Gracias, Matilde; conozco la bondad de tu corazón y sé que en cualquiera circunstancia difícil, no me faltaría tu amistad; pero por ahora nada necesito.

La altiva doncella salió, después de haber hecho otra ligera cortesía al cadete, á quién, ¿ por qué disimularlo? casi no le vió la cara, por más que esto haya herido el quisquilloso amor propio del héroe de esta historia. Verdad es que el uniforme que llevaba Gabriel era indicio inequívoco de que pertenecía á una buena familia; pero Matilde Espinosa de los Monteros estaba habituada á ver á sus piés militares de más importancia que un simple cadete, sin que por eso hiciera caso alguno de ellos. Además, triste es decirlo, pero la circunstancia sola de haberlo encontrado de visita en casa de la hija de Matamoros, fue suficiente para que concibiera una idea no muy aventajada de aquel joven. Suelen juzgar así muchos hombres; ¿ qué extraño, pues, que se dejase guiar por igual criterio una joven dama de aquel tiempo?

Cuando volvió Rosalía después de haber acompañado á su antigua condiscípula hasta el coche, dijo á Gabriel :

— ¡ Qué hermosa ! ¿ no es verdad?

— Insoportable, contestó Gabriel, cuyo mal humor se leía en la expresión casi feroz de su semblante. Esa mujer, perdóname que te lo diga, se me ha hecho odiosa, por su arrogancia, por los aires de protección que se permite tomar contigo y . . . . por todo.

Gabriel no quiso confesar que el desdén de Matilde lo había herido mortalmente. Rosalía, naturalmente buena, perdonaba á su antigua amiga aquella debilidad, en gracia de otras apreciables cualidades que le reconocía.

—La juzgas mal, dijo. Matilde es orgullosa; pero al mismo tiempo es una criatura excelente. No puede ver una necesidad sin socorrerla, y á muchas gentes pobres sirve con su dinero y con su persona. La caridad, Gabriel, hace olvidar defectos más graves que los que puede tener Matilde.

—Tal vez, replicó el cadete; pero te aseguro que para mí sería la mayor de las mortificaciones el encontrarme con esa mujer aquí otra vez.

No hay peligro de que eso suceda, dijo Rosalía sonriendo. Ella no viene sino muy de tarde en tarde cuando necesita probarse algún vestido, pues soy su costurera.

Con la mayor naturalidad pronunció Rosalía aquella frase, que hirió el orgullo de Gabriel, pues él más que otros estaba profundamente imbuido en las ideas que eran en aquel tiempo las de la clase social á que creía pertenecer. Dejamos dicho que la excelente señora á quien aquel niño expósito reconocía por madre, tuvo la imprudencia de nutrir el alma de Gabriel con las más exajeradas ideas nobiliarias. Al oir que Rosalía se daba la denominación de "costurera de Matilde" (entónces no se decía modista), pensó por la primera vez en lo que el amor no le había dejado ver antes, en la diferencia que existía entre la posición de su familia y la de la mujer á quien amaba. En su interior culpó á la suerte que hacía tan mal las cosas, pues á su juicio, debía haber dado á aquella virtuosa joven el rango y la fortuna que inmerecidamente ocupaban otras. Mas como aquello no tenía remedio, devoró su despecho y procuró consolarse con la idea de que una vez casado con Rosalía, ocuparía ésta el lugar á que era acreedora y no tendría ya, á Dios gracias necesidad de servir á nadie.

—La esposa de un Fernández de Córdoba, se dijo á sí mismo, valdrá tanto como una que se llama Espinosa de los Monteros, ó de cualquier otro modo.

El capitán Don Feliciano de Matamoros entró en aquel momento, acompañado de tres ó cuatro de sus jóvenes discípulos, que iban á recibir la lección. El teniente Hervias, amigo íntimo de Gabriel, fue uno de los que llegaron con el capitán. Mientras disponían las armas, se habló de los preparativos que se hacían para las fiestas del día Santa Cecilia, que estaba próximo, y uno de los presentes preguntó si se habría rematado al fin el oficio de Alférez Real.

—No, dijo el subteniente de artillería Don Rafael Manrique de Lara, no ha habido postor, y he oído decir que llevará el pendón real en el paseo, el regidor más antiguo Don Pedro Espinosa de los Monteros.

—Cierto, dijo el teniente de dragones provinciales Don Juan de Malla y Salcedo, y como es tan garboso, dicen que el refresco y el sarao que prepara en su casa van á estar magníficos. Tú debes saber algo de eso, Hervias, añadió con alguna malicia el teniente. Cuéntanos lo que habrá.

—Lo sé yo tanto como tú, respondió Hervias, que se puso rojo como las vueltas de la casaca del teniente.

—Vamos, replicó Salcedo, ¿ á qué viene el negarlo ? Toda la ciudad sabe que has sentado plaza en el batallón Matilde; más claro, que eres uno de los quince ó veinte, si no son más, que suspiran por esa gran coqueta.

Los demás oficiales, con excepción de Gabriel Fernández, acogieron con carcajadas la zumba que daba Salcedo á Hervias; pero éste hubo sin duda de encontrarla pesada y dijo:

—Señores, suplico á Uds. que no pase adelante esta broma. Yo no consentiré que se califiquen tan ligeramente como lo ha hecho Salcedo, á una Señorita cuya única falta es la de no acoger los homenajes que le tributan muchos, y que nadie que no esté ciego ó despechado puede

dejar de considerar como la más cumplida de las damas del reino.

Al escuchar este pomposo elogio, Gabriel que estaba como hemos dicho, profundamente herido por la altivez de Matilde, se levantó de su asiento, pálido de corage, y asiendo violentamente el brazo de Hervias exclamó :

—Pues yo, que no soy ciego, ni tengo por qué estar despechado, pues apenas he visto á esa mujer durante cinco minutos, te digo, Luis, que es la más altanera, la más engreida y la más insoportable de cuantas hasta ahora he conocido y que no merece que un joven de tu carácter se declare su caballero, como tú acabas de hacerlo.

Hervias, á quien se le agolpó la sangre á la cara al oir las duras expresiones de su amigo, se puso en pié y maquinalmente dirigió la mano al puño de su espada. Gabriel se cruzó de brazos y con una mirada que revelaba un furor concentrado, pareció aceptar el desafío. Pero el capitán Matamoros se interpuso entre los dos amigos y con el tono más solemne que le fue posible, exclamó :

—Alto allá. ¡ Sable y lanza ! Pues ¿ quién ha dicho que dos valientes se han de romper la crisma sobre si una mujer es ó no es la mejor del reino ? Sobre gustos no hay disputas. ¡ Cáspita ! Guarden esos bríos para cuando vuelva el inglés, que no es remoto, y que la señorita Matilde sea como Dios la ha hecho, que no faltan entre las hijas de otros hidalgos algunas tan buenas como ella, aunque no rompan terciopelos ni arrastren coche. Que si yo no hubiera gastado mi juventud en servicio del rey, con escasa recompensa, allí está mi Rosalía que andaría hoy como la más pintada. Y dense luego un abrazo y que no haya más pleito, pues ¡ Voto á Cribas ! que si han de pelear, el que quede vivo se bate conmigo, y en un santiamén le hago el famoso tiro de la zancadilla, como se lo hice al inglés en Roatán.

Diciendo así, el capitán Matamoros desnudó el sable y poniéndose entre Hervias y Fernández, comenzó á dar mandobles en el aire, con gran diversión de los oficiales, que aplaudieron la habilidad del maestro. Don Luis y Gabriel, más sosegados ya, se rieron también, y por un impulso común se adelantaron el uno hácia el otro, dándose la mano.

Durante aquella escena, Rosalía que se hallaba presente, había permanecido pensativa, no acertando á comprender lo que motivaría la acritud de las expresiones de Gabriel con respecto á Matilde.

Concluida la lección de armas, el teniente Hervias y el cadete Fernández de Córdoba salieron del brazo y luego que se separaron de los otros jóvenes oficiales, dijo Gabriel á su amigo en tono cariñoso:

—Luis, háblame con franqueza, ¿ amas tú á esa joven ?

—Sí, Gabriel, contestó Hervias, con toda mi alma. Es el único secreto que he ocultado á tu amistad. Muchas veces he estado á punto de confiarte mis sufrimientos; pero ve mi debilidad, me ha retenido cierto rubor de confesarte, aun á tí que eres como hermano mío, que amo sin esperanza y que mi profunda pasión no ha encontrado hasta ahora sino la indiferencia apenas encubierta bajo las apariencias de la cortesía. Dichoso tú mil veces, Gabriel, que amas á quien no te corresponde con un ingrato desvío!

— Lo siento, Luis, replicó Gabriel; Matilde de los Monteros no es la mujer que te conviene. Una alma como la tuya merece encontrar otra alma que sepa comprenderla. Esa mujer se cree una diosa, y perdona mi franqueza, debo confesarte que me inspira la más profunda aversión y que sería para mí un verdadero martirio el tener que encontrarme con ella y verme obligado á dirigirle la palabra.

Don Luis no contestó ya. En eso llegaron ambos jóvenes á la posaba de Fernández. El criado negro entregó á Gabriel un pliego cerrado que habían llevado del cuartel. Lo abrió y se encontró con una orden en que se le prevenía alistarse para acompañar, con otro cadete que se designaba, al regidor decano que haría de Alferez Real en el paseo de Santa Cecilia.

—Bien, dijo Gabriel; tendré que prepararme de caballo, jaeses y paje.

El negro sacó entónces del bolsillo una esquela sellada con un escudo de armas y dijo á Gabriel :

—Ah ! me olvidaba de que también ha venido esta otra carta para Ud.

Hervias vió las armas del sello y se puso encendido. Eran las de los Espinosas de los Monteros. La carta era una atenta invitación del regidor decano á Don Gabriel Fernández de Córdoba, cadete de la segunda compañía del Fijo, para que se sirviera concurrir en la tarde del 21 al refresco después de vísperas y al sarao en la noche del 22.

—¡ Imposible ! exclamó Gabriel. No seré yo quien vaya á arrostrar la altivez de la reina de esa fiesta.

Diciendo asi, arrojó la esquela sobre la mesa y dijo á su amigo :

—Perdona si te ruego que salgamos. Ves la orden que recibo de alistarme para acompañar al regidor que llevará el pendón real. Debo comunicarlo á mi tutor sin pérdida de tiempo, á fin de que me provea de cuanto necesito.

—Vamos, contestó Hervias y salieron.

CAPITULO IX.

LOS BOTONES DE LA CASACA DEL CAPITÁN.

Entre las 9 y las 10 de la noche del día en que tuvo lugar la escena que hemos referido en el capítulo anterior llamaron once veces á la puerta de la casa del escribano real, Don Ramón Martínez de Pedrera. Apenas cerraba los ojos el pobre viejo negro, saltaba en su butaca, despertado por un aldabonazo; y cuando había repetido la operación de abrir al séptimo ú octavo de los que llamaban, murmuraba entre dientes que valdría más dejar abierta la puerta y que entrara todo aquel á quien le diera la gana. Pero aquello no fue siño un inocente desahogo de Benito, pues bien sabía él que un descuido de esa clase habría de costarle muy caro con el amo, que con su humor festivo, solía ser hombre de muy malos ímpetus.

Todos los que entraban se dirigían al salón de la izquierda é iban colocándose en torno de la mesa. En una de las cabeceras, (la que hacía frente al gran armario,) estaba Don Ramón con un montón de monedas de oro y plata á su lado derecho y una baraja en la mano. Los demás actores de aquella escena denotaban ser, por su aspecto, traje, y modales, pertenecientes á las clases principal y media de la sociedad. Había funcionarios y empleados, comerciantes y algunos militares. Por el juego que se jugaba y por las sumas que se cruzaban en las

apuestas, se veía que no era aquello una simple distracción. Pedrera ponía el *monte* y parecía muy práctico y entendido en el oficio de banquero. A su lado derecho estaba uno de los oidores, que apostaba fuerte, y al izquierdo nuestro conocido el capitán Don Feliciano de Matamoros, que al dar las once llevaba perdida la mitad del medio sueldo del corriente mes.

—¡Sable y lanza! exclamó el capitán al ver que se iba el último duro. Parece mentira; pero cuando más seguro estaba yo de que había de venir la sota, no ha querido salir. Manrique, añadió dirigiéndose al joven oficial de este nombre á quien hemos visto en casa de Don Feliciano recibiendo lecciones de esgrima; ¿quiere Ud. prestarme dos duros?

El teniente alargó las dos monedas al maestro de armas, y como para recibirlas tuvo éste que pasar el brazo por debajo de la baraja que tenía levantada Pedrera, observó que el botón de la manga de su casaca que estaba sobre el brazo, reflejaba perfectamente un dos de oros. Ya hemos dicho que los botones de las mangas del capitán eran grandes y pulidos, y por tanto no se extrañará que reprodujeran, como en un espejo, la carta que venía en puerta.

Estaba un dos de espadas sobre la mesa. Matamoros puso los dos duros de Manrique sobre aquella carta. Pedrera levantó el naipe y apareció el dos de oros. Don Feliciano recogió lo que había ganado, mas contento que si hubiese descubierto una guaca.

El lance se repitió varias veces, sin que ninguno de los jugadores advirtiera la trampa. Decían todos que la suerte se había cambiado, que la fortuna favorecía al capitán y que hacía bien en aprovecharla. Ello es que al dar la una, hora en que debía terminarse el juego, Don Feliciano llevaba ganados cerca de quinientos duros. El

oro apenas le cabía en la gorra. Nunca había tenido el pobre diablo tanto dinero junto.

La pérdida no alteró en lo más pequeño, en la apariencia al menos, el buen humor del escribano, que dió mucha zumba al capitán diciéndole que de seguro había hecho pacto con el diablo. Matamoros se reía y decía en su interior que el diablo estaba en los botones de sus mangas.

— Capitán, dijo uno de los jugadores, Ud. necesita un caballo para el paseo del 22; tengo uno magnífico, castaño claro, oriundo de las dehesas de Córdoba.

— ¿Qué vale? preguntó Don Feliciano.

— Doscientos pesos, ni un cuartillo menos.

— Gran cosa debe ser para valer esa suma, exclamó el capitán. Pero si es tal cual Ud. dice, talvez lo compraré.

— ¡Soberbio animal! dijo otro. Es seguro que nadie, ni el mismo regidor que va á hacer de Alférez, montará uno igual.

— ¿Trota bien? ¿Es muy brioso? preguntó Matamoros.

— Pues vaya si lo es, replicó el propietario del animal. Tiene Ud., si se queda con él, que agarrarse, si no quiere comprar la plaza de armas.

— Eso lo veremos, exclamó Matamoros, poniéndose en pié. No embalde he de ser capitán de caballería. ¡Cáspita! Pues tendría que ver. Sepa Ud. que no ha nacido el caballo que ha de tumbarme á mí, aun cuando fuese el mismo Bucéfalo que resucitara expresamente para ello. Trato cerrado. El caballo es mío.

Le habían picado el amor propio al bueno de Don Feliciano, y no doscientos pesos, (que era un precio exorbitante en aquellos tiempos,) habría dado por el caballo la ganancia entera que debía á sus botones.

— Doscientos duros! repetía Matamoros, como hablando para sí mismo; bien, y los otros doscientos para la silla y el mantillón con bordadura de oro, estribos y cabezada de plata, librea para el paje, etc. Mañana dijo al dueño del animal, iré á recibir el caballo y tendrá Ud. su dinero.

Diciendo así, se rellenó los bolsillos de moneda y se disponía á marcharse. Pero el escribano lo detuvo con pretexto de darle algunos consejos acerca de lo que debería hacer para conseguir una silla digna del caballo que se proponía comprar y los demás jaeces correspondientes á la montura. Viendo á Don Ramón y á Don Feliciano empeñados en aquella plática, los demás jugadores fueron despidiéndose, hasta que se quedó sólo el capitán, discutiendo con Pedrera acerca de bordaduras, estribos y cabezadas de plata. A no haber estado Matamoros tan engolfado en la conversación, habría advertido ciertas ojeadas que echaba èl escribano hácia el armario, al cual volvía la espalda Don Feliciano.

Cuando los demás jugadores irían ya lejos, se despidió el capitán, y ciñéndose el sable, que había dejado en un rincón del cuarto, se disponía á marcharse.

De repente, como si lo hubiera asaltado una idea súbita, dijo á Don Ramón:

—¿ Sabe Ud. que no deja de ser algo imprudente de mi parte el lanzarme sólo por esas calles más oscuras que la boca de un lobo, con cerca de quinientos pesos sobre mi persona?

— ¡ Cá ! exclamó Pedrera, ¿ qué riesgo puede haber ? ¿ Hay acaso alguno que sepa que va Ud. á pasar y que lleva oro en las bolsas?

— ¿Y si me encontrára yo con la cuadrilla de Pié-de-lana, que hace pocas noches ha desbalijado á Don Antonio Berroterán en la vecindad de mi casa ?

¡ Berroterán ! exclamó Pedrera riéndose, un viejo de más de sesenta años, incapaz de matar una pulga. Ya se guardaría bien Pié-de-lana de ponérsele delante á todo un maestro de armas que se batió con no sé cuantos ingleses en Roatán. Sin embargo, añadió el taimado del escribano con su risa indefinible, si Ud. lo crée más prudente, deje aquí ese dinero y mañana se lo remitiré. Eso sí, cuidaremos de que no se trasluzca que el capitán Matamoros tuvo.... tuvo....

— ¿ Tuvo qué ? gritó el capitán. ¡ Sable y lanza ! No concluya Ud., que soy capaz de ir ahora mismo á buscar á Pié-de-lana y á todos los diablos si es menester, para probarle que yo no tengo miedo á nadie. ¡ Y ojalá me saliera la cuadrilla entera, que yo solo basto para defenderme contra veinte.

No lo dudo, replicó Don Ramón, riéndose de nuevo; y tomando una vela para alumbrar á Don Feliciano, que se dirigía á la puerta de calle. No lo dudo, vaya Ud. con Dios, capitán, y si (lo que no es probable) se topa por allí con esos desalmados, duro en ellos y no olvide Ud. las reglas de Pacheco, de Carranza y de Mendoza.

Matamoros no escuchó ya las últimas palabras del escribano, pues caminaba hácia su casa con tanta prisa como le permitía el peso de los cuatrocientos y tantos duros que llevaba en las faltriqueras.

Luego que despidió á Don Feliciano, volvió Don Ramón al escritorio y poniendo la palmatoria sobre la mesa, comenzó á pasearse por el cuarto, estregándose las manos y riéndose con satisfacción.

— Si Satanás no lo ayuda, dijo, dificililllo será que salga del paso. Tuve la idea de llamar *al otro* y que aquí mismo hiciéramos vomitar las ganancias al héroe de Roatán; pero mañana lo gritaría por toda la ciudad y eso sería fatal. Más vale que se haga como *él* lo dispuso. ¡ Pobre

capitán! ¡Qué cara va á costarle la ganancia! Eh, eh, eh, y volvió á reirse como lo tenía de costumbre.

Mientras tanto Matamoros, que caminaba tan ligeramente como se lo permitía el pesado lastre que llevaba en los bolsillos, avanzaba hácia su casa, que estaba algo distante de la de Pedrera. Ya no le faltaban más que dos cuadras y se consideraba libre de cualquier encuentro peligroso, cuando al volver una esquina, sintió una cosa como la punta de una espada que lo detenía y vió á un embozado cuyo brazo, extendido hácia adelante, sujetaba aquella arma.

El capitán dió un paso atras y desnudando el sable, se enrolló la capa en el brazo izquierdo y se puso en guardia.

—¡Apártate, canalla, gritó con voz firme, ó te hago vomitar el alma.

—Ud. es el que va á dejar aquí, contestó el embozado, ó la vida ó el fruto de sus trampas. Entregue inmediatamente la ganancia que ha debido á los botones de sus mangas, ó cuéntese por muerto.

Algo desconcertó á Don Feliciano el oír que aquel desconocido sabía la estratagema á que pocos momentos antes había recurrido; pero recobrando luego su sangre fría, replícó:

—Pues ni el dinero ni la vida, perverso; toma, y tiró á su adversario un tremendo sablazo, que éste supo parar muy hábilmente. El maestro de armas comprendió que se las había con alguno que no era extraño al arte, y apeló á todos sus recursos. Por desgracia para el pobre capitán, su tesoro mismo no le permitía rivalizar en ligereza con su contrario, que esquivaba el sable de Don Feliciano huyendo el cuerpo cuando era necesario, y que tres veces estuvo á punto de pasarlo con su espada. Quiso el maestro recurrir al famoso tiro de la zancadilla, que tan útil le había sido en Roatán; pero el contendiente con quien

ahora se las había era más ladino que el inglés, y no se dejó atrapar la espada. Diez minutos había durado ya el combate y la victoria parecía indecisa entre aquellos dos hombres igualmente ejercitados en las armas. Matamoros comenzaba á cansarse, lo cual hubo sin duda de advertir su contrario, pues redoblando la viveza del ataque, hizo retroceder al pobre capitán, que buscaba ya un apoyo en la pared. Pero antes de que lo consiguiera, la espada de su enemigo le penetró por el costado derecho, haciendo salir la sangre á borbotones.

—Muerto soy, exclamó Don Feliciano, y cayó.

El embozado suspendió el ataque; se acercó y sin darse mucha prisa, vació las faltriqueras del capitán, despojándolo hasta del último duro que había ganado, y que iba echando en una especie de bolsa grande que llevaba atada á la cintura.

Terminada la operación, limpió su espada en la capa de Matamoros y se marchó.

Dejemos al desventurado maestro de armas, que estaba tendido en tierra con la cara hácia el cielo y sin conocimiento ya por la sangre que había perdido, y volvamos al escritorio, ó sala de juego de la casa del escribano real Don Ramón Martínez de Pedrera, quien seguía midiendo el cuarto de largo á largo y que sin duda comenzaba ya á sentir alguna inquietud, pues se paraba frecuentemente y dirigía los ojos con insistencia hácia el armario. Al fin se abrió como por sí sola la puerta que correspondía al rostro de en medio del mueble y salió de él un hombre. Parecía tener unos cuarenta y cinco años; su estatura era mediana y su complexión no muy robusta. No llevando el cabello empolvado, podía advertirse que comenzaba á encanecer. Las cejas, negras y pobladas, sombreaban dos ojos entrecerrados, que le daban la apariencia de un hombre medio dormido. Estaba vestido de sarga ne-

gra y llevaba atada á la cintura una ancha correa de cuero, que sujetaba una pistola y un puñal con el mango guarnecido de plata. En la mano derecha de aquel individuo se veía una bolsa grande y repleta, que se apoyaba por la parte de abajo en la mano izquierda. Sin decir palabra, el del armario se dirigió á la mesa, sin hacer al andar el más ligero ruido, como si el hábito de muchos años lo hubiese acostumbrado á sentar los piés en el suelo de una manera diferente de la de los otros hombres. Parecía aquel individuo más bien una sombra que no un ser corpóreo.

Puso la bolsa sobre la mesa, se sentó y sin levantar los ojos á mirar al escribano, que permanecía de pié, le dijo, después de haberle indicado que se sentara, con un movimiento de la mano:

—No le quedarán ganas al pobre capitán de repetir la trampa.

—¿Cómo trampa? exclamó Pedrera asombrado.

—Pues qué, replicó el desconocido, ¿no advirtió Ud. que los botones de la manga de ese tunante reflejaban la carta que tenía Ud. abajo?

—¡Voto al diablo! dijo Pedrera, ese perillan sabe más de lo que le han enseñado. Confieso que esa no estaba en mi libro. ¿Y, cómo ha podido Ud. advertir lo que yo no pude notar estando tan cerca?

—Por lo mismo que estaba Ud. inmediato, se le escapó el artificio. Pero yo, que estaba léjos, noté perfectamente el movimiento del brazo y el empeño con que Matamoros veía sus botones. Fijándome más y más, caí en lo que aquello era y ví claro que estaba Ud. siendo víctima de una trampa. En fin, el pobre diablo ha llevado lo que merecía. Dejemos eso, y dígame Ud. Don Ramón, ¿la casa ha cumplido con mis órdenes?

—Exactamente, contestó el escribano.

—Y él sospecha algo?

—Nada absolutamente.

Hubo un momento de silencio que interrumpió al fin Pedrera diciendo:

—Muy largo ha sido el viaje de Ud. ahora.

—Un poco, respondió el del armario. He recorrido la mayor parte de la Europa procurando estudiar no solamente las clases principales de la sociedad, sino también las menos favorecidas por la fortuna. He hecho vida común con los arrieros andaluces y genoveses, con los traginantes suizos y maragatos y con los carreteros napolitanos y catalanes. He descendido á las minas de Friddeberg, Hidria y Wiliska, he partido el pan con los desterrados de la Siberia y he dormido bajo las tiendas de los árabes errantes del desierto. He encontrado en todas partes que el hombre es el mismo; la corteza es diferente, pero el árbol por donde quiera dá idénticos frutos. Adiós Don Ramón; no olvide Ud. mis órdenes.

Diciendo así, el extraño personaje se dirigió al armario de donde había salido; entró y cerró la puerta por dentro. El escribano lo siguió con una mirada que revelaba respeto y miedo á la vez, y dijo en un tono de voz que apenas podía percibirse:

—Hombre incomprensible! En más de doce años no he acertado todavía á descifrar ese enigma viviente. Debo obedecerlo ciegamente. Mi suerte y la de muchos otros depende de su voluntad. ¿ Qué quiere ? ¿ Cuál es el fin que se propone? No lo sé. El tiempo aclarará tal vez este misterio.

Don Ramón tomó su palmatoria, examinó muy despacio las tiras de paño negro que cubrían las junturas de las ventanas, y seguro de que nada de lo que había pasado en aquella pieza podía haberse percibido desde fuera se retiró á su dormitorio, meditabundo y cabizbajo.

CAPITULO X.

PREPARATIVOS PARA LA FIESTA.

EL OJO DEL JUGADOR.

Media hora hacía que el capitán Matamoros estaba tendido en tierra, brotando sangre de la tremenda estocada que le había dado el desconocido, cuando acertó á pasar una patrulla, y viendo el cuerpo de aquel hombre, que parecía muerto, acercóse el cabo á examinarlo. Vió que aunque privado de conocimiento, aún respiraba, y no tardó en reconocer al maestro de armas, que fue inmediatamente trasladado á su casa.

Facilmente puede el lector imaginar cual fue el espanto y la aflicción de Rosalía, al ver á su padre luchando entre la vida y la muerte. Pasó cinco días en aquella situación; pero asistido por uno de los más hábiles cirujanos de la ciudad, se le declaró al fin fuera de peligro.

Entre tanto se hacían multitud de conjeturas sobre aquel acontecimiento. Una docena de personas habían dejado al capitán dispuesto á salir de casa del escribano con los bolsillos llenos de dinero, y esta sola circunstancia trasmitida de boca en boca y bajo mucha reserva, por toda la ciudad, sirvió de base á una historia completa del lance, que circuló con variantes en cuanto á la sustancia y en cuanto á los episodios. La versión del primer día fue

que el capitán había sido atacado por cinco individuos de la cuadrilla de Pié-de-lana, que lo saquearon, dejándolo por muerto. El segundo día habían sido diez los agresores; pero siempre de los afiliados en aquella temible asociación, y más tarde la cuadrilla entera con su jefe á la cabeza era la autora del desmán. En lo que todos estuvieron acordes fue en que el maestro de armas no había hecho absolutamente nada para defenderse, portándose en el lance como un gran cobarde.

Matamoros, cuando recobró el uso de la palabra, no quiso decir lo que había pasado realmente; así fue que cada cual se quedó creyendo lo que le pareció que presentaba mayores visos de probabilidad.

En la época á la cual hemos llegado en nuestra narración, es decir, en el año 1810, se hablaba mucho en la ciudad de la reciente reaparición de una numerosa cuadrilla de salteadores que capitaneaba un jefe invisible y desconocido, á quien el pueblo había bautizado con el nombre de Pié-de-lana. Dió origen á ese extraño apodo la circustancia de que hubo en otro tiempo en la Antigua un jefe de malhechores que acostumbraba envolverse los piés en tiras de orillo, lo que amortiguaba completamente el ruido de sus pasos. En memoria de aquel célebre bandido, se aplicó el nombre al individuo que capitaneaba la cuadrilla que traía en apuros á la población en la época á que se refiere esta historia.

El nombre de Pié-de-lana se hizo extensivo, como sucede regularmente, á todos los de la gavilla, y por abreviar les llamaban sencillamente los *lanas*, dando así origen, á lo que sospechamos, á ese famoso dictado que designaba hasta hace muy poco tiempo á la clase menos respetable del vecindario de la capital.

Bajo la presión del terror que inspiraba Pié-de-lana y su partida se atribuyó generalmente á estos individuos el

atentado de que por poco no fue víctima el capitán Matamoros.

Hemos dicho ya que estuvo el pobre Don Feliciano luchando durante cinco días entre la vida y la muerte, y ahora debemos agregar que mientras duró la gravedad, Matilde Espinosa visitó con mucha frecuencia á Rosalía y la ayudó eficazmente en la asistencia del enfermo. Las primeras veces que la encontró Gabriel en la casa, volvió la espalda y se marchó con muy poca ceremonia, ó mejor dicho con bastante descortesía. Matilde no dió muestras de advertir aquella falta. Supuso el orgulloso cadete que la joven dama iría sólo por cumplir y que no volvería á tener el disgusto de encontrarla en aquella casa. Pero por desgracia no fue así. Matilde volvió á mañana y tarde y muchas noches veló á Don Feliciano, mientras descansaba Rosalía. Gabriel no sabía que hacerse. A toda hora se encontraba á la cabecera del herido á aquella mujer, altiva como una reina, que no contestaba á su frío saludo más que con una ligera inclinación de cabeza. Por más repugnante que le fuera aquel encuentro, no podía dejar de ver á Rosalía en su aflicción, y así tuvo al fin que tomar su partido y resignarse á sufrir la presencia de aquella persona á quien casi odiaba.

Matilde, á la segunda vez que se encontró con el cadete en el cuarto del capitán, conoció el sentimiento de repulsión que inspiraba á aquel joven. ¿Cuál es la mujer que no comprende al momento la impresión que causa? No podremos decir que efecto produjera en el ánimo de aquella hija mimada de su familia y de la sociedad el grosero desdén de un joven militar que no tenía mala apariencia y que tan tierno y comedido se mostraba con Rosalia. Quizá ella misma no hubiera podido explicar desde luego lo que experimentó en vista de tan extraña conducta; y así, menos hemos de intentar nosotros escu-

driñar lo que pasaba en el fondo de ese abismo insondable que se llama corazón de mujer.

Cuando mejorado el herido, pasaban Matilde y Rosalìa largas horas juntas, conversando de cosas indiferentes, estuvo muchas veces tentada la hija del capitán de hacer á la que tan buena se mostraba con ella la confidencia de sus amores con el cadete Fernández y del formal compromiso de matrimonio que entre ellos existía. Pero prudente y delicada siempre, no quiso hacer partícipe á una tercera persona de un secreto que no era sólo suyo, y quiso contar antes con Gabriel. Pidiéndole, pues, permiso para comunicar á Matilde lo que consideraba tendría gusto en saber; pero, con gran extrañeza oyó que el joven se negó rotundamente á que le dijese una palabra sobre el asunto. Rosalía guardó su secreto; pero debemos confesar que á pesar de aquella reserva, no se escapó á la perspicacia de Matilde. Jamás se pronunció el nombre del cadete en las conversaciones íntimas de las dos amigas, como si por un convenio tácito hubiesen pactado no tocar aquella materia delicada.

Entre tanto Gabriel experimentaba tanta repulsión por Matilde, como parecía ésta sentirla por él, lo que afligía á la hija del capitán, que habría querido ver unidas con los lazos de la amistad á personas para ella tan queridas. Sin descubrir su secreto á la joven señorita, le habló muchas veces en los términos más expresivos de las cualidades de Gabriel, y otro tanto hizo con éste respecto á Matilde. Todo fue inútil. En su amiga encontró sólo frialdad é indiferencia; en su amante repulsión y decidida antipatía. Consolóse con la esperanza de que casada con Gabriel, tendría mayor facilidad para ponerlos de acuerdo y no volvió á insistir en lo que vió ser por entónces enteramente inútil.

Dejando, pues, las cosas en esa situación y miéntras acaba de restablecerse el pobre maestro de armas, diremos

que Gabriel Fernández, que había hablado á Urdaneche de la orden que se le comunicara para acompañar al regidor decano que llevaría el pendón real en el paseo de Santa Cecilia, encontró que el viejo negociante estaba ya instruido de esa circunstancia, y le dijo que se habían tomado las disposiciones convenientes para que se presentara de una manera adecuada á su rango.

Era la fiesta del 22 de Noviembre la conmemoración de la fundación de la ciudad de Guatemala que llamamos hoy la Antigua, y no la celebración de una batalla que asegurara el dominio español en estas provincias, como se creyó equivocadamente durante mucho tiempo, fundándose en una antigua acta del ayuntamiento.

Consistía la función en un paseo que se hacía en la tarde del 21, después de las vísperas, y festividad religiosa en la catedral en la mañana del 22. La parte principal de la función era el paseo, pues daba ocasión á que las personas más prominentes y más ricas del vecindario ostentaran bastante lujo en caballos, jaeces, trajes y lacayos. Desempeñaba el primer papel en la fiesta de Alférez real, á quien correspondía llevar el estandarte, ó pendón con las armas del soberano, en recuerdo de que lo hacían así en otro tiempo los que ejercían aquel cargo, cuando el rey concurría personalmente á una batalla. El Alférez debía obsequiar á la concurrencia con un refresco en su casa después del paseo, y algunas veces con un sarao en la siguiente noche.

Un día antes de la fiesta se presentó en casa de Gabriel un dependiente de Aguero y Urdaneche con un criado que conducía del diestro el caballo que había de montar el cadete y que iba cubierto con un gran caparazón de paño de grana con galón de plata. Sorprendido quedó Gabriel al ver, cuando el criado quitó la cobertura al caballo, el soberbio animal que se le destinaba.

Era algo más corpulento que los del país, de color tordo rodado, y con tal aire de vigor, agilidad y viveza, que dificilmente podía verse un tipo más acabado de la raza árabe. La silla de terciopelo carmesí bordada de oro; los estribos de plata y la cabezada guarnecida de chapas del mismo metal. Gabriel veía todo aquello y hasta llegó á dudar que fuese para él tan magnífico y lujosamente enjaezado corcel. Un lacónico billete de Don Andrés hizo cesar aquella duda.

Decía así:

" De parte de la persona que se interesa por Ud."

—Es decir, pensó Gabriel, de parte de mi bueno, de mi excelente padre. ¿Cómo pude yo dudar alguna vez de su amor por mí ?

Y haciendo esta reflexión, se le llenaron los ojos de lágrimas, que le arrancaba la gratitud y el enternecimiento.

Después de haber hecho colocar el caballo en la cuadra, se despidió el dependiente, diciendo á Gabriel que al siguiente día á la una de la tarde estarían en la casa los pajes que debían acompañarlo. El pobre cadete, turbado al verse objeto de tales favores, dijo al dependiente que diera las gracias en su nombre á Don Andrés y que él iría á verlo para recomendarle una carta para su padre.

En seguida se retiró á su cuarto, donde comenzó á pasearse, reflexionando sobre la rareza del carácter de Don Fernando Fernández de Córdoba, que se había mostrado tan duro con él al partir para España y que al mismo tiempo le suministraba cuanto le hacía falta y le enviaba un obsequio tan valioso como el de aquel caballo.

Engolfado en estas reflexiones, Gabriel, dando rienda á su efusión, exclamó:

—¡Ah padre mío, padre mío! ¡Cómo quisiera yo ver á Ud. aquí para arrojarme á sus piés y bañándolos con mis lagrimas, pedirle perdón por mis injustas sospechas!

Diciendo así, levantó los ojos y los fijó por casualidad en el cuadro de Caravachio que estaba en su habitación, como lo había hecho tantísimas veces.

—Pero . . . . ¿qué es esto? exclamó estupefacto, al advertir que el agujero que tenía en el ojo izquierdo la figura de uno de los tres jugadores, estaba en aquel momento ocupado por una cosa que parecía la pupila negra de un ojo humano. Imaginó al pronto que aquella era una ilusión de sus sentidos, una ficción de su acalorada fantasía; pero habiéndose fijado más despacio en el cuadro, se convenció de que había allí un ojo clavado en su persona con una mirada persistente y que seguía todos sus movimientos.

Gabriel no era supersticioso ni cobarde; mas aquel hecho, que no podía á su juicio, admitir explicación natural, lo dejó atónito y sin saber qué pensar. Se frotó los ojos con ambas manos y habiendo vuelto á fijarlos en la figura del cuadro, encontró siempre aquella negra pupila que lo miraba tenazmente y con una expresión indefinible.

Recobrado de la primera impresión de asombro, tuvo la idea de levantar la tela del cuadro y descifrar aquel enigma. Puso una silla junto á la pared, subió y desapareció el ojo, quedando solamente el agujero en el lienzo. Levantó el cuadro y vió el tabique liso, que cubría un papel pintado. No había allí nada, absolutamente nada que pudiera explicar tan extraordinario fenómeno. Lo único que le llamó la atención y que antes no había advertido, fue que el tabique divisorio de su cuarto con la pieza inmediata estaba formado de gruesas tablas; pero esta circunstancia no tenía por sí sola, nada de muy extraordinario, que pudiera ofrecer la aclaración de aquel misterio. Dejó caer el cuadro despechado é inmediatamente lo asaltaron algunas reflexiones que se presentaban

á su imaginación por primera vez desde que estaba hospedado en aquella extraña casa. Sin saber por qué, pensó en el nombre de "cuarto del ahorcado" que había oído dar á la pieza que ocupaba; en el raro escritorio de Don Ramón, donde no había nada que justificara aquel nombre; en las visitas nocturnas que recibía su huésped; en las respuestas lacónicas del criado negro, y por último en aquella mujer encerrada en el departamento interior de la casa y que no se comunicaba con la parte de afuera, sino por medio de un torno.

Todos esos hechos, que salían hasta cierto punto de lo común, se agolparon en aquel momento en el ánimo de Gabriel, y sin que él mismo pudiera decir por qué, se unieron á la repentina é inexplicable aparición de aquel ojo humano en el agujero de un cuadro.

—Extraña casa, por cierto, es esta, se dijo, donde me ha colocado Don Andrés de Urdaneche, y no sé como no he procurado antes de ahora penetrar los misterios que encierra. Solo mi profundo amor á Rosalía que ha embargado mis facultades por completo, puede haber hecho que no me fije yo en lo que aquí me rodea.

Hechas estas reflexiones, y con el más vivo deseo de aclarar aquellos enigmas, consideró Gabriel que sería inútil interrogar de nuevo al viejo negro, que seguramente le respondería con tanto laconismo como la otra vez. Resolvió, pues, preguntar directamente al mismo Don Ramón y pedirle explicaciones, especialmente acerca del suceso extraordinario que había tenido lugar aquel día.

Hecho este propósito, procuró desechar de su espíritu aquellas ideas y se ocupó únicamente en disponerse para las fiestas que, como hemos dicho, debían tener lugar el inmediato día y el siguiente. Volvió á ver el corcel que había de montar, y contemplando aquel espléndido ani-

mal, se olvidó por el momento de la mujer encerrada, de las visitas nocturnas de su huésped, del cuarto del ahorcado y hasta del ojo del jugador. Tal es la versatilidad de nuestras impresiones á la edad que contaba por entónces el héroe de esta historia.

CAPITULO XI.

EL PASEO.

A la una de la tarde del siguiente día, 21 de Noviembre, Gabriel Fernández acababa de vestir el uniforme y se ceñía el cinturón de que pendía el espadín, pues á las dos en punto debía estar en casa del Alférez real.

El caballo, que acababan de enjaezar dos criados de la casa de Aguero y Urdaneche, piafaba de impaciencia, atado á uno de los pilares del corredor.

Resonaron fuertes aldabonazos en la puerta de calle, y habiendo acudido á ver el criado negro de Don Ramón, entraron dos individuos jóvenes y de color cobrizo, ricamente vestidos de árabes. El dependiente de la casa de Aguero y Urdaneche que los acompañaba, dijo á Gabriel que Don Andrés los enviaba por orden de la persona que había remitido el caballo, y que aquellos dos individuos estaban destinados á acompañarlo en calidad de pajes.

No volvía en sí el cadete del asombro que le causaba el ver aquellos extraños tipos de una raza desconocida y ataviados con un lujo que dejaba atrás lo que había leido ó visto pintado de los esclavos sarracenos de los califas.

El joven se creía juguete de alguna ficción como las de los cuentos de hadas, y le fue preciso tocar aquel caballo, oir á aquellos criados árabes hablar entre sí una lengua ininteligible, para convencerse de que todo aquello no era

un sueño. Muy rico, muy espléndido y sobre todo muy amoroso con él, debía ser su padre, que le enviaba semejantes presentes.

Gabriel no era un mal jinete. Sin haber aprendido por principios el arte de la equitación, se había acostumbrado desde niño al uso del caballo, en lo cual tuvo particular empeño el buen español que dirigió su primera educación en la casa de aquellos á quienes el pepe reconocía por padres. Hizo, pues, gallarda figura y se sintió firme en la silla luego que hubo montado el fogoso corcel, para ir á casa del Alférez real, acompañado de sus dos pajes moros.

Debe suponerse que causó gran novedad el ver atravesar las calles al joven cadete en un caballo que la gente comparaba á los que habían visto pintados en las estampas de las cruzadas, y con aquellos esclavos moros semejantes á los de un príncipe oriental. No se sabía qué pensar de tan extraordinario acontecimiento.

El grave rejidor que iba á desempeñar las funciones de Alférez real, cuando vió á Gabriel, opinó, aunque sin decirlo, que era demasiado lujo aquél para un cadete: y que Fernández, ó debía de haber perdido el juicio, ó estaría inmensamente rico, una vez que enviaba á su hijo prendas dignas de un grande de España de primera clase.

La ciudad estaba de gala. Ostentaban los balcones lujosas colgaduras de damasco carmesí, y la población entera ó recorría las calles, ó se apiñaba en las ventanas para ver el *paseo*.

A las dos en punto salió la lucida cabalgata de casa del Alférez. Precedían los maceros del Ayuntamiento con sus gramallas rojas y sus mazas de plata. Seguían los clarines y tras éstos los encomenderos de indios; todos los sugetos de calidad, los abogados de los reales estrados y procuradores del número, los regidores, los dos alcaldes

ordinarios y en medio de éstos, el que desempeñaba las funciones de Alférez real. Inmediatamente después de éste y como sirviéndole de escolta, iban los dos cadetes del Fijo designados al efecto.

Llegados á las Casas Consistoriales, salió el Alguacil mayor que entregó el pendón real al Alférez, y se dirigió la comitiva hácia palacio. Delante de la puerta principal estaban tendidas las dos compañías de infantería de indios de la Ciudad-Vieja, á quienes como descendientes de los tlaxcaltecas auxiliares de Don Pedro de Alvarado, se dispensaba el honor de hacerlos marchar vestidos de soldados y con arcabuz al hombro. Formaban también en la plaza el batallón de infantería de línea, el escuadrón de dragones provinciales y la brigada de artillería.

Salió el capitán general con la real Audiencia y los otros funcionarios principales, y habiendo montado á la puerta de palacio, se dirigieron á la catedral, para asistir á las vísperas. Terminadas éstas, como á las cuatro y media, se ordenó el paseo, abriendo la marcha los descendientes de los tlaxcaltecas, siguiendo el numeroso y lucido acompañamiento y cerrando la procesión la tropa veterana. El espectáculo era vistoso y animado. Multitud de indígenas de los pueblos inmediatos llevaban arcos de madera adornados con plumas y monedas de plata. Los funcionarios y los individuos de las corporaciones vestían sus uniformes de gala, los abogados y procuradores sus ropas talares, sus togas los oidores y los caballeros particulares, en número considerable, rivalizaban en el lujo de sus trajes de seda bordados de oro y plata, en los caballos y sus jaeces y en las libreas de los pajes que los acompañaban. Cada *republicano* de aquellos, (como se les llamaba), no cesaba de admirarse á sí mismo al verse en tan lujoso arreo, y alguno hubo que después de haber asistido á un paseo de Santa Cecilia, emprendió

la marcha á la Antigua á visitar á su novia, no pudiendo prescindir de presentársele tan ventajosamente transformado.

Si se hubiera encargado á Rosales ó á Pontaza un cuadro del paseo, tendríamos hoy una representación de aquel curioso espectáculo, y no nos veríamos obligados á limitarnos á estas breves pinceladas, en que seguimos los recuerdos que ha conservado la tradición y tal cual ligera noticia que encontramos acá y acullá en nuestras antiguas crónicas. Con esto habrán de contentarse por hoy nuestros lectores, y con que les digamos que en el paseo de Noviembre del año 1810, la gran novedad, lo que hizo parecer pálido todo el aparato de la fiesta, fue el caballo árabe del cadete Gabriel Fernández y sus esclavos moros.

Una turba de curiosos, muchachos en su mayor parte, seguían al joven oficial, y cuando el paseo desembocó en la plaza, donde la concurrencia era aún más compacta que en las calles, todos los ojos se dirigieron al caballero y al caballo. El balcón de palacio estaba completamente ocupado por las señoras principales de la ciudad. En el centro se veía á la esposa del Capitán General, que tenía á su derecha á la del Regente de la audiencia y á su izquierda á la hija del que desempeñaba las importantes funciones de Alférez real. Se oyó una exclamación general de asombro cuando pasó Gabriel y deteniendo un momento su fogoso bridón, hizo á la Presidenta el saludo militar, al mismo tiempo que sus dos pajes moros, con los brazos cruzados sobre el pecho, inclinaban la cabeza hasta tocar casi con la tierra, en demostración de reverencia.

Gabriel fijó los ojos involuntariamente en la joven que ocupaba el lado izquierdo de la Presidenta, y se encontró con la mirada de Matilde, que no se apartó ya de él como cuando lo había visto en casa del maestro de armas. Una

llama azul oscura parecía salir de las pupilas de la altiva joven. Había en aquella mirada una expresión inexplicable de asombro, de cólera, de interés, que hizo bajar los ojos al cadete. Nunca le había parecido más hermosa aquella mujer á quien aborrecía en el fondo de su alma.

Cuando se detuvo la comitiva delante del palacio para aguardar que entrara el Presidente, desapareció Matilde, después salió por la puerta principal un coche que ocupaba la joven, que debía estar en su casa antes de que llegaran las personas invitadas al refresco.

Gabriel acompañó al Alférez hasta la puerta de su casa y aunque Don Pedro lo invitó á que entrara, se excusó lo más cortesmente que pudo y se retiró, seguido de sus pajes. Tan extraña conducta dió ocasión á que la concurrencia de ambos sexos se ocupara con más empeño aún en el cadete, á quien todos esperaban ver en el refresco. Gabriel Fernández era generalmente conocido y dos días antes nadie se tomaba la pena de fijarse en él. Un caballo pura sangre y dos criados sarracenos vinieron á hacerlo el héroe del día, ó como se ha dicho en tiempos modernos, el león de aquella pequeña y novelera sociedad. ¡ Qué de comentarios ! ¡ Qué de conjeturas ! ¡ Qué de cálculos ridículamente exagerados sobre el valor de los objetos que servían de pábulo á la curiosidad pública ! Todas las madres que tenían hijas casaderas se hacían lenguas del garbo y gentileza del joven oficial, agregando que siempre habían dicho lo mismo.

En un círculo que se formó en derredor de Matilde Espinosa de los Monteros, se hablaba de la gran novedad del día. Estaba allí un joven abogado que alcanzaba gran reputación de talento y saber, pero con quien la naturaleza había sido avara de gracias personales. Don Diego de Arochena era pequeño, cabello rojo, algo vizco y desgraciadamente tenía las intenciones aun más torcidas

que los ojos. Ciegamente enamorado de Matilde, no podía sufrir jamás que se hiciese delante de su pretendida el elogio de hombre alguno. Lejos, pues, de unir su voz al coro de alabanzas que entonaban los oficiales del Fijo, hablando de Gabriel, Arochena, que sonreía con malicia á cada palabra, dijo que los pajes del cadete que tanto habían llamado la atención de los ociosos y noveleros, eran tan moros como él, pues todo el mundo había conocido bajo aquellos disfraces, á los criados de la casa de Aguero y Urdaneche.

Don Luis de Hervias, que estaba presente, se puso rojo de ira y contestó, dirigiéndose al maligno letrado:

—Y ese caballo, como el cual jamás se ha visto otro en este reino, ¿ será también fingido ? ¿ Querrá Ud., señor garnacha, hacernos creer que es alguna de las mulas del coche de Don Andrés de Urdaneche, disfrazada?

Un coro de carcajadas acogió esas palabras de Hervias, y como Matilde se sonrió ligeramente, el abogado contrahecho se mordió los labios, y aunque no replicó ya, un observador atento habría podido advertir el sentimiento concentrado de odio y furor que la chanza suscitó en su corazón.

Aquel episodio hacía ver que Gabriel, si bien tenía admiradores, contaba ya con enemigos implacables. A esa pena está condenado todo el que se eleva sobre el nivel común, por el mérito personal ó por la riqueza. La Fama tiene una hermana gemela que se llama Envidia. Esta sigue siempre los pasos de aquella, y se ocupa incesantemente en destruir su obra.

Matilde recobró su seriedad. Estaba preocupada y tal vez impaciente. Su mal humor se mostró al fin, pues dijo con aire distraido:

—Nadie puede negar que ese joven cadete se ha presentado en el paseo de un modo propio para llamar la

atención general; y por mi parte no dudo tampoco que tenga todas las buenas cualidades que le reconocen estos caballeros; pero ni Ud. Hervias, que parece ser su más entusiasta admirador, ni sus otros amigos, creo podrán negar que Don Gabriel Fernández no perdería nada con mostrarse un poco más cortés y algo sociable. Mi padre lo invitó á esta reunión, como era natural, y no veo que se haya dignado aceptar el convite.

—Algún motivo grave, señorita, que yo ignoro, contestó Hervias, debe haber impedido á mi amigo el recibir el favor que le dispensó el Señor Alférez real al convidarlo. No dudo asegurar que si no hay algún inconveniente insuperable, Gabriel reparará mañana, concurriendo al sarao, su falta involuntaria.

El abogado vizco creyó sorprender un sentimiento de satisfacción en el rostro de Matilde; pero talvez no fue aquello sino amor propio de mujer satisfecho, al que los celos del enamorado dieron mayor alcance del que correspondía. Ello es que Don Diego de Arochena vió desde aquel momento en el joven cadete un rival mucho más peligroso y temible que todos los demás adoradores de Matilde, y le juró una guerra á muerte.

Entre tanto aquel que sin saberlo era el objeto de aquella admiración y de aquel odio, y cuyo nombre servía de tema á las conversaciones en el refresco del Alférez, había llegado á su casa y después de haber mandado desenjaezar el caballo y colocarlo en la cuadra, se desnudó del uniforme, se encerró en su cuarto y se puso á meditar sobre los sucesos de la tarde.

Era imposible que hubiese pasado desapercibida para el joven cadete la admiración que había excitado, y que un sentimiento de orgullo y vanidad no se hiciera lugar en su corazón al través de su natural modestia. Para apreciar en lo que realmente vale eso que llamamos fama,

se necesita cierto grado de filosofía que da solamente la edad y la experiencia, y que no puede razonablemente exigirse de un mozo de 18 años. ¿Por qué ocultarlo? Gabriel estaba satisfecho de sí mismo, y había crecido unos cuantos codos en su propia estimación en el corto espacio de una tarde.

Más como casi nunca falta alguna espina oculta entre las rosas con que suele coronarnos la Fortuna, Gabriel sentía, en medio de su satisfacción, la punzada de aquella espina, el recuerdo de la hija del Alférez real, que sin saber por qué, le hacía experimentar una sensación mortificante. La mirada de aquella mujer había quedado clavada en lo más recóndito de su corazón como un dardo incandescente, y por más que hacía, no podía arrojarla de su memoria. Evocó el plácido recuerdo de Rosalía; pero ¡ah! fue únicamente para representársela de rodillas á los piés de Matilde, arreglándole el traje. Esta reminiscencia importuna le causó el más profundo disgusto, pues le hizo medir toda la distancia que la suerte había puesto entre aquellas dos mujeres. Se estremeció al escuchar una voz interior que le decía que la posición de la aristocrática belleza era mucho más adecuada á la que él estaba llamado á ocupar en el mundo, que no la de humilde y oscura hija del capitán retirado y maestro de armas, Don Feliciano de Matamoros. El demonio del Orgullo atacaba insidiosamente aquella pobre alma, y luchaba ya para minar en ella el imperio del Amor.

Como para buscar refugio contra sus malos pensamientos y ponerse á cubierto de aquellas asechanzas tentadoras dispuso Gabriel ir á ver á Rosalía; pero quiso hablar antes con su huésped y pedirle alguna explicación sobre los misterios de la casa, y particularmente acerca del extraordinario incidente del ojo del jugador.

Encontró á Don Ramón dejando la capa y el sombrero, pues acababa de entrar, después de haber visto en las calles el paseo. Luego que hubieron hablado de la función y elogiado Pedrera el garbo con que Gabriel había manejado su magnífico caballo, hizo éste rodar la conversación sobre el asunto que deseaba esclarecer. Preguntó á Don Ramón, como por pura curiosidad, que significaba aquel torno que estaba en el estremo del corredor y si se habría equivocado al creer que oía de vez en cuando una voz de mujer en el segundo patio de la casa.

—No se ha engañado Ud., respondió el escribano con mucha naturalidad; está allí una mujer, una pobre loca, criada antigua de la casa á quien ha sido preciso encerrar, porque suele tener accesos de furor muy peligrosos.

Gabriel tuvo que conformarse con la explicación, por más que no lo dejara enteramente satisfecho.

—¿Y podré saber, dijo en seguida, por qué se llama el cuarto del ahorcado la pieza que yo habito?

A esa pregunta contestó Don Ramón con su risa acostumbrada y luego dijo:

—¿Será Ud. capaz, señor cadete de la segunda compañía del Fijo, de tener miedo á los muertos? Si tal hubiera yo imaginado, le habría destinado otro cuarto. El nombre que ha llamado la atención de Ud., se refiere á una historia muy antigua ya. Habitó esa pieza un caballero que fue huésped mío, como Ud. lo es ahora. El pobre señor tenía pesares ocultos, había sufrido grandes contrariedades en la vida, y una mañana amaneció colgado de una viga, precisamente en el lugar donde está la cama de Ud. Eh, eh, eh, y se rió con aquella risa que tanto había chocado á Gabriel al principio, y que ahora, sin saber por qué, le ocasionaba un calofrío muy desagradable.

—¿Y pudiera Ud. decirme, preguntó el joven, por qué he visto una pupila humana en el agujero que tiene en el

ojo izquierdo la figura de uno de los jugadores en el cuadro que está en mi cuarto?

—¿Que ha visto Ud. un ojo humano en ese agujero? exclamó Don Ramón con asombro. Ud. se equivoca, amigo Don Gabriel. Esa debe ser una ilusión de su fantasía y nada más.

—Estoy seguro, señor, dijo Gabriel con seriedad. Aquel ojo tenaz clavó en mí su mirada y siguió todos mis movimientos. Levanté el cuadro y no encontré agujero alguno en el tabique, ni nada que pudiera explicar tan extraño incidente.

—Ya Ud. lo vé, replicó el escribano con naturalidad. Nada había; ni ¿qué podría haber?

—Dígame Ud., esa pieza contigua á mi cuarto que se mantiene siempre cerrada. . . .

—Esa pieza está ocupada con una estantería que contiene mis protocolos, los de mi padre y los de mi abuelo, que eran escribanos, como yo. Cuando quiera Ud. verla, lo llevaré á ella.

Gabriel vió que nada podría sacar de aquel hombre, impenetrable y frío como el Destino, y dejó al tiempo el cuidado de aclarar aquellos misterios.

CAPITULO XII.

EL SARAO.

A las ocho de la noche del día 22 la espaciosa casa del regidor que había desempeñado las funciones de Alférez real en la fiesta de Santa Cecilia, abría sus puertas á lo más florido de la sociedad. El salón principal, preparado para el sarao, estaba cubierto con un artesón abovedado, de cedro con arabescos negros, construcción que no era rara en aquella época y que daba á las salas de recibimiento un aspecto más elegante que el que presentan hoy, con nuestros pobres cielos rasos planos, de tela blanqueada. Tres grandes arañas de plata, cargadas de bujías, y candelabros del mismo metal en consolas de madre perla y carei, iluminaban la pieza, cuyas paredes habían sido decoradas para la ocasión con un cortinaje de damasco de seda, amarillo y carmesí. Los sofás y las sillas eran de nogal, con asientos y espaldares de baqueta de Rusia, con clavos dorados, y el pavimento desaparecía bajo una alfombra roja, sembrada de lentejuelas de oro. Jarrones de la China y del Japón sosteniendo enormes ramos de flores naturales, y espejos con marcos azogados completaban el adorno del salón, que nos describían muchos años después personas que conservaban entre los recuerdos más gratos de su juventud, la memoria del brillante sarao del 22 de Noviembre de 1810. La orquesta,

poco numerosa y no tan adelantada como hoy, ejecutaba rigodones, minués, paspiés y el valse, baile de origen alemán y que pasando por Francia y por España, era en aquella época de muy reciente introducción en Guatemala. Se ejecutaba con figuras diferentes, que hacían con los brazos los que bailaban y cada una de las cuales tenía su denominación. Lacayos con librea de azul y plata y pelucas empolvadas circulaban por el salón, llevando en grandes azafates sorbetes y dulces que servían á la concurrencia.

Don Pedro Espinosa de los Monteros, en uniforme de regidor y ostentando la cruz roja de Santiago, recibía con cortesana atención á señoras y caballeros, desempeñando igual deber su esposa y su hija, la incomparable Matilde, verdadera reina de aquella hermosa fiesta. Lucía el espléndido traje de terciopelo cereza en que se había superado á sí misma la habilidad de la hija del capitán Matamoros. El corpiño de tisú de plata, las grandes mangas abiertas descendían hasta abajo de los muslos que estaban guarnecidas interiormente de la misma tela del talle; la riquísima blonda de Malinas que rodeaba el escote cuadrado y se levantaba por la parte de atrás hasta tocar con la cabeza; el peinado, adornado con plumas blancas y cargado de joyas de gran precio; todo, hasta el zapato de raso color de perla con rosetas de brillantes y palillos rojos, era rico y de buen gusto en aquella joven, cuya belleza escultural atraía las miradas y se imponía á la admiración de los concurrentes.

A las diez el sarao estaba en su mayor animación. Bailaban los jóvenes, las personas de edad formaban grupos que se comentaban las últimas noticias de la península ó los incidentes de la fiesta y en la pieza inmediata á la del baile se veían cuatro ó cinco mesas, en que se jugaba á la malilla ó al tresillo. Había allí funcionarios civiles y mi-

litares, propietarios, comerciantes y algunas señoras que también jugaban.

Matilde parecía impaciente y dirigía miradas furtivas á la puerta principal del salón. A las diez y cuarto dos jóvenes de uniforme blanco atravesaron los grupos y se dirigieron al estrado, para saludar á la señora y á la hija de Espinosa. Era el teniente Don Luis de Hervias y el cadete Don Gabriel Fernández de Córdoba, que fue objeto de la atención general.

Una verdadera lucha había tenido que entablar Don Luis para convencer á Gabriel de que no debía desairar la invitación del Alférez, á quien había acompañado en el paseo. Cediendo al fin á las instancias de su amigo, se decidió Gabriel, cuando iban á ser las diez, á ponerse el uniforme y concurrir al baile, proponiéndose no permanecer sino un breve rato, por no mostrarse descortés.

Matilde acogió á los dos amigos con atención; pero sin que se advirtiera que hiciese la menor diferencia entre el uno y el otro. La conversación rodó sobre cosas generales, expresándose la joven con sencillez y naturalidad. "La semidiosa se digna descender un escalón de su elevado pedestal," pensó Gabriel, que no cambiaba la idea desfavorable que tenía formada de la protectora de su novia.

—Hervias, dijo de repente Matilde, volviéndose al joven teniente: ¿quisiera Ud. hacerme el favor de bailar ese valse con la hija del Secretario del Presidente? No he visto que haya tomado parte en la danza hasta ahora.

—Yo me prometía, contestó Don Luis, pedir á Ud. la distinción de aceptarme por compañero; pero Ud. sabe, Matilde, que la menor indicación de su parte es una orden para mí.

El galante oficial hizo una inclinación de cabeza y fue á invitar á la hija del Secretario.

Matilde y Gabriel quedaron casi solos en un extremo del salón. Era la primera vez que el joven se veía obligado á sostener una conversación con aquella mujer que le inspiraba, como lo hemos dicho, una antipatía que apenas acertaba á disimular bajo las fórmulas de la urbanidad. Maldecía en su interior á la casualidad que lo ponía en el caso inexcusable de sostener aquella plática y formaba el propósito de ponerle término tan pronto como pudiese hacerlo, sin faltar de un modo marcado á la cortesía.

Creyó que iba á presentarse la deseada ocasión, pues no habrían pasado dos minutos desde que se había separado Hervias, cuando se acercó á Matilde el abogado vizco y de cabello rojo, Don Diego de Arochena, y la invitó para el valse.

— Gracias, Don Diego, contestó la joven. Estoy muy fatigada y no bailo esta pieza.

El letrado comprendió que Matilde deseaba continuar la conversación con el cadete; se mordió los labios y se retiró.

— ¿Qué me dice Ud. de nuestro pobre amigo el capitán Matamoros? dijo la hija del Alférez; ¿lo ha visto Ud. hoy?

— Si, señorita, contestó Gabriel. Don Feliciano mejora y creo que pronto estará completamente restablecido.

— Es una fortuna que se haya salvado, observó Matilde. El capitán deberá la vida, después de Dios, á la esmerada asistencia de Rosalía. Esa criatura es un ángel.

La mirada profunda de la joven se clavó al pronunciar estas palabras en los ojos de Gabriel, como si hubiera querido leer la impresión que causaba aquel nombre en el alma del cadete.

— Rosalía, replicó él sin alterarse, ha cumplido como buena hija, pero el enfermo debe también no poco á los cuidados que la bondad de Ud. le ha prodigado.

—Es amiga mía y esto basta. Quiero al capitán por que es su padre, y cuando Rosalía se case, veré á su marido como si fuera mi propio hermano.

—¿Cuando Rosalía se case? replicó Gabriel, y luego añadió en tono sarcástico: pero entónces, señorita, perderá Ud. su costurera; y eso será muy pronto.

Sin aguardar respuesta, hizo una profunda reverencia á la joven y le volvió la espalda, yendo á confundirse entre los grupos de los caballeros.

Matilde se puso pálida de despecho. La impertinente conducta del cadete la hirió en lo más vivo; pero ¡ay! la sensación dolorosa que experimentó en aquel momento le reveló lo que ella misma no había querido comprender aún. El frío y casi insolente desdén de aquel joven, del cual hizo muy poco caso al principio, había venido á ser el más cruel torcedor para aquel corazón tan altivo como apasionado. Una lágrima de ira.... y de amor quizá, rodó por la mejilla de Matilde, sin que lo advirtiera más que aquel que se había constituido en su vijilante centinela, el abogado del cabello rojo, que no la había perdido de vista durante aquella escena.

La orgullosa doncella enjugó inmediatamente aquella lágrima y tomando el brazo del primero que llegó á invitarla para bailar, se lanzó como poseida de un vértigo.

Gabriel Fernández, el héroe del día, aquel que había venido á hacerse el ídolo de las jóvenes, la envidia de los galanes y el objetivo, como se dice ahora, de las madres, desapareció. Había cumplido, dejándose ver en el sarao y se volvió á su casa.

Entre tanto la animación del baile iba creciendo, á medida que avanzaban las horas. Aquella juventud, tanto más ávida de goces cuanto tenía menos oportunidades de proporcionárselos, se embriagaba con las emociones de la fiesta. Todos aspiraban á torrentes el placer en aquella

reunión en que se confundían en las figuras de una elegante contradanza las casacas bordadas de oro y plata de los caballeros con los vistosos trajes de terciopelo, de tisú y de seda de la China de las damas. Todos gozaban, con escepción de tres personas: la reina de la fiesta, humillada, contrariada en lo más recóndito de su alma; el desdichado Don Luis de Hervias, para quien no tuvo Matilde una mirada, una palabra desde que desapareció Gabriel, como si quisiera castigarlo por no haberlo retenido, y el maligno Don Diego de Arochena, que buscaba alguna oportunidad para dar rienda á su despecho.

En uno de esos momentos que suele haber en los bailes en que las parejas y la orquesta se dan una ligera tregua para descansar y cobrar nuevas fuerzas, hizo el astuto licenciado ciertas evoluciones calculadas para hacerse encontradizo con Matilde. Parecía ésta profundamente preocupada, y sin darse cuenta de lo que hacía, trituraba con sus menudos dientes la orilla de un riquísimo abanico que acababa de recibir de Francia.

Acercósele el abogado del cabello rojo y le dijo en voz baja:

—Parece que hay jóvenes que dan pruebas de mejor gusto en materia de caballos y pajes que no en punto á la elección de las personas á quienes hacen señoras de sus pensamientos. ¿Qué opina Ud., Matilde?

—Ignoro lo que Ud. quiere decir, contestó la joven en voz alta y en tono desdeñoso.

—Pues la cosa es clara, replicó Arochena, riéndose. Preferir una costurera, la hija de un espadachín, ó maestro de armas, á. . . . á alguna otra dama de calidad y verdadero mérito, me parece que solo puede hacerlo un hombre de inclinaciones muy bajas.

—Caballero, dijo Matilde, con altiva dignidad, necesito recordar que es Ud. en este momento nuestro huésped,

para no contestar como debiera á esas palabras con que pretende agraviar á una joven á quien no conoce, y que si ha nacido en una clase humilde, no por eso es menos estimable que otras. Permítame Ud. le recuerde que la hija del capitán Matamoros, á quien Ud. parece aludir sea cual fuere su origen y su posición, es amiga mía y que cualquier agravio que se le haga, lo recibo como si fuera dirigido á mí misma.

Dicho esto, la hija del Alférez real volvió la espalda al abogado, que permaneció clavado en el puesto, en una actitud y con un aire que habría podido servir á un artista que hubiera querido hacer la estatua del despecho.

Mientras el impertinente abogado devora en silencio la dura lección que acaba de recibir, invitamos al lector á que nos siga por un momento al salón del juego. Acerquémonos á esa mesa donde están tres personas; un caballero anciano, en uniforme de Teniente General, otro de menos edad, con la casaca blanca del Fijo y tres galones en las mangas y otro que representa unos cuarenta y cinco años y que viste un traje serio de terciopelo negro, con corbatín blanco y una elegante pechera que sale por la abertura del chaleco, medio abotonado. El primero es el Capitán General del reino y Presidente de su real audiencia; el segundo el coronel que manda el batallón de línea y el tercero .... Don Juan de Montejo.

¿Quién es ese sujeto? preguntará acaso el lector; y si así fuere, sentiremos que no nos sea posible satisfacer cumplidamente su curiosidad. Don Juan de Montejo era un personaje muy conocido en la sociedad guatemalteca de aquel tiempo. Riquísimo según la voz pública, nadie sabía, sin embargo, de donde procedía su fortuna, pues no tenía negocio ni profesión conocida. Decían algunos que era hombre muy sagaz, con apariencias de lo contra-

rio y que sabía mucho, aunque no había seguido carrera alguna. Según unos era un sujeto excelente, y según otros un perverso. Había quien lo suponía un jugador afortunado y no faltaba quien atribuyera su caudal á ciertas botijas de oro, que aseguraban se había encontrado en una casa vieja de la Antigua. Ello es que el Don Juan era un enigma que hasta entonces no había podido descifrarse. Viajaba con frecuencia; últimamente había hecho, según decían, una larga excursión por Europa y hacía apenas dos días que estaba en la ciudad.

Si Don Juan de Montejo no era jugador de profesión, cosa que nadie podía asegurar, no había duda de su competencia en materia de juegos de sociedad. Jugaba al ajedrez como nadie en el país y una vez hizo una partida en que se cruzaban tres mil duros de apuesta, con la espalda vuelta al tablero; diciéndole el contrario las jugadas que hacía y disponiendo él el jiro de sus piezas sin verlas. Contaban que una noche, jugando al billar, había hecho seiscientas tres carambolas continuadas. Consumado tresillista, casi nunca perdía á ese juego.

Y sin embargo, aquella noche Don Juan tenía una mala suerte que no acertaban á explicarse ni el Capitán General ni el comandante del Fijo que formaban con él la partida de tresillo. A las doce llevaba perdidos cerca de ocho mil pesos, sin que se le advirtiera por eso la menor contrariedad. La expresión de sus ojos, medio adormecidos siempre, no se alteraba. El rostro de aquel hombre parecía impasible, como si la vida se hubiera suspendido en su ser momentáneamente, por efecto de la aplicación de un anestésico.

A pesar de que las apuestas eran fuertes, ninguno de los tres jugadores parecía darles mucha importancia, y

sin desatender el juego, conversaban acerca de diferentes cosas.

—Don Juan, dijo el Capitán General, cuando salió Ud. de Trujillo ¿se había puesto ya en marcha el situado que vino de Veracruz en la Thetis? *¿Quién se encarga del juego?*

—*La defiendo*, dijo Montejo, contestando á la última pregunta del Presidente, y luego añadió:

—El situado salió dos días antes que yo, con veinte hombres de escolta.

—*Van y vienen*, dijo el coronel, y agregó, dirigiéndose al Capitán General: ¿no cree V. E. que esa escolta es muy corta? Pudiera ocurrir algún accidente. La partida de Pié-de-lana parece haber aumentado, y si saben que vienen cien mil pesos, no será remoto que ataquen el convoy. ¿Qué dice Ud. Don Juan?

—La observación me parece justa.—*Vuelven*, contestó Montejo, empleando otro técnico del juego.

—No creo que Pié-de-lana se atreviera á dar ese golpe, dijo el Capitán General; pero por cualquier evento . . . . . *paso* . . . . . coronel, haga Ud. salir mañana veinticinco hombres del batallón al mando de un teniente, y que vayan al encuentro del convoy.

—Muy bien, señor, replicó el comandante del Fijo. Irán al mando de Hervias, que es muy cumplido y haré que vaya también el cadete Fernández de Córdoba que tiene deseo de distinguirse y ganar la charretera de subteniente. *Bola.*

—*Voy al robo*, dijo Don Juan de Montejo, y en seguida, consultando su reloj, añadió:

—Es más de la una, V. E. y Ud., coronel, me permitirán que me retire, pues me siento un poco fatigado. Veo venir hácia acá á Don Andrés de Urdaneche y él puede concluir la partida, haciendo mis veces.

El Capitán General y el comandante del Fijo dijeron á Don Juan de Montejo que fuese á descansar y Don Andrés tomó las cartas.

Montejo salió apresuradamente de la casa: se embozó en su capa y dando un largo rodeo, se dirigió hácia el cementerio del Sagrario. Llegó á la puerta, sacó una llave, abrió sin hacer el más ligero ruido y entró.

CAPITULO XIII.

EL SITUADO.

Bien sabido es que hubo una época en que, disminuidos considerablemente los productos de las rentas del reino de Guatemala, se hacía necesario remitir todos los años de Nueva España cierta cantidad para completar los gastos de la administración pública. Llamaban á esa remesa el situado, y muchas veces venía de Veracruz á Trujillo, y de este puerto se dirigía, bajo segura escolta, á esta ciudad.

Uno de esos envíos, por cantidad de cien mil pesos, era el que se aguardaba para fines de Noviembre de 1810, y al que se refirió la conversación del Capitán General, del comandante del Fijo y de Don Juan de Montejo en el sarao del Alférez real.

Hemos visto que la noticia que dió aquel misterioso personaje sobre lo diminuto de la escolta que venía con el convoy, ocasionó la disposición de que salieran 25 hombres del batallón al encuentro del situado; y atendiendo al carácter y modo de proceder del Don Juan, no sería temerario suponer que no sin intención puso aquella circunstancia en conocimiento de tales personajes.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que al siguiente día muy temprano recibieron el teniente Don Luis Hervias y el cadete Don Gabriel Fernández la orden de pre-

sentarse montados, en el cuartel, para ir á desempeñar una comisión. Pocos momentos después, habiéndose dado á Hervias las instrucciones del caso, salían á la cabeza del piquete por el camino de San Salvador, que se tomaba para ir ó para venir de Trujillo á esta ciudad.

Ambos jóvenes recibieron con viva satisfacción la orden de ponerse en marcha, y desde que salieron no hacían otra cosa que levantar castillos en el aire sobre la suposición de que Pié-de-lana y su cuadrilla tuvieran la feliz idea de querer asaltar el convoy. Cuando á la luz dudosa del crepúsculo divisaban en lontananza algunas hileras de árboles, orillas del camino, palpitábanles los corazones de contento, imaginando que aquellas figuras indecisas eran los ladrones que los aguardaban resueltos á disputarles el paso. La realidad disipaba aquellas ilusiones; pero no los curaba de la manía de ver á Pié-de-lana y su cuadrilla, agazapados, en cada grupo de matas, en cada partida de ganado, en cada recua de acémilas que percibían á lo lejos.

Al segundo día de haber salido de la capital llegaban, al caer la tarde, orillas del río del Molino, al pié del ramal de la cordillera que corta los dos caminos que puede seguir el viajero que se dirige á San Salvador. Hervias y Fernández vieron brillar al sol cañones de fusiles y en seguida percibieron las chaquetas encarnadas de los soldados caribes que formaban la escolta del convoy. Venía esta al mando de un capitán, bajo cuyas órdenes se pusieron el teniente y el cadete con sus veinticinco hombres. El comandante dispuso pasar la noche en aquel sitio y continuar la marcha á las dos de la mañana del siguiente día, aprovechando la luna que debía levantarse una hora antes. Distribuyó la escolta de la manera oportuna para evitar cualquier sorpresa é hizo colocar centinelas en los puntos convenientes.

Gabriel se envolvió en su capa y se tendió sobre el césped; pero no pudo conciliar el sueño. Repasaba en su imaginación los sucesos de los últimos días y no dejó de hacer la observación de que algunos de ellos tenían un carácter un tanto novelesco. Los misterios de la casa de su huésped mantenían siempre viva su curiosidad, y hacían flotar su espíritu en un mar de conjeturas y de confusión. Pensaba también en Rosalía, con la complacencia que hace experimentar á una alma joven y apasionada la idea de la próxima posesión del objeto amado; pero inmediatamente recordaba, sin saber por qué, á la orgullosa hija del Alférez real, que se ofrecía á su imaginación en toda la esplendidez del lujo y la belleza con que se le había presentado cuatro noches antes, como una visión celeste, en medio de una atmósfera de luz, de armonía y de perfumes. Parecíale oir aún el timbre argentino de aquella voz, imperiosa pero dulce, diciéndole que amaría como á su propio hermano al marido de Rosalía; expresión á que él contestara con indisculpable dureza.

Gabriel no podía desconocer el cambio verificado en los sentimientos de Matilde, y no era tan modesto que no sintiera cierta complacencia interior al verse preferido, sin pretenderlo, á los numerosos adoradores de aquella orgullosa dama. Pero creía, y he allí en lo que se engañaba tal vez, que si le complacía aquella preferencia, era únicamente porque podía ofrecer á la pobre y humilde hija del maestro de armas, como un valioso homenage, el sacrificio de la probabilidad fundada de una alianza á todas luces ventajosa. Cuando la pasión ó el interés comienzan á arrastrarnos fuera de la senda del deber, encontramos siempre algún argumento especioso con que pretendemos disculpar la falta á nuestros propios ojos.

Entregado á estas reflexiones estaba el joven cadete cuando la pálida reina de la noche comenzó á levantar su

argentado disco sobre la cumbre de la montaña, que coronaban pinos agrestes y vetustos encinos. Bañaba la luz la tranquila corriente del río, harto reducido en aquella estación del año, pero de cuyas temibles crecientes invernizas daban testimonio las grandes playas de arena y piedra que se veían á un lado y otro de la corriente. Los robustos y tronchados troncos de árboles que el agua había arrastrado, detenidos cuando ya no tuvo fuerza para seguir llevándolos hácia adelante, daban lugar á que se formaran pequeñas y graciosas cascadas donde la luz de la luna rielaba los más bellos cambiantes.

La cuesta dibujaba sobre la agria pendiente de la montaña su blanquisco zig-zag, y podía divisarse desde abajo la rústica cruz que coronaba un cono formado con piedras, doloroso recuerdo de algún crimen perpetrado en aquel sitio.

Por el momento no turbaba el silencio de aquella soledad más que el chillido incesante, monótono y agudo del *chiquirín* que poblaba la vecina selva, y el vuelo perezoso de alguna ave que pasaba de un árbol á otro y hacía balancear la rama con su peso.

De repente percibió Gabriel á lo lejos y en el camino del inmediato pueblo de los Esclavos ladridos de perros y el agudo canto de un gallo que despertaba. Repitiéronse una vez y otra y luego creyó distinguir un rumor distante, como el que formaría un tropel de caballos. Por lo que pudiera suceder, avisó el joven cadete á su amigo Hervias y al comandante del convoy, quien hizo formar la escolta. El rumor, á cada momento más distinto, parecía acercarse con presteza, y no podía ya estar muy distante de la centinela colocada en el camino del pueblo. En efecto se oyó luego el quien vive del soldado, y aunque no pudo percibirse la respuesta, se consideró que ó no lo darían ó no debía ser satisfactoria, pues el vigilante disparó su

arma y tardó poco en incorporarse á la fuerza, anunciando la aproximación de un cuerpo numeroso de gente de á pié y de á caballo que no había contestado á la orden de hacer alto.

Hervias y Fernández oyeron con júbilo aquella noticia que les anunciaba próxima ocasión de distinguirse, y se prepararon á recibir al enemigo, pues como tal consideraban ya á los que se acercaban.

Y era así efectivamente. Una partida de poco más de sesenta individuos, de los cuales algunos iban armados con fusiles, otros con trabucos y algunos con machetes, avanzaba en silencio y con bastante orden, con dirección al punto donde estaba el convoy. No había lugar á equivocarse: Pié-de-lana y su partida, que habían andado en aquellos días en la capital y en sus alrededores, sabiendo la aproximación del situado, se proponían apoderarse de aquel caudal.

El comandante de los cuarenta y cinco hombres que formaban la escolta, de los cuales como sabemos, veinte eran caribes de la costa del Norte y veinticinco del batallón de línea de la capital, tomó sus disposiciones con calma y con acierto, distribuyendo la fuerza del modo conveniente. Con diez soldados cada uno y cubriendo los puntos más expuestos á ser atacados estaban el teniente Hervias y el cadete Fernández, en quienes el ojo experto del viejo oficial percibió desde luego el deseo de distinguirse y de ganar un grado.

Luego que estuvieron á tiro de fusil, los ladrones que llevaban armas de fuego hicieron un disparo, quedando muerto uno de los soldados de Fernández y heridos tres del mismo pelotón y dos de los de Hervias. La escolta contestó la descarga, viéndose caer varios de los ladrones, no obstante lo cual, y antes de que los soldados tuvieran tiempo de volver á cargar sus fusiles, se precipitaron los

bandidos como lobos rabiosos empeñándose un terrible combate, en que los hombres peleaban cuerpo á cuerpo y verdadera desesperación. Había uno entre los de á caballo que parecía ser el jefe, que comunicaba sus órdenes con rapidez y que recorría los grupos, animando á los suyos y tomando parte personalmente en la lucha, pues se veía su espada teñida en sangre hasta la empuñadura.

El rostro de aquel hombre desaparecía en la parte superior bajo las anchas alas de un gran sombrero negro, sobre el cual ondeaba una pluma del mismo color, y la inferior bajo una enorme barba que le caía sobre el pecho. Montaba un caballo también negro, magnífico animal, de un vigor, un brío, una agilidad y una inteligencia que rarísima vez se ven reunidas en igual grado en un irracional. Hubo un momento en que el que parecía jefe de los bandidos se encontró solo con Gabriel Fernández, que se lanzó imprudente fuera de la línea de los suyos, y dirigió un vigoroso ataque al del caballo negro. La ventaja estaba por este, que peleaba montado; pero Gabriel no reparó en esta circunstancia y asestó los más terribles golpes á su adversario. Este, sin embargo, no hacía más que defenderse y recular su caballo, que ejecutaba admirablemente la evolución. Pero por desgracia uno de los ladrones que vió á su jefe en lo que consideró un peligro grave, se acercó á Gabriel y apuntándole con su trabuco casi á quema-ropa, disparó su arma.

El joven cadete cayó atravesado por la bala. El del caballo negro lanzó un grito y apeándose precipitadamente, corrió hácia el herido; pero en aquel momento Hervias, que había presenciado el lance y que acudió seguido de cuatro ó seis soldados, levantó á su amigo y lo condujo á alguna distancia del teatro del combate.

Entónces el que parecía jefe de la partida hizo resonar un pequeño clarín de plata que llevaba atado á la cintura,

con lo que todos los suyos abandonaron el combate y se reunieron en torno del misterioso personaje. Les dirigió algunas palabras é inmediatamente unos cuantos levantaron los heridos y muertos y se retiraron todos por el camino real, sin que los de la escolta se atrevieran á seguirlos, pues estaban ellos mismos harto descalabrados.

Hervias llevó á Gabriel á la choza de un labrador que estaba á cincuenta varas del río, y formándole una cama del mejor modo posible, en el único tapexco que había en el rancho, le colocaron allí, sin saber como valerse para curarlo.

Pasaron tres horas sin que Don Luis se separara un instante de la cama donde estaba su amigo exánime y con la palidez de la muerte pintada en el semblante. Como á las seis, y cuando Hervias y los demás oficiales estaban en la mayor congoja, no sabiendo que partido tomar, pues ni aún se atrevían á conducir á Gabriel en parihuelas, temiendo que el movimiento exacerbara la fiebre que se había declarado ya, vieron venir por el camino á un hombre que llevaba unos espejuelos verdes de los de cuatro vidrios, un pañuelo blanco que le cubría la barba y la boca, como para defenderlo del sol, un gran poncho de lienzo blanco sobre los hombros, y á quien seguía un mozo, también montado y con una maleta por delante. El viajero, si había de subir la cuesta, tenía que pasar por precisión delante de la puerta de la chosa donde estaba Gabriel; y así fue efectivamente. Cuando se acercó, le habló el comandante de la escolta, preguntándole si era algún hacendado de aquellas inmediaciones, pues tal parecía por su aspecto, y si no sabía de algún cirujano práctico que hubiese por aquellos lugares.

—Hacendado soy contestó el viajero; pero no de estas tierras, sino de la provincia de San Salvador, á donde me dirijo. Y en cuanto á la pregunta que Ud. me hace, digo

que no conozco á nadie, cirujano ó no cirujano, de estos lugares.

Desconsolados y aflijidos quedaron el comandante y los oficiales que tal respuesta oyeron; pero inmediatamente añadió el viajero, dirigiéndose al jefe de la escolta.

—Sin que se tome á indiscreción ¿podré saber el motivo que hace que Ud. desee encontrar un cirujano?

—No hay porque ocultarlo, contestó el comandante. Tenemos aquí un oficial gravemente herido por resultado de un combate con una partida de malhechores que nos atacó esta madrugada y que tal vez Ud. habrá visto por el camino.

—Supe que había pasado por los Esclavos, donde hice noche, contestó el viajero, y solo por la suma urgencia que tengo de llegar á mi casa, me decidí á seguir adelante á riesgo de tener un encuentro que habría sido muy desagradable. Pero ya que Ud. dice que necesita con urgencia un cirujano, puedo ofrecerle mis servicios, pues sin ser precisamente de la profesión, creo poseer los conocimientos y la práctica suficientes para hacer la primera curación al herido y ponerlo en actitud de que se le conduzca á la ciudad.

—Dijéralo Ud. desde luego, gritó Hervias que estaba oyendo la conversación desde el rancho. Venga Ud. caballero, pronto pues no hay tiempo que perder.

En el mismo sentido se expresaron el comandante y los otros oficiales, con lo cual el viajero se apeó, después de haber dicho al mozo que desatara la maleta, y sacando una caja que parecía un botiquín y un estuche de cirujano, entró á la choza y comenzó á examinar á Gabriel, con la sangre fría y con la habilidad de un hombre experimentado en aquella clase de operaciones.

La bala había entrado un poco arriba de la cadera y salido por la parte de atrás, á un lado del espinazo.

—No creo, dijo el práctico, que el proyectil haya tocado parte alguna delicada; pero es urgente contener la hemorragia.

Diciendo así, preparó las compresas, vendó perfectamente al herido y añadió:

—No me parece que haya peligro. Este joven necesita reposo y cuidado, y que se le den alimentos muy sencillos. Dentro de dos ó tres días podrá conducírsele á la ciudad.

—Dicho esto se despidió del comandante y de los oficiales, que le dieron las gracias en términos muy expresivos, y continuó su marcha, subiendo la cuesta del Voladero.

—Más parece este señor un cura que un hacendado, dijo uno de los oficiales. ¿Y no observaron Uds. la nariz que tiene? Es bastante rara.

—Cura ó hacendado, contestó Hervias, (que bien pudiera ser lo uno y lo otro), nos ha prestado un buen servicio y me ha quitado un gran peso del corazón, al declarar que la herida de mi pobre amigo no es de peligro. ¿Qué dispone Ud. hacer, comandante?

—Que Ud. se quede cuidando del herido, replicó el jefe de la escolta, con cuatro soldados, y que el convoy continúe ahora mismo su marcha. Cuando ese joven cadete pueda caminar sin exponer su vida, cuidará Ud. de conducirlo, pidiendo auxilio á los alcaldes del pueblo inmediato, á quienes haré al pasar las prevenciones del caso.

Así se hizo. El convoy continuó su marcha y Hervias quedó al cuidado de Gabriel. Por fortuna sucedió lo que había anunciado el práctico. El herido fue mejorándose, y al tercer día, aderezada una camilla, se le condujo á la ciudad, donde había corrido la noticia del asalto y la del valor heroico que el cadete Fernández de Córdoba había desplegado en aquel lance. Esto aumentó la fama del heroe de la presente historia, con mejor fundamento por cierto que lo del caballo árabe y los dos pajes moros que había sido el principio de su popularidad.

CAPITULO XIV.

UNA INTRIGA DE DON DIEGO.

Uno de los primeros que tuvieron noticia en la ciudad de que la fuerza que escoltaba el situado había sido atacada por la cuadrilla de Pié-de-lana, fue el licenciado Don Diego de Arochena, que frecuentaba mucho las oficinas de palacio y las de la audiencia. La primera versión del suceso fue que la escolta había sido deshecha y que el cadete Fernández quedaba espirando, atravezado por cinco ó seis balazos. Y la cosa debía ser cierta, pues la contaba la mujer del primo de un cabo de los expedicionarios que había llegado á su casa derrotado. El maligno Don Diego apenas pudo disimular su alegría al oir aquellas noticias y sin perder momento se dirigió á casa de Don Pedro.

Estaban las señoras en el cuarto de costura. Doña Engracia, madre de Matilde, se ocupaba en hacer un cordón de seda y oro y la joven bordaba un pañuelo de olan extendido en un bastidor. Una negra vieja sentada en el suelo, entretenía á sus amas contándoles casos muy raros de duendes y aparecidos ocurridos en la Antigua y de los cuales daba fé como testigo presencial. Nana Mariana Espinosa tenía setenta y dos años y había sido esclava hasta la edad de cincuenta y tres. Al nacer Matilde, Don Pedro Espinosa dió á dos esclavos hombres y á dos esclavas mujeres que tenía sus cartas de libertad, como regalo

que les hacía la recién nacida; pero ninguno de ellos quiso hacer uso de la gracia. Continuaron en la casa como criados libres y llevaban siempre el apellido de su amo. Nana Mariana después de haber sido *china* de la niña, había venido á ser una especie de ama de llaves que gobernaba la servidumbre y que no pocas veces quería mandar también á sus mismos amos.

Era fuerte y robusta, guedejas canas, dentadura hermosa y completa y perfectamente marcado el tipo africano en todas sus facciones. Vestía camisa de cambrai muy limpia, con las mangas hasta el codo, prensadas y cojidas con mancuernillas de oro, y la enagua de un rico pero viejo cabo de la China, con pájaros, ramas y flores pintados, que había servido diez ó doce años á Doña Engracia y pasado después á ser propiedad de nana Mariana, á quien le duraría seguramente por el resto de su vida.

Entre las personas que visitaban con frecuencia la casa había algunas á quienes la negra mostraba afición y otras que le inspiràban un sentimiento de repugnancia que apenas se tomaba el trabajo de disimular. Sus setenta y tantos años y el haber visto nacer al amo de la casa, le daban derecho á ciertas libertades que sus señores y los amigos de la familia toleraban.

Uno de aquellos á quienes la anciana había tomado mala voluntad era el abogado Arochena, á quien había bautizado con el apodo de Caín, por el cabello rojo. No podía imaginar siquiera que Matilde, á quien idolatraba, fuera á casarse con "el de los ojos contra Dios" y no dejaba pasar ocasión de poner á Don Diego más tachas que las que debía á la madrastra naturaleza, que por cierto no eran pocas.

Cuando el criado anunció la visita del licenciado, la negra, que hubo de interrumpir un caso interesantísimo de duendes, exclamó con mal humor:

—Se acabó; ya viene Caín, y ese echa raíces en la silla. Será preciso dejar el cuento para mañana. Y se levantó para marcharse.

—No se vaya Ud., Mariana, dijo Matilde; haremos de modo que la visita de Don Diego sea corta.

La negra iba á replicar; pero en aquel momento entró Arochena, cuyo semblante revelaba cierta agitación.

—¿Qué tiene Ud. preguntó Doña Engracia después de contestar al saludo del abogado; parece como si algo le hubiera sucedido.

—A mí, señora, contestó el maligno, nada me ha sucedido; pero no puede uno ser indiferente á la desgracia de un prójimo, y mucho más cuando este es un joven que daba buenas esperanzas.

Matilde se estremeció, sin saber bien porqué comprendiendo que aquel preámbulo era el anuncio de algún acontecimiento funesto.

—Pero ¿qué hay? replicó la señora, ¿de qué desgracia habla Ud? ¿A qué joven le ha sucedido algo?

—¡Y qué! añadió Don Diego, ¿no saben Uds. que salieron tres días hace veinticinco hombres del Fijo al mando de un teniente á quien he visto aquí varias veces, Don Luis de Hervias?

—Si, dijo Matilde con interés, ¿ha sucedido alguna desgracia á Hervias? Concluya Ud., por Dios; lo sentiría yo en el alma.

—No, replicó Don Diego con mucha calma, el teniente está bueno y sano; pero no así otros de los que iban en esa malhadada expedición.

Matilde temblaba y no se atrevía ya á preguntar, esperando oir una nueva espantosa.

—La escolta, continuó el abogado, se encontró en el río del Molino con la cuadrilla de Pié-de-lana, que la atacó

y la ha hecho pedazos, llevándose el situado. Un cadete de la segunda compañía, que se llama ....

Podían oirse los latidos del corazón de Matilde, que estaba pálida como un cadáver.

—Se llama, creo, Fernández; el que hizo tanto ruido por el caballo y los pajes en la tarde del paseo.

—Y bien, Fernández, dijo la señora, ¿qué le ha sucedido? Acabe Ud. por Dios.

—Que cayó atravesado por cinco ó seis balazos, y dicen que esta tarde ó mañana entra el cadáver.

Matilde no fue dueña de contener un grito, y un extremecimiento convulsivo agitó todo su cuerpo. Doña Engracia estaba muda de terror, y el perverso abogado veía la desesperación de la joven con diabólica complacencia. Era una prueba á que había recurrido, para acabar de cerciorarse del sentimiento que Fernández inspirara á aquella mujer, á quien él amaba con desesperación.

La negra esclava fue la única de los presentes que conservó su sangre fría y dijo:

—Como me llamo Mariana que lo que acaba de contar este español, ó es un cuento de plaza, ó hay mucha ponderación en lo que dice.

Doña Engracia casi no se fijó en la impresión que hizo en su hija la noticia que acababa de dar Don Diego. Un acontecimiento como aquel, en aquellos tiempos, salía de los límites de lo extraordinario y rayaba en lo estupendo. La señora quedó, pues, al oír la noticia poco menos imprecionada que su hija, aunque por un motivo harto diferente. Doña Engracia apenas conocía al cadete Fernández, y sentía su muerte, como sentiría la de cualquier otro projimo; pero el atrevimiento de la cuadrilla de Piéde-lana era para erizar los cabellos á cualquiera.

Oyó, pues, con gusto y consuelo la réplica tan rotunda de la negra Mariana, que ponía en duda la autenticidad

de la noticia, y por poco autorizada que fuese la contradictora, no valió en adherirse á su opinión.

—Yo no sé, dijo Arochena, picado de que se diese más importancia á las palabras de una criada que á lo que el decía; yo no sé en qué pueda fundarse esta mujer para poner en duda lo que afirma toda la ciudad; y extraño que mi señora Doña Engracia le dé más credito que á mí. En fin, pronto sabremos á que atenernos.

—Yo, señor replicó Mariana con mucha calma, en lo que me fundo es en que en más de setenta años que Dios me ha dado de vida, he oído muchas veces contar cosas muy grandes, y poco á poco van *achiquitándose* después hasta quedar reducidas casi á nada. Ya verán sus mercedes como así viene siendo con lo del robo del caudal del rey y la muerte de ese pobre niño, que no parece sino que este español se alegrara de que fuera verdad, tal era la cara que ponía cuando lo contaba.

Nuestros lectores no deben extrañar la libertad que se tomaba la vieja negra, terciando, como lo hacía, en la conversación de sus señoras con una persona de fuera. Hemos indicado ya que Mariana había venido á ser más que criada compañera, y por otra parte lo extraordinario del caso hacía que se le tolerara lo que en otra circunstancia le habría valido tal vez una ligera reprimenda.

La llegada de Don Pedro puso término á la extraña polémica entablada entre el abogado del cabello rojo y la vieja negra de las guedejas de lana.

—Tú debes saber, dijo Doña Engracia á su marido, lo que haya de cierto en la fatal noticia que nos da Arochena acerca del situado. ¿Es verdad que Pié-de-lana se ha apoderado del caudal del rey, derrotando la escolta y dejando muerto al cadete Fernández ?

—Pié-de-lana, contestó Don Pedro, ha llevado lo que merecía por su atrevimiento. Atacó la escolta; pero nues-

tros oficiales y soldados pelearon como leones y los bandoleros huyeron en completa derrota. Es verdad que tuvimos algunos muertos y heridos, entre estos el cadete Fernández, por fortuna no de gravedad. Este valeroso joven peleó cuerpo á cuerpo y á pié contra el jefe de la gavía, que estaba bien montado, y á no haber sido porque uno de los ladrones disparó su trabuco sobre el cadete, habría sido el último día de Pié-de-lana. Todos se hacen lenguas de ese oficial, y acabo de saber que S. E. ha firmado hoy el despacho de teniente en su favor, premiándolo con dos grados.

Si Matilde no había podido reprimir la expresión de su dolor al escuchar la falsa noticia de la muerte de Gabriel, le fue igualmente difícil disimular la alegría que le causó lo que refería su padre. La herida era leve, y la fama pregonaba en la ciudad el heroísmo del hombre á quien amaba. Doña Engracia y la negra Mariana celebraron el acontecimiento, y solo el respeto que esta tenía á su amo hizo que no se burlara de Caín en sus propias barbas. Verdad es que este tampoco le dió tiempo de que lo hiciera, pues viendo deshecha su perversa maquinación, tomó el sombrero y dijo sonriéndose:

—¡Cuánto me alegro de que sea falsa la noticia que me dieron de la desgracia del cadete! Voy ahora mismo á dar los parabienes por el ascenso á la persona que tiene en la ciudad más derecho que nadie para celebrar la buena fortuna de Gabriel Fernández.

—¿Y quién es esa persona? preguntó Doña Engracia, con curiosidad. Su padre no está aquí, y no sé yo que tenga parientes.

—Parientes no, contestó el del pelo rojo, riéndose; pero novia sí. Pues qué, señora, ¿ignora Ud. que ese joven va á casarse de un día á otro con la hija del capitán retirado y maestro de armas Don Feliciano de Matamoros? A

este digno suegro de tal yerno, es á quien voy á comunicar la buena nueva, para que la trasmita á su hija....la.... no sé como se llama. Una costurera.

Diciendo así, el diabólico abogado hizo á la señora y á Matilde una profunda reverencia, y se marchó. La joven podía apenas contener las lágrimas que le arrancaba el despecho.

—¿ Es cierto eso, Matilde ? dijo Doña Engracia; tú debes saberlo, pues tratas con alguna intimidad á la hija de Matamoros.

Ella no me ha dicho jamás que vaya á casarse, contestó Matilde visiblemente contrariada. Doña Engracia, excelente señora, á quien habían casado á la edad de diez y seis años con Don Pedro Espinosa de los Monteros, porque las familias consideraron que así convenía, y que ignoraba completamente lo que era el amor y los celos, no hizo mucho alto en el desagrado de su hija. Don Pedro que vivía entregado á la política pensaba en aquel momento en las últimas noticias de España recibidas por el correo de Veracruz, y había olvidado ya al cadete Fernández y á Pié-de-lana, ocupando su espíritu lo que acababa de leer en las Gacetas de las perfidias de Napoleón y de las desgracias del inocente y cautivo Fernando. Solo la vieja negra tuvo bastante perspicacia para leer lo que pasaba en el corazón de su señorita; pero no dijo una palabra.

Dos días despues llegó á la ciudad Gabriel Fernández, transportado con las precauciones que exigía su situación, desde el punto donde había tenido lugar el combate.

Como lo había dicho Don Pedro Espinosa, el capitán General, informado de la bizarría con que combatió el cadete en el encuentro con los bandidos, le expidió el despacho de teniente, considerando que no podía hacer menos que premiar con dos grados el señalado servicio que

prestara aquel joven. Exajerando un tanto lo ocurrido, se aseguraba que el jefe de los ladrones, aterrado por el ardimiento con que lo atacó Fernández, se había puesto en fuga, salvándose así el caudal del rey, pues la escolta probablemente habría sucumbido ante el mayor número y la audacia de los enemigos. Hervias de quien hacía también elogios el comandante de la escolta, fue ascendido á capitán.

El despacho de teniente que recibió Gabriel al llegar á la ciudad, influyó favorablemente en apresurar su restablecimiento. Sin embargo, tuvo que hacer muchos días de cama antes de que el célebre Dr. Esparragoza, que lo asistía, lo declarara completamente sano. Cuidaban de él inmediatamente las criadas de la casa y el negro esclavo del escribano, pues aunque había, como sabemos, dos mujeres que habrían querido con toda su alma volar día y noche á la cabecera del joven oficial, ni á la una ni á la otra les era permitido satisfacer aquel deseo.

Muchas veces, durante su larga enfermedad, vió Gabriel aquel ojo que asomaba por el agujero del cuadro, y al fin á fuerza de repetirse tan extraño incidente, llegó á no hacer mucho caso de él y á acostumbrarse en cierto modo á ser objeto de aquel inexplicable espionage de un ser invisible.

Entre tanto se verificaba en el joven teniente un fenómeno fisiológico que no nos atrevemos á explicar y cuya causa podría talvez buscarse en ese íntimo enlace que existe en nuestras afecciones morales y nuestros órganos. Aquel amor ardiente que Gabriel sentía hácia la hija del maestro de armas, perdió gran parte de su intensidad en los días que estuvo sufriendo de la herida, que le hizo perder no poca sangre y que agotó considerablemente sus fuerzas. Esto chocará sin duda aquellos de nuestros lectores, y principalmente de nuestras lectoras que conside-

ren el amor como un sentimiento puramente platónico, libre de la influencia de la acción de los sentidos. Pero hemos tenido que confesar desde el principio que el afecto que experimentaba nuestro héroe no era por desgracia de esa naturaleza. Si consideramos, además, que la vanidad del joven oficial debió de haber subido de punto con el buen éxito de su primer hecho de armas, y no olvidamos por otra parte, que las ideas aristocráticas en que fue educado se habían hecho oír en lo más recóndito de su alma, nos sentiremos inclinados, ya que no á disculpar, al menos á no extrañar mucho que el amor del teniente Fernández hácia la desdichada hija del maestro de armas comenzara á decrecer entrando en lo que podríamos llamar el período álguido, tomando esta voz á la Patología.

Vosotros los que os sintais con tentaciones de calificar severamente la conducta de aquel joven, arrojadle la primera piedra, si es que os considerais tan superiores á las debilidades humanas.

CAPITULO XV.

OTRA INTRIGA DE DON DIEGO.

La pobre hija del maestro de armas había pasado los días y las noches en la mayor aflicción, desde que supo que Gabriel estaba herido; teniendo que contentarse con las noticias que le llevaba su padre, que completamente restablecido ya, iba á todas horas á casa del escribano.

La popularidad que había adquirido el joven enorgullecía al viejo capitán, á quien se escapaba algunas veces la frase "mi hijo," hablando de Gabriel. Pero quiso la desgracia que á medida que fue enfriándose el amor de éste por Rosalía, comenzó también el teniente Fernández á advertir los defectos del padre de su novia.

Entónces vino á caer en la cuenta de que el capitán se embriagaba con más frecuencia de lo que convendría, de que se ponía en tal ó cual ridículo con su inagotable historia de la campaña de Roatán y de que aquellos empréstitos forci-voluntarios que levantaba con frecuencia sobre sus discípulos y cuyo reintegro tendrían que aguardar hasta el día del juicio, lo colocaban en la poco respetable categoría de los petardistas. La primera vez que se agruparon todas esas circunstancias en el espíritu de Gabriel, sintió que la sangre se le subía á la cara, é hizo mentalmente un raciocinio que si no fue el siguiente, no anduvo muy lejos de serlo: "¡ linda figura haría yo en el mundo con semejante suegro !"

Claro es que esa consideración era bastante á propósito para acabar de dar al traste con el amor del teniente, que caminaba á toda prisa hacia el cero, en ese termómetro invisible que tenemos todos en el corazón y que marca los grados de nuestras afecciones.

Cualquiera persona algo más perspicaz que el maestro de armas, habría echado de ver la frialdad con que lo recibía Gabriel y el poco interés con que escuchaba lo que refería el capitán acerca de la inquietud y la aflicción de Rosalía. Una ú otra palabra cortez con que el joven contestaba, era trasmitida al momento á la muchacha; pero de tal manera trasformada y acompañada con tal expresión de ternura (de la cosecha del bueno del capitán,) que la pobre joven debía creer y creyó efectivamente que el amor de su novio crecía á cada instante.

Cuando el teniente estaba ya casi restablecido y se preparaba á continuar en sus ocupaciones ordinarias, ocurrió un incidente que fue á precipitar el completo descalabro de aquellos amores tan mal parados ya. Sucedió que un día se presentó en casa del capitán Matamoros el abogado visco y peli-rojo Don Diego de Arochena, con pretexto de solicitar de Don Feliciano ciertos datos que debían servirle para la defensa de un reo á quien acusaban de ser uno de los afiliados en la cuadrilla de Pié-de-lana, y añadían que había sido de los que atacaron al capitán. Como á este no le convenía decir cómo había pasado en realidad el lance y que no era más que un sólo hombre el que lo había atacado y vencido, contestó á Don Diego de una manera vaga, y sin negar ni admitir que se había batido con la cuadrilla entera de los bandidos. Prestó Arochena mucha atención á la relación del capitán y dijo que aquellos datos eran importantísimos para la defensa de su cliente. Al despedirse, pidió permiso al capitán para volver y oír sus explicaciones sobre ciertos puntos que no le parecían bas-

tante claros; y como es de suponerse, le fue concedido con la mejor voluntad.

A la segunda visita Don Diego, pidiendo mil perdones al capitán por la confianza que se tomaba, le presentó una botella de un riquísimo ron de Jamaica que había recibido y que deseaba, dijo, apurar en compañía de un amigo.

No hay que decir que Don Feliciano absolvió en el acto al abogado peli-rojo del atrevimiento y más que de prisa fue en busca de dos vasos, un paquete de puros y un tirabuzón. No nos cabe la menor duda de que la conversación comenzó con el asunto del reo y con lo de los datos que necesitaba Don Diego para la defensa; pero no sabemos como vino á suceder que al tercer vaso los dos amigos hablan de Rosalía y de Fernández. El capitán refirió al abogado de pé á pá el principio y la marcha de los amores de su hija con el joven oficial, sin ocultar pormenor ni circunstancia alguna, en cuenta el consejo prudente que él había dado; apoyándose en el ejemplo de Fabio Máximo. Se manifestó muy satisfecho de no haber querido precipitar las cosas, aunque sí añadió que no dejaba de chocarle lo que tardaba la respuesta del padre de Gabriel, pues le parecía que era ya tiempo sobrado de que se hubiese recibido.

El abogado hizo como que tomaba un buen trago de ron y dijo al capitán:

—Pues yo mi amigo Don Feliciano, creo, salvo el mejor parecer de Ud. que habría sido más oportuno acceder desde luego á los deseos del joven y no aguardar un consentimiento que tenía que ir á buscarse á dos mil leguas de distancia.

—Pero ¿ cómo se había de hacer, ¡ sable y lanza ! contestó el capitán, si al tal novio le ocurrió nacer demasiado tarde y no tiene todavía edad para casarse sin el consentimiento de su padre?

—Muy sencillamente, replicó el letrado; un matrimonio clandestino, que es tan válido como cualquiera otro, habría salvado la dificultad, y todo se componía con unos cuantos días de arresto y con asistir á la misa de ocho con una vela encendida en la mano, cosa que, como U. ve, no habría quitado un pedazo á los novios.

—Pero ¿y si D. Fernando Fernández desheredaba á su hijo?

—Qué había de desheredar? ¿No sabe U. que todos los padres, aún en casos peores, comienzan á hacer cara de Gestas á los recién casados y poco á poco van tragando la píldora y acaban por estar con el yerno "santo, donde te pondré," y más cuando á su tiempo viene el nietecito, que por supuesto tiene toda la cara de su abuelo?

—¡Voto á bríos! exclamó Matamoros, echándose el quinto vaso, que tal vez no le falta á U. razón, mi amigo D. Santiago de Michelena; y á la hora esta ya estuvieran casados y perdonados y yo á punto de ser abuelo; pero á lo hecho pecho; ahora no hay más que aguardar, que por fortuna de un día á otro estará aquí el permiso y todo se hará como Dios manda.

—El permiso, señor D. Feliciano, replicó D. Diego de Arochena, tiempo hace que debería estar aquí, y yo me temo que en esto anda alguna intriga que ni U. ni nadie podrá desenmarañar. Ello es que la gente habla y el buen nombre de la niña de U. lo padece. La verdad, yo en su lugar mandaría al diablo al tal novio y no volvería á pensar en semejante boda.

—¡Cómo! Mandar al diablo al teniente Fernández de Córdoba! gritó el capitán, dando en la mesa un puñetazo que hizo vailar los vasos y botella, ya casi vacía. ¡A un joven que tiene delante las mejores esperanzas, que es hijo de un hombre que lo idolatra y que le manda un caballo que no vale menos de cinco mil duros, y dos esclavos

moros que Dios sólo sabe lo que costarían ! A ese novio quiere U. que mande yo al demonio ! Primero me dejo... vamos hombre, no me haga U. hablar lo que no debo.

Para ahogar la cólera de que se sentía poseído, el capitán apuró el sexto vaso de ron, con lo cual le pareció que su interlocutor, sin saber cómo, se había vuelto dos.

D. Diego dejó pasar la primera explosión del furor de D. Feliciano y le dijo:

—Pues ya que U., mi buen amigo, da tanta importancia á ese casamiento ¿por qué no hace que se verifique cuanto antes ? Si el padre no contesta, que vayan los novios á misa y cuando el cura eche la bendición, que grite él, "esta es mi mujer" y ella "este es mi marido;" quedarán unidos como dos tortolitas y á ver quien deshace lo hecho. De otro modo, amigo mío, la niña se expone á que de un día á otro casen el pájaro en alguna otra parte. El teniente, con su caballo árabe, sus pajes moros y lo del lance de la defensa del situado, ha echado fama. Dicen que ha de heredar un millón y que no parará hasta Teniente General; con que vea U. si le faltarían novias que suspiren por él y madres que anden tratando de pescarlo para sus hijas. No hay que dejar enfriar el caldo, amigo D. Feliciano; dígale U. muy clarito al teniente que es preciso ó herrar ó quitar el banco. El quiere á la niña, y es seguro que se decide á lo del clandestino. Con que, manos á la obra, pues si U. lo deja al tiempo y está aguardando esa respuesta de España que nunca llega, el día menos pensado se lleva el diablo lo de la boda y U. se arrepentirá de haber andado tan escrupuloso y timorato.

El astuto abogado se marchó, dejando á Don Feliciano que acabara de vaciar la botella y de dijerir el sabio consejo que le había soltado entre vaso y vaso. No cayó la semilla en mal terreno; así fué que dió por fruto la firme resolución que formó el capitán de que no se había de pa-

sar el primer domingo sin que su hija y el teniente se casaran "clandestinamente," es decir, en presencia de unos cuantos centenares de individuos que asistían á la misa de ocho.

Sin pérdida de tiempo abrió la campaña; procurando persuadir á Rosalía á que se presentara á dar la campanada, y sólo la plena seguridad que le dió de que Gabriel deseaba que así se hiciese, la determinó á aceptar la idea, y resolverse á que se celebrara el matrimonio clandestino. Supuso que habría inconvenientes que no dependían de la voluntad del joven, y como su padre le aseguró que el acto sería tan legítimo como si se hiciera con todas las ritualidades se decidió á abrazar aquel partido, aunque no con entero gusto. Su natural delicadeza le decía que no haría bien; pero condescendió por amor á Gabriel y por deferencia á su padre.

El capitán contaba como cosa segura la prestación del teniente. ¿No lo había instado á él mismo para que buscara un medio de que se hiciera el matrimonio inmediatamente, y sin aguardar el consentimiento paterno? Cierto, pues, de que podría comunicarle nueva más agradable que la de que estaba resuelto que el casamiento fuese clandestino, se apresuró don Feliciano á ir á casa de Gabriel, y luego que lo vió, abrió los brazos y estrechándolo afectuosamente, le dijo:

—Albricias, señor teniente, albricias. Si digo que tu debes haber nacido de pies. Todo te sale á medida del deseo. Yo tuve que hacer doce años de soldado distinguido para llegar á subteniente, y diez para pasar á teniente; y tú en seis ú ocho meses te ves ya con la charretera sobre el hombro derecho. ¡Sable y lanza! No es poca fortuna. Y ahora para coronar tu dicha, vengo á anunciarte, como quien no dice nada, que el domingo próximo en la misa de ocho, te dá la mano de esposa una de

las más guapas mozas del reino, que no digo más de ella porque sus alabanzas no estarían bien en mi boca. ¡ Cáspita ! Pues es nada; una perla engastada en cobre. ¿ Qué tal ?

Atónito escuchó Gabriel aquel aguacero de palabras, sin acertar bien lo que significaban ; pero si sospechó que el capitán se refería á un proyecto de próximo matrimonio con Rosalía.

— Pero ¿ de qué se trata ? dijo el joven. Si no he entendido mal, Ud. habla de que yo he de casarme el domingo.

— Pues ni más ni menos, replicó Don Feliciano. Viendo que la respuesta de papá no parece y que la muchacha no puede perder, porque ya se murmura en el público, he consultado con los mejores abogados de Guatemala y todos me han dicho que el consentimiento del padre no sirve para maldita la cosa; que en yendo tú y Rosalía á la misa de ocho y pegando el grito cuando el cura eche la bendición, quedarán mejor casados que si lo hubieran hecho delante del papa. Conque vengo á avisarte para que estés alerta y que todo se haga en regla.

— Y Rosalía, dijo Gabriel, frunciendo las cejas, ¿ consiente en que se haga el matrimonio de ese modo ?

— ¿Pues no ha de consentir ? De mil amores. Le he dicho que tú estás pronto, que los letrados apoyan el plan, que yo lo apruebo. ¿Qué más? Cuando el señor Fernández sepa lo sucedido, les mandará su bendición y un buen regalo de boda, pues parece que el hombre es garboso, y todos viviremos en paz de Dios. ¡ Voto á Cribas, sólo siento que la herida no permita todavía celebrar el golpe como se merece ! Dichoso tú que á pesar de la tuya, podrás comer y beber como un buitre. Y á propósito de esto, si tienes por allí unos cuarenta ó cincuenta duros que no te hagan mucha falta, préstamelos para disponer una

francachela de unos pocos amigos y te los devolveré religiosamente al recibir mi sueldo. Eso si, yo no me quedo con un real de nadie.

Gabriel guardó silencio durante un rato, meditando lo que había de contestar al parlanchin maestro de armas, y le dijo:

— Siento que haya hablado de eso á Rosalía antes de consultarme. Yo no estoy en disposición de prescindir del consentimiento de mi padre, pues si tal cosa hiciera, sería el más desagradecido de los hombres. Recibo cada día nuevas pruebas de su amor y su bondad, y no debo corresponderlas con ingratitud.

— Es decir, replicó Don Feliciano, mudando colores, que tú rehusas casarte, que Ud., se niega á cumplir sus compromisos, que tú ...... que Ud ...... ¡ Sable y lanza ! ¡ Cáspita ! ¡ Voto á sanes ! ¡ Pues qué ! ¿ Así se juega con el honor de los Matamoros de Peñapelada ? ¿ Pues no es más que decir ya no me caso, después que todo el barrio, la ciudad, el reino, el mundo entero sabe que Rosalía está pedida y dada y todo listo para el casamiento clandestino en la misa de ocho ? ¡ Eso no, porvida del diablo ! ¡ y si tú, si Ud. insiste en su capricho, nos hemos de ver las caras ! En esto hay gato encerrado. Pero yo tengo á quien consultar, y veremos si no es más de decir no quiero después que se ha entretenido á la muchacha tantos años y quien sabe que de casamientos verdaderos ha perdido por su culpa. Ud. verá.

Diciendo así, el capitán se encasquetó la gorra con furia y echando á Gabriel una mirada llena de odio, que este resistió con la mayor serenidad, se marchó y se fué derecho á casa del abogado.

¡ Con dos mil de á caballo ! gritó al ver á Don Diego; ¿ no sabe Ud. lo que pasa ?

— Supongo que algo grave, contestó el peli-rojo.

— Grave, regrave, gravísimo, regravísimo, dijo el capitán. El diablo se lleva la boda, mi amigo D. Roque de Marchena; se la lleva; porque ese mequetrefe del teniente dice que no se casa en misa de ocho, y que ha de aguardar el consentimiento de su padre, aunque sea el día del juicio. ¿Qué le parece á Ud.? ¿No es verdad que puedo y muy puedo obligarlo con justicia á que se case ó reviente?

— ¿Quiere Ud., Sr. D. Feliciano, preguntó D. Diego con mucha calma, seguir un consejo?

— Pues ¿á qué otra cosa vengo, sino á pedirlo? ¡Voto al Diablo! contestó el capitán. Diga Ud.; pero de ningun modo vaya á aconsejarme que consiente en que ese tunante se quede riendo.

— Si Ud. quiere evitar que eso suceda, dijo Arochena, no vuelva á mezclarse en el asunto. Póngale en manos de la señorita Rosalía; dígale Ud. que Fernández cree necesario aguardar el consentimiento de su padre, y que ella debe procurar que él se decida y adopte el único partido razonable que se presenta. Lo que ella no alcance, mi amigo D. Feliciano, difícil es, por no decir imposible, que lo obtenga Ud.

El capitán tuvo que rendirse ante la argumentación fría y serena del letrado, y haciéndose repetir la lección de lo que había de decir á su hija, salió á poner por obra el prudente consejo de su sabio mentor.

CAPITULO XVI.

TRIPLE TRAICIÓN.

Conociendo el carácter de la hija del maestro de armas, no extrañarán nuestros lectores les digamos que cuando su padre la informó de la resolución de Gabriel respecto al proyecto sugerido por el abogado Arochena, dijo que el joven tenía muchísima razón al negarse á dar aquel paso. Hemos manifestado ya que si ella se prestaba á lo del matrimonio clandestino, era con mucha repugnancia y solo porque le dijo ser la voluntad de su amante y la de su padre. Así fue, que lejos de allanarse á persuadir á Gabriel, como lo había imaginado Arochena, dijo terminantemente que no se casaría sin el consentimiento del padre de su novio. Semejante resolución, que hacía honor á los sentimientos y rectitud de juicio de la hija de Matamoros, parece que debiera haber reavivado el amor de Gabriel; pero por desgracia no fue así. Súbitamente concebido, tenía que agotarse también con rapidez, porque la decadencia así en lo físico como en lo moral está casi siempre en razón directa del crecimiento. La primera vez que vió Gabriel á Rosalía después de la herida, el joven oficial estuvo muy distante de mostrarle la efusión que ella aguardaba.

Su visita fue corta. Estaba contrariado, frío. No hizo alusión alguna al proyecto del capitán, ni dijo tampoco

una sola palabra que indicara ansiedad por la respuesta de su padre, tema obligado de sus conversaciones hasta pocos días antes. La infeliz doncella advirtió el cambio y devoró en silencio su dolor.

Cuando se apodera del alma la convicción de que el amor que sentimos no es ya correspondido, experimentamos algo más triste, más desconsolador que lo que sentiríamos si repentinamente se apagara para no brillar más el astro que da luz, calor y vida al universo. Más todavía quizá. Podría compararse con exactitud esa situación á la de aquel que hubiese sido sepultado vivo. Gozaría aún del triste privilegio de la vida, pero solo para sentir una desesperación peor mil veces que la misma muerte. La losa del olvido es más pesada y más fría que el mármol que cierra la tumba para siempre.

¿ Advirtió Gabriel lo que pasaba en el alma de aquella pobre mujer ? No lo sabemos. Tal vez no. El egoísmo suele ser tan refinado en sus procedimientos, que no nos deja ver ni el mal que hacemos, á fin de no perturbarnos con el más ligero remordimiento. Cuando no somos completamente perversos, sentimos el daño que ocasionamos. Es preciso, pues, que nos proporcionemos la satisfacción de creer que nadie sufre por culpa nuestra. Y á la verdad, Gabriel no era un perverso. Era un egoísta, como somos la generalidad de los hombres y hacía el mal casi sin darse cuenta de que estaba causándolo. Nadie sabe bien todavía cuan inagotable es la mina del dolor que encierra el corazón de la mujer. Las lágrimas se secan, los sollozos se ahogan en la garganta sin que dejen de brotar en el alma los raudales del sufrimiento. Al salir Gabriel, Rosalía dijo adios para siempre á sus muertas ilusiones. Con la intuición profunda que raras veces nos falta cuando tenemos que comprender y valorar uno de esos contratiempos que nos hunden en el abismo de la desesperación,

vió con claridad la magnitud de su infortunio y se preparó á sobrellevarlo con la abnegación de un mártir. No derramó una lágrima, no exhaló una queja y con la agonía pintada en el semblante, continuó desempeñando sus deberes domésticos. ¡ Cuántos dramas de esos habrán pasado y pasarán todos los días desapercibidos ! La mujer que pierde á un esposo, la madre que ve á su hijo descender al sepulcro, exhalan libremente su aflicción. Una joven que se ve abandonada por el hombre á quien ha hecho el ídolo de su alma, está obligada á reír, á charlar, á representar la tristísima comedia de la indiferencia. Le es permitido entregar sin reserva su corazón : pero llegando á verse traicionada, ¡ ay de ella si da la más ligera muestra de dolor !

No pasó desapercibido á los vecinos de Rosalía el cambio de Gabriel. Los amores de la costurera con el brillante oficial que pertenecía á una de las primeras familias de la ciudad, provocaban la impaciencia de muchas jóvenes de condición igual á la de la hija del maestro de armas, que no tenían novios que montaran caballos árabes y se hicieran acompañar de pajes sarracenos. Cuando se advirtió que el teniente Fernández de Córdoba casi no visitaba ya la casa de D. Feliciano, corrió en el barrio la voz de que se había deshecho el casamiento. Y el barrio se regocijó como si hubiera tenido el mayor interés en que no se verificara aquella boda. No hubo vecina que se dispensara de hacer una visita á Rosalía. Las jóvenes no escasearon las alusiones compasivas á la ingratitud de los hombres y las viejas disertaron sabiamente sobre el peligro de las alianzas desiguales.

El capitán Matamoros, herido en lo más vivo, quizo desde luego poner á Gabriel en la alternativa de casarse ó batirse; pero Rosalía, que percibió el proyecto de su padre, supo demostrarle todo lo que tendría de imprudente

semejante paso y logró que el nuevo Breno desistiera de la idea de poner en la balanza el peso de su espada. Obligado á devorar su cólera, D. Feliciano menudeó las libaciones y pasaba la mayor parte del tiempo en completo estado de embriaguez.

Hervias, joven de corazón leal y de juicio recto, vió con dolor la conducta de su amigo con la bondadosa hija del maestro de armas, y habiéndole hecho alguna indicación sobre el particular, recibió tan desabrida respuesta, que consideró completamente inútil volver á hablar del asunto.

El teniente Fernández había sido visitado por los principales sujetos del vecindario. Hemos dicho que su reputación creció extraordinariamente con la hazaña del Molino, la que corrió de boca en boca, aumentada con pormenores y circunstancias que no habían ocurrido; pero que la ciudad entera aceptó como verdades inconcusas y que enaltecieron en el concepto público al héroe de esta historia. El entusiasmo que inspiraba el joven oficial llegó á punto que aquellas buenas gentes, que pocos días antes temblaban á la idea de que vinieran á invadir el reino las huestes del emperador francés, insinuaban ya que si tal cosa sucedía, se encontraría aquí Napoleón con la horma de su zapato. Esa horma era Gabriel Fernández.

Uno de los sujetos que visitaron al teniente fue Don Pedro Espinosa de los Monteros, que no anduvo escaso de elogios al comentar el suceso. Pero no se limitó á esto el regidor decano, sino que con amable candidez refirió á Gabriel el susto que había dado Don Diego de Arochena á su esposa y á su hija, contándoles el lance de una manera equivocada. Ponderó, sobre todo, la pena de Matilde, que estuvo, dijo, á punto de desmayarse al oir que el cadete había muerto, y su alegría cuando supo que la he-

rida no era peligrosa y que la trompeta de la fama proclamaba su nombre por todos los ángulos de la ciudad, de donde los llevaría el eco á los del reino y de allí á los del mundo entero.

Gabriel no encontró hiperbólicos aquellos elogios y casi casi llegó á considerarse digno de figurar al lado de Wellington y de Castaños. Pero lo que más lo halagaba en lo que refería el regidor decano, era, ¿ quién lo había de suponer ? el interés que por él había mostrado Matilde. ¿ Sería que satisfacía su orgullo al ver cautiva la voluntad de aquella altiva belleza ? Así se lo figuraba él al menos, no queriendo confesarse así mismo todavía que era un sentimiento de otro género el que comenzaba á enseñorearse de su alma. Pero nosotros, usando de nuestro derecho de escudriñar los secretos que el héroe de nuestra historia procuraba ocultar aún á su propia conciencia, debemos declarar que no era solo el amor propio satisfecho, sino un sentimiento más tierno el que hacía que el teniente Fernández oyera con la más viva complacencia aquello de la congoja de Matilde al creerlo muerto y de su alegría al saber el verdadero resultado del combate con los bandidos. Gabriel no creyó deber excusarse de pagar la visita á Don Pedro, y naturalmente quiso mostrar también su agradecimiento á las señoras de la casa. Matilde en un traje sencillo y bordando al tambor, le pareció más encantadora que cuando la vió vestida de terciopelo y plata y cubierta de joyas deslumbradoras, la noche del sarao. Síntoma mortal. Cuando una mujer nos parece más hechicera cada vez que la vemos, ó la amamos ya, ó estamos muy cerca de amarla.

Y era lo que le sucedía á nuestro pobre amigo el teniente Fernández. Pendiente de los labios de Matilde, parecíale su voz una armonía celeste. El más ligero de sus movimientos estaba marcado con el sello de la distinción.

Las cosas más insignificantes que dijera tenían para él el atractivo de la gracia y de la oportunidad. No se admiraba ya de que tuviera tantos adoradores; sino de no ver rendidos á sus piés todos los hombres que la conocían. Ello es que la visita duró dos horas y á Gabriel le parecieron dos instantes. Al despedirse la señora lo invitó á concurrir á su tertulia y él agradeció el convite y se prometió aprovecharlo.

He allí, amables lectoras, en lo que vino á parar aquella mortal antipatía que concibió Gabriel al conocer á Matilde. Tan cierto es que nada anda tan cercano al amor como esos odios injustificados. Así son las almas vehementes. Ni saben querer ni aborrecer á medias, y suelen pasar del estremo del desafecto al cariño mas acendrado.

Ni una sola vez se pronunció en aquella larga conversación el nombre de Rosalía, víctima desdichada de una doble traición. Si Gabriel la recordó, fue para establecer entre ella y Matilde una comparación que no era en manera alguna ventajosa á la pobre hija del maestro de armas. Rosalía no era acreedora á semejante procedimiento. Ella vivía tranquila, feliz, gozando del mayor bien á que podía aspirar una mujer de su clase: la paz del corazón. Gabriel sopló sobre aquel lago límpido y sereno y suscitó en él las tempestades. El orgullo y la vanidad, ingratas consejeras, le dijeron un día al oído que no era aquella la mujer que le convenía y le señalaron cuidadosamente otra que le presentaron como más digna de él, y he allí que con la frialdad del más refinado egoísmo, abandona á la que le había entregado desinteresadamente su alma entera y se convierte en ciego adorador de la que lo amaba por su brillo y por su fama. Es preciso confesar que somos algunas veces muy canallas. La palabra es vulgar, pero es la que corresponde y no la borraré.

La primera vez que Gabriel se encontró con su amigo el capitán Hervias, se sonrojó, tuvo que bajar los ojos y se estremeció ligeramente al estrecharle la mano. Ese rubor que acompaña á la primera acción mala, es un tributo involuntario que se paga al sentimiento del honor y de la virtud. Pero desgraciadamente nos familiarizamos con las faltas y después el disimulo á la desvergüenza cubren nuestro rostro con una impenetrable careta que no permite ver lo que pasa en el fondo de la conciencia.

Hervias se encontró muchas noches con Gabriel en casa de Matilde. Los ojos vieron lo que un leal corazón se negaba á creer; pero al fin tuvo que rendirse á la verdad. La idea de que lo traicionaba aquel amigo, aquel compañero de armas, á quien amaba más que á un hermano, hizo sufrir á su alma el más acerbo dolor. Nada dijo á Gabriel, y este por su parte tampoco procuró una explicación que no hubiera dejado de serle muy embarazosa.

Matilde de los Monteros era culpable, pues sabía que arrebataba el amante á su amiga, á su protegida; pero no había recibido confidencia alguna de Rosalía. No casi Gabriel, que faltando á sus juramentos y á un compromiso formal contraído con aquella pobre joven, traicionaba además á su amigo, que lo había hecho depositario del secreto de un profundo amor á Matilde. Ella y él procuraron acallar la voz de la conciencia con pretextos frívolos y se entregaron sin reserva al delirio de la pasión que abrasaba sus corazones.

Todos los adoradores de la orgullosa belleza, menos uno, se retiraron, dejando el campo libre á su afortunado rival. La sociedad, que supo muy pronto aquellas relaciones, las aprobó y aplaudió con esa ligereza con que aprueba y aplaude lo que parece bueno y proporcionado, sin

tomarse el trabajo de escudriñar lo que puede haber debajo de ciertas brillantes apariencias. Los dos son buenos mozos, ricos, y de excelentes familias, dijo la sociedad ; ¿ qué más se necesita ? ¿ Supo ella acaso que esas relaciones á las cuales daba su inconsciente aprobación, despedazaban dos almas buenas é inocentes, y habían necesitado para constituirse de una triple traición ? ¿ Y si lo hubiera sabido, habría dado mucha importancia á esas faltas ? Es permitido dudarlo.

Gabriel era un pepe; más la sociedad ignoraba esa circunstancia. Si algún día llegaba á saberse, y resultaba, (lo que no era imposible) que fuese de condición menos inferior á la de su novia, entónces, entónces sí condenaría la sociedad aquella unión. El pecado original era imperdonable para aquella sociedad. Eran las ideas que entónces dominaban.

Pero ¿ quién hubiera pensado semejante cosa ? ¿ No llevaba aquel joven teniente uno de los nombres más ilustres del país ? ¿ No se decía públicamente que su padre, que había pasado á España, con ánimo de volver, cuidaba de que nada le faltara, y más aún, le enviaba regalos que habían sorprendido á todo el mundo ? ¿ No era bien sabido que el teniente Fernández tenía letra abierta en una de las casas más acreditadas y podía pedir miles de duros si quisiera, sin que se los negaran ?

Así fué que D. Pedro Espinosa de los Monteros, su esposa, y los parientes y los amigos y todos, declararon á una voz que aquel casamiento (pues de eso nada menos se hablaba en los corrillos) era el más proporcionado de cuantos se habían visto en muchos años.

No había una sola voz que interrumpiera aquel coro de alabanzas, de bendiciones y de pronósticos de felicidad. Y sin embargo, el genio del mal, encarnado en un letrado vizco y peli-rojo velaba y trabajaba en silencio, procuran-

do urdir pacientemente la trama en que él, araña vil, había de envolver á aquellos brillantes insectos de alas de oro y de zafir. Veamos lo que hacía aquel animalucho ruin pero peligroso, para llevar adelante sus perversos designios.

CAPITULO XVII.

EL ESTUDIO DEL ABOGADO.

Acababan de dar las ocho de la mañana. En una casa de mediana capacidad y regular apariencia, situada en la calle que baja de la plazuela de Guadalupe á la que se llamaba plaza vieja, hoy del teatro, se veían unas seis personas sentadas en un gran escaño que estaba en el corredor, y que parecían aguardar al amo, por algunos asuntos.

Era una de ellas una mujer anciana, vestida de alepín negro, con una venda blanca en la frente y cubierta la cabeza con un mantón de la misma tela del vestido, lo que le daba la apariencia de una viuda.

Seguía un hombre como de cuarenta años, de capa azul y sombrero de castor negro, prendas ambas harto viejas y mal tratadas, cuyo sujeto mostraba una movilidad nerviosa y que hablaba incesantemente, dirigiéndo la palabra á la viuda que tenía á su izquierda y á la persona que ocupaba el puesto de su derecha en el escaño. Era esa persona un hombre alto, grueso, de aire bonachón y que por su traje y aspecto denotaba ser de fuera de la ciudad. Seguían otros dos individuos que habrían podido tomarse por un receptor de juzgado, el primero; y el segundo, ó mejor dicho la segunda, por una mujer que viviera del trabajo de sus manos. El tercero, y sexto en el escaño, era nuestro grande y buen amigo Don Feliciano de Ma-

tamoros, capitan á medio sueldo y el primero de los maestros de armas de las islas y tierra firme del mar océano.

Al sonar la última campanada de las ocho, se abrió la puerta del pasadizo que daba al patio interior de la casa, y salió un sujeto de mediana estatura, calzón de paño azul, media de algodón muy limpia, chaleco de piqué blanco y chaqueta de indianilla color de caldo de frijoles claro. Llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho, en aire meditabundo, y cuando la levantó, al acercarse al grupo que ocupaba el escaño, pudo verse que el individuo no era otro que el licenciado Don Diego de Arochena, que acabando de desayunarse, pasaba á su despacho.

Los seis clientes del licenciado se pusieron en pié y lo saludaron con una reverencia más profunda que la que habrían dirigido al regente de la audiencia y á la que no se dignó contestar aquella lumbrera del foro, que sin detenerse dijo á la que parecía viuda:

—La solicitud de Ud. por lo del montepío, no camina. Faltan recados. Hable con Rosales.

Al hombre de la capa vieja:

—Está presentado el tercer escrito sobre lo del mayorazgo. Es necesario que Ud. busque algún buen empeño para el oidor juez de provincia. ¿Me entiende?

Al decir esto el maligno Don Diego golpeó con los dedos de la mano derecha el bolsillo de su chaleco, mímica harto significativa, que desconsoló visiblemente al litigante locuaz.

Al de fuera dijo Arochena:

—Creo que anularemos la venta del ganado, por lesión enormísima. Está señalada la vista del negocio para el sábado.

Al receptor nada dijo Don Diego, recibiendo sin decir palabra, un enorme legajo de papeles que le presentó el curial.

A la mujer:

—Ya te he dicho que el negocio no adelanta por falta de pruebas. Estuvo muy mal dirigido en primera instancia. Rosales te dirá lo que conviene hacer.

Los cuatro clientes iban á tomar la palabra para hacer todos á un tiempo alguna observación al abogado; pero éste, como práctico en el oficio, no les prestó la menor atención, y dirigiéndose á Don Feliciano le tomó la mano y le dijo:

—Adelante, capitán, y empujándolo para que entrara en su despacho, entró tras él y cerró la puerta.

Los litigantes volvieron al escaño, echando entre dientes mil pestes contra el licenciado. El receptor, habituado á aquellas escenas, no se movió de su sitio, ni habló una palabra.

En aquel momento llegó el sujeto á quien el licenciado designó con el nombre de Rosales, su pasante, y como si dijéramos su *alterego*, el hombre de todas sus confianzas. Don Gerónimo Rosales era, menos lo vizco y lo peli-rojo, otro Don Diego. Sea que la ilusión que le hacía el maestro lo indujese á imitarlo, sea que el hábito de tratar con él lo hubiese ido haciendo insensiblemente una copia del original, lo cierto es que Arochena y Rosales habían acabado por formar una sola entidad en dos individualidades. Sus almas eran dos arpas que sonaban perfectamente acordes; dos relojes que no discrepaban en su jiro la millonésima parte de un segundo. Tenían iguales gustos, idénticas ideas, y no faltaba quien dijera que hasta estaban sujetos á las mismas enfermedades.

Don Gerónimo pasó delante de los clientes sin mirarlos, ni corresponder á su saludo; entró en su escritorio, pieza contigua á la del maestro y comunicada por una puerta, disimulada como las intenciones de aquellos dos alumnos de Astrea. Luego que el bachiller en ambos derechos hubo

colgado de una percha la capa y el sombrero, tomó un plumero que pendía de un clavo y sacudió muy despacio la mesa donde trabajaba, poniendo algún orden en los papeles que estaban esparcidos sobre ella. Ocupó una silla tapizada de cuero, que estaba junto á la mesa, y desde su asiento llamó al individuo de la capa raída y el sombrero viejo, á quien el patrón había hablado de lo del mayorazgo.

—Torres; gritó Don Gerónimo, y al momento entró el litigante, haciendo muchas y exageradas cortecías.

—Ya Don Diego habrá dicho á Ud. que se ha presentado el tercer escrito.

—Sí señor, contestó el sujeto á quien Don Gerónimo llamaba Torres; me lo ha dicho, y también que es necesario buscar algún empeño para el oidor juez de provincia.

—Por supuesto. ¿ Y qué piensa Ud. hacer ?

—No sé, como no sea que venda yo mi alma al diablo, y aún dudo acepte el trato, aunque se lo proponga. Si gano el pleito del mayorazgo, no podré disponer de la renta de los primeros cinco años, que está consignada á Don Diego por sus honorarios.

—Pues vaya Ud. á ver, dijo Rosales, á Don Judas, el prestamista, que es hombre de conciencia y le adelantará tres mil duros sobre la renta de los otros cinco años.

—¡ Tres mil duros por siete mil quinientos ! exclamó Torres; ¡ qué barbaridad ! ¡ Y enagenaré la renta de diez años!

—¿Cuántos cuenta Ud. de edad? preguntó Don Gerónimo.

—Cincuenta y cinco, cumpliré por San Juan.

—Pues tiene Ud. que á los sesenta y cinco se encontrará dueño y señor de mil quinientos duros anuales, que le vendrán de perlas, en la edad en que ya no podrá Ud. trabajar.

— Bueno será eso, replicó el de la capa vieja, si no es que antes de esos diez años me muera yo de pura necesidad.

— Tendrá Ud., dijo el pasante, algo que trasmitir á su heredero.

— Sí, famoso, observó Torres con mal humor, al mismo con quien ahora litigo y que tantas cóleras me ha dado ya. Muerto yo, sería sin duda alguna, quien tendría pleno derecho al mayorazgo.

— Pues vea Ud. como se gobierna para vivir esos diez años, que es lo que importa. Y repito que procure hacerse de los tres mil duros y los traiga aquí, porque sin agua no anda el molino.

El pobre pretendiente de mayorazgos se marchó de muy mal talante, y entró la viuda.

— Señor, dijo esta al pasante, díceme Don Diego que faltan recados para que mi asunto marche. ¿ Pudiera Ud. decirme cuales son ?

— Sí señora, contestó Rosales. ¿ No vivió Ud. quince años separada de su marido ?

— Bien sabe Dios que no por culpa mía, respondió la dueña. Aquí están ó mejor dicho, aquí no están cuatro dientes y dos muelas que si estuvieran no me dejarían mentir.

— Pues señora, replicó el pasante, la real orden de 22 de agosto de 1800 es terminante. Según ella, las viudas que han estado separadas de sus maridos, tienen derecho al montepío, probando que no fueron culpables de la separación.

— ¿ Y lo de los dientes y las muelas que me sacó el difunto ? Dios lo haya perdonado; el pobrecito era un ángel; pero solía tener sus malos ratos.

— En fin, dígame Ud. quienes presenciaron algunos de esos malos ratos, ó aduzca otras pruebas.

—¿Y qué mejor prueba que los mismos dientes y las muelas que guardo como reliquias? dijo la viuda sollozando.

—Eso no basta, replicó Rosales, porque los pudo sacar el barbero.

Cuando llegaba á este punto la conferencia del pasante y la viuda, se oyó el retintín de una campanilla en la pieza contigua. Rosales hizo seña á la desdentada dama de que se marchara y él pasó inmediatamente al estudio de su sabio maestro, que lo llamaba.

Don Diego estaba sólo, con los codos sobre la mesa y la cabeza apoyada en ambas manos, en actitud de profunda meditación. El capitán Matamoros acababa de marcharse. El abogado continuaba entregado á sus reflexiones y no parecía darse cuenta de la presencia de su pasante. Tosió éste dos veces como para llamar la atención á Don Diego, quien levantando al fin la cabeza, dijo á Rosales, señálandole una silla:

—Siéntese.

Después de un momento de silencio, continuó diciendo en un tono de voz apenas perceptible, pues hablaba muy bajo, como temiendo que sus palabras fuesen escuchadas:

—Rosales, ¿cuántos años hace que asiste Ud. á mi bufete?

—Cuatro hará en el próximo mayo, contestó el pasante.

—En ese tiempo ¿he dado á Ud. pruebas de confianza, le he revelado todos los secretos del oficio, en una palabra, he puesto los medios para que Ud. sea otro yo en el ejercicio de la profesión?

—Todo eso y más ha hecho Ud. por mí, Don Diego, y Ud. sabe que mi gratitud.....

—No hable Ud. de eso; esas son palabras que se lleva el viento. No ignoro que Ud. está dispuesto á hacer por

mí cuanto pueda, pues nuestros intereses son los mismos, y hay entre los dos lazos que nada puede destruir.

El pasante pareció como que se estremecía ligeramente; pero pronto recobró su serenidad.

— Todo eso es cierto, dijo; y bien, ¿qué debo hacer? ¿qué exige Ud. de mí?

— Ayudarme, replicó Don Diego, á desentrañar ese secreto que entreveo y no alcanzo á descubrir y por cuya posesión daría yo diez años de mi vida. ¿Quién es ese Gabriel Fernández? Seguramente no lo que parece. Protegido por un personaje misterioso, su tío-abuelo de Ud., Don Andrés de Urdaneche, le habre su bolsa con una generosidad que no acostumbra con nadie y que ha estado muy distante de mostrar con su propia sangre.

— Demasiado lo sé, replicó Rosales. Nunca he debido á mi tío más que consejos y favores insignificantes, aunque si debo confesar que me ha hecho uno que no podré pagarle suficientemente: el de colocarme al lado de Ud.

— Es verdad, me habló para que lo recibiera á Ud. en mi bufete, dijo Don Diego, y aunque no me gustaba tener pasantes, accedí por consideración á la casa, cuyos negocios todos están á mi cargo. Pero dejemos eso y vamos á lo que más importa. Yo no puedo creer que ese teniente sea hijo de Don Fernando Fernández de Córdoba. No ha faltado quien me diga que fue expuesto á las puertas de la casa, aunque nada podía asegurarse con certeza sobre el particular.

— ¿No ha examinado Ud. los libros de la parroquia á que pertenecía la casa de Fernández en la época en que debe haber nacido ese joven? preguntó Rosales.

— Naturalmente, contestó el abogado. Con pretexto de buscar la partida de bautismo de otra persona, pude registrar los libros de las parroquias y di al fin con la de José Gabriel, hijo legítimo de Don Fernando Fernández de

Córdoba y de Doña María de Alvarado y Guzmán. Pero ¿esto qué importa? Legalmente, si se quiere, ese joven es hijo de Fernández y de su esposa; pero repito que hay motivos fundados para creer que no es más que un expósito, un pepe, recojido, criado y adoptado por caridad y cuyo verdadero origen es probablemente obscuro y vergonzoso. ¿No ve Ud. que Don Fernando se va á España y no le lleva consigo, ni envía por él, como se dijo al principio?

—Pero lo deja recomendado, replicó Rosales, á la casa de Aguero y Urdaneche, le suministra cuanto necesita y le envía regalos dignos de un príncipe.

—Don Diego contestó á la observación de su pasante con una risa sarcástica y luego dijo:

—¿Y Ud. tiene alguna prueba de que eso sea en realidad como se dice? ¿Será Fernández quien ha dado al llamado Gabriel letra abierta para la casa de Aguero y Urdaneche y quien ha enviado ese caballo árabe y esos pajes moros que todos vimos figurar la tarde del paseo?

—Eso no podré asegurarlo, contestó el pasante.

—Pues yo casi puedo sostener lo contrario, dijo el abogado, y luego añadió: ¿Conoce Ud. la historia de su tío?

—¿De mi tío? No por cierto, respondió Rosales. Sé únicamente que fue casado, que tuvo una hija, y he oído decir que murió joven. A los diez años de haber venido al país mi tío Don Andrés, llegó una hermana suya, casada con un empleado en rentas. Don Antonio Rosales, mi padre. Murieron ambos cuando yo contaba unos quince años, dejándome una corta herencia, con la cual pude hacer mis estudios, hasta colocarme al lado de Ud. y bajo su protección. Es todo cuanto sé.

—Ud. conoce, naturalmente, á Don Ramón Martínez de Pedrera, dijo Don Diego.

—De vista, contestó el pasante, y aun creo haberlo hablado una ú otra vez en los corredores de la audiencia.

—¿Sabe Ud. qué clase de vida lleva ese escribano, que cartula muy poco, ó nada, y de qué vive? ¿Tiene Ud. noticia de que sea casado?

—No sé de que viva, y lo tengo por soltero.

—Pues parece que muchas personas se reunen en su casa por la noche, no se sabe con que objeto, y además tengo noticia cierta de que en la casa de ese hombre hay en el corredor del frente del primer patio un torno como el de las porterías de los monasterios.

—Quizá hayan habitado provisionalmente en esa casa, que es grande, algunas de las monjas trasladadas de la Antigua después de la ruina, y se habrá quedado el torno.

—Puede ser, dijo el abogado, encogiéndose de hombros; pero en ese caso, se ha quedado allí también una de las monjas, pues en el segundo patio de la casa de Pedrera habita una mujer, que jamás da la cara.

—Todo eso es bastante extraño, sin duda, replicó el pasante. ¿Y qué deduce Ud. de esos datos?

—Yo, nada hasta ahora, dijo Arochena; pero no sé por qué, sospecho que ese misterio no es ageno á la existencia del teniente Fernández, huésped de Pedrera, y que en todo ese enredo anda la mano del Don Ramón, que es un bellaco muy listo, la de su señor tío de Ud., que no lo es menos y la de un algún otro personage poderoso, que debe ser aún más bribón que los otros dos.

Rosales permaneció pensativo durante un momento y luego dijo:

—¿Ha formado Ud. algún plán?

—Varios, pero los he desechado uno en pos de otro por impracticables. Esto me desespera. En tanto ese muñeco del teniente gana cada día en el corazón de Matilde y yo no puedo arrojarle á la cara, por falta de pruebas, esta frase que lo mataría: ¡"eres un pepe"!

Don Diego dejó caer la cabeza sobre el pecho con abatimiento. La levantó después de un rato y dijo, señalando con sonrisa sarcástica las estanterías de su biblioteca, llenas de volúmenes:

— Allí está cuanto se ha escrito sobre el derecho. Pero ¿ de qué sirve, si ninguno de esos in-folios puede revelarme lo que suele encerrar el alma humana ? ¡ Ah ! si pudiera yo abrir los corazones como abro esos libros! ¡Oh ciencia, ciencia ! no eres más que un vil juguete que se arroja á los hombres para entretenerlos.

Diciendo así, Arochena dió sobre la mesa un formidable puñetazo, que hizo saltar la tinta que rebalsaba en el tintero, salpicándole la cara, como si la ciencia hubiera querido vengarse así de las injurias de aquel desagradecido, que le debía todo lo que era y cuanto valía en el mundo.

CAPITULO XVIII.

LA FAMILIA DE ESPINOSA.—INVESTIGACIONES.

Corría el tiempo sin producir alteración notable en la situación de los diversos personages que figuran en esta historia. Para la desdichada hija del maestro de armas, cada sol que se levantaba en el horizonte añadía una nueva espina á la corona con que el dolor ceñía su lacerado corazón. Para Gabriel y Matilde se deslizaban las horas fugitivas, dejándoles nuevas satisfacciones con los goces del presente y con las esperanzas de mayor ventura para el porvenir.

Completamente satisfecho de la elección de su hija, Don Pedro Espinosa de los Monteros había manifestado, sin embargo, el deseo de que la unión de los jóvenes amantes se difiriese todavía por algún tiempo. Se debía, dijo, aguardar el permiso del padre de Gabriel; y deseaba, además, que este alcanzara algún otro ascenso en su carrera.

El orgulloso hidalgo quería que el marido de su hija fuese por lo menos capitán ó sargento mayor, pareciéndole poco un simple teniente, por brillante que pudiera ser su posición y fundadas las esperanzas con que contara para lo adelante.

Cuando Gabriel Fernández se presentó á Don Andrés de Urdaneche á darle parte de su nueva elección y recomendarle una carta para su padre, el viejo negociante se sonrió con malicia; recordando, sin duda, la escena que había tenido lugar en el mismo sitio y no mucho tiempo

antes, cuando fue el enamorado mancebo á participarle su resolución de casarse con la hija de Matamoros.

No se expresó, por supuesto, en los términos destemplados en que lo había hecho en aquella ocasión. Por el contrario, dijo que Gabriel no podía haber elegido mejor; pero al tratar del punto de recavar el permiso de Don Fernando Fernández de Córdoba, fue visible el embarazo de Urdaneche.

Extraño pareció esto al joven teniente ; pero no lo parecerá así á nuestros lectores, pues no ignoran que Don Andrés no podía abrigar por un momento la idea de escribir al supuesto padre de Gabriel. Si lo dijo así á éste cuando le comunicó el proyecto de matrimonio con la hija del maestro de armas, fue, como debe haberse comprendido, por dar largas al asunto, con la idea de ganar tiempo y con la esperanza de que su recomendado desistiría de su absurdo propósito. Entretener al capitán Matamoros con la fábula del permiso pedido, era, á los ojos del viejo nogociante, una cosa sin consecuencia alguna; pero ahora, estando de por medio una familia respetable, el asunto ofrecía serias dificultades. Dijo Urdaneche á Gabriel que hacía algun tiempo no recibía cartas de Don Fernando, que se había retirado de Cádiz y trasladado su residencia á algún otro punto de España, que no sabía aún cual fuese, pues su amigo estaba indeciso respecto á la elección ; que le remitiría la carta del joven y le escribiría él mismo, luego que supiese á donde debía dirigirlas ; y añadió algunas otras razones que no parecieron á Gabriel muy convincentes, pero que tampoco suscitaron en su ánimo sospecha alguna acerca del secreto que ocultaban aquellas reticencias.

Trasmitió la respuesta de Urdaneche á Matilde y á su padre, y ni ella ni él manifestaron la menor sorpresa, considerando fundadas las razones de Don Andrés; y como,

según queda dicho, Don Pedro deseaba que Gabriel obtuviera un nuevo ascenso antes de que se verificara el matrimonio, no le pesó que éste se aplazara por algún tiempo. Doña Engracia, acostumbrada á pensar siempre con la cabeza de su marido, que en su concepto, sabía más que todos los sabios del mundo habidos y por haber, se conformó con lo que éste había dispuesto. ¿Cómo habría podido permitirse contrariar el parecer de un hombre que estaba empapado en las Gacetas de España, ella, que por más que oía hablar el día entero de las noticias de la península, confesaba con candor que jamás había podido distinguir á Napoleón de Godoy ?

No hubo en la casa más que una persona que no se mostró satisfecha de que no se verificara desde luego el matrimonio, y esta fue la negra Mariana, que vió dos ó tres veces con misterio la cabeza cubierta de guedejas de lana y pronunció dos ó tres frases que mostraban bien su desconfianza y su recelo. Nacían estos sentimientos del entrañable amor que la antigua esclava tenía á su niña, como llamaba cariñosamente á la hija de Espinosa, y de que su inteligencia sagaz había entrevisto lo que pasaba desapercibido de sus mismos amos : el rencoroso tesón con que el abogado Arochena se empeñaba en suscitar obstáculos al proyectado enlace. Habiendo bautizado á Don Diego con el apodo de Cain, Mariana tuvo la maliciosa idea de llamar á Gabriel Fernández el inocente Abel, sin intención quizá de augurar una catástrofe como la del Génesis, pero sí con el designio marcado de aludir á la sañosa envidia de que era objeto Gabriel de parte de Arochena.

Doña Engracia se rió de los temores de Mariana; y si los comunicó á su marido, fue por la costumbre que tenía de participarle hasta lo más insignificante de cuanto se hacía ó se decía en la casa. El gran político Sr. de los Monteros estaba casualmente ocupadísimo con las noti-

cias de ciertas medidas dictadas por la Junta Central para libertar al rey cautivo y arrojar á los franceses del territorio español, y apenas atendió á lo que le refería Doña Engracia.

Estaba la buena señora uno ó dos siglos atrás del movimiento intelectual del mundo. Sabía leer, no muy de corrido, letra impresa, ó libro, como se decía entonces; carta, ó manuscrito, con bastante trabajo; y en cuanto á escribir ella misma, no recordaba haberlo hecho sino tres ó cuatro veces en su vida. Los caracteres que formaba con la pluma aquella excelente matrona eran más bien geroglíficos que no letras alfabéticas, y en las raras ocaciones en que hubo de escribir á su marido, ausente, había tenido éste necesidad de consultar á algunos entendidos paleógrafos para descifrar la carta.

Las ideas de Doña Engracia jiraban en un estrecho círculo. Su marido, que era para ella lo primero del mundo, su hija, sus criados y los quehaceres domésticos limitaban el reducido horizonte á donde se extendía aquella alma cándida. Como tenía tertulia, naturalmente no faltaban en su casa murmuraciones ; pero siempre propensa á pensar bien de los demás, ó no creía el mal, ó no dejaba nunca de alegar sinceramente circunstancias atenuantes.

Era caritativa por organización, practicando la caridad no solamente por medio de la limosna, sino por la tolerancia de los defectos, de los herrores y hasta de las faltas agenas, que es una de las más nobles formas de aquella virtud.

La desigualdad de origen era á los ojos de Doña Engracia un axioma tan indiscutible como los misterios de fe. No despreciaba á sus inferiores, y con tal de que se mantuviesen á una respetuosa distancia, estaba dispuesta á perdonarles el pecado de no haber nacido iguales á ella.

Más aún, les dispensaba voluntariamente cierta afección compasiva, ligeramente desdeñosa talvez; pero muy distante de la altiva arrogancia que hace odiosos á los que suelen abusar de las ventajas sociales. Doña Engracia concurría con su hija á la boda de una pobre moza, pariente de alguna de sus criadas, que se celebraba en un barrio de la ciudad; pero por ningún motivo habría asistido á la fiesta de una familia de la clase media.

Un matrimonio desigual, en lo respectivo á la clase de los cónyuges, horripilaba á Doña Engracia. Bien podía ser el novio un anciano septuagenario y la novia una niña de diez y seis abriles; enhorabuena que uno de ellos ó los dos fueran más pobres que Job, si las ejecutorias estaban en regla por una y otra parte, la unión era buena y proporcionada á los ojos de la digna esposa del Señor de los Monteros.

Por lo que hace á Matilde, no tenemos que decir sino que era con mejor entendimiento, algún cultivo más y cierta altivez, efecto de su belleza, de su condición de hija mimada y del extenso círculo de adoradores que la rodeaba, el fiel trasunto, la copia exacta de su señora madre.

El Lic. Don Diego de Arochena conocía perfectamente las ideas de aquellas dos damas y tenía la convicción de que el amor ó el capricho que había concebido la joven por el teniente que llevaba el apellido de Fernández de Córdoba, se disiparía como el humo ante la certidumbre de que el ídolo que ella juzgaba de oro puro, no era sino de barro dorado. Nada menos que á esto equivaldría el verlo despojado repentinamente del prestigio que le daba á sus ojos un origen ilustre. Por eso se afanaba tanto Don Diego en descubrir el secreto del nacimiento de Gabriel, y no perdonaba medio de cuantos directa ó indirectamente pudieran conducirlo á aquel fin. Su larga práctica de la

profesión de abogado lo ponía en aptitud de seguir los hilos misteriosos de cualquiera intriga, porque él había urdido en su vida muchas tramas, ya para ocultar la verdad, ya para descubrirla, según las necesidades de los diferentes negocios que había tenido á su cargo.

Hemos visto por la conversación que tuvo con su pasante y de que dimos cuenta en el capítulo anterior, que había logrado adquirir unos cuantos datos sobre lo que tanto le interesaba averiguar; esto es, que tenía cogidos algunos de los cabos de la enredada madeja de aquella intriga; pero repentinamente se encontró detenido y sin poder pasar adelante en su pesquisa.

La explicación del camino por donde llegó Arochena al descubrimiento de algunos hechos relacionados con la historia del origen del pepe, es muy sencilla. No faltaba en la ciudad una ú otra persona que recordara el rumor vago que corrió de que el hijo de Don Fernando Fernández y su esposa, no era en realidad sino un niño de nacimiento desconocido, expuesto por alguna madre desgraciada á las puertas de aquellas personas principales y ricas, que no teniendo sucesión, debía suponerse recibirían con gusto á aquel pobre niño y concentrarían en él sus afecciones.

Nosotros sabemos que si su juicio era exacto por una parte, era completamente erróneo por otra. En la elección que hizo la mujer que puso á Gabriel á la puerta de la familia de Fernández de Córdoba, no entró ni podía entrar cálculo alguno interesado. Ella no conocía la casa donde dejaba á su hijo; buscó la que parecía por su apariencia, habitada por personas de condición.

Arochena no lo juzgó así. Instruido del rumor á que hemos aludido, supuso, como era natural, que se había elegido la familia de Fernández por sus circunstancias especiales. Trató de averiguar el paradero de los sir-

vientes de la casa, dió con una mujer que había sido por mucho tiempo criada de la esposa de Don Fernando. La interrogó con maña, le ofreció pagar generosamente las revelaciones que le hiciera; pero no pudo obtener dato alguno, por la sencilla razón de que nada sabía la mujer. No se habrá olvidado que el secreto estaba entre el dependiente de Fernández y sus dos criados hombres. De estos el uno había muerto seis ú ocho años antes, y el otro había desaparecido yendo probablemente á establecerse en alguna de las provincias distantes. Vista la imposibilidad de averiguar cosa alguna por aquel lado, dirigió Arochena sus trabajos hacia otras partes.

Sospechando que quizá el escribano Don Ramón Martínez de Pedrera, en cuya casa vivía Gabriel, pudiera estar instruido del secreto, trató de interrogar al criado negro de Don Ramón. No le faltó pretexto para buscar á este varias veces, en las horas precisamente en que sabía que no había de encontrarlo y procuró entablar plática con Benito; pero toda su sagacidad se estrelló en la reserva del esclavo, que contestó á las preguntas de Don Diego con el laconismo que había empleado al responder al mismo Gabriel, el día que llegó á la casa.

En seguida el abogado dió traza y modo para procurarse una conversación, con la criada del escribano, y por aquel lado fue más feliz que por los otros caminos por donde había buscado en vano los datos que necesitaba. Mediante algunas dádivas de presente y muchas promesas para lo futuro, supo que había en la casa un torno que comunicaba el primer patio con el segundo, y que servía para que Benito pasara los alimentos á una mujer que estaba allí encerrada, y que se decía era una señora loca. Supo también que todas las noches recibía Don Ramón muchas visitas, que se encerraban con el amo en la pieza grande que estaba á la izquierda del zaguán; pero

la criada no pudo decir lo que hacían. En cuanto al joven oficial huésped del escribano, nada más sabía que lo que era notorio á todo el mundo.

He ahí, pues, el resultado de las pesquisas de Don Diego. Poco concluyente, por cierto, en cuanto al objeto que tenía en mira, no era tan insignificante que no pudiera servir de punto de partida á ulteriores averiguaciones. El astuto letrado hizo expiar la casa de Pedrera por algunos de sus agentes y poco á poco fue sabiendo qué clase de personas eran las que lo visitaban por las noches. Entre ellas había de todo; desde funcionarios de categoría hasta sujetos del pelage del capitán y maestro de armas Don Feliciano de Matamoros. ¿ Serán conspiradores ? se dijo así mismo Don Diego. En aquella época comenzaban ya á germinar las ideas de insurrección, suscitadas por las noticias de lo que acontecía en otros reinos de América. Más todavía. Circulaban rumores de que se habían introducido en el país emisarios franceses que trabajaban ocultamente en sembrar ideas subversivas. No sin razón hubo, pues, de sospechar Arochena que las reuniones en casa de Pedrera pudiesen tener un carácter político. Pero la circunstancia de que concurrían sujetos notoriamente realistas, hizo que no se fijara en aquella conjetura. ¿ Serán jugadores que se ocultan por temor de las penas con que se ha amenazado recientemente á los de ese oficio ? se decía también el abogado. Todo podía ser; pero ni aquella ni otras sospechas que lo asaltaron, le parecían suficientemente fundadas.

Tuvo la idea de arrendar una de las casas contiguas á la de Pedrera, desde la cual pudiese establecer un espionage del patio donde estaba encerrada la mujer misteriosa, y una vez formado este proyecto, se dió á ponerlo en ejecución con su actividad acostumbrada. Había una casa desocupada, situada al lado derecho de la de Don Ramón

y cuyo zaguán debía quedar pared de por medio con el escritorio de ésta. De las indagaciones que hizo con los vecinos resultó que las ventanas de aquella casa permañecían cerradas, tanto que se veían los vidrios cubiertos de polvo y de telarañas. Era propietaria del inmueble una viuda pobre, y se extrañaba que jamás alquilara aquella casa, que por su capacidad podía proporcionarle un buen arrendamiento. El abogado se avocó con la viuda ; pidió la casa, se le contestó que no se alquilaba ; ofreció un arrendamiento doble del que correspondía, y no pudo obtener resolución favorable. Don Diego se retiró con la convicción de que la casa contigua á la de Pedrera participaba de los misterios de ésta ; pero no pudo llevar más adelante sus deducciones. Persuadido, sin embargo, de que la viuda no le había dicho la verdad, se propuso averiguar quien fuese el oculto inquilino de aquella casa. Veremos los medios que puso en práctica al efecto y cual fue el resultado de su investigación.

CAPITULO XIX.

UNA NOCHE EN COMPAÑÍA DE UN CADÁVER.

Si algún habitante de la soñolienta y tranquila ciudad de Guatemala hubiera tenido, por alguna causa grave, que subir ó que bajar, de las once de la noche á las cinco de la mañana, la calle del cuartel de artillería, mediado el mes de mayo de 1811, habría podido ver tendido en la grada de piedra de la puerta de una de tantas casas de esa calle, un hombre de muy mala traza, que ya por efecto de embriaguez, ó por sueño natural, roncaba de una manera que hacía retemblar los vidrios de las ventanas vecinas.

Cuatro ó cinco noches hacía ya que aquel individuo, que tenía todas las trazas de un *cucuxque*, ó pordiosero de la categoría más miserable entre los de su clase, elegía aquella grada como dormitorio, cuidándose muy poco de que uno de esos aguaceros que no son raros en aquella estación, le proporcionase un baño de que no tenían poca necesidad tanto la persona como los mugrientos harapos que la cubrían. Nadie había pasado que viera á aquel dormido; y si algún ser viviente hubiera atravezado la calle, no es probable hubiese fijado la atención en semejante circunstancia, harto común en aquellos tiempos. Pero á la sexta noche, como á las dóce, llegó un individuo embozado en una capa de color oscuro, y con un sombrero negro hundido hasta los ojos, y se paró á la puerta de una de las casas del frente de aquella donde dormía el mendigo. Iva talvez á entrar; pero dirigiendo la vista á

la banda opuesta, percibió el bulto que formaba el dormido y se dirigió hácia él con paso precípitado.

La noche era oscurísima. Un espeso pabellón de nubes negras cubría el firmamento, sin dejar paso á la luz de una sola estrella, y de vez en cuando caían algunas gotas de agua, de esas que suelen preceder á un copioso aguacero. Divisábanse á lo lejos, por la parte del sur, relámpagos fugitivos, indicio de la tempestad que descargaba sobre la costa, y se oía el trueno distante que acompaña al rayo.

El embozado estuvo observando durante un breve rato al cucuxque, pero sin poder verle la cara, pues la tenía cubierta con un pedazo de sombrero. Hízolo á un lado; y aunque quedó descubierto el rostro del dormido, como estaba la noche tan obscura, nada adelantó aquel en su examen. Pero á la cuenta el de la capa no era hombre que desistiera fácilmente de un empeño; así fue que inmediatamente sacó un *eslabón*, con el cual encendió una mecha y con esta una pajuela, que acercó á la cara del pordiosero. Estaba esta tan sucia, que no hubiera sido fácil decir cual fuera en realidad el color del cutis; pero buscando quizá algún otro indicio, quitó el embozado al dormido un asqueroso pañuelo que le cubría la cabeza, y aproximando más la pajuela, vió que el cabello del mendigo era tan rubio que tiraba á rojo. Esta circunstancia hubo de persuadir al sujeto de que aquel hombre no era lo que parecía. Apagó la luz y moviendo al otro fuertemente, hizo que despertara, dado que en realidad hubiera estado dormido.

—¿Qué hace Ud. aquí? preguntó el embozado en voz que podía advertirse no era la natural.

—¿Yo? contestó el supuesto cucuxque entre dientes y como con mal humor; dormir; ¿y á Ud. qué le importa? Déjeme y siga su camino.

— No, señor licenciado Don Diego de Arochena, replicó el de la capa; es necesario que antes que me vaya, sepa yo lo que significa ese disfraz y lo que hace en este y á esta hora un sujeto de la condición de Ud.

El abogado, á quien había vendido el cabello y la voz, viéndose descubierto, se puso en pié de un salto y sacando un gran cuchillo de bajo la sucia chaqueta que vestía, dirigió la aguzada punta del arma al pecho del desconocido. Este, con un movimiento tan rápido como el de Don Diego, dió un paso atrás y amartillando una pistola, apuntó al falso cucuxque y le dijo en tono resuelto:

— Si Ud. hace el menor movimiento, le levanto la tapa de los sesos.

Arochena se detuvo ante aquella amenaza, y no dijo una palabra. Entre tanto, el embozado se puso en los labios un pequeño silbato y lo hizo resonar tres veces. Al último silbido aparecieron cuatro individuos, embozados también, y se acercaron con paso rápido.

— Desarmen á este hombre, dijo el que había llamado, y dirigiéndose á Don Diego, añadió : Cualquier resistencia por parte de Ud. será inútil, y podrá costarle muy cara.

Diciendo así, sacó un pañuelo de algodón, vendó con él los ojos de Arochena y le quitó el cuchillo. En seguida, con el ceñidor ó banda de uno de los que acababan de llegar le ató fuertemente las manos hácia atrás ; le registró los bolsillos del calzón y de la chaqueta y encontrando allí un eslabón y una pajuela, se apoderó de estos objetos. Después dijo dos palabras al oído de los embozados ; tomaron estos en peso á Don Diego y echaron á andar. El que había dirigido la operación, pasó á la banda del frente, abrió la puerta de una casa, que, como nuestros lectores habrán sospechado quizá, era la contigua á la del escribano Don Ramón Martínez de Pedrera, y entró.

Los que cargaron con Don Diego anduvieron un buen rato ya hácia el norte, ya hácia el sur, tan luego en direccion al oriente como al occidente, de modo que el letrado no pudo calcular á que punto lo llevaban ni donde pararon. Oyó que habrían una puerta, después otra, tendiéronlo en tierra y se marcharon. El furor de Arochena, prisionero sin saber donde, ni de quien, estalló en sordas imprecaciones y enjuramentos que hacía de vengarse, cuando pudiera, de los que le jugaban tan pesada burla. Trató de ponerse en pié, y una vez que lo hubo conseguido, dirigió todo su empeño á desatarse las muñecas. Al cabo de media hora de lucha, logró aflojar el nudo y dejó libre una mano. Era cuanto necesitaba. Desató la venda que le cubría los ojos, esperando poder ver donde estaba; pero su impaciencia no fue poca al advertir que se hallaba en una pieza completamente obscura. Fue andando á tientas hasta tocar con la pared, y siguiéndola, dió la vuelta á la habitación, que calculó no debía ser grande. No tropezó con un solo mueble; lo único que encontró fue una especie de mesa larga, de calicanto, sobre la cual no había nada. Se encaminó entónces Don Diego hácia el medio de la pieza y dió con otra mesa, de madera. Puso la mano encima para ver si había algo en ella, y la retiró horrorizado. Había tocado un objeto que tenía la frialdad y la rigidez de un cadáver.

El abogado no era cobarde; pero sí bastante supersticioso, como todas las gentes de su tiempo. Pasada la primera impresión que le causó el descubrimiento que acababa de hacer, quiso averiguar si se había equivocado ó nó. Volvió á tocar y no pudo ya abrigar la menor duda. Sobre aquella mesa había un muerto. Privado de los medios de encender luz, se puso á buscar á tientas y temblando la puerta del cuarto, con la idea de procurar abrirla y escaparse. Fácilmente dió con ella, siguiendo las pa-

redes: pero su desconsuelo fue completo, al advertir que le sería imposible abrirla, sin más instrumento que las manos. Reflexionó, caviló, puso en tortura su fecunda imaginación; todo fue inútil. Hay lances en que el ingenio más sutil es impotente á remover el más sencillo obstáculo que se opone á la consecución de nuestros deseos. Arochena se sentó en el suelo con la espalda apoyada contra la puerta, para estar atento al menor ruido y aguardó el desenlace de aquella extraña aventura. La idea de pasar la noche en la obscuridad y en compañía de un cadáver le erizaba el cabello y le hacía dar diente con diente, como si experimentara los efectos del frío que precede en la calentura.

Entrando en cuentas consigo mismo, pudo medir los progresos que de algún tiempo á aquella parte había hecho en su corazón la pasión de los celos, que lo ponía en el trance en que se hallaba. Mientras Matilde de los Monteros no se había decidido por ninguno de sus adoradores, Don Diego llevaba en paciencia los desdenes de la orgullosa belleza; esperando que el tiempo y la constancia suplirían al fin su falta de atractivos personales. Pero cuando se convenció de que había un hombre que, sin solicitarlo ni pretenderlo, se había hecho dueño del corazón de la hija de Espinosa, y había acabado por amarla, la desesperación del letrado vizco y peli-rojo no conoció límites. Tenía el alma henchida de hiel. Aborrecía al llamado Gabriel Fernández, á los padres de la joven y á sus parientes que apoyaban aquellos amores, á la negra esclava, en quien su sagacidad le revelaba un enemigo temible; á la sociedad que aplaudía el proyectado enlace, y había momentos en que odiaba á la misma que era objeto de su violenta pasión. Entónces Arochena se sentía capaz de no retroceder ante ningún medio, ni aún ante el crimen, con tal de destruir aquellas relaciones que le eran insoportables.

Dominado por una sola idea, Don Diego olvidó todo lo demás. Dejó los negocios importantes que estaban á su cargo al cuidado de su pasante y consagró toda la actividad de sus facultades á un único y solo fin. En nada pensaba, á nada atendía y no podía conducirlo directa ó indirectamente al objeto que embargaba sus potencias.

Sólo y encerrado aquella noche en compañía de un cadáver, lejos de que aquella aventura á que lo había conducido su misma pasión, lo hiciese resolverse á prescindir de la intriga peligrosa en que estaba empeñado, parecía como si ella misma fuese un nuevo aguijón que excitara más y más el sentimiento que lo dominaba. Almas del temple de la de Arochena encuentran un poderoso incentivo en cada nuevo ostáculo, en cada nuevo contratiempo que se opone al logro de sus deseos.

Apoyada la espalda contra la puerta y la cabeza inclinada sobre el pecho, bajo el peso de sus reflexiones, renovaba en su interior el juramento de no desistir de su propósito hasta descubrir el secreto que á su juicio, debía conducirlo á destruir las relaciones de Gabriel y Matilde. En medio de aquellas reflecciones, recordaba de repente que estaba prisionero, sólo, en medio de la noche, á oscuras y sin más compañía que la de un difunto, y volvía á temblar y estremecerse. A pesar de su orgullo, el letrado hubo de confesarse á sí mismo que tenía miedo ; y este sentimiento, tributo pagado á la naturaleza y á las ideas de su tiempo, le hizo subir la sangre á la cara, bajo la costra de tizne con que había procurado inútilmente disfrazar sus facciones. De repente le pareció escuchar un ligero rumor hácia el medio de la pieza, como por el sitio donde estaba el muerto. El instinto le dijo que huyera; procuró ponerse en pié, pero no pudo. Sentía cada una de sus piernas tan pesada como si fueran de plomo. Y puesto en pié, ¿ qué lograría ? pensó en seguida ¿ No es-

taba allí esa condenada puerta que se oponía á su fuga? El rumor continuaba. ¿Era el murmullo de una voz, era el alma del muerto que iba á aparecérsele de un momento á otro en medio de un nimbo luminoso y á hacerle oír acentos de otro mundo? Don Diego lanzó un grito, hizo un esfuerzo extraordinario; logró ponerse en pié y comenzó á golpear la puerta con desesperación. Nadie respondió á aquel grito; nadie escuchó aquel llamamiento. Arochena estaba como encerrado en una tumba, y separado para siempre talvez, (al menos así hubo de pensarlo él) del mundo de los vivos.

El rumor continuaba cada vez más distinto, más fuerte á cada instante. El miedo no permitía al pobre abogado atinar con la explicación sencilla de lo que le parecía cosa sobrenatural. El aguacero que amenazaba caer cuando lo llevaron á aquel encierro, se había desplomado sobre la ciudad, y el agua, penetrando al travez de algunas tejas rotas del techo de la pieza, caía sobre un candelero de hojalata que estaba sobre la mesa donde yacía el cadáver. He allí el rumor que escuchaba Arochena, sin acertar con la causa que lo originaba.

Cansado de golpear la puerta inútilmente, y transido de miedo, Don Diego se dejó caer en tierra y pasó cerca de tres horas de mortal congoja. Al fin cuando iba ya á amanecer, oyó el chirrido de una llave que daba vuelta en la cerradura de la puerta y se abrió ésta lo necesario únicamente para dar paso á un embozado, que volvió á echár la llave luego que estuvo dentro.

—Don Diego, dijo el que acababa de entrar. Si Ud. quiere, como lo supongo, salir de este sitio y no acabar aquí sus días sin auxilio humano, lo conjuro á que conteste con verdad á la pregunta que voy á hacerle.

Por la voz conoció Arochena que el que le hablaba era el mismo sujeto por cuya orden había sido llevado á aquel

encierro. Al ver que en vez de una alma de la otra vida, era un hombre en carne y hueso el que se le aparecía, Arochena recobró su valor.

—Antes de responder á esa pregunta, dijo, deseo saber con autoridad de quien me ha privado Ud. de mi libertad personal y encerrándome en esta mazmorra, en compañía de un cadáver.

El embozado se rió al oír la pregunta del letrado y le contestó:

—No estamos para perder el tiempo en discusiones inútiles. Responda Ud. categóricamente á la pregunta que voy á dirigirle, ó me vuelvo por donde he venido.

—Pregunte Ud. con mil diablos, dijo Arochena, rechinando los dientes de rabia.

—¿Qué objeto ha tenido Ud. al disfrazarse y fingirse dormido en él sitio donde lo he encontrado?

—Si yo dormía realmente ó no, respondió el abogado, no es cuenta de nadie. En cuanto al objeto que tuve, no lo ocultaré á Ud., ya que revelándolos, recobraré mi libertad. Espiaba yo á los que entran y salen de casa del escribano real Don Ramón Martínez de Pedrera.

—¿Y con qué fin los espiaba Ud.?

—Estoy haciendo la defensa de un reo, que aumentará extraordinariamente mi reputación, si logro sacarlo libre. Es un pobre diablo á quien se acusa de formar parte de la gavía de asesinos y ladrones que capitanéa Pié-de-lana, y se le supone cómplice en el ataque nocturno de que estuvo á punto de ser víctima el capitán Matamoros. Yo tengo motivos para sospechar que el que atacó al capitán fue una de las personas que se reunen por las noches en casa de Pedrera; ignoro que clase de gente es la que allí concurre, y para averiguarlo, examinando á los que entran y salen, me he situado durante seis noches en el punto donde Ud. me halló.

— ¿ Y por qué sospecha Ud., dijo el embozado, que el agresor de Matamoros fue uno de los que concurren á la tertulia del escribano ?

— Porque sé, contestó Arochena, que eso que Ud. llama tertulia, es una reunión de jugadores; que el capitán estuvo allí esa noche, que ganó una suma de dinero y que se le encontró herido y sin un peso en los bolsillos.

— ¿Y no puede haber caído en manos, replicó el otro, de algunos malhechores que lo hayan herido y robado, caso de que sea cierto lo que Ud. asegura ?

— No es imposible, dijo el abogado ; pero tampoco lo es que uno ó algunos de los jugadores hayan seguido al capitán y asaltádolo al volver á su casa.

El embozado guardó silencio durante un rato, y Don Diego se felicitaba en su interior de haber forjado una historia que tenía todos los visos de la probabilidad, y con la que engañaría á su carcelero, sin descubrir el verdadero objeto de su espionage, que no era ciertamente la casa de Pedrera, sino la contigua.

— Veo, dijo el desconocido, que Ud. sabe más de lo que le conviene. Váyase con tiento, pues hay cosas cuyo conocimiento puede hacer la ruina del que lo adquiere. Lo que Ud. acaba de decirme será ó no será lo cierto ; pero por ahora quiero contentarme con la explicación de Ud. Voy á ponerlo en libertad, y no olvide la lección que ha recibido.

— No la olvidaré, dijo Don Diego en su interior, ni descuidaré tampoco el arreglar la cuenta que te abro desde esta noche, malvado. ¡ Ay de tí si la sospecha que he concebido resulta cierta !

El embozado abrió la puerta y entraron cuatro hombres. Al apoderarse del abogado para conducirlo fuera de aquel recinto, advirtieron que se había desatado las manos y quitádose el pañuelo de los ojos. Volvieron á maniatarlo

y á vendarlo, cargaron con él, salieron, y una vez en la calle, hicieron evoluciones semejantes á las que habían hecho al llevarlo, hasta que habiendo llegado delante de la puerta de la casa de Arochena, lo tendieron en la grada y se alejaron.

CAPITULO XX.

REVELACIÓN. — DESCUBRIMIENTO.

Por fortuna para el licenciado Don Diego de Arochena, no hubo persona alguna que lo viera aquella madrugada vendado de los ojos, atado de las manos y disfrazado de mendigo en la puerta de su propia casa. Su amigo íntimo y discípulo Don Gerónimo Rosales, inquieto al ver que amanecía y no regresaba Don Diego de su expedición nocturna, tómó la capa y el sombrero y dispuso ir á buscarlo. No bien hubo abierto la puerta, encontró al licenciado tendido en la grada, echando mil maldiciones y jurando vengarse, aunque sin decir de qué ni de quien. El pasante desató la ligadura, quitó la venda de los ojos de su maestro y guardó cuidadosamente el ceñidor y el pañuelo, como cuerpo del delito.

Arochena, no obstante la fatiga que sentía, no quiso acostarse; refirió su extraña aventura á Don Gerónimo, y apesar de la intimidad que reinaba entre ellos, omitió en su relación una vaga sospecha que había concebido, por la estatura, el aire, el acento de la voz, (aunque fingida) del sujeto que le había jugado tan pesada burla. Parecíale la idea tan inverosímil, que quiso aguardar á tener alguna prueba para comunicarla á Rosales. Por lo demás, la aventura de aquella noche no retrajo á Don Diego de su propósito de procurar la aclaración del secreto que tanto le interesaba descubrir. Por el contrario, ella fue un motivo más para excitarlo á continuar sin descanso sus investiga-

ciones, que tendrían en adelante un doble objeto: el de impedir el matrimonio de Gabriel Fernández y el de vengarse del desconocido que le había inferido tan grosero ultraje.

Durante toda la mañana estuvo el licenciado cavilando, sin poder acertar con el hilo que debiera conducirlo en el laberinto de dudas y de confusión en que se hallaba envuelto. Pero acontece muchas veces en la vida que un secreto que no podemos descubrir por nuestros esfuerzos, comienza á revelársenos por efecto de la casualidad; y así le sucedió aquella vez á Don Diego. Como al medio día paseábase en su gabinete en la mayor agitación, hablando y gesticulando solo, cuando se abrió la puerta con cautela, entró el criado de la casa y puso una esquela cerrada en manos de su amo. Arochena conoció la letra del sobrescrito y estuvo á punto de arrojar el billete, sin abrirlo, á la canasta de los papeles inútiles. Sin embargo, dominado aquel impulso, abrió la carta y leyó lo siguiente:

"Amigo Don Diego: necesito urgentemente ver á Ud. Estoy enfermo. Venga.

Andrés de Urdaneche."

Será, pensó Arochena, para alguno de tantos negocios de la casa que me están encomendados. ¡Bueno estoy yo para ir ahora á ocuparme en esas cosas! No iré.

Puso la esquela abierta sobre su bufete y continuó paseándose entregado á sus cavilaciones. Cada vez que llegaba delante de la mesa, echaba los ojos maquinalmente á la carta.

—Necesita urgentemente el verme, decía Arochena. ¿Y á mí qué me importan las urgencias de Don Andrés ni las de su casa de comercio?.... Dice que está enfermo.... No es extraño. Es tiempo ya. Ese hombre es viejo.... ¿Y si estuviera en caso de muerte? añadió el letrado

como si lo asaltara una idea súbita. ¿No es él corresponsal de Fernández de Córdoba? ¿No es él encargado de suministrar á su supuesto hijo cuanto necesita? ¿Si me llamará para una revelación importante? Voy allá inmediatamente.

Cinco minutos después Don Diego llegaba á casa de Urdaneche y era introducido en el dormitorio del viejo negociante. Don Andrés estaba recostado en un sillón. pálido, pensativo y con el brazo izquierdo suspendido de un pañuelo blanco; atado en derredor de la nuca. El criado que introdujo al licenciado se retiró y cerró la puerta, por orden de su amo.

—¿Está Ud. malo, Señor Don Andrés? dijo Arochena, fijando su mirada escrutadora en las facciones del anciano.

—Sí, amigo mío, contestó Urdaneche sin alteración aparente. He sufrido esta mañana un ligero ataque de insulto y ha sido necesario sangrarme.

Eso es nada, dijo Don Diego chanceando; enfermedades de ricos.

—A mi edad, replicó Urdaneche, un mal ligero puede ser precursor de otro grave. En todo caso la prudencia aconseja que esté uno preparado.

—No diré lo contrario, contestó Arochena; pero me parece que Ud. no tiene por qué inquietarse. Los negocios de la casa supongo continúan bien, y en cuanto á los personales de Ud. creo serán de muy fácil arreglo. Ud. no tiene herederos directos; su único pariente, que yo sepa, es su sobrino nieto, Don Gerónimo Rosales. . . .

La fisonomía del anciano pareció tomar un aire sombrío, é interrumpiendo al abogado dijo con palabras entrecortadas:

—He ahí, amigo Arochena, lo que ni Ud. ni yo mismo podemos asegurar.

—¿Cómo? preguntó Don Diego con alguna inquietud, ¿qué no puede Ud. asegurar que no tiene herederos directos y que Rosales, mi pasante, puede no ser su más inmediato pariente? Sírvase Ud. explicarse, señor Don Andrés.

El anciano guardó silencio durante un momento y luego, como si tuviera que hacer un gran esfuerzo, dijo en voz muy baja y con acento que revelaba profunda emoción:

—Hay aquí (y se puso la mano sobre el corazón) un secreto que hace veinte años envenena mi existencia; que jamás he revelado á nadie y que sólo la dura necesidad me obliga á descubrir á Ud. ahora. Tengo confianza en su discreción y me es indispensable su consejo como letrado. Escúcheme Ud.

Sin saber bien por qué, Arochena consideró de la mayor importancia lo que iba á decir Don Andrés; así fue que se propúso no perder una sola de sus palabras.

—Ud. debe saber, continuó diciendo el viejo negociante, que yo fuí casado.

—Lo sé, contestó Don Diego, y también que perdió Ud. á su esposa muchos años hace, quedándole una niña que murió joven.

—Allí está, replicó Urdaneche, la parte dolorosa de mi triste historia. Esa hija mía que Ud. y todos creen muerta, y que lo ha estado para mí veinte años hace, talvez viva ahora. Aquella desdichada, añadió con voz sorda, cometió una falta grave, cuando contaba apenas diez y siete años. Cuando lo advertí, le exigí el nombre de su seductor y se negó obstinadamente á revelármelo. Entonces me resolví á lanzarla de mi casa, de donde salió para no volver jamás. Fingí un viaje y esparcí la voz de que mi hija había muerto.

Nunca he vuelto á oír hablar de aquella desventurada; no sé si vive y si existe el fruto de su falta. Tal vez me

queden pocos días de vida; debo disponer de lo que poseo y necesito el consejo de Ud. ¿Puedo testar libremente ignorando si mi hija existe?

Urdaneche calló. Podían haberse contado los latidos de su corazón, que palpitaba violentamente. El desdichado había tenido que hacer un gran esfuerzo para revelar al abogado aquel secreto guardado durante tantos años. Don Diego escuchó con asombro aquella confesión, y se agolparon en su espíritu las sospechas más extrañas. Profundamente preocupado de una idea, creyó entrever en lo que le refería Urdaneche algo que estaba relacionado con el misterio cuya aclaración procuraba con tanta ansia. Sin saber bien por qué, se le atravesó el pensamiento de que aquella mujer encerrada en casa del escribano Pedrera pudiese ser la hija de Don Andrés, y el llamado Gabriel Fernández el fruto de su caída. Pero entonces ¿quién era el padre de aquel joven? ¿El escribano mismo que lo tenía en su casa? No parecía probable. Nadie más extraño por su carácter á esa clase de aventuras que Don Ramón. Además, se sabía que Gabriel había sido colocado en aquella casa por el mismo Urdaneche, que seguramente no tenía sospecha alguna de que pudiera ser su nieto. ¿Por qué, entonces, le abría su bolsa con tan ilimitada generosidad? ¿Cómo explicar los lujosos regalos que Gabriel había recibido para la fiesta de noviembre? ¿Sería Urdaneche solamente el intermediario de otro para trasmitir esos obsequios, el instrumento del oculto y desconocido seductor de su hija? Y después, ¿quién era éste? No un cualquiera, seguramente, una vez que podía mantener á su hijo con lujo y hacerle regalos costosísimos.

Un minuto bastó para que aquellas reflexiones atravesaran rápidamente por la imaginación de Don Diego. Como se ve, aunque agregando un dato nuevo á los que

ya tenía, ellas dejaban aún cubierta bajo un velo impenetrable la parte principal del secreto que tenía el más vivo interés en aclarar. Estuvo tentado de insinuar al anciano la sospecha que había concebido de que fuese su hija la mujer encerrada en casa de Pedrera y Gabriel el hijo bastardo de esa misma mujer. Pero reflexionó inmediatamente que dando á Don Andrés la idea de que su hija vivía, era seguro que esto privaría á Don Gerónimo Rosales de la herencia del anciano, ó del cuantioso legado que probablemente le dejaría, caso de creerse sin herederos directos. No ignoraba Arochena que si en efecto vivía la hija de Don Andrés, y su sobrino nieto era nombrado heredero, ó legatario en cantidad considerable, podía esto más tarde dar origen á un litigio; pero esa consideración no arredraba á un letrado de la habilidad y audacia de Don Diego. En todo caso, se decía á sí mismo, vale más tener que sostener un pleito, que no ver pasar la herencia á otra persona, como sucederá si llega á descubrir Urdaneche que vive su hija.

Hechas estas reflexiones, resolvió guardar sus sospechas en lo más profundo de su alma, y dijo á Don Andrés:

—Pienso que es imposible que si su hija de Ud. viviese, no hubiera Ud. oído hablar de ella en tantos años como han pasado desde su desaparición. Lo más probable, lo seguro casi es que no existe, lo cual deja á Ud. en plena libertad de disponer de sus bienes en favor de otra persona. En todo caso, mi opinión es que Ud. otorgue un testamento cerrado, escribiendo Ud. mismo su última voluntad, cerrando y sellando el pliego y haciendo que un escribano y siete testigos firmen sobre la cubierta una razón en que conste que aquel es el testamento de Ud. Si para redactarlo, tiene Ud. necesidad de mí, no tengo para que decirle que á cualquiera hora me tiene á su disposición. Yo creo que Ud. no olvidará á su sobrino nieto,

su más inmediato deudo y que tiene tanto afecto y respeto por Ud.

Urdaneche clavó su mirada penetrante en el abogado y le dijo:

—Puede Ud. estar seguro de que no olvidaré á mi sobrino.

Completamente satisfecho con el resultado de la conferencia, Arochena se despidió del viejo negociante, y corrió á su casa á informar á su discípulo y amigo íntimo de la brillante fortuna que se les preparaba. Y decimos *se les*, porque Don Diego sabía muy bien que viniendo á ser Rosales heredero ó legatario de Don Andrés, sería como si lo fuese él mismo.

Entre tanto Urdaneche, luego que volvió la espalda Don Diego, se sonrió con desdén y levantándose no sin trabajo, se sentó junto á una mesa donde había recado de escribir y comenzó á trazar algunas líneas muy despacio en una foja de papel.

Dejaremos al anciano entregado á aquella ocupación y al letrado comentando con su pasante el importante acontecimiento, y diremos algo de una de las personas que han figurado en esta historia y á quien hemos perdido de vista hace ya algún tiempo. Es esta la hija del maestro de armas, la abandonada novia de Gabriel. Rosalía había necesitado de ocupar su corazón desierto desde que tuvo que arrojar de él la imagen seductora del ingrato que burlara tan cruelmente sus candorosas ilusiones. Pensó un momento retirarse á un claustro; pero aquella alma, exenta de egoísmo, comprendió inmediatamente que no debía abandonar á su padre anciano y á sus hermanos á quienes servía de madre y desechó resueltamente la idea. Entonces hizo Rosalía el propósito de consagrar todas las horas que le dejaba libres el cuidado de su familia y el trabajo que les proporcionaba escasamente la

subsistencia, á asistir á los enfermos de un mal contagioso y repugnante, que inspiraba horror á todos, lo cual hacía que aquellos infelices necesitasen más que otros de la caridad. Eran estos los leprosos ó lazarinos, cuyo número era considerable en la población y que no estaban entonces recogidos en un establecimiento separado. Acompañada de su hermano, que contaba ya unos diez años, recorría los barrios de la ciudad, buscando con el mayor empeño á los leprosos y prodigaba sus cuidados á aquellos infelices, proporcionándoles los alivios y consuelos que estaban á su alcance. El niño, temeroso al principio, había ido familiarizándose con los enfermos, acabando por no sentir aprehensión ni repugnancia alguna de acercárseles y tratar con ellos. Por el contrario, siguiendo el ejemplo de su hermana, parecía tener gusto en asistirlos.

Un día que la hija de Don Feliciano tuvo que prescindir de sus excursiones caritativas, por cuidar á su padre, que estaba enfermo, Antonio, (este era el nombre del chico hermano de Rosalía) discurrió divertirse por las azoteas y tejados de su casa. Una pared divisoria no muy elevada separaba el gallinero de ésta de la huerta de una casa grande, á cuya espalda caía la del maestro de armas. El muchacho se puso á cabalgar sobre el caballete, procurando coger algunas naranjas que pendían de una rama que casi tocaba con la pared, y de repente vió atravesar bajo los árboles á una mujer alta y encorvada, y cuyo cabello blanqueaba ya. Antonio quiso ocultarse, temiendo ser reconvenido; pero no pudo hacerlo tan pronto que no viese la cara de la señora, en la que descubrió al momento las señales, que le eran ya muy conocidas, de una lepra bastante avanzada. La mujer volvió la cara precipitadamente y se retiró:

—Si me ofreces no regañarme por haber subido á la azotea, dijo el muchacho á su hermana, luego que bajó,

te digo lo que he visto en una de las vecindades. Es cosa que te interesa mucho.

—Hace muy mal, Antonio, contestó Rosalía, en ir á espiar las casas agenas. No sé lo que habrá visto ni creo que me importe saberlo.

—¿ Qué no te importa ? Pues si es así, ¿ por qué andas buscando por toda la ciudad lo que yo he visto en esa casa ?

—¿ Qué ? replicó la joven, interesada ya en el descubrimiento de su hermano ? será talvez algun enfermo ?

—Enfermo, no, dijo el chico ; enferma, sí, y con cara de estar muy mala. Figúrate que es como una granada.

—¿ Y cual es la casa ? dilo pronto.

—¡ Ah ! bien sabía yo, contestó Antonio riéndose, que en diciéndote que había encontrado uno de tus queridos lazarinos, ya no me habías de regañar. Oye. Es la casa que está á espaldas de la nuestra. El gallinero de aquí da á una huerta donde hay muchos árboles frutales, y allí ví atravesar una señora alta, agachada, medio vieja y que parecía muy triste. Volvió la cara y ví que era espantosa. Me escondí ; pero creo que alcanzó á verme y talvez vendrá ya la queja á mi padre. Te lo digo para que sepas lo que hubo y no vengan á poner de más.

Rosalía permaneció pensativa durante un rato, procurando calcular cual sería la casa. Después de un momento de meditación, se puso pálida, luego encendida y dijo con voz balbuciente y como hablando consigo misma :

—Espalda con espalda con el gallinero de casa ; es decir en la calle del cuartel de artillería. Pero esa es, si no me engaño, la del escribano real Don Ramón Martínez de Pedrera. La casa donde vive . . . . y no dijo más. La voz se ahogó en la garganta de Rosalía y la pobre joven cayó en profundo abatimiento. Esto no duró más que unos tres ó cuatro minutos. Haciendo un esfuerzo para

sobreponerse á la idea que le destrozaba el corazón, exclamó:

—Pero ¿qué importa quien sea ella ni la casa donde esté? No he hecho voto de buscar por todas partes y asistir á todos los desdichados que padezcan de ese mal; á los que tengan lacerado el cuerpo como tengo yo el alma? Antonio, añadió en voz alta, dirigiéndose al niño; vas á volver á subir á la azotea; procura ver á esa señora, háblale con dulzura, dile que yo, que tu hermana desea verla, hablarle y poder serle útil en algo, y me avisas lo que te conteste.

No deseaba el muchacho otra cosa que poder subir libremente á cortar las naranjas de la huerta vecina. Así, ofreció desempeñar desde el mismo día la comisión de su hermana; y en efecto, se situó en el caballete de la pared divisoria de las dos casas y aguardó con paciencia que volviese á aparecer la señora enferma.

CAPITULO XXI.

MANUELITA LA TATUANA.

Desde que Gabriel Fernández estuvo seguro del amor de Matilde de los Monteros y del agrado con que la familia de esta veía el proyectado matrimonio, aguardaba impasible el consentimiento de su padre, y que la fortuna, que tan propicia se la había mostrado hasta entonces, le hiciese un nuevo favor, proporcionándole el ascenso en su carrera que pondría el colmo á sus más lisongeras esperanzas.

Aun cuando sea con perjuicio de nuestro héroe, debemos confesar que en el sentimiento que experimentaba por aquella joven, había más amor propio y vanidad que verdadera pasión. Lo halagaba la idea de ser dueño absoluto de aquel corazón rebelde que había sabido resistir á las solicitudes de tantos adoradores y la de haber dominado el orgullo de la mujer que lo viera al principio con la más desdeñosa indiferencia. Pero aquella ilusión, aquella ternura, con que había amado á la pobre hija del maestro de armas, no entraban casi por nada en las relaciones un tanto frías y medio ceremoniosas con la brillante y aristocrática belleza que era ya su novia á los ojos de la sociedad.

Preciso es añadir á esta confesión que el espíritu un tanto versátil del teniente Fernández comenzaba á considerar algo monótonos aquellos amores semi-oficiales.

Como los tertulianos de Doña Engracia habían ido desertando poco á poco, dejando el campo libre al afortunado cortejo de Matilde, las reuniones no dejaban de parecer ya á Gabriel un tanto fastidiosas. Comenzaba á cansarlo la mariposa de plata que servía de antifaz á la única vela con que se alumbraba la pieza donde recibían las señoras por las noches; la mancerina del mismo metal que sostenía la preciosa jícara en que se servía el chocolate á su futura suegra; y más que la mariposa y la mancerina lo fastidiaba ya la conversación poco instructiva de la buena señora. Cuanto tenían que decirse Gabriel y Matilde estaba dicho y repetido hasta la saciedad. El vocabulario del amor casi agotado ya, no tenía como alimentar las conversaciones de los dos jóvenes durante las horas en que Doña Engracia, protegida por las alas de la mariposa, digería dormitando sus marquesotes y su chocolate.

No por eso se crea que Gabriel habría visto con indiferencia que un obstáculo cualquiera se atravesara entre Matilde y él; ni se imagine tampoco que pretendamos dar á entender que hubiera dejado de amar á esta enteramente. Lo único que deseamos hacer notar es que encontrándose en no disputada posesión de la mujer á quien cortejaba más por vanidad y por orgullo que por verdadera pasión, comenzaba á encontrar monótonas y frías aquellas relaciones.

Esto condujo al joven teniente á buscar distracción en lo que podía proporcionársela. Comenzó á gastar el dinero con cierta profusión que le atrajo pronto numerosos amigos. Unos cuantos mancebos, militares unos y paisanos otros, que lo reconocían como jefe, formaron una asociación que obteniendo pronto la simpatía de las mozas, hizo fruncir el ceño á padres y maridos. Organizaban fiestas en casas de equívoca reputación, y frecuentemente hacía Gabriel Fernández los gastos de aquellas reuniones

no muy decorosas. Concurrentes asiduos al juego de pelota, que se hallaba establecido por entonces en el espacioso patio donde muchos años después se construyó el teatrito de Variedades, los calaveras, como los llamaba la gente formal, perdían allí sumas de alguna consideración.

Un día de tantos tuvo necesidad Gabriel de avocarse con su tutor Don Andrés de Urdaneche, á quien no veía ya sino muy de tarde en tarde. Después de informarse de la salud del anciano, bastante quebrantada á la sazón, sacó el teniente una lujosa cartera de terciopelo carmesí con las armas de los Fernández de Córdoba grabadas en una plancha de plata sobre la cubierta, y comenzó á extender sobre la mesa de Urdaneche algunos papeles.

El viejo negociante seguía los movimientos del joven sin decir palabra. Luego que hubo terminado la operación, dijo Gabriel:

—Tiene Ud. aquí, señor Don Andrés, algunas cuentecitas que es necesario pagar.

—¿A cuanto montan? preguntó Urdaneche.

—No lo sé, replicó el joven; pero no puede ser gran cosa. Sírvase Ud. verlas.

Don Andrés se caló las gafas y tomando una pluma y un pliego de papel, comenzó á sumar.

Había allí cuentas de sastres, zapateros y plateros; de las tiendas de géneros, de las de vinos y licores y otras que ascendían á ochocientos veintinueve pesos cinco reales. Entre las partidas llamó particularmente la atención del anciano una de ciento ochenta y cinco pesos en listones y fajas de seda; pero, por supuesto, no se consideró con derecho de preguntar á Gabriel para que había necesitado comprar tanto listón y tanta faja. Por último venía un memorandum ó nota de deudas contraídas en el juego de pelota, que ascendían á mil quinientos pesos.

—Total, dijo Urdaneche, dos mil trescientos veintinueve pesos cinco reales.

—No puede ser, exclamó Gabriel. ¿En qué he de haber yo gastado tanto?

Don Andrés le pasó, sin decir palabra, el pliego donde estaban anotadas y sumadas las partidas. El teniente las medio examinó y repetía:

—No puede ser, no puede ser.

—Plazola, dijo Urdaneche, levantando la voz. Inmediatamente se presentó aquel mismo sujeto á quien vimos responder á igual llamamiento cuando algunos años antes fué Gabriel por vez primera á ver á Don Andrés. Llevaba la misma pluma detrás de la oreja y se hubiera dicho que no había pasado día por él.

—Entregue Ud., dijo Urdaneche, dos mil trescientos veintinueve pesos cinco reales á Don Gabriel Fernández, y que le firme un recibo.

El teniente no era hombre para ponerse á contar aquella suma, aunque la entrega se le hizo en onzas de oro. Llamó dos indios y haciéndolos cargar con el dinero, se marchó muy satisfecho. Sabía ya que podía contraer deudas de consideración y que el crédito que tenía abierto en la casa de Aguero y Urdaneche era poco menos que inagotable. Así fue que pagados sus acreedores, comenzó inmediatamente á contraer nuevas deudas. Derramaba el oro con la profusión de aquel á quien nada le cuesta, aumentando de día en día el círculo de sus parásitos y la fama de la inmensa riqueza de que podía disponer. Los dos mil y tantos pesos que acababa de pagar se multiplicaron por ocho ó diez en boca de los noticieros de la ciudad y el público aceptó el hecho sin examen.

Entre los amigotes que formaban la corte del joven Creso había uno que se distinguía por la destreza con que explotaba su vanidad, lisonjeando sus pasiones y hacién-

dose pagar bien caros los servicios que prestaba al descarriado teniente. Llamábase Cristóbal de Oñate; contaba ya más de cuarenta años y había recorrido los diferentes grados de la escala del vicio, hasta tocar en aquellos de los cuales era difícil pasar. Este perdulario vino á hacerse el mentor de Gabriel, que le abrió su corazón, (á lo cual no daba Oñate grande importancia) y su bolsillo, objeto principal de la amistad interesada del pegote.

Oñate había conducido á su discípulo á casa de todas las mujerzuelas de reputación problemática que había en la ciudad, donde pasaban alegremente las horas en bailes y comilonas. Una noche Gabriel y sus amigos se divertían en una casuca del barrio de Candelaria, donde se había reunido la flor y nata de las bellezas del vecindario. Eran las nueve. Oñate estaba inquieto y salía á cada instante á la puerta que daba á la calle, como si aguardara á alguna persona que tardaba. A las nueve y media se abrió la puerta y apareció una vieja, cuya cabeza, completamente cana, agitaba un ligero temblor nervioso, y cuyas manos, secas y huesosas sufrían la misma convulsión. Tras ella entró una joven como de veinte años, morena, ojos negros, sonrosada, y cuyas facciones todas, perfectamente delineadas, formaban el tipo más interesante y atractivo de esa raza en que la sangre indígena y la española entran por iguales partes.

Una salva de aplausos acogió la aparición de aquella linda joven.

— Ella es, dijo una voz, Manuelita la Tatuana; y todos los jóvenes de la reunión, con excepción del teniente Fernández, gritaron á voz en cuello: ¡ Viva la Tatuana !

La joven que acababa de entrar y cuya llegada excitaba tanto entusiasmo, era hija de la anciana que la acompañaba y ambas habían venido recientemente de la Antigua á establecerse en la nueva Guatemala. La madre de la

vieja fue aquella célebre Tatuana que pasaba por una grandísima bruja y que, según la tradición, había sido emplumada en castigo de sus hechicerías. El apodo hereditario en aquella familia, se había trasmitido de la abuela á la hija y de esta á la nieta, y nadie conocía á la moza con otro nombre que el de Manuelita la Tatuana. Cuando la joven se despojó del rebozo de seda de colores vivos que llevaba sobre los hombros, dejó ver el pecho y la espalda, que medio cubría una delgada camisa de tul blanco. La enagua era de batavia roja con vuelo de gaza muy fina, blanca como la camisa, y bajo el ruedo asomaba el menudo pié, completamente descalzo. El cabello, formando dos gruesas trenzas negras con un ancho listón muaré encarnado, bajaban hasta tocar casi con la tierra los dos grandes florones con que remataban. Los brazos, perfectamente torneados, la mano breve y fina que no parecía acostumbrada á trabajos recios y el aire satisfecho y casi osado que se advertía en la Tatuana, llamaron vivamente la atención de aquellos jóvenes señores.

Hemos dicho que Gabriel no unió su voz al coro que saludó la aparición de la belleza de los piés desnudos; pero no fue por cierto porque no admirara aquel expléndido tipo de la mujer del pueblo. Por el contrario; la impresión que le hizo fue tal, que no le dejó lugar de pronto para externar su asombro con vivas y palmadas, cómo sus compañeros.

Uno de los oficiales puso su gorra de cuartel á los piés de la Manuelita, que correspondiendo á aquella invitación á bailar, lució su gentileza en un fandango. Gabriel seguía con avidez los movimientos de aquel cuerpo ligero como el de una sílfide; buscaba la mirada de fuego de aquellos ojos negros y no perdía una sola de las palabras vivas y atrevidas que salían de tiempo en tiempo de aquella boca que mantenía entreabierta la respiración agitada de

la danza. El impresionable joven hizo mentalmente una comparación entre aquella mujer y la digna y fría Matilde Espinosa de los Monteros, y....., triste es decirlo, la balanza se inclinó por el momento del lado de la Tatuana. Media hora después, Gabriel, que había estado rodando en derredor de Manuelita como la mariposa en torno de la llama, estaba en una esquina de la sala en conversación con la muchacha. Los amigos, que parecían respetar la elección del jefe de la alegre pandilla, se divertían con las otras damiselas de la reunión y Cristóbal de Oñate, en un rincón obscuro de la pieza, hablaba con la vieja Tatuana y se sonreía como Mefistófeles al ver á Fausto á los piés de Margarita. El plan de aquel hombre diabólico iba saliendo á medida de su deseo. Era él, antiguo cortejo de la madre, quien la había hecho venir de la Antigua con su hija, y tendido aquel lazo al rico y generoso teniente. Oñate se prometía ser el intermediario de los amores de Gabriel Fernández y Manuelita la Tatuana y hacerse pagar su trabajo con liberalidad. La vieja había entrado en el plan sin el menor escrúpulo; pero conociendo el carácter extraño y caprichoso de su hija, no había creído conveniente decirle lo que se proyectaba. Había sido muy capaz de negarse á tomar parte en la farza.

Gabriel era tímido. No tenía aun el aplomo que dá el hábito de cierta sociedad, y se sentía siempre inclinado á ser respetuoso y cortés con las mujeres, cualquiera que fuese su condición. Trató de Ud. á la Tatuana, distinción á que no estaba ésta acostumbrada por parte de las personas de la clase del teniente y que la lisonjeó, por lo mismo que le parecía extraña. Ella conoció al momento la impresión que había hecho en el joven oficial, á quien veía objeto de las atenciones de todos, y cuya figura no le desagradó á primera vista.

Al siguiente día de aquella fiesta, en que Gabriel ya no se separó casi de la Manuelita, fue á visitarlo Oñate y por supuesto hizo que la conversación recayera sobre la linda moza. Dijo que había conocido en la Antigua á la madre, cuando todavía no era enteramente vieja; que estaban muy pobres; ocupándose la hija en hacer cigarros y la anciana en vender polvos y bebidas para inspirar el amor á los tontos que creían semejantes patrañas.

Gabriel habló con entusiasmo de la muchacha, deseó visitarla y Oñate se ofreció á llevarlo á casa de las Tatuanas. No quiso el teniente diferir la visita un solo día. Fueron aquella misma tarde, y tuvo mucha pena al ver el miserable alojamiento de aquella que le parecía ya casi digna de habitar un palacio. Volvió otra vez y otras muchas; hizo obsequios valiosos á la vieja; la joven apareció un día calzada con zapato de razo y media de seda, y una tarde en la plaza de toros, llamó la atención un riquísimo hilo de perlas que la joven Tatuana llevaba al cuello. Valía seiscientos pesos. Aquellas mujeres cambiaron de casa y vivían ya con cierta comodidad, por no decir lujo.

El secreto de aquella trasformación no tardó en descubrirse. Toda la ciudad sabía quien era el que hacía aquellos obsequios, menos la familia de Espinosa. Don Pedro algo había oído; pero casualmente fue en ocasión en que se publicaba el parte del General Alva dando noticia de haber ocupado Madrid el duque de Ciudad Rodrigo, y huido los franceses, y el bueno del regidor decano apenas atendió á lo que le decían de su futuro yerno. A Doña Engracia y á Matilde nadie se había atrevido hasta entonces á decirles una palabra; aunque, á la verdad, había más de veinte vecinas y no vecinas que decían diariamente que no era caridad dejar que la santa señora y la pobre niña ignoraran lo que tanto les importaba saber. Gabriel continuaba sus visitas á Matilde y hablaba

siempre de aguardar con ansia el día en que podría llamarla esposa. Sus relaciones con la Tatuana le parecían cosa insignificante y sin consecuencia alguna, siempre que no llegasen á noticia de su novia. Talvez Gabriel se equivocaba al formar ese juicio, y quizá el tiempo habría de enseñarle que hay cosas con que á veces no puede jugarse impunemente. Pero no anticipemos los acontecimientos, y dejando al héroe de esta historia empeñado en aquella intriga galante, veamos lo que hacía entre tanto la bondadosa hija del capitán Matamoros para ponerse en relación con la señora enferma de su vecindad.

CAPITULO XXII.

LA SEÑORA DEL VELO NEGRO.

El muchacho puesto en atalaya sobre el caballete de la pared divisoria de las casas del escribano real Don Ramón Martínez de Pedrera y del maestro de armas Don Feliciano de Matamoros, no volvió á ver asomar durante dos días á la señora á quien debía hablar por encargo de su hermana. Las naranjas de la rama que tocaba con la pared estaban casi agotadas ya, y Antonio perdía la esperanza de ver á la enferma. Por último, al caer la tarde del tercer día, cuando se preparaba el mocito á abandonar el puesto, creyó distinguir una figura entre el ramaje de los árboles de la huerta. No se engañaba; era la misma mujer, alta y encorbada, á quien había visto cuatro días antes. Acercóse lentamente al punto donde estaba el muchacho, y pronto pudo advertir éste que la señora llevaba la cara cubierta con un tupido velo de tul negro.

Cuando estuvo esta á distancia en que podía hablar á Antonio, le dijo:

—¿Qué haces allí?

—Estoy aguardándola á Ud., contestó él.

—¿Y qué te se ofrece conmigo?

El rapaz, que no aguardaba esta pregunta, ni estaba preparado á contestarla, dijo:

—Si es que mi hermana....somos hijos del capitán Don Feliciano Matamoros, el que enseña á jugar la espada....y mi hermana, que se llama Rosalía, la quiere

á Ud. mucho . . . y como sabe que Ud. tiene muy buenas naranjas en su huerta, me ha mandado á preguntarle si le vende algunas.

— Pues me parece, contestó la señora viendo la rama que tocaba con la pared, que no has aguardado que te las vendiera para tomarlas.

— Si fue, replicó el muchacho, que se cayeron de maduras y fueron á dar al gallinero de mi casa.

— Bien, dijo la del velo ; ¿ y sólo eso quiere conmigo tu hermana ?

— No, respondió Antonio, animado por el acento bondadoso de la señora ; si es que la Rosalía dice que desea verla á Ud. y poder servirle de algo . . . Porque ha de estar, señora, que mi hermana y yo andamos por todas partes buscando enfermos, y ella dice que quien quita que Ud. también pudiera estar enferma.

La encubierta guardó silencio durante un momento y luego dijo :

— Es decir, que tu hermana gana su vida asistiendo enfermos en las casas.

— No, replicó Antonio, no nos pagan nada, ni asistimos toda clase de enfermos. Mi hermana ha hecho voto de cuidar á los que padecen de . . . .

El muchacho se detuvo, temiendo ofender á la señora, si decía el nombre de la enfermedad.

— Ya entiendo, dijo ella, exhalando un suspiro. ¿ Y tu hermana es casada, soltera, ó viuda ?

— Es viuda, contestó Antonio.

— ¿ Tiene hijos ?

— Sí, tiene tres ; yo y mis dos hermanas somo sus hijos.

— ¿ Cómo puede ser eso ? replicó la del velo. ¿ No dices que es tu hermana ?

— Es mi hermana ; pero todos dicen que también es nuestra madre.

—¿Y cómo se llamaba el marido de tu hermana?

—Si no tenía marido.

—¿Qué no tenía marido y es viuda?

—Es viuda, porque ya se iba á casar con el teniente, el del caballo galán del paseo de Santa Cecilia; pero de repente no volvió y se va á casar con otra; y todas las vecinas llaman desde entonces á mi hermana la viuda.

La señora del velo negro hubo de deducir, sin duda, de la charla inocente del muchacho, que lo que decía encerraba alguna triste historia, y dijo:

—Es decir, que tu hermana sufre.

—Vive muy triste, continuó Antonio, desde que no viene á casa Don Gabriel. Yo la he visto llorar á escondidas y limpiarse las lágrimas con el delantal, cuando está haciendo la comida. Pero cuando vamos á ver á los enfermos está contenta y no llora.

La señora guardó silencio, y después de un momento dijo:

—Yo también deseo mucho ver á tu hermana y hablarle.

—Lo de menos es, replicó Antonio, que Ud. venga á nuestra casa, ó que ella pase á la de Ud.

—Ni lo uno ni lo otro es posible, dijo ella. Es necesario arreglar la manera de que nos veamos por esa pared.

—Pues eso corre de mi cuenta. dijo el chico. Yo daré modo de encaramar á la Rosalía, para que Uds. platiquen cuanto quieran.

—Muy bien, respondió la del velo negro. Mañana á esta misma hora. Adios.

Diciendo así, se retiró, y Antonio, muy satisfecho del modo en que había desempeñado la comisión, bajó á dar cuenta á su hermana del resultado de su encargo. La pobre Rosalía se puso de mil colores cuando le refirió el muchacho sus respuestas á las preguntas de la encubierta, y principalmente al oír que la había dado por viuda y lo

que dijo del teniente. Reconvino seriamente á Antonio por haber hablado lo que no debía y en seguida ella y él se pusieron á discurrir como haría para que la joven pudiera subir á la pared. Después de haber imaginado varios medios y encontrado á todos inconvenientes, dijo Antonio, palmoteando las manos :

—Ya dí con el modo. Arrimamos á la pared mis zancos, que son muy grandes y fuertes ; ponemos una mesa y una silla encima para que subas á los zancos, y cuando estés arriba, por lo menos te queda la cabeza fuera del albardón.

Rosalía sonrio al oír la idea del muchacho ; pero no le pareció malo, y dijo que probarían.

En efecto, á la mañana siguiente colocaron el aparato, atando los zancos con la parte de abajo á los piés de la mesa, para que no se movieran, y apoyando la parte de arriba contra la pared. Rosalía subió y pudo colocarse de modo que como había calculado el muchacho, le quedaba la cabeza y la mitad del pecho fuera del albardón. Agarrándose á éste, podía mantenerse en una posición, si no muy cómoda, bastante segura.

Al caer la tarde, habiendo salido el capitán á dar un paseo, Rosalía llevó sus dos hermanitas á casa de una vecina, recomendando se las cuidaran, como acostumbraba hacerlo siempre que salía á sus excursiones caritativas, y se dirigió al gallinero con Antonio. Era ágil y ligera ; subió con facilidad, como lo había hecho por la mañana y se puso á aguardar á la señora. El muchacho le detenía los zancos para que no se movieran ; precaución casi innecesaria, pues estaban bien asegurados en los pies de la mesa.

No pasaron cinco minutos sin que apareciera la desconocida, que llevaba la cara cubierta con el velo, como cuando la había visto Antonio.

— Veo, señorita, dijo con acento que revelaba bastante emoción, que el niño, hermano de Ud., no me ha engañado, y que hay una persona sensible y buena á quien inspira interés la suerte de ciertos desgraciados.

— Lo que Antonio ha dicho á Ud., señora, contestó Rosalía, sobre mi deseo de ver á Ud. y hablarle, es la verdad. Si Ud. sufre, si padece alguna enfermedad y yo puedo proporcionarle algun auxilio, nada me será más agradable que poder hacer algo por Ud.

— ¿ Si sufro ? ¿ si padezco ? exclamó la del velo negro ; Ud., según me ha dicho su hermano, se ha consagrado á la santa ocupación de cuidar de aquellos desdichados de quienes huyen todos. Debe Ud. haber visto correr muchas lágrimas, debe haber sido testigo de grandes sufrimientos. Pues todos los que ha visto, créamelo Ud., joven, no son comparables á los tormentos que yo sufro hace ya muchos años. Ud. sin duda ha presenciado el espectáculo conmovedor de la miseria agravada con la más horrorosa de las enfermedades ; pero seguramente no ha tenido ocasión de ver aún el de un tormento moral incomparable unido al más cruel de los padecimientos físicos.

— ¿ Y qué puedo hacer yo, señora, dijo Rosalía, para proporcionar á Ud. algún alivio ?

— La simpatía sóla que Ud. me manifiesta, señorita, contestó la encubierta, es ya un consuelo de gran precio para mí. Por lo demás, mis males son desgraciadamente de aquellos que sólo la muerte puede remediar.

Al decir esto la desdichada señora se puso á llorar y sollozar bajo el velo que le cubría el rostro ; y Rosalía, que lo advirtió, no fue dueña de contener sus lágrimas, profundamente conmovida.

— Es preciso que hablemos despacio, dijo la joven. Si Ud. no puede venir á mi casa, ni yo á la de Ud., debemos discurrir el modo de reunirnos.

— Eso, contestó la del velo, no es imposible ; pero exige mucha precaución. Vivo hace más de doce años encerrada como en una cárcel, y si advirtieran que tengo comunicación con alma viviente, se me reduciría á prisión más estrecha. Mis carceleros, por no decir mis verdugos están interesados en que yo no hable con nadie.

— ¿ Quiere Ud., preguntó Rosalía, que dé yo aviso á la justicia, para que registre la casa y la ponga á Ud. en libertad ?

— De ninguna manera, contestó la señora ; semejante paso no haría más que consumar mi desdicha. Las personas que me tienen encerrada sabrían burlar á la justicia, haciéndome desaparecer. Ud. no sabe todavía, añadió con un ligero estremecimiento, los secretos que encierra bajo sus cuatro paredes esta horrible casa.

— Pues bien, dijo la hija de Matamoros, nada diré ; pero es necesario que yo encuentre el medio de entrar á esa huerta ; que hablemos y que pueda proporcionar á Ud. algun alivio.

— Repito que podrá hacerse, replicó la señora. No temo nos sorprendan en conversación, pues jamás entra persona alguna á este patio. Recibo mis alimentos por un torno y paso la vida completamente sola.

— Mañana, dijo Rosalía, arreglaré el modo de entrar.

— Ud. es un ángel, hija mía, exclamó la del velo. Adios.

— Soy una pobre mujer que sufre también, dijo la joven, y nada más. Adios señora, hasta mañana ; y bajó con los ojos inundados en lágrimas.

La hija del capitán no pudo conciliar el sueño aquella noche. La voz de la desconocida y la revelación que le había hecho, aunque solo á medias, de sus sufrimientos, impresionaron vivamente á la tierna y compasiva joven, que hizo el propósito de no omitir medio alguno para proporcionar algun lenitivo al dolor de la desconocida.

Al siguiente día dijo á su hermano que era necesario discurrir el modo de que ella pudiera pasar á la huerta. Antonio, comprendiendo desde luego que para eso no podrían servir sus zancos, puso en tortura su imaginación viva y traviesa, á fin de encontrar el arbitrio deseado. Fue dos ó tres veces á calcular la altura de la pared, discurrió dos ó tres planes que no tenían más que el ligero defecto de ser impracticables, y por último exclamó, dándose una gran palmada en la frente :

—Voto á sanes, ¡ cómo no me había ocurrido antes ! Una escalera.

—¿ Una escalera ? dijo Rosalía ; pero no la hay en casa, y pedirla prestada en alguna de las vecindades, pudiera despertar Dios sabe que sospechas.

—¿ Y quién te dice que la pidamos á nadie ? Yo la haré con los palos de mis zancos, que son largos y fuertes, y con unos atravesaños que amarraré con un ovillo, quedará lista la escalera. Trepamos ; luego que estemos en el albardón, subimos la escalera, la ponemos del otro lado y bajas por ella con la mayor facilidad.

La caridad no conoce obstáculos ; y no ya aquel proyecto, en que no había riesgo, un verdadero peligro habría arrostrado la bondadosa hija del maestro de armas por servir á una persona desgraciada. Ella misma ayudó á Antonio á armar la escalera y cuando estuvo lista, la ensayó, subiendo y bajando con la mayor facilidad.

Por la tarde, á la hora convenida, la colocaron en el mismo punto donde habían puesto los zancos ; subió primero Antonio y después Rosalía, á quien dió la mano cuando estuvo á la altura del caballete. Pero se presentó de repente una dificultad en que no habían pensado. Rosalía experimentaba cierta repugnancia á la idea de colocarse á horcajadas sobre el caballete, mientras Antonio pasaba la escalera, y no era posible ponerse en otra

posición sobre el remate de una pared que formaba un ángulo agudo.

— Pero ¿ quién va á verte ? le decía Antonio ; sólo yo, y si acaso la señora ; ¿ y eso qué importa ?

— Me veo yo misma y eso basta, contestaba la púdica doncella, poniéndose encendida.

— No hay otro remedio, replicó el mocito, porque si subes con los ojos cerrados para no verte, puedes venirte abajo. Con que si quieres pasar á la otra casa, es necesario te resuelvas á estar lo que hace una ave María montada en el caballete.

— Pues bien, subiré, dijo Rosalía ; y roja como una granada, se colocó en la posición que era inevitable y cuidó de no dirigir los ojos á los lados de la pared, para no ver las faldas de su vertido levantadas hasta cerca de las rodillas.

Antonio pasó la escalera y ayudó á su hermana á bajar. La del velo, que estaba ya en la huerta, abrió los brazos y estrechó á Rosalía.

— Perdone Ud., dijo la joven, y levantando el velo que cubría la cara de la desconocida, puso su frente sobre los labios de la enferma. Quiso esta retirarse y exclamó :

— ¿ Qué hace Ud. señorita ? ¡ Qué imprudencia !

— No me llame Ud. señorita, contestó Rosalía ; dígame *hija mía*, como anoche. ¡ Es tan dulce esa expresión y hace tantos años que dejé de oírla !

Al decir esto la bondadosa joven volvió á unir su rostro al de la señora, que vencida al fin por aquella piadosa insistencia, correspondió á la caricia y besó muchas veces con sus labios cenicientos por la elefancia, la frente límpida y tersa de la hija del maestro de armas. La luna que se levantaba en el horizonte, y que en aquel momento rasgaba el delgado cendal de una nube que la había ve-

lado durante un momento, alumbró aquella escena. Cogidas de la mano se dirigieron la señora y la joven al borde de una antigua fuente, destruida ya, que había en la huerta. Sentáronse allí y estuvieron contemplándose en silencio durante un momento.

CAPITULO XXIII.

REVELACIONES.—PRIMERA PARTE.

Varias veces había repetido ya la hija del maestro de armas la visita á la señora encerrada en casa de Pedrera, sin que hubiese esta revelado á su nueva amiga el secreto de su vida. Rosalía respetaba aquella reserva, limitándose á consolar y animar á la enferma y á proporcionarle los pocos alivios que admite el horrible mal que padecía la infeliz señora.

Una tarde mientras se ocupaba Antonio en cosechar la fruta de la huerta, para lo cual había recibido amplia autorización, y en coger un nido de pajaritos que estaba en lo más alto de un árbol de aguacates, la desconocida y la hija del capitán se divertían en observar al muchacho que con la ligereza propia de su edad, pasó de rama en rama hasta llegar donde pudo apoderarse del nido. Bajó muy satisfecho y mostró á la señora y á su hermana el único pichón que contenía.

—¡ Pobre madre ! exclamó la desconocida, ¡ cómo va á sentir el encontrarse sin su hijo cuando vuelva !

Esta sencilla y natural observación fue hecha con un acento de emoción tan profunda, que no pudo dejar de llamar la atención á Rosalía.

— Antonio, dijo á su hermano, es una iniquidad el que te apoderes de ese pichoncito. Podías subir y poner otra vez el nido donde estaba.

El muchacho, muy contento con la presa que había hecho y contando ya con criar al pajarito, no puso muy buena cara á la idea de prescindir de su conquista; pero habiendo Rosalía repetido sus instancias y unídose á estas las de la señora, hubo de condescender y trepando de nuevo el árbol, volvió á poner el nido donde lo encontró.

—Por esa buena acción, dijo la señora, te voy á regalar un loro, que es muchos años hace mi compañero de prisión.

—No se prive Ud. de él, dijo Rosalía. Antonio sabe que la mejor recompensa de una acción buena es el contento que ella proporciona.

—Eso es, dijo el mocito, lo que me has enseñado; pero si es voluntad de la señora regalarme el loro, no estará de más y lo recibiré como ribete del premio de la buena acción.

La desconocida se sonrió y reiteró la oferta. Antonio, contento con la adquisición, corrió á jugar al otro extremo de la huerta, mientras la enferma y Rosalía se paseaban bajo los árboles que daban sombra al punto donde se encontraban. Después de un momento de silencio, dijo la señora, estrechando afectuosamente la mano á la joven:

—Ud. no puede calcular, amiga mía, el dolor de una madre que ve desaparecer á su hijo para siempre.

Diciendo así, comenzó á llorar y dejó caer la cabeza sobre el hombro de Rosalía.

—Yo lo sé, añadió con palabras entrecortadas por los sollozos; he sufrido, sufro y sufriré mientras viva ese acerbo dolor.

—¿Ha perdido Ud. un hijo? preguntó la joven con interés, ¿es Ud. ó ha sido casada?

—Jamás, contestó la desconocida con acento casi imperceptible. No he sido ni soy casada; y sin embargo soy la más infeliz de las madres, pues no he vuelto á ver á

mi hijo desde la noche en que vino al mundo para desdicha suya y mía.

Rosalía hizo un movimiento que denotaba sorpresa y disgusto, y notándolo la señora, exclamó juntando las manos en actitud de súplica:

—¡Oh! No me condene Ud. antes de oírme. Ud., lo repito, es un ángel de pureza y de bondad; ha venido á consolarme y á proporcionarme los únicos momentos de satisfacción que he tenido en más de veinte años. Escuche Ud. mi dolorosa historia, y si ella hace que yo pierda la estimación que haya podido concebir por mí, espero al menos que me dará algún derecho á su compasión.

La desconocida se sentó ó por mejor decir se dejó caer sobre los escombros de la fuente, y colocándose á su lado Rosalía, comenzó aquella en estos términos la narración de su historia.

—Soy hija de uno de los más respetables y más ricos negociantes de la ciudad. Habiendo muerto mi madre cuando era yo muy niña todavía, mi padre concentró en mí todo su afecto. Desgraciadamente sus ocupaciones eran grandes y exigían toda su atención. Así fue que, amándome entrañablemente, no podía, sin embargo, prestarme todos los cuidados que exigía una persona de mi edad, y á quien el cielo había hecho presente de un don que hace con frecuencia la desdicha de la mujer que lo posee. Decían todos que yo era el vivo retrato de mi madre, que había llamado la atención general por su belleza cuando vino al país.

Púsome mi padre al cuidado inmediato de una mujer que supo engañarlo, á pesar de sus años y de su experiencia. Bajo un exterior austero, Doña Dorotea, (tal era el nombre de mi aya) encerraba una alma corrompida y egoísta, y habría sido capaz de venderla á Satanás por un

puñado de oro. Llegué á cumplir diez y seis años sin comprender la perversidad de la que estaba encargada de mi educación, sin embargo de que ciertas expresiones que se le escapaban de vez en cuando debieron haberme revelado sus dañadas propenciones. En mi inocencia no comprendí su verdadero significado, y no hicieron más que despertar en mí deseos vagos y sentimientos que yo misma no podía calificar.

Un día, al salir de la iglesia se nos acercó un hombre joven todavía, y que por su porte y maneras manifestaba ser persona distinguida. Antes de que yo llegara á la pila á tomar el agua bendita, lo hizo él, y alargándome en seguida su mano para que la tocara, me dijo en voz baja:

— Si Ud. quiere, bella Catalina, saber una noticia que mucho le interesa, sírvase salir á su balcón esta noche á las doce.

El desconocido fijó en mí sus ojos negros medio adormecidos y yo me estremecí bajo aquella mirada que me hizo experimentar una sensacion de vergüenza, de placer y de miedo. Me apresuré á alejarme seguida de Doña Dorotea y resuelta á no hacer lo que exigía de mí aquel hombre extraño.

Tal era mi firme propósito, y le hubiera llevado á cabo, si mi perversa directora, que sin duda estaba ya en inteligencia secreta con Don Juan, (así se llamaba el que vino á ser autor de mis desdichas) no hubiera trabajado astutamente durante todo el día para convencerme de que ningún mal habría en que saliera yo al balcón aquella noche. Díjome que talvez se trataba de la honra, de la vida ó de los intereses de mi padre y que por un necio escrúpulo iba yo quizá á exponerlos gravemente. Me resistí cuanto pude; pero las pérfidas insinuaciones de Doña Dorotea, y ¿ por qué negarlo ? cierta curiosidad ó secreto interés que sentía ya en lo más recóndito de mi alma de

saber que tendría que decirme aquel desconocido, me hicieron consentir en dar el primer paso, que me condujo al abismo.

Mi padre se recogía temprano y dormía tranquilo, confiado en la traidora dueña que me custodiaba. Don Juan llegó á la hora señalada y cuando se retiró, la luz del alba comenzaba á teñir el horizonte. Por supuesto no me hizo revelación alguna, diciéndome la dejaba para la siguiente entrevista. Ya Doña Dorotea no tuvo necesidad de instarme para que acudiera á la segunda cita, ni á otras muchas que tuvieron lugar después. Don Juan me había ofrecido su mano y repetido mil veces el juramento de ser mi esposo. Me dió á entender que era muy principal caballero, rico y grande amigo de mi padre; pero que por ciertas razones poderosas que debía mantener ocultas durante algún tiempo, no podía aun pedirme en matrimonio. En mi credulidad inocente acepté como verdad todo cuanto aquel hombre me decía, y en las largas horas de nuestras citas bebía yo á torrentes el veneno del amor. Embriagada, loca, hice un dios de aquel perverso y de mi corazón el templo donde le tributaba el culto más ferviente. Una palabra suya valía para mi más que cuanto hubiera podido decirme el mundo entero, y si Don Juan me hubiese dicho que me arrojase materialmente en un abismo, no habría vacilado un momento en hacerlo.

Al de la perdición me condujo insensiblemente aquel hombre frío y cruel. Protegido siempre por mi diabólica directora, pudo encontrar sin mucha dificultad el modo de que nos viéramos en mi propio aposento. Yo vine á ser la más desdichada de las mujeres. Mi aya, cuando vió el resultado de su indigna trama, desapareció una noche, huyendo, según supe después, con unos tres ó cuatro mil pesos, á San Salvador, donde se casó con un joven que la tomó por interés de su dinero. Mi padre recibió

un golpe mortal. Me exigió el nombre de mi seductor; pero me negué á revelárselo, pues Don Juan me había dicho que al saberlo mi padre, uno de los dos dejaría de existir. El desdichado anciano me lo suplicó bañado en lágrimas y rehusé obstinadamente. Entonces, armándose de una severidad que tenía yo harto merecida, me despidió de su casa, simuló un viaje, y, á lo que supe después, esparció la voz de que yo había muerto.

Don Juan me recibió en la calle la noche en que me lanzó mi padre de su lado y me condujo á una pobre casa, en un extremo de la ciudad. Tenía yo el corazón partido de dolor; pero en medio de mi profunda aflicción, me halagaba la idea de que no me separáría de aquel á quien consideraba ya como mi esposo. ¡ Vana esperanza ! Bajo diversos pretextos, me dejó Don Juan sola, al cuidado de una mujer á quien interesaron sin duda mi edad y mi desdicha, pues se mostraba buena y afectuosa conmigo.

Las visitas de Don Juan fueron haciéndose más raras cada día. Decíame que ocupaciones urgentes no le permitían disponer sino de muy pocos momentos para verme.

Una noche llegó meditabundo y preocupado. Conocí que algo grave tenía que comunicarme y lo insté tímidamente, (pues sin saber por qué había mucho de miedo en el amor que sentía yo por aquel hombre), á que me abriera su corazón y me dijera lo que parecía tenerlo cuidadoso.

—Es, me dijo, que se acerca el momento en que vas á ser madre, y es necesario que pensemos lo que debemos hacer de nuestro hijo.

—¡ Cómo ! exclamé asombrada; ¿ pues no vamos á casarnos ? ¿ No puede estar conmigo?

—No, contestó él; nuestro matrimonio tiene que retardarse, muy á pesar mío. Debo hacer un viaje largo, y

cuando vuelva nos casaremos. Entre tanto, te dejaré en una casa al cuidado de mi mejor amigo; pero donde por desgracia no podrás llevar á tu hijo.

— Un rayo que hubiera caído á mi lado me habría impresionado menos que aquellas palabras

— ¡ Separarme de mi hijo ! exclamé; ¡ jamás ! Prefiero mil veces ir á implorar el perdón de mi padre, á solicitar la caridad pública, si fuere necesario.

Entonces Don Juan se puso en pié y con un aspecto feroz, que yo no le había visto jamas, exclamó:

— Pues bien, ya que es necesario que lo sepas todo, sabelo. Mi vida es azarosa; la cuchilla del verdugo está siempre pendiente sobre mi cuello. ¿ No has oído hablar de una temible asociación de ladrones y asesinos que hace algún tiempo es el terror de la ciudad ?

—Si, contesté temblando al escuchar aquella espantosa indicación.

— Pues yo soy su jefe, añadió don Juan; su jefe ignorado y oculto. No puedo, no debo permanecer aquí durante mucho tiempo. Mis compañeros continúan la obra durante mi ausencia, bajo la dirección de personas inteligentes que suplen mi falta, y á nadie podría ocurrir en ningún caso que Don Juan de Montejo, hidalgo rico y relacionado con la mejor sociedad, que viaja frecuentemente por el extranjero, sea el mismo capitán de bandidos, á quien no se ha logrado ver hasta ahora y á quien se conoce solo con el nombre de Pié-de-lana.

Me levanté horrorizada; quise huir; pero me faltaron las fuerzas y caí sin conocimiento. Cuando lo recobré, Don Juan, ó sea Pié-de-lana había desaparecido, dejándome dicho con la mujer que cuidaba de mí, que volvería. Yo estaba medio loca de terror y espanto, y sentía que mi sangre se inflamaba. La fiebre comenzaba á trastornar mi inteligencia.

Aquella misma noche fuí madre. Yo tenía formada mi resolución. En un momento en que la mujer que me asistía había pasado á la cocina de la casa á prepararme un poco de caldo, me vestí, y envuelta en la colcha de la cama, cubriendo con ella á mi pobre hijo, salí, sin saber á donde iría. Seguí la calle derecha; recuerdo que pasé delante del cementerio. Bañada en lágrimas y transida de frío, me detuve á encomendar el inocente niño á la madre de los Dolores, cuya imagen estaba en la esquina, iluminada por una lámpara. Continué hácia arriba de la ciudad y llegando á una de las calles principales, ví una casa grande y de buena apariencia, puse á mi desdichado hijo á la puerta; llamé tres ó cuatro veces con fuerza, y cuando oí que acudían, me retiré medio muerta de dolor. Volví á tomar la calle del cementerio; pero no pude continuar. Me faltaron las fuerzas, caí desvanecida, y cuando recobré el conocimiento, ví á mi lado á Don Juan, por quien sentía ya un miedo invencible, aunque, ¡ay! sin dejar de amarlo.

Había yo luchado siete días con la fiebre. Mi edad y mi buena constitución triunfaron del mal, y cuando estuve restablecida y en aptitud de poder salir, me intimó Don Juan la orden de trasladarme á la casa donde debería quedarme mientras él regresaba de su viaje. No me preguntó que había sido del niño, ni yo le dije una palabra. ¿Sabía yo acaso donde lo había dejado? Obedecí, pasé á esta casa, donde vivo hasta hoy, al cuidado de un perverso amigo de mi seductor y su compañero en maldades. Aunque vivía muy retirada y no se me permitía asomar á la ventana, sino de noche, podía yo recorrer la casa con entera libertad. Don Ramón no tenía más que un negro esclavo que conserva hasta hoy y una vieja criada sorda, entregada de tal modo á su amo, que se habría dejado hacer pedazos antes de infringir la más insignificante de sus órdenes.

Así viví durante el largo espacio de más de ocho años. Don Juan volvió; vino á verme; pero no hablaba ya de matrimonio. Hizo otros viajes, y al regresar no dejaba de visitarme. Tiene arrendada la casa contigua, que se comunica con esta por varias puertas y en aquella suelen celebrar los de la cuadrilla algunas de sus reuniones: Allí llevan el fruto de sus rapiñas y se lo distribuyen. Sospecho, sin embargo que tienen otro punto de reunión; pero no sé cual es. Don Juan, ó sea Pié-de-lana, es hombre que no omite precaución, y solo así puede dirigir los hilos misteriosos de esa trama que la autoridad no ha podido romper hasta ahora.

Con profunda atención y el más vivo interés había escuchado Rosalía la primera parte de la historia de Doña Catalina de Urdaneche, pues nuestros lectores no han dejado de comprender ya que aquella desdichada era la hija del viejo negociante. No quiso interrumpirla con preguntas ni observaciones, limitándose á estrecharle la mano con ternura en los pasajes más interesantes de su triste relación.

Después de un momento de silencio, dijo la señora:

— Ahí tiene Ud., mi buena amiga, la narración exacta de mis desventuras durante los primeros nueve años que siguieron al aciago día en que ví por la primera vez al llamado Don Juan de Montejo. Ud., en su buen juicio y escuchando su corazón compasivo, calculará si soy más digna de lástima que de censura, y si tengo derecho aún á conservar su simpatía y su amistad.

— Ud. lo tiene mayor que antes, señora, dijo Rosalía, estrechando á Doña Catalina contra su corazón. Yo valgo bien poco, añadió la bondadosa joven con efusión; pero Ud. puede disponer de mí, como si fuera hija suya.

— Aun no ha oído Ud., replicó la de Urdaneche, más que la mitad de mi triste historia. Falta la parte más

terrible, la que explicará á Ud. el misterio de la estrecha prisión en que vivo hace ya más de doce años. Es tarde, y debemos separarnos. Veo que el pobre Antonio, cansado de aguardar, se ha quedado dormido bajo aquel naranjo. Despertémoslo y retírese Ud. Mañana oirá el fin de la narración de mis desdichas.

La señora y Rosalía llamaron al niño, y después de haber permanecido durante un rato estrechamente abrazadas, se separaron, prometiéndose volver á reunirse á la siguiente noche.

CAPITULO XXIV.

REVELACIONES.—PARTE SEGUNDA.

Reunidas en la huerta de la casa del escribano Doña Catarina de Urdaneche y la hija del maestro de armas, la tarde siguiente á aquella en que la señora hizo á la joven sus primeras revelaciones, sentáronse á la sombra de los árboles, cuyas elevadas copas doraban los últimos rayos del sol, próximo ya á su ocaso.

—Rosalía, mi buena amiga, dijo Doña Catarina, luego que se hubo alejado Antonio; Ud. no ha llevado nunca y ojalá no lleve jamás el horrible peso de esa dura cadena que algunas mujeres tenemos la desdicha de echarnos al cuello, entregando nuestras almas, todo nuestro ser á hombres crueles é indignos, que abusan miserablemente de nuestra debilidad. Sin fuerzas para romperla, sin valor para intentarlo siquiera, nosotras mismas hacemos día por día más estrecho el nudo que nos ahoga y que llega á hacerse indispensable á nuestra triste existencia.

Tal había venido á ser mi situación cuando habían pasado nueve años desde el infausto día en que conocí á Don Juan de Montejo. No contaba yo más que veintiseis años y el sufrimiento no había acabado aún de marchitar aquella funesta belleza que fue la causa de mi perdición. Apagada hacía tiempo la poca afición que aquel hombre duro y egoísta pudo haber sentido por mí al principio de nuestras relaciones, las conservaba por hábito y porque mi completa sumisión á su voluntad no dejaba de lisonjear

su orgullo. El era mi señor, mi dueño, y yo la humilde esclava que habría vesado con efusión el polvo que pisaban sus piés.

En aquellas circunstancias, el destino ciego, no contento con mis sufrimientos y con mi abyección, quiso hacer más espantosa mi suerte y dispuso las cosas de manera que el que correspondía á mi amor con la indiferencia, vino á convertirse en un verdugo despiadado y cruel. Sucedió que hubo de venir á Guatemala cierto caballero joven, llamado Don Ricardo de Bustamante, de una de las familias principales de Tegucigalpa, en la provincia de Honduras, encargado por un tío suyo, sujeto muy rico, de realizar una gran partida de ganado. El tío conocía, por desgracia, á Don Ramón Martínez de Pedrera, y escribió á este recomendándole al sobrino para que lo dirigiera en el negocio y suplicándole encarecidamente lo alojara en su propia casa. Era muy joven, decía, y muy inesperto, y como siempre se ha tenido en las provincias del reino una idea exajerada de los peligros que ofrece la vida de la capital, temía el caballero sucediese alguna desgracia al mancebo, que habría de recibir una suma de dinero algo considerable.

Desde que Pedrera y Don Juan de Montejo recibieron aquella carta, formaron seguramente el plan de apoderarse de los fondos, una vez que se hubiese realizado el negocio. Para asegurar el golpe era necesario que el provinciano se alojara en la casa, y desde luego resolvieron que así se haría. Mi presencia podía serles hasta cierto punto embarazosa; pero ¿qué hacer de mí? Trasladarme á la casa contigua, era más peligroso, pues allí se verificaban las reuniones de los individuos de la cuadrilla, de algunos de los cuales iba á necesitarse probablemente, llegado el caso. Reflexionaron, por otra parte, que el Don Ricardo no conocía á nadie en la ciudad, y propo-

niéndose Pedrera no separarse de él en los pasos que habría de dar para la realización del ganado, no sería fácil que se supiera por él que había una mujer en la casa. Decirle que era yo una joven sobrina de Don Ramón, y que estaba para casarme con el hijo de uno de sus amigos, era suficiente. Así se hizo. Llegó Bustamante, que me pareció de gallarda presencia y de modales distinguidos ; pero que, por lo demás, no hizo la menor impresión en mi alma, donde no había lugar para otro sentimiento que el que me inspiraba Don Juan.

No sucedió otro tanto á Don Ricardo. Me vió ; mi funesta belleza hubo de inspirarle cierto interés y á los pocos días aquella afición se había convertido en un amor vehemente.

El pobre joven, considerándome libre todavía, aunque prometida á otro, no trató de ocultarme su pasión ; antes bien aprovechaba todas las ocasiones que le dejaba la vigilancia del escribano para hacerme entender que me amaba. Yo me mostré reservada con él, y no le dí el menor motivo que pudiera hacerle creer que aceptaba sus obsequios. Pero por desgracia mi seriedad, en vez de retraerlo, encendía más y más el fuego que lo abrasaba ; de tal modo que Don Ramón llegó á advertirlo, y se apresuró á comunicarlo á Don Juan. Los celos, unos celos violentos y salvajes, como todas las pasiones de ese jefe de bandidos, se despertaron en su alma, á la idea de que pudiera haber quien le disputara mi posesión. Disimuló, sin embargo, y previno á su cómplice redoblara su vigilancia y observara cuidadosamente todas mis acciones. Aquel hombre injusto, viendo que yo había sido débil con él, me hacía el agravio de creerme capaz de serlo con otro, sin fijar la consideración en que las circunstancias que me llevaron á ser esclava suya eran de aquellas que no suelen presentarse dos veces en la vida.

Una noche acabábamos de cenar Don Ramón, Don Ricardo y yo, y Benito se había retirado ya. Llamaron á la puerta, y habiendo acudido el negro á ver quien llamaba, entró á avisar á su amo que uno de los señores de la real audiencia deseaba verlo. Pedrera se levantó ; pero antes de salir del comedor me hizo seña de que debía retirarme á mi habitación. Hícelo así, y el joven Bustamante no disimuló el disgusto que le causaba el ver que me alejaba de él. Entré en mi cuarto, y como aún no era tarde, no cuidé de echar la llave y me senté en una butaca á reflexionar, como lo hacía muchas veces, sobre los azarosos acontecimientos de mi vida. Entregada á mis cavilaciones y con la espalda vuelta á la puerta, no ví que esta se abría y que un hombre se introducía á mi cuarto. Cuando lo advertí, Don Ricardo estaba ya á mis piés, declarándome su amor en los términos más apasionados y vehementes. Quise levantarme, llamar ; pero el espanto mismo de que estaba poseída me dejó sin acción. El joven se apoderó de una de mis manos, la bañó con sus lágrimas y la cubrió de besos, sin que pudiera yo evitarlo. En aquel momento volví la cabeza á la puerta y el terror heló la sangre de mis venas. Ví á Don Juan de Montejo, que me dirigía una mirada cuya expresión indefinible no olvidaré jamás. Lancé un grito de terror y caí sin conocimiento. Cuando volví en mí Don Ricardo había desaparecido. Nadie acudió en mi auxilio. Temblando cerré la puerta ; me acosté y no pude conciliar el sueño en toda la noche. Esperaba yo que al siguiente día vendría Don Juan y me horrorizaba la idea de arrostrar su cólera, por más que fuese yo inocente, pues no desconocía que las apariencias me condenaban.

Amaneció el siguiente día y nada sucedió. Pedrera estuvo festivo como siempre, sin más diferencia aparente que el repetir con mayor frecuencia cierta risa estraña

que es habitual en ese hombre. Don Ricardo almorzó con nosotros, mostrándose tan agradable y cortés como siempre; pero lo que más admirará á Ud. amiga mía, es que cuando Don Ramón y Bustamante habían salido, llegó Don Juan y su semblante no revelaba la cólera de que yo lo suponía poseído. Me habló como de costumbre, y yo, viendo que nada me decía de lo ocurrido la noche anterior, provoqué la conversación y quise darle explicaciones. Me contestó fríamente que no comprendía lo que quería yo decirle; que el nada había visto, y que probablemente había yo soñado la escena que le refería.

Atendida la naturalidad de sus respuestas, llegué á sospechar si el miedo me habría hecho creer que veía á Don Juan, y como pasaron tres ó cuatro días sin que ocurriera otro incidente, comenzaba ya á recobrar alguna tranquilidad. Pero ¡ ay ! yo no sabía que aquella calma aparente de la pasión que abrigaba el alma del jefe de los bandidos era precursora de la más horrorosa tempestad.

El joven Bustamante había recibido y traído á casa veintidos mil pesos, precio del ganado, y guardádolos en uno de sus baules, en el cuarto que ocupaba. Tres noches después del día en que recibió aquel dinero, dormía yo profundamente, y desperté oyendo pasos en mi habitación. Cuando abrí los ojos, habría querido volver á cerrarlos para siempre. Don Juan con un semblante cuya expresión satánica no acertaré á expresar, estaba á dos pasos de mi lecho, armado y con una linterna en la mano. Se había introducido en mi cuarto por una puerta secreta que daba á la casa vecina.

— Levántese Ud., dijo, y poniendo la lámpara sobre una mesa, se sentó en una butaca y me volvió la espalda, mientras me vestía.

He dicho ya que no tenía yo voluntad propia delante de aquel hombre. Obedecí, y cuando estuve vestida, se puso

en pié y volviéndose hácia mí me dijo con acento terrible:

—Ud. me ha traicionado. Por un advenedizo á quien acaba de conocer ha violado sus juramentos y faltado á la fe que me debía. Ahora va Ud. á ver como sabe Don Juan de Montejo castigar los agravios que se hacen á su honor.

Caí de rodillas á los piés de aquel hombre y bañada en lágrimas le supliqué me escuchara y que suspendiera su venganza. El bárbaro no atendió á mis ruegos. Mis cabellos destrenzados pendían sobre mi espalda. Los enrrolló en su mano y tirando fuertemente me sacó del cuarto arrastrándome, y me llevó al que ocupaba Don Ricardo, que estaba abierto é iluminado. Cuando entré, me heló de espanto el espectáculo que se ofreció á mi vista. Bustamante, con una mordaza en la boca y atadas las manos á la espalda, estaba en pié cerca de su cama y custodiado por cuatro individuos de aspecto feroz, á quienes yo no había visto nunca. Uno de los baules del joven estaba abierto y se veía una cantidad de dinero en el extremo de una mesa. En el otro extremo escribía Don Ramón Pedrera con la mayor tranquilidad. Pendiente de una de las vigas que daban sobre la cama estaba un lazo. Al verlo comprendí que iba á tener lugar una escena espantosa y lancé un grito.

—La he traído á Ud. aquí, dijo Pié-de-lana, para que sea testigo del suplicio de su amante, y para que pueda darle el último adios.

El desdichado Don Ricardo movió tres veces la cabeza á un lado y otro, como negando el cargo que envolvían aquellas palabras; pero el implacable bandido á nada atendió. Hizo una seña á sus esbirros; hicieron estos subir sobre la cama al pobre joven y echándole el lazo al cuello, consumaron el horrible crimen. Cuando el

desventurado hubo exhalado el último aliento, le desataron las manos y derribaron una silla junto á la cama.

Yo estaba muda de espanto; pero repentinamente sentí que se verificaba en mi alma una revolución inesperada, de esas que suelen experimentar los espíritus más débiles cuando llega á su límite extremo la exasperación que causa la injusticia.

Había yo caído de rodillas; me levanté y dirigiéndome á aquel verdugo le dije:

—Monstruo, de hoy más nos separa un abismo que nada podrá llenar. Yo no amaba á ese joven, que ha venido á ser víctima de tu furor y de tu rapiña. Pero óyelo; ahora lo amo; sí, adoraré su memoria como la de un mártir; su recuerdo estará unido á mi existencia para siempre y cuando suene la hora del castigo, me verás á tu lado implacable como tú lo has sido, vengadora como la justicia de Dios, pidiéndote cuenta de este nuevo crimen y llamándote á gritos asesino.

Sin que nadie tratara de impedírmelo, subí á la cama y estrechando en mis brazos el cadáver de Don Ricardo, besé religiosamente sus manos, de las que se había apoderado ya el hielo de la muerte.

—Pedrera, dijo Don Juan, sin alterarse, haga Ud. que encierren á esa loca y que se cumplan mis órdenes exactamente.

Los cuatro bandidos compañeros de Pié-de-lana se apoderaron de mí y conduciéndome á mi habitación, me dejaron encerrada. Pocas horas después, antes de que amaneciera, me trasladaron al patio interior de esta casa, y á los tres días advertí que me hallaba en una verdadera prisión, pues tapiando la puerta que daba al patio exterior, habían puesto en vez de ella un torno como los que hay en las porterías de los conventos de monjas.

Lo primero que ví en aquel torno, media hora después que lo habían puesto, fue un paquete cerrado y un lazo. Tomé aquellos objetos ; una terrible idea atravesó mi imaginación al ver aquella cuerda, nueva y fuerte. Abrí el paquete, esperando encontrar alguna explicación y ví que contenía la copia de una información judicial, seguida á solicitud de Don Ramón Martínez de Pedrera, sobre el suicidio de su huésped, Don Ricardo de Bustamante.

Tuve fuerzas para leer aquel documento. Resultaba de él que á la mañana siguiente á la noche en que tuvo lugar el espantoso suceso, Don Ramón, advirtiendo que su huésped no salía de su cuarto, ni respondía, sin embargo de que se había llamado á la puerta muchas veces, fue á buscar un alcalde, el que acudió con cuatro alguaciles y un cerrajero. Habiéndose hecho saltar la cerradura, entraron y vieron el cuerpo de un hombre, pendiente por el cuello de un lazo asegurado en una viga, sobre la cama, y que formaba un nudo corredizo. El hombre parecía haber muerto hacía algunas horas. Una silla estaba caída junto á la cama, lo cual hacía suponer què el suicida había subido sobre ella y empujádola con el pié para quedar pendiente de la cuerda. Los baules estaban cerrados y las llaves se encontraron en el bolsillo del chaleco que tenía puesto el difunto. Un reloj de oro, que parecía de bastante valor y algunas sortijas con brillantes estaban sobre la mesa. Abiertos los baules, no se encontró en ellos dinero alguno. Sobre la mesa estaba una foja de papel, en la que había escritas algunas palabras. Habiéndola leído el alcalde, vió que era una declaración escrita y firmada por Don Ricardo de Bustamante, en que decía que habiendo tenido la desgracia de perder en las tres noches anteriores la cantidad de veintidos mil pesos en algunas casas de juego, que no debía designar, y no teniendo valor para presentarse á su tío, á quien pertenecía

aquella suma, después de haberla perdido, había resuelto poner fin á su vida. Pedía perdón á su tío y añadía que dejaba consignada aquella declaración, para que no se hiciera cargo á nadie de su muerte. El alcalde agregó aquel documento á la sumaria que comenzó á instruir y también otros escritos de puño de Don Ricardo que estaban sobre la mesa, á fin de que pudiera compararse la letra. Se hizo constar que el cuarto estaba cerrado por dentro y que había sido necesario forzar la puerta.

El alcalde ignoraba, como todos, que el tabique que separaba aquella pieza de la contigua era de tablas gruesas, que algunas de ellas estaban colocadas de modo que podían correrse con facilidad y dejar un hueco por el cual podía pasar un hombre. Que la juntura estaba cubierta con un cuadro que representaba tres jugadores y tan perfectamente disimulada con el papel que tapizaba la habitación, que no era posible advertirla, aunque se quitara el cuadro.

Agregado á la copia de la información encontré una tira pequeña de papel, en la que estaban escritas unas pocas palabras de letra del malvado Montejo. Decían así:

"Ese lazo es la cadena de matrimonio de Don Ricardo de Bustamante con Doña Catalina de Urdaneche."

Besé con religioso respeto aquel instrumento de martirio, y desde aquel día lo puse, enrrollado y pendiente de un clavo, sobre mi cama.

La señora guardó silencio durante un rato, y Rosalía, profundamente conmovida, no pronunció una palabra. Después continuó diciendo Doña Catalina:

—El crimen quedó oculto á los ojos de los hombres y hasta hoy permanece impune. Montejo no pierde ocasión de abrir de nuevo mi dolorosa herida. Me hizo pasar las cartas del tío de Don Ricardo en que lamentaba la horrible desgracia y decía que nada le habría importado

la pérdida del dinero. Otra vez encontré en el torno un pañuelo con las iniciales R. B. y una tira de papel en que decía que conservara yo aquella prenda del suicida. En fin, amiga mía, sería cansar á Ud. el referirle todas las torturas que ese malvado imagina cuando está aquí para atormentarme. Pero la más cruel de cuantas me hace sufrir es la de negarse á decirme que ha sido de mi pobre hijo. Dice que lo sabe, que lo conoce, que lo ve, y que yo jamás sabré quien es ni donde está. ¡ Ah amiga mía ! Si ese hombre cruel, á quien debo más de veinte años de desdichas, me hiciera conocer á mi hijo, le perdonaría yo todo el mal que me ha hecho y lo serviría de rodillas, como la más humilde de sus esclavas.

Más de doce años hace vivo en esta prisión, sin comunicación con persona viviente, á no ser el criado negro de Don Ramón, que me habla por el torno algunas veces. De cuatro años acá, mi desdicha se ha hecho más horrible, pues una enfermedad cruel, de esas que no matan pronto y que hacen sufrir terriblemente, se ha apoderado de mí. Jamás he logrado que me proporcionen un médico, ni he recibido auxilio alguno. Y sin embargo, hoy bendigo esa enfermedad, pues ella ha venido á proporcionarme el consuelo de conocer á Ud., de verla, de hablarle, y de que me sea dado depositar mi doloroso secreto en el seno de un ángel, á quien debo, lo repito, las primeras horas de alivio que mis penas han experimentado después de tantos años.

Diciendo así, Doña Catalina de Urdaneche derramó algunas lágrimas y estrechó á Rosalía contra su corazón. La joven estaba pálida de emoción, y sin poder articular una palabra, no hacía más que sollozar.

Al fin, haciendo un esfuerzo cobró algún aliento y dijo á la señora :

— Mi buena amiga, es necesario que los padecimientos de Ud. tengan término. Ya que Ud. no quiere que avise

yo á la justicia, salga Ud. de esta prisión; muy fácil es que Ud. pase á mi casa, y de allí á la casa de su padre que, después de más de veinte años que han pasado, no ha de ser tan duro que no le abra sus puertas y perdone su falta. Resuélvase Ud.; salgamos ahora mismo de esta horrible cárcel.

— No, Rosalía, contestó Doña Catalina ; ya he pensado en eso, y no puede ser. Es verdad que mi padre talvez no me negaría su perdón, al saber lo que he sufrido; pero expondría yo gravemente su vida al acogerme á su casa. Don Juan me lo ha dicho así, y no es hombre que amenace en vano. Dispone de grandes medios para hacer el mal y aunque cayera su cabeza en el patíbulo, no por eso estaría mi padre seguro de una desgracia. Por otra parte, yo sufro aquí, es verdad ; pero ¿ á dónde quiere Ud. que vaya que no de conmigo mi verdugo ? Esperemos que la justicia de Dios, cansada al fin de tolerar á ese malvado, recobre sus fueros, é imponiéndole el castigo que merece, me proporcione la libertad. Entonces, amiga mía, yo no haré más que cambiar de prisión, pues con la enfermedad que padezco no me será dado comunicar con nadie. No hay más que un ser en el mundo, añadió Doña Catalina sollozando, á quien no causaría horror mi situación y que no me negaría sus caricias, y ese no se donde está. Quizá pasaría yo junto á él, y apartaría de mí los ojos sin conocerme.

Rosalía no insistió ya, y prometiendo á la señora continuar viéndola con frecuencia, se volvió á su casa, con el corazón hecho pedazos de dolor.

CAPITULO XXV.

EXPLICACIONES.—UNA ELECCIÓN DE ALCALDE.

Los secretos han ido descubriéndose; no repentinamente y todos á la vez, sino uno en pos de otro y siguiendo el procedimiento gradual que emplean comunmente los acontecimientos de la vida. Sabemos ya quien es la mujer encerrada en casa del escribano Martínez de Pedrera ; conocemos las circunstancias que originaron su prisión y no ignoramos quienes son los padres del héroe de esta historia. La identidad de Don Juan de Montejo y el bandido Pié-de-lana está descubierta. Falta únicamente que usando de nuestro derecho de historiógrafos, agreguemos algunas explicaciones á la relación de Doña Catalina de Urdaneche.

Como ha podido comprenderse, Don Juan no amó nunca verdaderamente á aquella joven, á quien sedujo por uno de esos caprichos que no son raros en hombres de su carácter. Tampoco tuvo al principio afecto alguno por el niño, y vió con la más fría indiferencia que la pobre madre, horrorizada al saber que era hijo del jefe de una cuadrilla de ladrones y asesinos, resolviera exponerlo á las puertas de la casa de alguna familia principal y rica. No le estorbó, pues, que llevara á cabo aquella resolución, en la madrugada del 28 de diciembre de 1792, cuando la fue siguiendo y vió que dejaba al recién nacido á la puerta de Fernández de Córdoba.

Convenía á Montejo por más de un motivo que Doña Catalina permaneciese oculta. Así evitaría que Don Andrés de Urdaneche llegara á saber que era él el seductor

de su hija, descubrimiento que habría venido á imposibilitar las relaciones entre ellos. Don Juan de Montejo hacía considerables depósitos de fondo en la casa comercial de Aguero y Urdaneche. ¿ Sabía Don Andrés el origen de la fortuna de Don Juan ? Talvez si, talvez no. El viejo negociante tenía dos conciencias, la de su casa particular y la del establecimiento de comercio que dirigía. Quizá se habría desdeñado de recibir en su habitación á Montejo ; pero en el escritorio era otra cosa. Aquel sugeto era uno de los clientes más importantes de la casa. El último balance arrojaba á su favor un saldo de trescientos veinticinco mil y pico de pesos. Debemos agregar bajo toda reserva, que si Montejo hubiese querido recobrar de pronto aquella suma, le habría sido imposible á la casa el devolverla. Urdaneche era atrevido y había empleado todos los fondos disponibles y su gran crédito en una especulación bastante aventurada, y que emprendió con la aprobación del mismo Montejo. Consistía en traer directamente de Inglaterra un buque cargado de algodones, lo cual estaba expresamente prohibido por diferentes disposiciones reales, entre otras una pragmática del año 1771 que castigaba el hecho con comiso de las mercaderías y multa de veinte reales por cada vara de los géneros introducidos. Urdaneche contaba con la tolerancia de las autoridades, ya que no se trataba de defraudar á la real hacienda de sus derechos, sino únicamente de infringir una prohibición absurda. La expedición debía aparecer como procedente de puertos españoles. Si el resultado era favorable, la casa realizaría una ganancia enorme ; más si por desgracia se descubría la verdadera procedencia de la expedición y se aplicaban las leyes en todo su rigor, la ruina sería segura y completa.

Volviendo á los motivos que tenía Don Juan de Montejo para tener oculta á Doña Catalina de Urdaneche, dire-

mos que el principal y más poderoso consistía en que ella era ya sabedora de que aquel sugeto y el bandido Pié-de-lana eran una misma persona. Aunque seguro de la discreción de Doña Catalina, Montejo, cauto hasta la exageración, consideró que la depositaria de tan peligroso secreto no debía tener comunicación con nadie.

Montejo vió crecer al joven pepe de la familia de Fernández, y poco á poco fue naciendo y desarrollándose en su alma insensible y fría un sentimiento de afecto que no había experimentado antes por nadie. El bandido era al fin un hombre y la voz de la naturaleza se hizo oir en aquel corazón empedernido. Amó á Gabriel y aquella afección fue tan vehemente como todas las suyas. No ignoraba que Don Fernando Fernández de Córdoba no quería al expósito, y si no lo retiró de la casa, fue porque al dar ese paso habría despertado sospechas que le convenía evitar. Previó, sí, que por un motivo ú otro, podía llegar el caso de que Fernández arrojara de su casa á Gabriel, y para ese evento había dado sus instrucciones con cautela á Don Andrés. Díjole que se interesaba por aquel niño, que era hijo de un amigo suyo y había sido expuesto á las puertas de Fernández; que si éste lo despedía alguna vez, lo recogiera, lo colocara en la casa del escribano Martínez de Pedrera; que le diera la carrera á que mostrara inclinación y que le suministrara, por su cuenta, cuanto pudiera necesitar, sin decirle quien le proporcionaba aquellos auxilios.

¿Sospechó Urdaneche que fuera aquel joven hijo del mismo Don Juan? No podemos asegurarlo. En todo caso, nunca tuvo la menor idea de que pudiese ser el hijo de su hija. Montejo jamás había puesto un pié en su casa, y el anciano creía que ni conocía á Doña Catalina, que vivía muy retirada

Muerta la esposa de Fernández y resuelto éste á trasladarse á España, en ocasión en que Don Juan de Montejo estaba ausente del país, hemos visto como desempeñó su comisión el viejo comerciante, tratando el asunto como un negocio de cuenta corriente y nada mas. Cuando Montejo regresó, sabiendo que Gabriel seguía con distinción la carrera militar, le trajo de Egipto, donde había estado, aquel magnífico caballo árabe y los lujosos esclavos moros que tanto llamaron la atención en el paseo de Santa Cecilia. El jefe de los bandidos amaba cada día más á su hijo y todo le parecía poco para obsequiarlo y darle gusto.

Instruido de las relaciones amorosas de Gabriel y Matilde Espinosa de los Monteros, Don Juan las aprobó y creyó muy conveniente el proyectado matrimonio. Temió, sin embargo, que si la orgullosa familia llegaba á descubrir que el joven no era mas que un expósito, aún cuando él lo reconociera por hijo y acompañara el reconocimiento con una cuantiosa donación, podría frustrarse el enlace. Dejó, pues, que siguiera Gabriel apareciendo como hijo de Fernández y reservó la revelación del secreto para cuando estuviese hecho el casamiento. Contando con las considerables ganancias que habría de proporcionarle la especulación atrevida de Urdaneche, se proponía recompensar generosamente á todos los de su cuadrilla y disolverla, poniendo término á su vida de aventuras. Entre tanto y aguardando que llegara la oportunidad de poner en ejecución aquel plan, se contentaba con ver continuamente á su hijo por aquel agujero abierto en el cuadro que cubría la comunicación entre el cuarto que habitaba Gabriel y la pieza contigua. Cuando el joven vió aquel ojo fijo en él y quiso averiguar la causa de hecho tan extraño, Don Juan no hizo mas que correr inmediatamente la tabla, que estaba bien asegurada por la parte de afuera,

de modo que aunque Gabriel hubiera advertido algunas hendeduras, las habría atribuido á accidente natural de la madera.

Sabemos que había un individuo tan perverso como astuto empeñado en impedir el matrimonio de Gabriel Fernández con Matilde de los Monteros, y que todas sus intrigas no habían logrado romper las relaciones de los dos jóvenes. El abogado Don Diego de Arochena, implacable y oculto enemigo del teniente, dirigía por el momento sus esfuerzos á desentrañar el secreto del origen de éste, pues de sospecha en sospecha y de deducción en deducción había llegado al convencimiento de que Gabriel no era lo que parecía. La imaginación viva del Licenciado lo condujo á entrever que existía alguna relación íntima entre aquel misterio y el jefe desconocido de la cuadrilla de bandidos que infestaba la ciudad. Hemos visto también que con ojo certero vió en la casa vacía y cerrada contigua á la del escribano Pedrera, un punto á que debía dirigir sus investigaciones, y sabemos cual fue el resultado de la tentativa que hizo para averiguar quien fuese el misterioso habitante de aquella casa. Sorprendido en acecho por Don Juan de Montejo, llamó éste á algunos de los bandidos, que andaban siempre no lejos de su jefe y cargando con Don Diego, maniatado y vendados los ojos, lo condujeron á cierto lugar, donde hubo de pasar la noche en compañía de un cadáver. Era aquel sitio el cuartel general de la cuadrilla, punto central de la ciudad á donde no era fácil llegase alma viviente por las noches y cuya entrada se había proporcionado Montejo por medio de llaves falsas. Era preciso ser tan desalmado como aquellos bandidos para elegir semejante lugar como punto de reunión.

Sabemos también que aunque Don Juan iba aquella noche embozado hasta los ojos y sin embargo de que fin-

gía la voz al hablar á Don Diego, una vaga sospecha atravesó la imaginación de éste. Creyó encontrar una semejanza notable entre aquel individuo y un sugeto que le era muy conocido. Reflexionó, comparó la estatura, ciertas inflexiones de la voz que no dejan de escaparse tales cuales son, por hábil que sea el que finge, y concluyó por figurársele que aquel hombre y el caballero Don Juan de Montejo eran la misma persona. Arochena había dado un paso más en el camino que debía conducirlo al descubrimiento completo de la verdad. Pero aunque ponía en tortura su espíritu sagaz, no pasaba más allá del punto á donde había llegado, y parecía como si un muro de bronce se levantara repentinamente entre él y el objeto de sus investigaciones.

Una noche se paseaba Don Diego en su gabinete, agitado, y buscando la solución del problema que absorvía sus poderosas facultades intelectuales.

— Con una policía medianamente organizada, decía, en menos de seis meses podría darse con el misterioso Pié-de-lana; descubrir el papel que hacen en esa asociación de bandidos el caballero Montejo y el escribano Pedrera, pues estoy casi seguro de que ambos tienen mucho que ver con ella y rastrear el origen del llamado Gabriel Fernández; pues ó estoy muy engañado, ó ese secreto debe estar ligado con el encierro de la mujer que está en la casa del escribano.

Pero ¿ qué puede hacerse con eso que se llama entre nosotros policía ? Con dos alcaldes, asistidos por media docena de corchetes, y con un mayor de plaza á quien siguen cuatro dragones, que creen haber hecho demasiado cuando han recogido unos cuantos borrachos y algunas mujeres de mala vida, no podrá darse jamás con Pié-de-lana ni con su cuadrilla.

Don Diego continuó paseándose, dando muestras de impaciencia. De repente se detuvo y dijo:

— ¡ Si lograra yo que me eligieran alcalde ! Pero es imposible. No tengo partido entre esa gente rancia que forma el ayuntamiento y elige para aquellos cargos. Si me presentara como candidato, me rechazarían ignominiosamente.

Guardó silencio durante unos tres ó cuatro minutos, y continuó el monólogo:

— ¿ Y si me apoyara el presidente ? ¿ No haría eso inclinar la balanza á mi favor ? Es muy probable; es casi seguro. Bustamante no quiere á esa gente, y se alegrará de imponerles un alcalde que no sea de su círculo. Todo dependerá de lo que yo me comprometa á hacer. El hombre es perspicaz y le gustan los caracteres atrevidos. Es necesario probar.

Don Diego acabó de madurar su plan aquella misma noche, y al siguiente día, como á las nueve de la mañaña, se presentaba en palacio y solicitaba una audiencia. No se le hizo esperar mucho tiempo. El teniente general de la armada, Don José de Bustamante y Guerra, presidente de la audiencia, gobernador y capitán general del reino, recibió al licenciado Don Diego de Arochena, en su gabinete, de pié junto á una mesa cargada de papeles. El viejo marino fijó la vista en aquel joven licenciado vizco y peli-rojo, á quien no conocía personalmente, pero de quien tenía noticias, á la verdad no muy favorables. Se lo habían pintado como un abogadillo á quien no faltaba talento; pero enredador y malicioso. Supuso que el objeto de la visita sería hablarle de algún negocio judicial pendiente, y se preparó á dar unas pocas respuestas, secas y concisas, á las argucias del leguleyo.

— ¿Qué se le ofrece á Ud., preguntó el presidente, sin dar asiento á Don Diego, ni tomarlo él mismo, como para indicarle que la audiencia debía ser corta.

— Vengo, contestó Arochena, á hablar á V. E. de un asunto en que está interesado el servicio del rey ; en dos

palabras: á solicitar el nombramiento de alcalde de primer voto para el año entrante.

El viejo funcionario, medio asombrado y medio impaciente al oir aquella salida, tan diferente de lo que esperaba y que podía calificarse casi de insolente, atendidas las circunstancias del sugeto, contestó después de un momento de silencio:

—¡ Ud. alcalde de primer voto ! ¿ Ha perdido Ud. el juicio, ó cree que soy yo un hombre con quien pueda chancearse ?

—Ni he perdido el juicio, replicó Arochena, en tono respetuoso, pero firme, ni soy hombre que me permita chancear cuando se trata de asuntos graves.

—¿ Cuenta Ud. con el voto de algunos de los electores ? preguntó el presidente.

—Con ninguno.

—¿ Y cuál es su objeto al solicitar un puesto que no se da sino á los sugetos más distinguidos de la ciudad ?

—Son dos; hacer un servicio importante al rey y vengarme.

—Siéntese Ud., licenciado, dijo el capitán general, y explíquese.

Diciendo así, el viejo marino, que había comprendido que su interlocutor no era lo que él imaginaba, le señaló la única silla que había en el despacho y que no solían ocupar más que personajes de grande importancia, y él tomó otra que estaba junto á la mesa.

— En primer lugar, dijo, explíqueme Ud. breve y categóricamente cual es el servicio importante que se propone hacer al rey, si se le elige alcalde.

— Limpiar la ciudad en seis meses, respondió Arochena, de la cuadrilla de ladrones y asesinos que la infesta y entregar á su cabecilla, el llamado Pié-de-lana.

Bustamante movió la cabeza como en señal de aprobación. Don Diego continuó:

—Procurar averiguar lo que haya de cierto acerca de los emisarios franceses, de que habla la circular de V. E. á los jefes de provincia y á los ayuntamientos del reino, del 12 de noviembre último; y si existen tales emisarios, aprehenderlos y entregarlos á la justicia.

—Bien, dijo el presidente; el servicio á S. M. sería importante sin duda; pero yo, antes de decidirme á apoyar la pretención de Ud., contrariando todas las reglas, nececito saber con que medios cuenta para llevar á cabo lo que tantos otros no han podido lograr hasta ahora.

—Cuento, contestó Arochena, con la fuerza de mi voluntad; mis móviles son el deseo de distinguirme y el de vengar un agravio.

—¿ Y de quién pretende Ud. vengarse ?

—De uno que me ha jugado una burla sangrienta y que si mis conjeturas no me engañan, es el jefe oculto de esa asociación tenebrosa y á quien el vulgo llama Pié-de-lana. No puedo ni debo decir más. Si V. E. cree conveniente fiarse de mí y aceptar mi propuesta, repito que antes de seis meses la ciudad estará tranquila. Si no lo cree conveniente, sírvase V. E. hacer cuenta que nada he dicho.

El presidente guardó silencio. El caso era grave. La inteligencia perspicaz del viejo gobernador había comprendido que Arochena era capaz de hacer lo que ofrecía; pero por otra parte, imponer al ayuntamiento un hombre sin las condiciones requeridas para un puesto tan importante y codiciado, era dar un golpe á las primeras familias del reino, que se le mostraban ya bastante hostiles. Después que hubo meditado detenidamente la resolución que debería tomar, dijo el presidente:

—Ud. será elegido alcalde de primer voto; pero si antes de seis meses no me entrega á Pié-de-lana, lo remito á Es-

paña bajo partida de registro y acabará sus días en uno de nuestros presidios de Africa.

Arochena hizo una profunda cortesía al presidente y se retiró.

Nadie supo en la ciudad lo que había pasado en aquella entrevista. Las elecciones de alcaldes para el año 1812 eran tan disputadas como siempre. Dos sugetos principales y de antiguos servicios pretendían el primer puesto y ponían en acción todos sus recursos para obtenerlo. El ayuntamiento, el vecindario todo estaba dividido en bandos, tan encarnizados, como si se tratara de uno de los empleos más elevados é importantes de la monarquía. No se hablaba de otra cosa que de las próximas elecciones. Se computaban los votos, se calculaban las probabilidades de los candidatos, y cada consejal se veía asediado á toda hora y en todas partes por los pretendientes, por sus familias y allegados. Nadie sabía á cual de los dos se inclinaba el capitán general, que debería presidir la elección y que tenía el voto de calidad, en caso de empate.

El día 1º de enero desde antes de las ocho de la mañana sitiaba la puerta de las casas consistoriales una multitud de curiosos que anciaban saber quien obtendría el triunfo. A las nueve entró en sesión el ayuntamiento, y comenzó la elección. Los vocales eran catorce. Uno de los sugetos propuestos tuvo nueve votos y, con asombro de todos, obtuvo cinco el licenciado Don Diego de Arochena, de quien nadie había hablado, ni habría sido fácil hablara para semejante puesto. Terminó el acto y el presidente se retiró á palacio, sin decir palabra. Los plácemes y enhorabuenas llovieron en el acto sobre el caballero que había obtenido los nuevos votos. Nadie fijó la atención en que al salir el presidente de las casas consistoriales, se le acercó un desconocido y saludándolo con respeto, puso en sus manos una esquela cerrada.

Bustamante se encerró en su gabinete, abrió la carta y leyó lo siguiente:

"Elección nula. El sugeto nombrado no ha dado cuenta de una tutela que está á su cargo. (Cédula de 12 de mayo de 1703.) Los bocales del cabildo secular que eligen á un incapaz, lo quedan ellos para formar cabildo y no hacen número; en cuyo caso se debe confirmar la elección de un hábil, aunque haya sido hecha por vocales de menor número que los que eligen al incapaz; pudiendo el presidente hacer esta confirmación sin necesidad de nuevo cabildo. (La misma cédula.)"

Una hora después se comunicaba de oficio al ayuntamiento que el presidente, gobernador y capitán general del reino declaraba nula la elección hecha aquel día, por haber recaido la mayoría de los votos en sugeto inhábil; y que en virtud de lo prevenido en real cédula de 12 demayo de 1703, confirmaba, sin necesidad de nuevo cabildo, la del licenciado Don Diego de Arochena, que había obtenido cinco votos.

El golpe era rudo; pero estrictamente legal. La noticia cayó como una bomba sobre la ciudad, que en muchos días no volvió en sí del asombro, del estupor que le causó el ver elevado á un hombre de tan escasa significación al primer puesto electivo del reino. El nombrado recibió aquel honor sin mostrar satisfacción. Parecía que él hubiese sido quien honrara al puesto y no el puesto el que lo honrara á él. Veremos después si se mostró ó no digno de tan extraordinaria distinción.

CAPITULO XXVI.

JUGAR CON FUEGO

En los primeros días de febrero de 1812 se recibió en Guatemala un decreto del consejo de regencia que gobernaba la monarquía en ausencia y cautividad de Fernando VII, en el cual se concedían ascensos á varios jefes y oficiales del ejército y milicias del reino. Uno de los favorecidos fue nuestro amigo el teniente Gabriel Fernández de Córdoba, que recibió el grado de capitán. Además de que no le faltaría la recomendación de sus jefes, como que era uno de los oficiales más cumplidos del batallón, hubo otra circunstancia que debió haber tenido parte en la concesión de la gracia. Se había abierto algunos meses antes una suscripción voluntaria para ayudar á los gastos que exigía la guerra, y se vió aparecer en la lista de los donativos el nombre del teniente Fernández con cinco mil pesos. No se sorprendió poco el mismo Gabriel al saber que había andado tan generoso con el rey cautivo, y desde luego atribuyó á su tutor aquella buena inspiración. Acertado ó no el juicio del joven oficial, lo cierto es que no se hizo esperar mucho la recompensa de su celo patriótico.

Don Pedro Espinosa de los Monteros, que era el primero que leía en Guatemala la Gaceta de Cádiz, vió inmediatamente el decreto de ascensos á jefes y oficiales del reino, y comunicó la fausta nueva á su esposa y á su hija. Estaba, pues, cumplida una de las dos condiciones puestas para que se verificara la boda, y faltaba únicamente

que se cumpliese la otra, la noticia del permiso del padre del novio, que según los cálculos, se recibiría de un momento á otro.

Gabriel no se dió mucha prisa para ir á participar á la familia de Espinosa la gracia que se le había concedido; pues dejó pasar tres días antes de presentarse á su futura con las dos charreteras de capitán. ¿ Qué ocupación tan importante absorvía el tiempo del joven oficial, que lo hacía faltar así á sus deberes de prometido esposo ? Pena nos da el tener que confesar que la gran ocupación de nuestro héroe no era otra que la de sus vergonzosas relaciones con Manuelita la Tatuana. No nos atreveremos á llamar amor al sentimiento que experimentaba Gabriel por aquella moza. Nuestra lengua, tan rica en lo general, suele carecer algunas veces de palabras con que expresar ciertas ideas. Dejamos, pues, al prudente lector que le aplique el nombre que encuentre más adecuado, una vez que no es difícil comprender la naturaleza de la afección que unía al nuevo capitán con la nieta de la bruja.

Pero no tenemos igual embarazo en calificar el sentimiento que había llegado ésta á concebir por Gabriel. Si aquello no era amor, amor rabioso, salvaje y bárbaro, no hay otro que pueda merecer semejantes dictados. La Tatuana no había amado nunca. Jamás había sentido lo que sentía por aquel hombre. Era como si se hubiera tragado la lava hirviente del volcán y circulara por todas sus venas. Conociendo perfectamente la imposibilidad de un matrimonio entre ella y el joven caballero, jamás había abrigado la más remota idea de ser su esposa ; pero al figurarse que podía serlo otra, se apoderaba de todo su ser el infierno de la desesperación y de los celos. Dos ó tres veces había amenazado á su cortejo con ir á ver á Matilde y decirle que si se casaba con Gabriel, la mataría.

Habían dos personas que soplaban el incendio que abrasaban el corazón de la pobre mujer : su propia madre y Cristóbal de Oñate, interesados ambos en que se prolongaran el mayor tiempo posible aquellas relaciones por el provecho que les producían. La Manuelita no era interesada. Amaba á Gabriel con pasión salvaje ; pero por su persona y no por el dinero que le daba, que no hacía más que pasar de sus manos á las temblorosas de la anciana y á las no muy firmes del medio viejo y estregado confidente de aquellos amores.

Cuando el teniente fue ascendido á capitán, personas que aseguraban saberlo de muy buena tinta, agregaron á la noticia del ascenso la de que iba á verificarse ya la boda con Matilde, supliendo la autoridad el consentimiento del padre de Gabriel, cuyo paradero no había podido averiguarse. Pronto llegó aquel rumor á oídos de Oñate y como tenía todos los visos de ser cierto, el astuto parásito se dió á buscar algún medio de retardar el matrimonio.

El que encontró más expedito y eficaz fue el de instruir á la Manuelita de la probabilidad de que Gabriel se casara pronto, con la idea de que aquella noticia produjera algún escándalo que llegando al fin á oídos de Matilde, provocara un rompimiento. Fingiendo sentimiento y tristeza, dijo una tarde el hipócrita y falso amigo de Gabriel á la Tatuana que era preciso fuera preparándose á separarse del capitán y no volverlo á ver jamás ; porque iba á casarse dentro de pocos días.

La joven se puso pálida al oir aquella noticia, y sus grandes ojos negros tomaron una expresión que habría asustado á Oñate, si aquel desalmado hubiera sido capaz de afligirse por un mal que no lo amenazara á él directamente.

¿ Y con qué derecho, dijo la Manuelita, me disputa esa mujer á un hombre que es mío, enteramente mío ?

— Con el derecho, contestó Oñate riéndose, que él mismo le ha dado. Hija mía, es necesario que te conformes, pues él lo quiere así.

— ¿ Y cómo voy yo á vivir sin Gabriel ? dijo la Tatuana sollozando. Vea Ud. Don Cristóbal, dígale que se case, si es necesario, que me conformo ; pero que siga viniendo á verme todos los días como desde que lo conocí.

— Bobilla, replicó Oñate, jugando con las hermosas trenzas de Manuelita ; eso no puede ser, ni será. La esposa de Gabriel llegaría á saberlo y su casa se convertiría en un infierno.

— ¿ Y no será otro infierno el que su ausencia dejará en mi corazón ? dijo la Tatuana, llorando. ¿ Para qué vino ? ¿ Por qué lo trajo Ud. ? ¿ Acaso yo fuí á buscarlo ?

— Es verdad, criatura, respondió Oñate ; pero ¿ cómo ha de ser ? Esa es la suerte de las personas de tu condición. No tienes más que hacer de cuenta que se ha muerto.

¡ Muerto ! gritó la Tatuana, poniéndose en pié, dejando de llorar y arrojando en torno una mirada de hiena. Sí, muerto, ha dicho Ud. bien. Es menester que muera para ella como para mí, que lo lloremos juntas, como lo amamos las dos.

Oñate, considerando que la exaltación de la muchacha había llegado á punto de provocar alguna escena escandalosa, pero cuyas consecuencias creyó el incauto que no pasarían de ciertos límites, se despidió, prometiendo volver por la noche. Se proponía escuchar desde una pieza inmediata el altercado que habría entre Gabriel y la Tatuana, y que esperaba terminaría con algunas injurias por una y otra parte, que alborotarían el vecindario, y darían mucho que hablar en la ciudad.

En efecto, á las siete llegó el perverso autor de aquella trama, y sin dar importancia alguna al aire sombrío y

casi feroz del semblante de la Manuelita, se encerró en un cuarto contiguo á la pieza donde recibía la moza las visitas de Gabriel. La vieja estaba fuera de casa.

Llegó el capitán á la hora de costumbre. Estaba más alegre y festivo que de ordinario, pues le duraba todavía la ilusión del ascenso que acababa de recibir. Arrojó con desembarazo sobre una silla su capa de paño de grana y tendiéndose en una alfombra que estaba delante de un canapé donde se sentó la Manuelita, apoyó la cabeza en la rodilla de la joven. Comenzó ésta á pasar su mano por los negros cabellos de Gabriel y le dijo con voz temblorosa por la emoción :

— ¿ Muy contento está Ud. con el grado que le ha dado el rey ?

— Mucho, contestó él, porque así tendrás el gusto de ver á tus piés á todo un capitán.

— ¿ Y sólo ese es el motivo ?

— ¿ Pues, y cuál otro había de ser ?

— Cuentan, replicó la Tatuana con voz sorda, que es una de las dos condiciones que le habían puesto á Ud. para su casamiento, y que, como la otra va á arreglarse también, Ud. se casará muy pronto.

— La gente dice lo que quiere, contestó el capitán, bostesando.

— Pero Ud. ¿ qué dice ? preguntó ella, haciendo esfuerzos por conservar alguna calma.

— Yo digo que no hablemos de eso. Lo que ha de suceder sucederá, y no hay para qué nos atormentemos con cosas que están todavía algo distantes.

— Es, dijo la Tatuana, que me aseguran que ese casamiento será luego, y que Ud. no volverá á verme ; y yo no puedo vivir sin Ud. Necesito saber lo cierto ahora mismo.

No poco embarazado el pobre capitán y no sabiendo que contestar, tomó el partido de guardar silencio.

—¿No me responde Ud.? dijo Manuelita, á quien se le agolpó la sangre á la cabeza. Ud. me engaña; me deja por otra, que será más rica que yo, pero que no lo quiere como yo lo quiero. Porque, vea Ud. Don Gabriel, dijo torciéndose las manos, por ningún hombre he sentido esto que siento por Ud. Es como si me hubiera tragado todas las bebidas que compone mi madre. Sin Ud. no quiero vivir; no quiero tampoco que Ud. viva y sea de otra; ó Ud. mío y yo suya, ó los dos de la muerte.

Diciendo así la pobre moza, loca de amor y celos, con un movimiento rápido que Gabriel no podía ver, desprendió de su faja un puñal pequeño y muy aguzado é hirió con él en el pecho al capitán. Brotó la sangre, Gabriel lanzó un gemido y cerró los ojos, sin levantar la cabeza de la rodilla de la Tatuana. Inmediatamente sepultó esta el arma en su propio seno y cayó.

Oñate al oir el ¡ay! que lanzó Gabriel, salió precipitadamente de su escondite. Su primera idea fue que tanto la Manuelita como Gabriel estaban muertos.

—¡Lástima! dijo, ¡un negocio que hubiera seguido produciendo muy bien todavía! y se marchó.

Había andado Oñate media cuadra, cuando se encontró con una patrulla que mandaba un oficial á quien conoció luego.

—Es Hervias, dijo, no podía venir más oportunamente.

Era, en efecto, nuestro antiguo conocido Don Luis de Hervias, á quien hemos perdido de vista mucho tiempo hace, y á quien la casualidad llevó aquella noche á rondar cerca de la casa donde su antiguo amigo acababa de recibir una puñalada. Acercósele Oñate y llamándolo aparte, lo instruyó en dos palabras de lo que pasaba. Hervias había cortado sus relaciones con Gabriel Fernández, desde que este comenzó á cortejar públicamente á Matilde. Sin embargo, al saber lo sucedido, entró á la

casa seguido de cuatro soldados, y haciendo levantar á Gabriel, lo condujo á su casa, donde se le suministraron pronto los auxilios que necesitaba. Por fortuna el puñal apenas había penetrado, gracias á lo grueso del paño del uniforme. Hervias al entrar con el herido, dijo á Don Ramón Martínez de Pedrera que jugando la espada con otros amigos, había recibido Gabriel casualmente una estocada. El escribano creyó ó no lo que dijo Hervias; pero esa fue la explicación que se dió al hecho.

Al levantar á Gabriel con los cuatro soldados, Hervias mandó otro de los de su patrulla á dar aviso á un alcalde de que la joven Manuelita N., que vivía en tal parte, había intentado suicidarse, y con otro soldado envió á llamar un cirujano. Así cumplió el bondadoso y prudente joven con lo que exigía su deber en aquella extraordinaria circunstancia. Hecho esto, se retiró, antes de que Gabriel recobrara el conocimiento.

La herida de la Tatuana, aunque muy grave, no fue calificada de mortal. Cuando pudo declarar dijo que había querido matarse, porque estaba cansada de la vida, y no pudo arrancársele otra explicación. Por supuesto la verdad no dejaba de traslucirse y de pasar de boca en boca bajo toda reserva; pero habían muchos que calificaban el hecho de patraña y sostenían seriamente que la herida del capitán Fernández nada tenía que hacer con el conato de suicidio de la Tatuana. No faltó quien refiriera el lance á la familia de Espinosa, como no había faltado quien se insinuara algo respecto á las relaciones de Gabriel con la muchacha; pero los noticieros mal intencionados perdieron su tiempo y su trabajo. Don Pedro dió muy poca atención al chisme, (así calificó el aviso), ocupado como estaba en calcular cuanto tiempo pasaría aún antes de que Fernando VII saliera del cautiverio y volviera á ocupar el trono. Doña Engracia no creyó una

palabra de lo que fueron á contarle, y Matilde, revistiéndose de toda su dignidad, impuso silencio con aire desdeñoso á las delatoras oficiosas.

El lance hizo reflexionar á Gabriel desde el momento en que comenzó á despejarse su inteligencia. Comprendió que había procedido muy mal al emprender las relaciones con la Tatuana, y por una de aquellas evoluciones á que era bastante propenso su espíritu versátil, hizo entre Matilde y la Manuelita una comparación que fue completamente desventajosa á la segunda.

Un día que meditaba sobre el acontecimiento, entró Benito en su cuarto y le entregó una carta. Abrióla el capitán. Era larga y no tenía firma. Esta circunstancia excitó su curiosidad, y se puso á leer. El que le escribía parecía tener un interés profundo, cariñoso y tierno con él. Le hacía las reflexiones más sensatas y prudentes sobre el peligro de sus relaciones con una mujer de pasiones semi-salvajes, que había estado á punto de quitarle la vida y expuesto su buen nombre Le llamaba la atención con habilidad á los manejos de Cristóbal de Oñate y le pintaba á éste con vivos colores como un parásito vil que lo había explotado, lisonjeando sus pasiones por el provecho que le producía tan indigno manejo. Le recordaba sus compromisos con la familia de Espinosa y le llamaba la atención á la actitud digna de Matilde, que no había dado oídos á las acusaciones y le conservaba su afecto, mientras él la olvidaba por una moza callejera.

Concluía aconsejándole en los términos más afectuosos y expresivos que abriera los ojos y que abandonara á una mujer que facilmente se consolaría de su pérdida, como se habría consolado sin duda de otras.

Aquella carta hizo profunda impresión en el ánimo del capitán.

—Si mi buen padre, dijo, no estuviera á dos mil leguas de distancia, juraría yo que él y no otro era quien me dirigía tan prudentes y amorosos consejos.

Nuestros lectores han adivinado ya que aquel juicio de Gabriel era acertado en el fondo, no siendo otro que su padre el autor de aquella carta. Bajo la impresión de tan sensatas advertencias estaba nuestro héroe cuando le avisaron que Don Cristóbal de Oñate, que había estado diariamente á informarse de su salud, deseaba verlo. Gabriel le hizo contestar que no podía recibirlo y que le suplicaba excusara sus visitas. El pegote comprendió que la mina estaba ya cerrada y se marchó á buscar algún otro cándido con quien ejercitar sus malos artes.

El mismo día que cerró su puerta al perverso y falso amigo que era como sabemos el autor oculto de lo sucedido, Gabriel llamó á su asistente y entregándole un cartucho que contenía veinticinco onzas de oro, le mandó lo llevase á casa de la Tatuana. Recibió la vieja el pesado cartucho, y al desenvolverlo, le brillaron los ojos de alegría. Jamás había tenido en su poder tanto oro junto, y al verlo y saber que era suyo, dió por bien empleada la herida de la Manuelita, y la muerte misma de su hija le habría parecido bien pagada.

La joven luchó durante muchos días con la fiebre que le ocasionó la herida. En el delirio de la calentura llamaba á Gabriel, le dirigía expresiones ora tiernas, ora injuriosas, y momentos había en que se desgarraba los vendajes y provocaba peligrosas hemorragias. La naturaleza y el arte triunfaron al fin, y algunos días después la Tatuana había entrado en convalecencia. Su primera pregunta, luego que recobró el conocimiento, fue que había sido de Gabriel; y al oír que vivía y estaba casi restablecido, mostró mucha satisfacción. El arrepentimiento se hizo lugar en el alma de la pobre mujer. Pasaron

días, y advirtiendo que Gabriel no aparecía en su casa, comenzó á comprender que debía renunciar á él para siempre. El golpe fue rudo. Un abatimiento silencioso y profundo sustituyó á los arranques de furor que mostró durante la escena provocada por las artificiosas palabras de Oñate. Pasaba los días y las noches sin hablar una sola palabra, y cuando pudo levantarse, estaba horas y horas en contemplación de los objetos que para su uso personal le había regalado Gabriel.

Cnando se restableció por completo, propuso á su madre vender aquellos muebles, que de nada podían ya servirles, volverse á la Antigua y con el producto entablar algún negocito que les proporcionara como ganar honradamente la vida. Pero la vieja contestó que ella no estaba ya, por su edad, en estado de trabajar; que la muchacha no lo estaria tampoco en mucho tiempo, porque la herida no dejaba de molestarla, cuando estaba la luna tierna, y que mejor era ir comiéndose alegremente el dinerito que tenían.

—Por lo demás, añadió, cuando una puerta se cierra se abre un portón, y no te faltará acomodo mejor tal vez que el de ese roñoso del capitán. ¡ Para lo que nos ha dado ! (añadió, tocando con disimulo el cartucho de onzas que acababa de recibir y guardado en el bolsillo.) Ya vendrá Oñate un día de estos y veremos.

—¡ Oñate ! exclamó la Tatuana, lanzando á la vieja una de aquellas miradas en que solía revelarse la violencia de sus pasiones. No me hable Ud. de ese hombre, madre. Si viene aquí, no respondo de lo que pueda hacer con él.

Más que las palabras asustó á la vieja el aire feroz de su hija, y como había visto ya que era capaz de todo, no volvió á mencionar al sujeto y se propuso decirle si volvía que no tenía seguro el pellejo en su casa. Pero no llegó

este caso. Don Cristóbal había comprendido cuan peligroso es algunas veces jugar con fuego y se dió á buscar para sus jóvenes amigos algunas buenas mozas que tomaran las cosas menos por lo trágico que Manuelita la Tatuana.

CAPITULO XXVII.

ACONTECIMIENTOS INESPERADOS.

Entre la correspondencia de España que se recibió en Guatemala por un navío llegado á Trujillo tres meses después que el que había traido la noticia de los ascensos, vino una carta sellada, en lacre negro, con las armas de los Fernández de Córdoba y dirigida á Don Andrés de Urdaneche. Contenía el aviso del fallecimiento de Don Fernando, trasmitido por un sobrino suyo, que era, según informaba él mismo, albacea y uno de los herederos del finado. Se recomendaba á Don Andrés, en virtud de una cláusula del testamento, abriese un pliego cerrado y sellado que Don Fernando había puesto en sus manos en vísperas de salir de Guatemala, rogándole cumpliese la comisión que se le daba en aquel escrito.

Tomó Urdaneche el pliego que había conservado cuidadosamente durante siete años, y sobre cuya cubierta estaban escritas las siguientes palabras: "A Don Andrés de Urdaneche; para abrirlo cuando tenga noticia cierta de mi fallecimiento;" y firmaba: "Fernando Fernández de Córdoba."

Abriolo y vió que contenía una memoria en que Don Fernando refería minuciosamente el hecho, que conocen nuestros lectores, de haber sido expuesto á las puertas de su casa, en la madrugada del 28 de diciembre de 1792, un niño de padres desconocidos, á quien él y su esposa recogieron por caridad, dándole el nombre de Gabriel y su propio apellido. Agregaba que al morir su esposa, le

había hecho prometer que mientras él viviera, guardaría estrictamente aquel secreto, y que se proponía cumplir la promesa. Que resuelto á salir del país y no estando obligado á llevar consigo al expósito, lo dejaba al cuidado de un antiguo criado de la casa, con algún dinero para sus gastos, mientras aprendía algún oficio. Que no podía ni quería hacer más por un niño que no era hijo suyo, y que rogaba á su buen amigo Don Andrés de Urdaneche, su único corresponsal en Guatemala, que al tener noticia de su muerte, pusiera en conocimiento del llamado Gabriel, cual era su origen y que ningún derecho le asistía á reclamar parte alguna de su herencia. Firmaban aquella declaración, como testigos del hecho de haber sido expuesto el niño á sus puertas, dos criados que lo presenciaron. Agregaba por último, que Don Andrés estaba en plena libertad de hacer público el contenido de aquella declaración, que hacía bajo juramento.

No hay para que decir que la revelación que contenía aquel escrito no sorprendió á Urdaneche, que no ignoraba lo sustancial de ella, aunque no tuviese conocimiento de las circunstancias que la acompañaron. Después de reflexionar un momento, le pareció prudente dar conocimiento á Don Juan de Montejo de lo que ocurría, antes de decir una palabra á Gabriel; y como su salud estaba cada día más delicada y no salía á la calle sino para ir á la casa comercial, escribió dos líneas á Don Juan rogándole pasara á verlo sin pérdida de tiempo.

Media hora después estaba Montejo en el gabinete de Don Andrés, á quien encontró pálido, desencajado y con un aspecto más de muerto que de vivo. El viejo negociante puso en manos de Don Juan la carta de Cádiz en que le daban aviso del fallecimiento de Fernández, y luego que la hubo leído, le presentó el pliego á que se refería la carta.

—Esto tenía de suceder al fin, dijo Montejo con tranquilidad. ¿Y qué piensa Ud. hacer?

—Cumplir inmediatamente con la recomendación, contestó Urdaneche.

Don Juan permaneció pensativo durante un momento, y luego dijo:

—Pues yo suplico á Ud. difiera por algunos días el dar cumplimiento á ese encargo.

—Fernández, contestó fríamente Urdaneche, ha sido corresponsal de la casa, y debo en tal concepto, dar cumplimiento á sus órdenes, con exactitud y sin tardanza.

—Pero aquí no se trata, replicó Montejo, de un negocio, sino de un asunto puramente privado.

—Entre Don Fernando Fernández de Córdoba y yo, dijo Don Andrés, no han mediado nunca más que relaciones comerciales, y si me ha dejado este pliego con encargo de abrirlo á su muerte, es por que somos sus únicos corresponsales en Guatemala. Tenía algunos fondos en la casa, pues hasta ahora no ha dispuesto sino de una parte del valor de las existencias que le compramos, y es necesario que Gabriel, al saber la muerte del que ha considerado padre suyo, sepa la verdad y que no tiene derecho á reclamar parte alguna de la herencia.

—Pero si Ud. hace público el contenido de este pliego, exclamó Montejo, poniéndose rojo de ira, se hará imposible el matrimonio de mi...... de Gabriel, con Matilde de los Monteros.

Urdaneche levantó ligeramente los hombros por toda contestación

—Creo, Sr. Don Andrés, continuó Don Juan, que algunas obligaciones más me debe á mí la casa de Aguero y Urdaneche que las que puede deber á Don Fernando Fernández de Córdoba.

—No acostumbramos hacer, respondió Don Andrés, diferencia alguna entre nuestros clientes por las sumas que tengan en la casa. Todos tienen igual derecho á nuestra consideración y á ser servidos con la misma puntualidad.

Montejo acabó de impacientarse al ver la sangre fría y la tenacidad del anciano. Los instintos feroces del bandido comenzaron á despertarse en el alma de Pié-de-lana, que temblando de rabia, metió la mano bajo su chaleco é hizo asomar el mango de un puñal. Urdaneche advirtió el movimiento, y sacando una pistola que llevaba oculta en la faltriquera, la amartilló y apuntó tranquilamente á Don Juan.

En aquel momento se abrió la puerta del gabinete, dando tiempo apenas á aquellos dos hombres para esconder las armas. Era un criado que tenía en la mano una carta, y dijo al entregarla á Don Andrés:

—Un correo que viene ganando horas, ha traído esta carta.

El sirviente se retiró. Urdaneche echó una ojeada al sobrescrito y dijo:

—Es del corresponsal de Sonsonate. Con permiso de Ud.; y la abrió.

Montejo, al oír decir "correo ganando horas, de Sonsonate," comprendió lo que podía ser aquello, y sus ideas tomaron una dirección muy diversa de la que llevaban pocos minutos antes. La mayor parte de su fortuna podía depender del contenido de aquella carta.

Fijó los ojos en Urdaneche con la más viva emoción. Advirtió que un ligero temblor, como convulsivo, agitaba los labios cárdenos del viejo negociante. La carta no tenía más que unas pocas líneas, sin duda, pues Don Andrés la leyó en un segundo. En seguida la pasó á Montejo, diciendo:

—A Ud. le interesa esto tanto como á nosotros.

Montejo leyó lo siguiente:

"La fragata *Atrevida* ha llegado hoy. La expedición había sido denunciada. El cargamento entero está decomisado. Vea Ud. si puede hacer algo."

—¡ Arruinados! exclamó Urdaneche, ¡ arruinados sin remedio alguno!

Al decir esto, cayó á plomo y como herido por un rayo, con la cabeza sobre la carta de Cádiz que había dado origen á la agria cuestión con Montejo. Un ataque de apoplegía fulminante había puesto término á la vida del anciano.

Montejo le levantó la cabeza y advirtiendo que estaba muerto, tomó la carta de Cádiz y la guardó; puso sobre la mesa la del corresponsal de Sonsonate y saliendo del gabinete, llamó á los criados de Urdaneche.

Momentos después corría en la ciudad la noticia de la repentina muerte de Don Andrés, que á nadie sorprendió, sabiéndose que andaba bastante mal de salud y que había sufrido ya uno ó dos ataques de congestión cerebral. Nadie supo, sin embargo, sino hasta tres días después, lo que había sido causa inmediata de la catástrofe. El decomiso del cargamento valiosísimo que trajo á Acajutla la fragata *Atrevida*, se supo por todas partes. Algunas personas del comercio, sea por rivalidad oculta con la casa, sea porque temiesen algún quebranto en sus intereses con la introducción, en cantidad considerable, de efectos que podrían venderse á precios mucho más bajos que los de plaza, lo cierto es que ocurrieron en queja y reservadamente á la autoridad que no pudo hacerse sorda á una formal denuncia y dió órdenes preventivas á los puertos para el embargo del cargamento. Se consideró á la casa de Aguero y Urdaneche arruinada por completo, y así era la verdad. El golpe fue terrible. El pasivo ascendía á cerca de un millón de pesos, suma enorme para el país y

para la época. Pocos eran los que no perdían alguna suma en aquella quiebra, que fue por entonces y durante muchos años después, el tema general de las conversaciones. Ante la importancia de aquel acontecimiento, pareció insignificante la noticia, que corrió casi al mismo tiempo, de haber muerto en Cádiz Don Fernando Fernández de Córdoba. Varios negociantes que tenían corresponsales en aquella ciudad habían recibido cartas en que se refería el suceso. Llegó el rumor á oídos de Gabriel, y corrió á pedir informes á Don Francisco de Aguero, único que podía dárselos ya. El pobre caballero, abrumado con su propio infortunio, contestó algo secamente al joven capitán que nada podía decirle sobre lo que deseaba saber. Y era la verdad, pues Urdaneche no había tenido tiempo de comunicarle la noticia.

Salió Gabriel en la mayor inquietud y comenzó á tomar informes con las personas que tenían cartas de Cádiz. Los que pudo obtener confirmaron la desgracia. El desdichado se encerró en su habitación, entregado al dolor, pues se consideraba con hartos motivos para sentir y llorar la pérdida de aquel á quien consideraba como padre. ¡ Cuán lejos estaba de saber por entonces que no le debía una sola lágrima ! El único que hubiera podido revelarle la verdad, Don Juan de Montejo, no quiso hacerlo. Temía, y con razón, que al saber Gabriel que no era hijo de Don Fernando Fernández de Córdoba, no consentiría en llevar aquel apellido por un solo instante; y que, pundonoroso como era, se haría un deber de referir el hecho á la familia de Espinosa. Don Juan, menos escrupuloso, quería prolongar el engaño, al menos por el tiempo necesario para que tuviese lugar el matrimonio. La catástrofe de la casa de Aguero y Urdaneche le hacía perder la mayor parte de su fortuna; pero aún conservaba algunos valores que podrían cubrir muy suficientemente los gastos del

matrimonio y establecimiento de aquel hijo á quien tanto amaba. Y después, ¿no sabemos que Don Juan de Montejo, ó sea Pié-de-lana, contaba con los medios de reparar, en parte al menos, aquella pérdida? El que había sabido hacerse de una suma considerable, podía ofrecer, al reconocer públicamente á su hijo después de casado, constituir á su nuera un dote bastante respetable dentro de pocos años. Tales eran los propósitos de Don Juan, y debemos confesar que, dejando aparte la falta de moralidad de sus cálculos, ellos eran por el momento bien fundados.

Montejo, aunque era uno de los que sufrían más en la quiebra de Aguero y Urdaneche, no mostró el menor cuidado por aquella pérdida. Por el contrario, dijo á todo el mundo que para él el quebranto era casi insignificante. Continuó viviendo con la misma ostentación y arriesgando gruesas sumas al juego, como lo tenía de costumbre. Aquel procedimiento sagaz mantuvo incólume su crédito y todo el mundo dijo que le quedaba un caudal doble ó triple del que había perdido en la quiebra.

Con bastante reserva realizó algunos de los valores de que podía disponer y que le produjeron cinco mil duros en oro. Puso aquella suma en un saco y escribió en una tira de papel las siguientes palabras:

"A Gabriel, para los gastos de su matrimonio; á buena cuenta de la herencia de su padre."

Al entrar una noche en su cuarto, encontró Gabriel aquel saco y aquella tira de papel sobre su mesa. Leyó y se quedó sorprendido al ver las palabras que dejamos transcritas. No sabía que pensar de tan extraordinario incidente. Había dejado su cuarto cerrado y llevadóse la llave; ¿quién había podido poner allí aquel saco y aquel papel? interrogó al escribano, á Benito; nadie sabía una palabra. En fin, calculó se lo habría enviado alguna persona que tuviese el encargo de entregarle aquella

suma, que, como decía el papel de remisión, era parte de su herencia paterna. Eso bastaba para tranquilizarlo y lo ponía en aptitud de hacer uso del dinero.

Muerto Don Fernando Fernández, Gabriel podía disponer su casamiento. En efecto, habló á Don Pedro Espinosa de los Monteros y á Doña Engracia y encontró en ellos la mejor disposición á que se efectuara la boda. Corriéronse las diligencias y se dispuso celebrar la ceremonia un mes después. Todo el mundo consideraba á Gabriel único heredero de su difunto padre, pues no se había sabido la verdad del caso. Hizo sus compras, montó con lujo la casa que había de habitar con Matilde y tanto él como ella veían aproximarse con júbilo el día de su unión.

Entre tanto el alcalde Don Diego de Arochena, instruido por la voz pública de que iba á verificarse el matrimonio, tenía el corazón desgarrado por el despecho y por los celos. No había omitido esfuerzo para llegar á descubrir el origen de Gabriel, y todo su empeño parecía alejarlo más y más de lo que formaba el objeto de su ardiente anhelo. Había organizado un cuerpo regular de policía, compuesto de treinta hombres, osados y sagaces, que reclutó entre los criminales que habían cumplido sus condenas y que consideró los más á propósito para seguir la pista á los de la cuadrilla de Pié-de-lana. Rondaba casi todas las noches; no dormía, y estaba siempre pronto á acudir á donde hubiera algún indicio que pudiera servirle para el descubrimiento de los malhechores. El vecindario se hacía lenguas de la actividad, de la energía y del celo del joven alcalde, y se hablaba de reelejirlo cuando cumpliera su año. No sabían los que así hablaban que sus funciones no debían durar más que seis meses, (que estaban al expirar) y que pasado aquel plazo, si no entregaba al jefe de los bandidos que infestaban la ciudad, incurriría en un terri-

ble castigo. El no lo ignoraba y veía con pavor acercarse el término que había fijado, talvez con imprudente ligereza.

Un día se presentó en su casa uno de sus más hábiles espías y le dijo que rondando algunas noches hácia por los contornos del cementerio del sagrario, había visto algunos hombres embozados en aquellas calles, lo que le había parecido sospechoso. Que se ocultó del mejor modo posible en el hueco de una puerta y vió que abrían la del cementerio y entraban. Aquellos debían ser ladrones que habrían las sepulturas y despojaban á los cadáveres de una ú otra prenda de algún valor, pues se había visto en algunas de ellas la tierra recientemente removida.

Aquel aviso fue una luz para Arochena. ¿ Si era el cementerio, pensó, el punto de reunión de los de la cuadrilla de Pié-de-lana ? Para averiguar si su sospecha era fundada, citó para aquella misma noche á las once al cuerpo de policía que había organizado. A la hora señalada se armó y poniéndose á la cabeza de la fuerza, se dirigió á la casa del sacristán de la parroquia. Llamó, hizo que le abrieran, en nombre del rey, y exigió las llaves del cementerio. Cuando las tuvo, distribuyó su gente en los contornos, con orden de no dejar salir á nadie y acompañado solamente por dos de los que hacían de sargentos del cuerpo, entró.

Se encaminó desde luego á una pequeña capilla donde solían depositarse los cadáveres de los pobres antes de sepultarlos, y dejando á sus dos subalternos al cuidado de la puerta, entró solo. La capilla estaba en completa obscuridad. El alcalde fue siguiendo las paredes y dió con una especie de mesa de calicanto. Aquel objeto suscitó un recuerdo en el espíritu de Arochena. La noche que fue conducido vendado á un sitio desconocido, había dado

á tientas con una mesa igual á aquella. Dirigióse en seguida hácia el medio de la pieza y tropezó con una mesa de madera, exactamente como en la noche de su aventura. Por último, como para confirmarlo en la idea de que era aquel el sitio á donde lo habían llevado, pasó la mano sobre la mesa y tocó un cadáver.

Sacó el eslabón, la pajuela y un cerillo que llevaba á prevención. Encendió luz, vió que la mesa de calicanto era el altar y comprendió que el cadáver estaba allí depositado para sepultarlo al siguiente día. El misterio estaba esplicado, y era muy probable, casi seguro que aquel sitio había sido elegido para lugar de reunión de los bandidos.

Con aquella convicción se retiró, y al volver las llaves al sacristán de la parroquia, le intimó, bajo pena de la vida, no decir á persona alguna lo que había pasado aquella noche. Seguro de que en una de las siguientes acudirían los de la cuadrilla al cementerio, previno al cuerpo de policía estuviese listo para acudir al primer aviso, dió la instrucciones convenientes á sus espías y los mandó situarse en ciertos puntos desde los cuales podían, sin ser vistos, ver á los que llegasen al cementerio.

En efecto, á la tercera noche, después de las doce, llamaron á la ventana de Don Diego. Aunque dormía, era con tanta inquietud, que despertó inmediatamente, y salió al balcón.

— Señor, le dijo el que llamaba, diez hombres embozados han entrado al cementerio.

—Bien, contestó el alcalde, ellos son, y muy listos tienen que andar para que se me escapen. Corre al cuartel de la policía y que vengan todos. Salgo al momento.

Mientras el alcalde se vistió y se armó, fue el individuo á desempeñar la comisión. Un cuarto de hora después

la escuadra estaba á la puerta del panteón y Don Diego, con la vara de la justicia en la mano izquierda, la espada desnuda en la derecha y acompañado de su gente, entre la que había algunos que llevaban linternas encendidas, penetró en el cementerio.

CAPITULO XXVIII.

COMO CUMPLIÓ SU PROMESA EL ALCALDE DON DIEGO DE AROCHENA.

Los diez individuos á quienes habían visto entrar en el cementerio los espías de Arochena, estaban encerrados en la capilla. Como el alcalde y su gente entraron sin hacer el más ligero ruido, no advirtieron aquellos lo que sucedía y no pudieron ponerse en salvo. Dejó Don Diego diez hombres á la puerta y entró con los demás que componían el cuerpo de policía que había organizado.

Al verse sorprendidos los de la capilla, quisieron hacer uso de las armas; pero Arochena estaba resuelto á no dejar escapar uno solo.

—¡Téngase á la justicia del rey! gritó, levantando la vara, símbolo de la autoridad. ¡Fuego sobre el primero que haga el menor movimiento!

Los veinte hombres del alcalde apuntaron con sus fusiles al grupo de los embozados, que no se atrevieron á hacer resistencia.

—Desarmarlos y atarlos, dijo en seguida Arochena; y mientras cuatro de los suyos se ocupaban en cumplir aquella orden, tomó Don Diego una linterna y fue examinando á los presos uno por uno y con el mayor cuidado.

La impaciencia del abogado peli-rojo se revelaba en ciertos movimientos que hacía y en algunas palabras entrecortadas que se le escapaban, cada vez que pasaba

de uno á otro de los presos, y veía que no estaba entre ellos Don Juan de Montejo.

Luego que estuvieron bien asegurados, mandó Arochena que saliesen todos, menos uno que eligió á la casualidad. Lleváronlos afuera, y en seguida hizo sufrir al preso un minucioso interrogatorio. Las respuestas eran vagas é inconducentes, y de ellas infirió el astuto letrado que aquel hombre debía ocupar un rango muy inferior en la cuadrilla. Hizo entrar otro y otro y los examinó, con igual resultado, hasta que dió con uno que parecía mucho más entendido que los demás. Empleando alternativamente las amenazas más terribles y las promesas más halagüeñas, logró Don Diego obtener de aquel hombre algunos datos importantes.

—Elige, le dijo el alcalde; ó la horca dentro de ocho días, ó el perdón y doscientos pesos de recompensa.

El bandido ofreció que diría la verdad y Don Diego le hizo las siguientes preguntas:

—¿Con qué objeto os habíais reunido aquí esta noche?

—Con el de concertar el modo de poner en ejecución una orden que habíamos recibido.

—¿Cual era esa orden?

—La de asaltar la casa de Don Juan Manrique de Guzmán.

—Y quién os la dió?

—Nuestro Jefe.

—¿Quién es él?

—Lo ignoro. No lo conozco más que por Pié-de-lana.

—¿Y lo has visto alguna vez?

—Varias; pero siempre de noche, embozado hasta los ojos, y no podría yo decir á derechas como son sus facciones.

—Bien, dijo Arochena, y reflexionando durante un momento, añadió:

—¿ Conoces á un caballero que se llama Don Juan de Montejo ? ¿ Lo has oído hablar alguna vez ?

—Lo he visto; pero nunca lo he oído hablar.

—¿ Encuentras alguna semejanza entre ese caballero y Pié-de-lana ?

—Tienen poco más ó menos, la misma estatura. Es cuanto puedo decir.

—¿ Se reunen los de la cuadrilla en alguna otra parte ?

—Si señor, en la casa contigua á la del escribano real Don Ramon Martínez de Pedrera.

—¿ Sabes que día han de reunirse allí ?

—Mañana á las siete y media de la noche. Estamos citados para recibir órdenes.

—¿ Y vosotros cuando deberíais dar cuenta de la comisión que íbais á desempeñar esta noche ?

—En la misma reunión de mañana. Teníamos orden de no aventurar el golpe, si se presentaba algún obstáculo imprevisto; asi es que el jefe no extrañará el saber mañana que no ha habido esta noche novedad alguna en la casa que nos había mandado asaltar. Esperará mis explicaciones.

—¿ Y cuales eran vuestras instrucciones para ese asalto ?

—Se contaba con que nos abriría la puerta un criado de la casa. Debíamos apoderarnos del dinero y de la plata labrada, sin hacer daño á nadie, si no había resistencia, y dando muerte á cualquiera que intentara oponérsenos.

—Bien, dijo Arochena. Mañana sabré si lo que me has dicho es la verdad; si has de ir al patíbulo, ó si has ganado el perdón y el premio ofrecido.

Dicho esto, salió con el preso, y ordenando la marcha, condujo á los diez ladrones á la cárcel pública, mandando

se les encerrara en bartolinas separadas y que se les mantuviese incomunicados hasta nueva orden.

Nadie supo en la ciudad lo que había ocurrido aquella noche en el cementerio del Sagrario. A las ocho de la mañana el alcalde Arochena se presentó en palacio y pidió una audiencia para negocio urgente. Recibido en seguida, encerróse con el presidente, lo informó de lo sucedido y le pidió una orden para que aquella noche, á las siete, estuviera lista una compañía del Fijo, al mando de un capitán, á quien se previniera obrar de entero acuerdo con él en un asunto en que se interesaba el servicio del rey. El mismo Arochena extendió la orden, que firmó el capitán general, y salió á preparar el golpe.

Entre tanto Pié-de-lana, ó sea Don Juan de Montejo, muy distante de sospechar la tormenta que estaba preparándose á descargar sobre su cabeza, salió muy temprano á recorrer algunas calles y habló con los conocidos á quienes encontró, seguro de que si se hubiera verificado el asalto de la casa de Manrique, no dejaría de saberse y se lo contarían. Era aquel sujeto uno de los principales y más ricos vecinos, y al decir que se le asaltara y robara aquella noche, se proponía el Jefe de los bandidos reponer con ganancia los cinco mil duros que había enviado á Gabriel para los gastos de la boda. La suerte lo dispuso de otro modo.

No extrañó Pié-de-lana qne no se hubiese dado el golpe á la casa de Manrique, pues como lo había declarado el preso al alcalde, tenía orden de no aventurar el éxito y prescindir del robo por aquella noche, si se presentaba algún obstáculo serio. Pié-de-lana no veía jamás de día á los de su cuadrilla; así fue que no pudo concebir la menor sospecha de que hubiesen sido capturados los de la sección destinada al asalto de la casa de Manrique.

Arochena no menos cauto que el jefe de los bandidos, no quiso presentar al coronel que mandaba el batallón de

linea la orden del capitán general, sino á la hora precisa de dar el golpe. Sabía que todas las noches á la siete estaba en el cuartel y que sería obra de un momento el designar la compañía que había de desempeñar la comisión y el capitán que debería mandarla.

Al dar la hora, el alcalde, que había comunicado ya sus instrucciones al cuerpo de policía, se presentó en el cuartel del Fijo y solicitó hablar al coronel de un asunto urgente del servicio del rey. Encerráronse en el cuarto de banderas y Arochena puso en manos del jefe del batallón la orden del capitán general.

—Perfectamente, dijo el coronel, después de haberla leído. La compañía no tiene más que hacer que tomar los fusiles. En cuanto al capitán que ha de mandarla, ... (y se detuvo un momento reflexionando). Se me previene designar uno que sea de acreditado valor y de la más absoluta confianza. El que reune esas circunstancias es el capitán Don Gabriel Fernández de Córdoba.

El alcalde se quedó cortado al oír aquellas palabras. No es posible preveerlo todo y no había imaginado que la elección del coronel pudiese fijarse en aquel oficial.

—¡El capitán Fernández! exclamó Arochena. ¿No pudiera ser otro el designado?

El viejo militar frunció las cejas y contestó secamente al alcalde:

—El capitán general deja á mi cuidado la elección. Supongo que el señor alcalde no pretenderá conocer mejor que yo á los oficiales del cuerpo. Fernández es el más á propósito; él debe ir é irá, á menos que reciba yo orden contraria de mi superior.

Arochena vió su reloj: eran las siete y cuarto. Temió que no hubiese tiempo de ir á ver al capitán general é instruirlo de los motivos que tenía para objetar la designación del capitán, y dijo al coronel:

— El asunto de que se trata es gravísimo. ¿ Ud. cree que Fernández cumplirá la orden de proceder de entero acuerdo conmigo, aunque haya necesidad, por ejemplo, de pasar sobre su propio padre ?

— Lo creo respondió secamente el coronel.

— Bien, dijo Arochena; sírvase Ud. dar sus disposiciones.

Salió el coronel, y dos minutos después la compañía estaba formada en el patio del cuartel, con armas y parque y Gabriel Fernández á la cabeza de ella, con orden de ir á desempeñar una comisión muy importante del servicio del rey. Por toda instrucción recibió la de proceder de entero acuerdo con su señoría el alcalde de primer voto, licenciado Don Diego de Arochena.

Pusiéronse en marcha. Precedía el cuerpo de policía, algunos de cuyos individuos llevaban lazos, mordazas, escalas, hachas, sierras y otros útiles, como también seis angarillas, en la previsión, sin duda, de que podría ser necesario conducir heridos ó muertos. A todo había provisto el cuidado del alcalde. Seguía la compañía del batallón con sus oficiales y el capitán Fernández, á cuyo lado caminaba Arochena con los ministriles de la justicia y el escribano de cabildo. Como era temprano, advirtió el vecindario el acontecimiento, y las gentes veían detrás de las vidrieras de las ventanas y sin atreverse á abrir, aquel extraordinario, inusitado y pocas veces visto despliegue de fuerzas en las tranquilas y pacíficas calles de Guatemala, más semejantes en aquella época y á tal hora á claustros de conventos que no á vías públicas de una ciudad.

Cada cual interpretaba el suceso como mejor le parecía. Quien sospechaba un alzamiento; quien una invasión de insurgentes mexicanos, y no faltó ciudadano de espíritu asombradizo que atribuyera el movimiento de la tropa

y la policía á que el mismo Napoleón estaba á las puertas de la ciudad con sus ejércitos, para vengar las derrotas sufridas en España.

Entre tanto la cabeza de la columna llegó frente á la casa contigua á la del escribano Martínez de Pedrera, cuya puerta golpeaba con fuerza un individuo, á quien no pudo conocerse, á causa de la obscuridad de la noche.

—Prendan á ese, gritó Arochena, suponiendo que debía ser alguno de los de la cuadrilla que intentaba anticiparse á dar aviso á sus compañeros. Cuatro ó seis policías embozados en sus capotes negros rodearon al que llamaba, quien no pudiendo tenerse sobre sus piés, cayó á plomo delante de la puerta.

—¡ Sable y lanza ! exclamó el caído; por vida de...... que Rosalía se ha dormido y no me abre.

Era el pobre capitán retirado con goce de medio sueldo, Don Feliciano de Matamoros, que habiendo bebido durante toda la tarde más de lo ordinario, había tomado por su propia casa la contigua á la del escribano.

Cuando se vió rodeado de aquellas figuras, que aprestaban los lazos para atarlo, el capitán levantó la voz y exclamó:

— Apartaos, apartaos de mí, aves nocturnas, y dejadme en paz. Apartaos, espíritus de las tinieblas; apartaos malditos fantasmas, repetía, mientras lo ataban; pero habiéndole acomodado una mordaza en la boca, no pudo continuar sus elocuentes apóstrofes. Dejáronlo atado y amordazado, y en seguida el alcalde y el capitán se ocuparon en distribuir parte de la tropa en torno de la manzana. Hecha esta operación y seguros de que nadie podría escapar, rompieron á fuerza de hachazos la puerta de la casa y entraron. Vieron en la sala un sofá, algunas sillas y una mesa muy grande; pero no encontraron alma viviente. Sobre la mesa estaban dos velas apaga-

das. Ocurrióle al astuto Don Diego tocar los pavilos de las velas y encontrándolos calientes, dedujo que debían haber sido apagadas hacía apenas un instante. Recorrida la casa, advirtió Arochena que tenía no una, sino varias puertas que comunicaban con la del escribano Pedrera. Mandó forzar una de ellas y entró, seguido de su gente. Gabriel no acertaba á comprender lo que podía significar aquella invasión de su pacífica y tranquila posada; pero obediente á sus instrucciones, hacia cuanto le indicaba el alcalde.

Recorrieron la casa, sin hallar otro habitante que el negro Benito, á quien no pudo Arochena sacar una palabra, ni con halagos, ni con amenazas. Mandó que lo ataran fuertemente y que no lo dejaran escapar y continuó registrando minuciosamente la casa. Concluido el cateo de la parte que daba al patio exterior, preguntó el alcalde á Gabriel:

— ¿ Donde está, señor capitán, la puerta que conduce al patio interior de esta casa ? Yo no la descubro por más que la busco.

— Ni la encontrará Ud., señor alcalde, contestó Gabriel, pues no la hay. Esta parte se comunica con la otra por medio de un torno, que voy á mostrar á Ud. Es una rareza, un misterio que hay en esta casa y que jamás he podido explicarme.

Llegados el alcalde, el capitán y la gente delante de la puerta que cubría el torno y queriendo abrirla, vieron que estaba fuertemente asegurada por dentro; pero no tardó en abrirse, despedazada por el golpe de las hachas. El torno había desaparecido. No quedaban más que algunas de las tablas que lo formaban, caídas en el piso del boquerón.

— Por aquí han entrado, exclamó el alcalde, no se escaparán.

—¿ Quiénes ? preguntó Gabriel.

—Ellos, dijo Arochena; Pié-de-lana y su cuadrilla.

—¡ Pié-de-lana aquí, en mi casa ! exclamó el capitán asombrado.

— En la casa del escribano Pedrera, querrá Ud. decir, replicó Don Diego. Luego llamando á unos cuatro de los más resueltos entre los que formaban la policía, les mandó que penetraran por el boquerón.

No podían hacerlo sino de uno en uno. Comenzó á entrar el primero, y apenas había penetrado, sonó un tiro por la parte de adentro, se escuchó un ¡ ay ! y el que intentaba entrar quedó sin movimiento. Retiráronlo. Estaba muerto, y con la cabeza atravesada por una bala.

—Los bandidos están resueltos á disputar su vida, capitán, exclamó Arochena. Es necesario penetrar en ese patio por otra parte. Las escalas, pronto. Queden aquí diez hombres del batallón, si á Ud. le parece, y entremos por algunas de las casas vecinas.

—La que debe tocar con ese patio, dijo uno de los oficiales del Fijo, es la del maestro de armas Don Feliciano de Matamoros.

—Pues vamos allá, dijo Arochena ; y seguido por Gabriel, por la policía y por los soldados que estaban disponibles, salieron de la casa, dejando orden al oficial situado junto al boquerón con diez hombres, de hacer fuego sobre cualquiera que intentara salir.

Llamando á la puerta de la casa del maestro de armas, salió á abrir una de las hijas de Don Feliciano, quien temblando al ver tanto soldado, dijo que ni su padre, ni su hermana Rosalía, ni su hermano Antonio estaban en casa. Entró el alcalde, y Gabriel tuvo que seguirlo, no sin experimentar un sentimiento de vergüenza y de confusión, al penetrar de aquella manera en la casa de la mujer con quien se había conducido de un modo tan ajeno

de un hombre de corazón y de un caballero. Consolábase con la idea de que no haría más que pasar y que no se encontraría con la joven, á quien no se atrevería á mirar de frente. Prefería batirse dos horas con Pié-de-lana y su cuadrilla, antes que arrostrar durante dos segundos la mirada de Rosalía.

Pero lo que había dicho la niña era cierto. Gabriel y Don Diego atravesaron la casa sin encontrar á nadie, y penetrando hasta el gallinero, les llamó la atención el ver una mesa sobre la cual estaba una silla, arrimada á la pared que parecía ser la divisoria de las dos casas. Puestas las escalas, subieron, y su asombro subió de punto al ver una especie de escalera contra la misma pared por la parte de adentro.

Un momento después, Gabriel, Arochena, y un pelotón de cincuenta ó sesenta hombres, entre soldados del Fijo y policías, estaban en la huerta de la casa del escribano. Se les dispararon unos diez ó doce tiros, que partieron de algunos grupos de hombres que se veían detrás de los árboles, y cayeron heridos unos cuantos de los que acompañaban al alcade y al capitán. Irritado éste con aquella hostilidad, mandó hacer fuego á los grupos y se vieron caer varios bultos.

—¡A ellos, á la bayoneta! gritó Gabriel, y lanzándose como un león, á la cabeza de los soldados, llevando á su lado al alcalde, cayeron sobre los bandidos, que se retiraron y fueron á apoyarse contra la pared de la huerta. La lucha fue corta, pero terrible. Los ladrones se defendieron con extraordinario valor, animados por uno que parecía ser su jefe, que peleaba embozado en una capa y con el sombrero hundido hasta los ojos.

De repente se encontraron aquel hombre y el alcalde Arochena y trabaron un combate á muerte. Cayó el embozo del desconocido y al verle la cara, gritó Don Diego:

—¡ El es ! No pudo decir más. El jefe de los bandidos atravesaba con su espada al alcalde, que cayó, revolcándose en su sangre.

Gabriel, fuera de sí tomó una pistola que llevaba asegurada en el cinturón, y amartillándola, apuntó al que acababa de herir mortalmente al alcalde. Un momento más, y habría disparado.

—¡ Detente, insensato ! grito el desconocido, bajando hácia el suelo la punta de su espada. ¡ Soy tu padre !

—¡ Mi padre ! exclamó Gabriel, como herido por un rayo; ¡ mi padre !

— Sí, dijo Arochena, con voz entrecortada y balbuciente. Es su padre...... Ud., añadió volviéndose á Gabriel, es hijo bastardo de...... Pié-de-lana. Diga Ud. al capitán general que he cumplido mi promesa, aunque á costa de mi propia vida......Capitán, pongo ese reo de muchos robos y asesinatos bajo la salvaguardia, del honor militar de Ud. Y espiró.

En aquel momento dos mujeres, á quienes nadie había visto, pues se habían mantenido ocultas detrás de unos cimientos durante el combate, avanzaron hácia el grupo de los combatientes. Una de ellas se dirigió al jefe de los bandidos y le dijo:

—¿ He oído bien ? ¿ No ha dicho Ud. que ese joven es su hijo ?

— Sí, contestó el desconocido; es mi hijo.

—¡Ah ! exclamó la mujer; entónces es también hijo mío. Sí, mi hijo, mi hijo, gritó y rodeó con un brazo el cuello de Gabriel, que estaba mudo de asombro, de confusión y de vergüenza. Con alguna dificultad logró desasirse de la que lo tenía abrazado y dijo al desconocido con voz entrecortada por la emoción:

— Si es cierto que Ud. es mi padre, mañana cumpliré con los deberes de hijo. Ahora debo cumplir con los de oficial del rey. Pase Ud. Y partieron todos.

CAPITULO XXIX.

PADRE É HIJO.

El capitán Fernández condujo á la cárcel de corte á Pié-de-lana, ó sea Don Juan de Montejo, y á los individuos de su cuadrilla que no habían perdido la vida ó quedado heridos en la refriega. Ni Don Juan ni Gabriel atravesaron una sola palabra desde la casa del escribano hasta la cárcel. El primero parecía tranquilo; el segundo caminaba con la cabeza inclinada sobre el pecho, como poseido del más profundo abatimiento.

Al llegar á la puerta de la cárcel, Don Juan sacó del bolsillo un papel doblado y lo entregó á Gabriel.

—Hijo mío, le dijo, quise retardar todo el tiempo que fuera posible la revelación de un secreto que sabía yo te sería penoso. El destino lo ha dispuesto de otra manera, y hoy es necesario que lo sepas todo. En ese papel encontrarás la prueba de que no eres lo que tú mismo y la sociedad han creído. Sé que la espada de la ley va á caer inevitablemente sobre mi cabeza; pero más cruel aún que ese castigo, será para mí la consideración de que hoy no puedo legarte más que un nombre infame. Quizá no volveremos á vernos. Perdóname.

Los sollozos no le permitieron pronunciar una palabra más. Gabriel, muy conmovido, tomó el escrito y contestó á Don Juan:

—He cumplido mi deber de soldado. De hoy más me considero libre para poder consagrarme á los que me impone mi nueva situación. Nos veremos pronto.

Don Juan, cargado de cadenas, fue encerrado en un estrecho calabozo, inscribiéndosele en el registro de la cárcel bajo el nombre de Juan Bermúdez (alias) Pié-de-lana.

En seguida el capitán mandó conducir á la casa de recojidas á la que acababa de decirle que era su madre y á una joven que lo acompañaba y que, como nuestros lectores han comprendido ya, no era otra que la hija del maestro de armas. Habían sido encontradas en la casa donde estaban los bandidos, y su prisión era inevitable. La infeliz señora tenía el corazón traspasado de dolor. Su hijo, á quien acababa de encontrar, la hacía encerrar entre las mujeres perdidas! Ella no comprendía la fuerza del deber que lo obligaba á proceder de aquella manera.

El capitán volvió al cuartel y dió cuenta á su jefe del desempeño de la comisión que se le había confiado; omitiendo únicamente la circunstancia de la revelación hecha por Pié-de-lana. Gabriel sabía que el hecho, que había pasado delante de muchos testigos, sería público al siguiente día. El coronel elogió en pocas palabras la conducta de su subalterno y le dijo que no dudaba que el importante servicio que había prestado al rey, sería debidamente recompensado. Gabriel no contestó, limitándose á mover la cabeza con una expresión de abatimiento que no dejó de llamar la atención del viejo militar, que, sin embargo, no se consideró autorizado para pedirle explicaciones. Díjole que podía retirarse y Gabriel se dirigió á su casa y se encerró en su cuarto.

Con el interés que debe suponerse, leyó el papel que acababa de entregarle Don Juan, que no era otro que la declaración, de puño y letra de Don Fernando Fernández de Córdoba, que Montejo había recogido de la mesa de Urdaneche un momento después que éste había muerto. Vió Gabriel en aquel documento, cuya autenticidad no podía poner en duda, la prueba evidente de que no era

hijo de Fernández. Tampoco tenía motivo para dudar de la verdad de la declaración hecha por Pié-de-lana y confirmada por Arochena, poco antes de espirar. ¡Era, pues, el hijo de un bandido! Tal fue la dolorosa convicción que desde aquel momento penetró en el ánimo de Gabriel. El dinero que había pasado por sus manos y que había derramado con tanta profusión, era fruto de las más vergonzosas é infames rapiñas. El joven, abrumado de dolor, apoyó la cabeza en sus manos, con los codos fijos sobre la mesa, recorriendo por segunda vez la espantosa revelación que contenía el documento. La extraña conducta de Don Fernando dejó de ser un misterio para él. Recordó la manera fría, casi cruel en que procediera al marcharse del país y comprendió por qué no le había dirigido en tanto tiempo una sola carta. Gabriel recobraba su verdadero padre; pero ¡qué padre, oh Dios! Un hombre que estaba á punto de pagar sus crímenes en un patíbulo. Después de hacer esta desgarradora reflexión, se agolpaban en su espíritu, violentamente agitado, las repetidas pruebas de amor que le había dado aquel hombre que veló por él desde el momento en que lo abandonó Fernández, y se sentía inclinado á perdonarle el mal que le había hecho. Pensaba en que la ciega fatalidad lo había conducido á llevarlo á la cárcel, donde lo habían cargado de cadenas y de donde saldría probablemente para el cadalso, y la desesperación despedazaba su alma. La lucha fue terrible; pero triunfaron los buenos instintos en el corazón de Gabriel.

—Sea lo que fuere, dijo, con el rostro bañado en lágrimas, es mi padre, un padre que ha sido conmigo tierno y amoroso. Yo no soy ni puedo ser su juez; soy su hijo, y esto basta.

Dicho esto, tomó una pluma y un pliego de papel y con mano temblorosa trazó unas pocas líneas. Era un escrito

dirigido al capitán general, en que pedía su licencia absoluta y devolvía el despacho de capitán.

Gabriel no se acostó aquella noche, pasando las horas que faltaban para que amaneciera el nuevo día, en la más violenta agitación. Como á las seis oyó que golpeaban la puerta de su cuarto. Abrió y se encontró con el negro Benito, que no pudiendo valerse de las manos, que tenía fuertemente atadas hácia atrás, había llamado con el pié. Mientras Gabriel le quitaba las ligaduras, le dijo el negro que la noche anterior, luego que lo habían atado por orden del alcalde, aprovechó un descuido de los agentes de policía que quedaron en el patio exterior, y fue á ocultarse á un lugar seguro, donde sin duda no pensaron en buscarlo. Gabriel informó brevemente á Benito de lo ocurrido, y le preguntó si sabía que había sido de Don Ramón. Contestó el negro que su amo no estaba en la casa cuando fue ocupada por la policía y por la tropa, y que era muy probable que se hubiera puesto en salvo.

Gabriel quería saber algunos pormenores respecto á la señora encerrada en el patio interior de la casa, que debía ser la misma que se presentó al terminar el combate con los ladrones; y habiendo suplicado á Benito le refiriese cuanto supiera acerca de ella, el negro que no tenía ya por qué guardar reserva, refirió todo lo que sabía; esto es, lo que había ocurrido desde que Don Juan de Montejo llevó á Doña Catalina de Urdaneche á la casa del escribano.

Con el más vivo interés escuchó el joven la relación del esclavo, comprendiendo por ella que aquella infeliz señora, que debía efectivamente ser su madre, había sido víctima de las pasiones violentas de su padre. Oyó con profundo disgusto lo que añadió Benito acerca de la espantosa enfermedad que de cuatro años á la fecha había atacado á Doña Catalina é hizo el propósito desde aquel ins-

tante de consolarla y dulcificar en cuanto le fuese dable la amargura de su situación.

Después de aquella plática, en que el negro informó á Gabriel de cuanto sabía, tomó el joven el escrito que había extendido y en que solicitaba su licencia absoluta, y antes de que fuese más tarde y se publicaran en la ciudad los sucesos de la noche anterior, se dirigió á palacio y solicitó una audiencia del presidente. Recibido en el acto, Gabriel le refirió cuanto había ocurrido, sin omitir la revelación hecha por Pié-de-lana de ser su padre, lo que confirmó antes de espirar el alcalde Arochena. Añadió que tenía en su poder una declaración, escrita y firmada algunos años antes por Don Fernando Fernández de Córdoba, en la que constaba que él era un expósito, y concluyó diciendo tener la convicción de que el autor de sus días era el reo á quien había llevado á la cárcel la noche anterior.

El anciano presidente escuchó estupefacto la relación de Gabriel y recibió el memorial que este le presentó en seguida con el despacho de capitán. Después de reflexcionar un momento dijo:

—Ud. procede con cordura al dar este paso. Después de lo que ha sucedido y que no tardará dos horas en hacerse público, no sería posible que continuara Ud. vistiendo el uniforme militar un día más. Lo siento en el alma, joven. Ud. pudo haber hecho una carrera brillante; pero la suerte no lo ha querido. ¿Puedo servir á Ud. en algo?

—Si señor, contestó Gabriel; tengo que pedir á V. E. un favor.

—Diga Ud.

—Un permiso para poder ver á mi padre en la prisión.

Bustamante se dirigió á la mesa y extendió una orden para que se permitiese al portador la entrada á la cárcel á cualquier hora y la más franca comunicación con el reo......

—¿Bajo que nombre está inscrito en el registro? preguntó el presidente.

— Bajo el de Juan Bermúdez, contestó Gabriel.

El presidente escribió el nombre y apellido del reo, firmó la orden y al entregarla á Gabriel, le tomó la mano con efusión y le dijo:

— Vaya Ud. á cumplir su deber.

El joven saludó con respeto al presidente y se retiró.

Dos horas después recibía su licencia absoluta, extendida en términos muy honrosos á su persona. Profundamente conmovido, se desnudó aquel uniforme de que se sentía orgulloso y que había llevado seis años, y vestido de paisano, se dirigió á la cárcel.

Entre tanto corría en la ciudad la noticia de los extraños acontecimientos de la noche anterior. Todos contaban y comentaban los diversos lances ocurridos en casa del escribano Martínez de Pedrera; pero ni la muerte de Arochena, ni la captura misma de Pié-de-lana tenían en concepto del público la mitad de la importancia que el hecho de haberse descubierto que el cabecilla de los bandidos era el padre del capitán Gabriel Fernández. Multiplicábanse los comentarios, y las conjeturas. ¿Qué hará? ¿Pretenderá continuar en el servicio? ¡Imposible! exclamaban todos. ¿Y el casamiento? Menos.

— Bien pensé yo siempre, decía uno, que no podía el tal Gabriel ser hijo de Fernández.

Esta observación, que debía dar á su autor la reputación de observador sagacísimo, fue repetida en el acto por no sabemos cuantos millares de bocas. Lo cierto es que al caer la tarde, más de media ciudad había pensado siempre "que el tal Gabriel no podía ser hijo de Fernández."

Con la noticia de la captura de Pié-de-lana y del descubrimiento de que este era el padre de Gabriel, corría

otra de tan escasa importancia comparada con aquella, que apenas se fijaba en ella alguna atención. Tal era la de que Don Juan de Montejo había salido aquella misma mañana para Acajutla, donde debía embarcarse, pues se proponía hacer un viaje muy largo en la América del Sur. La gente estaba acostumbrada á las idas y venidas de Don Juan y un viaje más no era para causar sorpresa á nadie.

La verdad era que apenas uno ú otro de los que tomaron parte en el combate de la noche anterior conoció á Don Juan de Montejo, y estos recibieron orden superior de conservar secreta la identidad de aquel sujeto con el jefe de los bandidos. Así fue que el público no sospechó la verdad y creyó fácilmente que Don Juan había partido para hacer un largo viaje. El reo estaba incomunicado para todos, menos para Gabriel, y el oidor juez de provincia encargado de instruir la causa, tenía orden de tomarle las declaraciones en el calabozo.

Todo se hizo con reserva y prontitud, pues el presidente previno que cada veinticuatro horas se le diese cuenta del estado de la causa. Juan Bermúdez, ó sea Pié de-lana, no negó uno solo de los cargos que se le hicieron. Lo único que no hizo, por más que se le apremió, fue denunciar á sus cómplices. A los tres días el reo, convicto y confeso de varios asesinatos y robos, fue condenado á la pena del último suplicio, y dos días después el tribunal superior confirmaba el fallo. Se mandaba poner en libertad á Doña Catalina Robles y á Rosalía Matamoros, que se encontraban en la casa del escribano la noche de la captura de los bandidos; pero á quienes no resultaba complicidad alguna con estos, y se dictaban nuevas ordenes para la captura de Don Ramón Martínez de Pedrera.

Pié-de-lana entró en capilla. Esta noticia (triste es decirlo,) fue una buena nueva para la ciudad. No era un

sentimiento de amor á la justicia, no era la idea de que la sociedad iba á verse libre de un enemigo peligroso lo que hacía que el público acogiera la noticia con agrado. Era que anunciaba un acontecimiento que iba á romper la monotonía de la vida de una población para quien el día de hoy, enteramente igual al de ayer, había de ser idéntico al de mañana. Habían trascurrido algunos años desde la última ejecución de justicia; el espectáculo tendría, pues, para muchos de los que se proponían asistir á la fiesta, el atractivo de la novedad. Don Juan se preparó á morir con la entereza que debía esperarse de su carácter varonil. La víspera del día en que iba á ejecutarse la sentencia, después de haber cumplido sus deberes religiosos, el reo se quedó sólo con Gabriel, que no se separaba de él un solo instante. Don Juan procuraba consolar al desdichado joven, que abrumado de dolor é hincado de rodillas, bañaba con sus lágrimas la mano de su padre.

—Hijo mio, decía el llamado Pié-de-lana, es necesario que aceptes con valor esta prueba dolorosa y que el ejemplo terrible que se ofrece hoy á tus ojos te sirva en todo el curso de tu vida. No te desvíes jamás del sendero del deber. No busques la felicidad en los falsos bienes de este mundo y no olvides jamás que de nada sirven las riquezas, los honores, la consideración social, cuando falta la tranquilidad de la conciencia. Yo he consagrado mi vida á esos falsos ídolos, y no es ¡ay! sino hasta ahora, cuando me encuentro á las puertas de la eternidad, que comprendo toda la magnitud de mis faltas, y cuan erróneos han sido mis cálculos.

Hay, añadió con voz entrecortada por la emosión, hay una mujer con quien he sido injusto y cruel, después de haberla arrastrado al abismo de la perdición. Es tu madre, pídele que me perdone y olvide todo el mal que le

hice. Amala, procura aliviar sus sufrimientos; paga por mi esa deuda sagrada. He allí, hijo mío, el único y triste legado de tu pobre padre.

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos de Don Juan, las primeras que había derramado aquel hombre desde los días de su infancia. Gabriel le hizo la más solemne promesa de no abandonar jamás á su madre y de prodigarle toda la ternura de que era capaz su corazón.

Al siguiente día, á las once, se presentó en la capilla el ejecutor de la justicia é hizo que Don Juan vistiera una túnica negra, con una cruz roja, y que se cubriera la cabeza y la cara con un capirote donde se veían dos pequeños agujeros, para que pudiese el reo ver por ellos el crucifijo que le presentaba uno de los sacerdotes que lo acompañaban.

La fúnebre procesión se puso en marcha. Abríanla los agentes de policía; en medio iba el reo, sentado en un mulo y con pesados grillos en los piés; á la derecha los eclesiásticos y á la izquierda Gabriel, pálido, con la cabeza descubierta é inclinada sobre el pecho. Cerraba la comitiva una compañía del Fijo, al mando del capitán Hervias, tan conmovido como el hijo de aquel á quien iban á ajusticiar. Un gentío inmenso llenaba las calles. Los balcones y hasta los tejados estaban llenos de curiosos, que habían acudido con la esperanza de conocer á Pié-de-lana. No pudieron verle la cara y con esto el espectáculo perdió la mitad del interés para aquella buena gente.

Llegada la fúnebre comitiva al pié del cerro del Carmen, donde se había erigido el cadalso, quitaron los grillos al reo, que subió con paso firme. Gabriel lo siguió, sin que se lo impidieran, pues había orden para que pudiese hacerlo, y en el momento en que el verdugo ponía el dogal al cuello del reo, el joven se hincó de rodillas y le

besó las manos. La multitud presenció con recogimiento aquel espectáculo conmovedor. En el mismo instante partió un grito doloroso del grupo de gente que rodeaba el patíbulo. Una mujer que llevaba la cara cubierta con un velo, cayó sin sentido en brazos de una joven que la acompañaba. Don Juan se extremeció al oír aquel grito, que le hizo recorrer en un segundo la historia de una gran parte de su vida.

—¡Perdón, perdón! murmuró en voz baja, tan baja que solo Gabriel pudo escucharla. Un momento después todo había concluido. La justicia humana estaba satisfecha, y Pié-de-lana había dejado de existir.

CAPITULO XXX.

LA MADRE Y EL HIJO.—CAMBIO DE SITUACIÓN.

Después de haber estado expuesto en el patíbulo durante algunas horas, el cadáver de Pié-de-lana fue entregado á Gabriel, que cumplió el piadoso deber de darle sepultura. Volvió á su casa, y abrumado de dolor, se encerró en su cuarto, entregado á las más amargas reflexiones. Consideró cuan frágil cosa es eso que se llama felicidad humana, pues un día, unas pocas horas habían bastado para destruir la que disfrutaba y para precipitarlo en el abismo de la desdicha. Estaba condenado á llevar sin culpa suya, un nombre infame, y lo helaba de espanto la idea de verse señalado con el dedo y designado con la horrible denominación de "el hijo del bandido." Pensó un momento en huir, en abandonar el país y buscar el olvido y la paz en algún rincón del reino á donde no pudiese llegar la triste historia á que estaba unido su nombre; pero inmediatamente surgió en su espíritu agitado el recuerdo de su madre, sóla, abandonada, víctima de una enfermedad cruel, y recordó también la promesa que había hecho de velar por ella y de procurar hacerle más llevadera la existencia.

Consideró que lo primero que le correspondía hacer era buscarla y someterse á lo que ella dispusiera, como hijo sumiso y obediente.

Tomada esta resolución, brotó naturalmente en el espíritu de Gabriel otra consideración en que no se había fija-

do hasta entonces, dominado como había estado por un solo pensamiento desde el instante en que supo quien era su padre. Pensó en su compromiso con Matilde Espinosa de los Monteros, y comprendió que la fatalidad lo había roto para siempre. ¿Querría ella, acaso, consentiría su familia en que fuese la esposa del que acababa de subir á un patíbulo afrentoso, acompañando al que le había dado el ser; del que cambiaba un apellido ilustre y respetado por un nombre cubierto de ignominia?

Hecha esta reflección, Gabriel tomó una pluma y se disponía á dirigir una carta á Don Pedro Espinosa de los Monteros, cuando entró Benito, y sin decir palabra, le entregó una esquela cerrada y sellada con un escudo de armas. Era el mismo con que estaba sellada la invitación que recibió Gabriel dos años antes para que concurriera al sarao en casa del alférez real. Presintiendo lo que contendría la misiva que tenía en sus manos, no pudo menos que comparar aquella época en que se había presentado á la multitud con el aparato deslumbrador del lujo, acompañando al que portaba el pendón del soberano y la presente, en que acababa de darse también en espectáculo al pueblo sobre el estrado de un cadalso.

Abrió la esquela con mano trémula y leyó lo siguiente:

"*Al Señor Gabriel N.*

Muy Señor mío: Después de los extraños acontecimientos de estos días, suponemos debe ser desagradable para Ud. volver á ver á personas de nuestra condición. Mi esposa, mi hija y yo relevamos á Ud. de ese compromiso; y al párticiparselo, me escribo su atento servidor.

Pedro Espinosa de los Monteros."

Gabriel dobló y guardó aquella carta, en que el orgullo casi no se tomaba el trabajo de revestir las formas de la

cortesía, y dejando caer la cabeza sobre el pecho, dijo en voz imperceptible y con el acento de la más profunda conmoción.

—¡Oh Rosalía, oh Hervias! ¡Cuán cara he venido á pagar mi deslealtad y mi traición!

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando levantando la cabeza, se encontró delante de una mujer que llevaba la cara cubierta con un velo negro y á quien no había visto entrar, tan absorvido estaba en sus amargas reflexiones.

—Hijo mío, Gabriel, mi adorado Gabriel, exclamó la señora, estrechándolo entre sus brazos. ¿Por qué te afliges? Es verdad que mucho has perdido; pero hoy recobras á tu madre, ¿y sabes tú lo que es una madre?

Había en aquellas sencillas palabras tal expresión de sublime ternura y de amor infinito, que el joven olvidó por un momento su dolorosa situación y entregándose sin reserva á las caricias de la pobre señora, exclamó:

—¡Oh sí, dice Ud. bien! ¿Qué importa lo que pierdo? Ya tengo madre.

Doña Catalina de Urdaneche y Gabriel permanecieron algunos minutos estrechamente abrazados y sin que la emoción les permitiera pronunciar una palabra.

En seguida condujo el joven á su madre á un sofá y haciéndola sentarse, levantó el velo que le cubría el rostro. Aunque informado por la relación de Benito de la enfermedad que padecía Doña Catalina, Gabriel no pudo menos que experimentar la más penosa sensación al ver los espantosos síntomas del lazarino. La infeliz señora advirtió la impresión que causaba á su hijo y exclamó:

—¿No es verdad que soy muy desgraciada? Luego añadió sonriendo:

—¿Pero qué importa? He recobrado á mi hijo, al hijo de quien he estado separada durante veinte años; lo

he visto, he oído su voz, he gozado sus caricias. Ahora puedo morir.

Doña Catalina refirió á Gabriel su historia, diciéndole de quien era hija, y cómo seducida por Don Juan de Montejo, (á quién inculpó lo menos que le fue posible,) se decidió á exponer su hijo á las puertas de una casa desconocida, horrorizada al saber la clase de vida que llevaba Don Juan. Al llegar al terrible episodio de la muerte del joven Bustamante, que había tenido lugar en la habitación misma en que se hallaban, omitió lo del robo del dinero y dijo únicamente que Don Juan había sido arrastrado por unos celos infundados á cometer aquella grave falta. Dijo cual había sido su vida después de aquel incidente, por espacio de doce años; doce años de sufrimiento y de soledad, hasta hacía pocos días que la providencia le había deparado un ángel que la consolara en su aflicción.

—Una joven, dijo Doña Catalina, llamada Rosalía, que vive pared por medio con el patio interior de esta casa, donde yo he estado prisionera, vino á saber de mi por una casualidad, y como ha consagrado su vida á proporcionar algunos alivios á las víctimas del horrible mal que yo padezco, supo encontrar el modo de verme y hablarme y aun de penetrar en mi prisión y hacerme compañía durante algunos ratos. Esa amable y bondadosa criatura estaba conmigo la noche en que Don Juan y los suyos tuvieron que acojerse á la huerta, cuando esta casa había sido ocupada por la policía y por la tropa que tu mismo mandabas. Pudo haberse retirado cuando advertimos que ocurría algo de extraordinario, y aun la insté á que lo hiciera; pero no quiso dejarme sola, y, como sabes, fue conducida conmigo á la prisión. Puestas en libertad por no habersenos encontrado delito, Rosalía me ha llevado á su casa, no queriendo consentir en que vuelva yo á ésta, donde he sufrido tanto.

Gabriel escuchó con el mayor interés la relación que le hizo Doña Catalina, y cuando nombró á Rosalía y dijo lo que esta había hecho por ella, bajó los ojos avergonzado y confuso. Comprendió que la joven, al tomar la heroica resolución de consagrarse á la asistencia y servicio de los lazarinos, buscaba un lenitivo al dolor que debió despedazar su corazón al verse abandonada por él. La noche en que se verificó la terrible escena de la huerta, Gabriel vió que había allí otra mujer que acompañaba á la que dijo ser su madre; pero se cubrió cuidadosamente con un pañolón, y como la noche estaba muy obscura, no pudo conocerla. Preocupado con los graves incidentes que ocurrían, no dió importancia alguna á la presencia de aquella mujer y la hizo conducir á la casa de recogidas, sin averiguar quien fuese.

Rosalía, en sus conversaciones con Doña Catalina, le había hecho la confidencia de sus sufrimientos; pero callando, por un sentimiento de delicadeza, el nombre del que se había conducido con tanta deslealtad. Así que la señora ignoraba que era su propio hijo quien se condujera con tan indisculpable perfidia con aquella bondadosa joven.

Ignorando esta circunstancia, Doña Catalina dijo á Gabriel:

— Hijo mío, yo no deseo volver á esta odiosa casa, que me traería continuamente á la memoria tan ingratos recuerdos. No puedo tampoco pensar en que vivamos separados. No dudo que la amable joven que es tan buena conmigo, no tendrá inconveniente en recibirte en su casa como huésped. Su padre á quien probablemente conoces, un capitán retirado que se llama Don Feliciano de Matamoros, tiene, por desgracia según he podido advertirlo, algunos descuidos; pero en el fondo me parece un buen sujeto y es incapaz de molestar á nadie, aun cuando no está

en su entero juicio. Tu debes buscar una ocupación y yo misma haré lo que me sea posible para ayudarte. ¿ No te parece que proponga yo á Rosalía que te reciba en su casa, pagándole una moderada pensión ?

— Pienso, contestó Gabriel bastante turbado al oír aquella propuesta, que eso no sería posible ni conveniente. Reflexione Ud. que no estaría bien que fuese yo á vivir en casa de una mujer joven, con quien no tengo parentesco alguno. Ella misma no lo consentiría.

— Rosalía, dijo Doña Catalina, es joven, pero juiciosa. Por otra parte, la pobre ama cada día más al ingrato que la abandonó, y no habría lugar en su corazón para otro afecto. Y en cuanto á lo que podría decir el público, ¿ no estarías á mi lado ? ¿ Con quién ha de vivir un hijo sino con su madre ?

— Repito que lo que Ud. propone es imposible, replicó Gabriel. Tomaremos una casa pequeña y Ud. podrá ir á ver á Rosalía siempre que le parezca.

— Tu olvidas, dijo ella, que es mi consuelo, mi enfermera, y que yo no puedo atravesar las calles, sin que mi presencia llame la atención y sin exponerme talvez á demostraciones desagradables.

— Es imposible, madre mía, imposible, exclamó Gabriel. Mucho me duele tener que negarme á lo primero que Ud. me pide; privarla de la compañía de esa joven que le es de tanto consuelo; pero. . . . . lo repito, es imposible.

Doña Catalina no podía imaginar que la negativa de Gabriel encerraba un secreto, y se conformó, aunque con pena, con la voluntad de su hijo. Se resolvió, pues, que aquel mismo día se buscaría una casita, y que la señora se limitaría á visitar por las noches á su joven amiga.

Al caer la tarde, la casa estaba conseguida y la madre se instaló en ella con su hijo. Gabriel comenzó entonces

á pensar en una cuestión grave. ¿ En qué se ocuparía ? ¿ Cómo habría de ganar su vida y adquirir los recursos que necesitaba para mantener á su pobre madre ? No habiendo hecho hasta entonces otra cosa que desempeñar sus obligaciones como oficial de infantería, se consideraba de una incapacidad poco menos que absoluta para dedicarse á cualquiera otra profesión; y aunque no contaba más que veinte años, imaginaba ser ya demasiado viejo para emprender un nuevo aprendizage. Sin embargo, como ha podido advertirse por su conducta en los últimos días, había mucho de enérgico y de varonil en el carácter del pepe; algo que había impreso hondamente en su alma el contacto íntimo, durante sus tiernos años, con el honrado y positivista vizcaino que fue su primer maestro y director en casa de Fernández. Arrojó, pues, de su espíritu aquellas malas inspiraciones del desaliento y pronto se sintió con fuerzas para dedicarse á cualquiera ocupación honrosa.

Apenas había tomado esta resolución, oyó que llamaban á la puerta, y como no tenían sirviente alguno, fue él mismo á ver quien llamaba. Era un criado, vestido de luto riguroso, que le entregó una esquela sellada con lacre negro. Abriola y leyó lo siguiente:

" *A Don Gabriel Bermúdez.*

Muy Señor mío :

Aunque sin tener el honor de ser conocido por Ud., interesándome su situación, me tomo la libertad de proponerle un empleo en mi escritorio. Si está en disposición de ocuparse, sírvase venir á esta su casa, donde dará más amplios informes su atento servidor Q. B. S. M.

Licenciado Gerónimo Rosales."

No era enteramente desconocido á Gabriel el nombre del que le dirigía aquella carta. Puso en tortura su memoria, y después de meditar un rato, exclamó:

—Sin duda; es el pasante de Don Diego de Arochena. Seguramente ha recibido ya el título de licenciado. S no estoy en un error, añadió Gabriel, ese hombre es sobrino nieto de Don Andrés de Urdaneche. Creo haber oído hablar de ese parentezco; y siendo así, es también pariente mío, aunque él seguramente ignora esta circunstancia. Como todos debe suponer á la hija de Don Andrés, mi madre y tía suya, muerta hace mucho tiempo. Aunque sabrá quien era mi padre, y quizá también que mi madre apareció un momento después de haberse descubierto aquel, no puede saber más. ¿Qué será lo que ha movido á Don Gerónimo á proponerme una colocación en su escritorio? ¿De qué puedo yo servirle? Jamás he hecho estudio alguno que me ponga en aptitud de poder ser útil en el bufete de un abogado; y esto no lo ignora seguramente Don Gerónimo. Sea de esto lo que fuere, concluyó Gabriel, debo ir á verlo, para que me diga el género de ocupación á que se propone dedicarme; y si me conviene, la aceptaré. No hay trabajo honroso que me parezca inadmisible, si es que puedo desempeñarlo.

Al siguiente día muy temprano pasó Gabriel á casa de Rosales, á quien encontró en su gabinete de trabajo, que ya conocemos, vestido completamente de luto, por la muerte de Arochena, de quien había heredado el estudio, los clientes y el espíritu intrigante y audaz que había llevado á éste á encontrar un fin desastrado y prematuro.

Don Gerónimo representaba unos veintiseis años; era enjuto de carnes, de temperamento bilioso; su fisonomía, regularmente sin expresión, parecía animarse de vez en cuando y momentáneamente, reflejando algún pensamiento que cruzaba por su espíritu, como cruzan los relámpagos la enlutada atmósfera, para que parezcan después más densas las tinieblas.

—Me he tomado la libertad, dijo Rosales, después de un frío saludo por una y otra parte, de llamar á Ud., porque necesitando un joven honrado y de aptitud que me ayude como amanuense, he creído que pudiera talvez convenir á Ud. esta colocación. Tendrá Ud. que asistir al escritorio desde las ocho hasta las doce de la mañana, y de las tres á las cinco de la tarde. Su ocupación será poner en limpio los escritos y algunos documentos, y si va tomando afición á la carrera y aprendiendo algo, podrá también ayudarme en los trabajos del bufete. El sueldo que puedo asignarle por ahora es de cuarenta pesos mensuales.

Un escribiente con sueldo de cuarenta pesos, era en aquel tiempo una cosa tan extraordinaria, que Gabriel creyó no haber oído bien la propuesta de Rosales.

—¿ Cuarenta pesos al mes ? le dijo; ¿ es esto lo que Ud. me ofrece ?

— Eso, por ahora, replicó Don Gerónimo, sin perjuicio de aumentar el sueldo, sí, como digo, Ud. se aficiona al bufete y puede ayudarme en algo.

— Acepto con gratitud la propuesta, Sr. Don Gerónimo, dijo Gabriel, y procuraré desempeñar mis obligaciones con exactitud.

— Yo sé, contestó Rosales, que Ud. ha sido un oficial muy cumplido, y el que lo es en una posición, debe esperarse que lo sea en otra. Queda Ud. colocado desde hoy mismo.

— Pero Ud. no conoce siquiera mi forma de letra, dijo Gabriel.

— Debe ser muy semejante á la mía; observó Rosales, pues estuvimos en la misma escuela. Ud. ha olvidado esta circunstancia. ¿ No recuerda Ud., añadió riéndose con una risa que tenía algo de extraño, de un muchacho cinco ó seis años mayor que Ud., á quien echó al suelo y golpeó porque lo llamó *pepe* ?

—¿Fue Ud. acaso? dijo Gabriel, á quien subieron los colores á la cara, al recuerdo de aquella insultante calificación, cuya justicia había venido por desgracia á descubrir el tiempo.

—Yo mismo, dijo Don Gerónimo y si se lo recuerdo á Ud., no es porque conserve el más pequeño rencor por lo que no fue sino una riña de muchachos. Es para que vea Ud. que lo conozco desde pequeñito y que debo interesarme por su suerte.

—Mil gracias, señor Don Gerónimo, dijo Gabriel. La prueba que Ud. me da hoy, llamándome á desempeñar en su escritorio un empleo generosamente retribuido, es para mí, además de sus palabras, positiva garantía del bondadoso interés que sin duda le ha inspirado mi desgracia. Sírvase Ud. decirme en que debo ocuparme.

Don Gerónimo se puso en pié y sacando de una alacena un enorme legajo, dijo á Gabriel:

—Aquí tiene Ud. el expediente del concurso de la casa de Aguero y Urdaneche, del cual he sido nombrado síndico. Sírvase Ud. copiar los documentos que encontrará marcados con los números 10, 11, 12, 22, 23, 25 y 37. Después diré á Ud. en que otra cosa debe ocuparse.

Asombrado Gabriel de que el expediente del concurso hubiese adquirido tales proporciones en tan poco tiempo, tomó recado de escribir y colocándose en una mesa que le indicó Don Gerónimo habría de ser en la que trabajara todos los días, comenzó á copiar los documentos que éste le había señalado. Rosales ocupó su puesto en otra mesa y se puso á escribir, como si no hubiese otra persona en el gabinete.

CAPITULO XXXI.

NUEVAS COMPLICACIONES.—LA FIEBRE.

Gabriel volvió por la tarde al escritorio de Rosales y continuó el trabajo comenzado. Las piezas que copiaba eran casi todas relativas á las cuentas de la casa de Aguero y Urdaneche con Don Juan de Montejo, y de ellas resultaba un saldo de trescientos veinticinco mil doscientos quince pesos, dos y medio reales, á favor de éste.

No dejó de llamar la atención á Gabriel que Don Gerónimo hubiese elegido precisamente aquellas cuentas para que él las copiara; pero no pudo alcanzar la mira que el sucesor de Arochena hubiese podido tener en esto.

Al concluir el trabajo y cuando Gabriel iba á retirarse, le dijo Don Gerónimo con aparente naturalidad:

—¿Qué le han parecido á Ud. las piezas del expediente del concurso que ha copiado?

—No encuentro en ellas, contestó Gabriel, cosa particular. Son cuentas corrientes muy claras y llevadas en toda regla.

—¿Y no le parece á Ud. que es considerable la suma que debe el concurso á Don Juan de Montejo?

—Ciertamente, dijo Gabriel, sin comprender á donde podía dirigirse la observación. Por lo demás, añadió, creo que considerable ó no, esa deuda se ha convertido en humo, como para los demás acreedores las que les corresponden.

—En eso, replicó Don Gerónimo, puede Ud. estar equivocado. La casa tiene créditos activos de gran cuantía y

de no difícil cobro en las provincias del reino, en Lima y en Cádiz. Con alguna habilidad y tal cual empeño, podrían realizarse, y liquidado el concurso, alcanzar los acreedores un cincuenta ó un setenta por ciento de sus créditos.

Al decir esto, Rosales fijó sus ojos penetrantes en la cara de Gabriel, como si quisiera leer en ella la impresión que pudieran hacerle aquellas palabras. Pero sea que Gabriel no alcanzara el sentido oculto de la indicación, ó ya que no le conviniera darse por entendido de ella, se limitó á contestar con mucha sencillez:

—Me alegro por los acreedores; pues, según he oído decir, hay entre ellos personas á quienes la bancarrota de la casa ha reducido casi á la miseria.

—Así es, replicó Rosales. Conozco acreedor que está hoy en la más completa pobreza y á quien la liquidación del concurso haría rico de la noche á la mañana.

Gabriel no contestó, ni pareció dar mucha importancia á la observación; y siendo hora de retirarse, se despidió de Don Gerónimo y se marchó.

—Este mi primo, dijo el abogado, arreglando maquinalmente algunos de los papeles que estaban en la mesa, ó es un zorro muy astuto, ó es un animal. En el primer caso, es necesario que se quite la máscara y que nos entendamos francamente; en el segundo, es preciso ayudarlo y hacerle el bien, quiera ó nó quiera. Siempre deberá pagarme mi trabajo como corresponde. Por hoy basta la insinuación hecha. Le daré tiempo para que reflexione, y dentro de dos ó tres días le plantearé la cuestión claramente y sin ambages. Es seguro que nos entenderemos.

Tales eran los propósitos del abogado, que, como se ve, no sin motivo había llamado á Gabriel y proporcionádole una colocación en su escritorio. Pero un suceso inespe-

rado, de esos que son comunes en la vida, fue á interrumpir el desarrollo de los planes de Don Gerónimo.

Violentamente agitado por los acontecimientos de aquellos días, Gabriel comenzó á sentir aquella misma noche los síntomas de una aguda fiebre cerebral, y cuando amaneció el siguiente día la calentura era fuerte, el enfermo estaba privado de conocimiento y deliraba. Doña Catalina se encontraba sola con él, pues, como hemos dicho, no tenían aun un solo sirviente. Afligida al ver el estado de su hijo, lo primero que le ocurrió, naturalmente, fue ir á casa de la hija del maestro de armas, á quien suplicó, deshecha en lágrimas fuese á auxiliarla en el apuro en que se hallaba. Rosalía se encontró en el mayor conflicto. No podía pensar en presentarse á Gabriel, ni sabía como excusarse con Doña Catalina. Tuvo impulsos de revelarle lo que había pasado entre ellos; pero reflexionó en que la ocasión no era oportuna y desistió de la idea. La señora instaba. No acertaba á comprender como era que aquella joven, llena de caridad y de abnegación para las personas que padecían una enfermedad horrible y que se reputaba como contagiosa, vacilaba en prestar su asistencia á su hijo, atacado de fiebre. Tantas fueron sus instancias, que al fin dijo Rosalía á Doña Catalina:

—¿Decía Ud. que su señor hijo ha perdido enteramente el conocimiento?

—Por completo, contestó Doña Catalina. A mí misma no me ha conocido durante toda la noche. Por Dios, no perdamos tiempo; venga Ud.; está solo, y esta es la hora en que no lo ha visto un médico, pues no he tenido quien lo llame.

—Antonio, dijo en voz alta Rosalía; llamando á su hermano. Corre á casa del Dr. Esparragosa y dile que se le necesita con urgencia donde Doña Catalina Robles. Dale

las señas y vete á la casa, para que vayas á la botica y hagas lo que se ofrezca. Hoy tienes feriado y no irás á la escuela.

El muchacho corrió á la casa del Doctor, y mientras tanto Rosalía dijo á Doña Catalina:

— Vamos, señora, estoy á la disposición de Ud.; pero permítame le ponga una sola condición.

— La que Ud. guste, amiga mía, contestó la pobre madre. Acepto de antemano cuanto Ud. quiera exigir de mí.

— Es, dijo Rosalía, que me retiraré en el instante en que Don Gabriel comience á recobrar el conocimiento, y que después no le dirá Ud. jamás que yo estuve asistiéndolo. ¿ Me lo promete Ud. formalmente ?

Lo prometo, y si es necesario, lo juro, contestó Doña Catalina, á quien no dejaron de llamar la atención aquellas condiciones; pero estaba demasiado afligida para detenerse á pedir explicaciones.

— Vamos pronto, exclamó, cada minuto que se pierde, puede comprometer gravemente la vida de mi pobre hijo.

Un momento después Doña Catalina y Rosalía estaban colocadas á la cabecera de la cama de Gabriel, que pálido, desencajado y moribundo, moviendo violentamente los brazos, paseó una mirada extraviada de la una á la otra, sin reconocerlas.

— Mucho ha tardado Ud. en venir, Matilde, exclamó, dirijiéndose á Rosalía. ¿ Tenía Ud. repugnancia de acercarse al hijo del ahorcado ?

Una risa convulsiva siguió aquellas palabras, que hicieron subir los colores á la cara de la pobre hija del maestro de armas.

— ¡ Siempre pensando en ella ! dijo en voz imperceptible, y volvió la cara, para que Doña Catalina no viese una lágrima que se desprendió de su párpado, sin que pudiera evitarlo.

—Y Ud. Doña Engracia, dijo Gabriel, hablando á Doña Catalina. Ud. no me ha despedido de su casa, ¿no es verdad? Don Pedro es quien me ha hecho ese agravio; pero tiene razón. ¡El hijo de Pié-de-lana! ¡Qué marido para Matilde de los Monteros!

En aquel momento entró el Doctor, que hizo abrir las ventanas y se acercó á la cama de Gabriel.

—Buenos días señor licenciado Rosales, exclamó el enfermo. ¿Cómo está el alcalde? ¿Sabe Ud. que la estocada fue terrible? ¡Ah! Era mucho hombre aquel. Se habría batido contra un ejército. ¡Lástima que!.... ¡pero silencio, era mi padre; sí, mi padre, dijo bajando la voz y abriendo desmesuradamente los ojos, mientras que el Doctor le tomaba el pulso. Esparragosa movió la cabeza de una manera casi imperceptible. Su diagnóstico era fatal, y la situación le pareció gravísima.

Prescribió una sangría, y llamado un barbero, pues los más hábiles cirujanos no practicaban en aquel tiempo esas operaciones, dijo Gabriel al ver la sangre:

—Es la misma que corrió después del combate con Pié-de-lana en el encuentro del Molino. ¡Cuidado bella Matilde, no vaya Ud. á mancharse con la sangre del hijo del bandido!

El Doctor prescribió sinapismos en diferentes partes del cuerpo, una pócima que debía administrarse cada hora, mucho reposo, aire libre, dieta absoluta, y se despidió ofreciendo volver por la tarde.

A pesar de la sangría y de los revulsivos, la inteligencia del enfermo no se despejaba. Continuaba el delirio; pronunciando unas veces palabras incoherentes y diciendo algunas otras frases alusivas á los acontecimientos de aquellos días. Doña Catalina y Rosalía no se separaban de la cabecera de Gabriel, que no llegaba á conocerlas, tomándolas casi siempre por Doña Engracia y su hija.

Hubo un momento en que pasó el brazo al derredor del cuello de Rosalía, sin que esta pudiera impedirlo, y acercando á sus labios al oido de la joven, le dijo en voz muy baja:

—Es castigo del cielo, por mi traición á Rosalía y á Hervias. No lo diga Ud. á nadie.

Por la tarde volvió el Doctor y encontró axacervados los síntomas de la fiebre. Cambió la medicina y recomendó que en el momento en que se despejara un poco la inteligencia del enfermo, se le administrasen los sacramentos.

—Doña Catalina estaba á punto de perder el juicio de aflicción, y Rosalía pálida, temblorosa, dejaba correr sus lágrimas, siendo ya impotente para ocultar su dolor.

Siete días se prolongó esa penosa situación. El Doctor les había anunciado la probabilidad de que aquella noche ó terminara de una manera funesta, ó se advirtiera una mejoría. Las dos pobres mujeres, que no habían tomado un momento de reposo desde el principio de la enfermedad, esperaban con la más viva inquietud el resultado de la crísis anunciada. Doña Catalina, de rodillas á la derecha de la cabecera de su hijo, rezaba con fervor. Rosalía en la misma actitud, y al lado izquierdo, estrechaba la mano abrasadora de Gabriel, como preparándose á darle el último adios y despedirse de él hasta la eternidad.

Era el 28 de Diciembre, aniversario de aquella noche en que la pobre hija de Urdaneche, arrojada del hogar paterno, fue á depositar á su hijo, ese hijo que estaba ahora próximo á espirar, á las puertas de una casa desconocida. El viento silbaba como entonces, formando ruidos lúgubres, como si fuesen los acentos de seres de otro mundo que se preparaban á recojer aquella alma, próxima á desprenderse de las terrenas ligaduras. Ardía

en un rincón de la alcoba una lámpara delante de una Dolorosa, como en la esquina del cementerio del Sagrario, en la noche en que Gabriel había venido al mundo.

El enfermo, que había permanecido dos días con los ojos cerrados y sin pronunciar ya una palabra, los abrió repentinamente y los fijó en Doña Catalina, como si se esforzara en reconocerla. Rosalía dejó la mano que tenía asida y se retiró, ocultándose tras el pabellón de la cama.

—Madre, dijo Gabriel, ¿es Ud.?

—Si, hijo mío, yo soy, exclamó la pobre señora, loca de júbilo, al ver que el enfermo recobraba el conocimiento.

—¿No había aquí otra persona ? dijo Gabriel. Me ha parecido ver una joven, un ángel de Dios que velaba por mí y me asistía en mi enfermedad.

—No hay nadie, contestó Doña Catalina; tranquilízate hijo de mi alma, y no hables más.

Gabriel dirigió en derredor una mirada vaga, como buscando alguna persona y volvíó á cerrar los ojos. En el acto comenzó á declararse un sudor copioso y el enfermo durmió con alguna tranquilidad. A la madrugada llegó el Doctor, y habiéndolo pulsado, pudo advertirse un movimiento de satisfacción en la fisonomía de aquel sabio médico y hombre de bondadoso corazón.

—Se ha salvado, exclamó. La crísis se ha resuelto favorablemente. Que continúe el régimen prescrito. Volveré al medio día. Mucho silencio, aire, alimento y procurar evitarle emociones. .

Al decir esto, Esparragosa, que era también un hombre de mundo y conocía las pasiones humanas, echó una mirada al soslayo á la hermosa doncella que estaba sentada en el suelo, detrás de la cama del enfermo.

Cuando éste despertó, Rosalía se retiró á la pieza inmediata y no volvió á entrar á la alcoba, á pesar de las instancias de Doña Catalina; y al siguiente día, declarada

la convalescencia, se despidió, sin que alcanzaran las instancias de la señora á detenerla.

Luego que Gabriel estuvo en aptitud de combinar sus recuerdos, dijo á su madre:

—Yo he estado muy grave, ¿no es verdad?

—Si, hijo mío, contestó la señora; pero ya, gracias á Dios, ha pasado enteramente el peligro.

—Ud. me ha salvado, exclamó Gabriel; á sus cuidados debo la vida, y si me alegro de conservarla, es por Ud. Pero, dígame Ud., madre, añadió, ¿no había aquí otra persona durante mi enfermedad? ¿Habrá sido únicamente una fantasma que forjó mi imaginación agitada por la fiebre?

—Así debe ser, hijo, por que no había nadie, contestó ella, cumpliendo con la promesa hecha á Rosalía.

Gabriel permaneció pensativo durante un momento y luego dijo:

—¡Cosa extraña! Juraría yo haber visto aquí una noche á esa joven de quien Ud. me ha hablado y que conozco un poco....la hija de....el capitán Matamoros.

—También has creído ver otra, dijo Doña Catalina, á quien llamabas Matilde, y á una señora á quien designabas con el nombre de Doña Engracia. Decías que una de esas damas no te quería por marido y otras cosas incoherentes.

—¿Todo eso he dicho? ¿Y ella lo ha oído? exclamó Gabriel, visiblemente disgustado.

—¿Quién? preguntó Doña Catalina.

—Ella, la joven que estaba aquí. Y dígame Ud., madre, ¿no ha venido alguna persona á saber de mí durante mi gravedad?

—Sí, una muchacha á quien acomodé al día siguiente de haber caído tu enfermo, me dijo que había estado dos veces Gerónimo Rosales, mi sobrino, preguntando por tí

con bastante interés. También un joven oficial del Fijo, que no quiso decir su nombre, ha venido dos veces al día. Dice la criada que pareció muy afligido al saber el peligro en que estabas.

—¡Oficial del Fijo! exclamó Gabriel; ¿quién puede ser? ¿Si será Hervias? añadió, y un ligero rubor coloreó su frente pálida con la enfermedad.

Luego que Gabriel se vistió y que Doña Catalina pudo dejarlo solo sin peligro, corrió á casa de Rosalía. La conducta que ésta había observado le pareció tan extraña, que á pesar de estar muy lejos de ser maliciosa, no pudo menos que pensar que había en todo aquello algún misterio, y se propuso aclararlo.

Encontró á la pobre joven bastante abatida y desmejorada. La fatiga física y moral de los siete días de gravedad de Gabriel, había dejado hondas huellas en la delicada organización de la hija del maestro de armas. Doña Catalina se alarmó al ver á su amiga tan pálida y desencajada, y le dijo:

—¿Qué tiene Ud. Rosalía? Ud. sufre y me oculta alguna cosa. ¿No he sido yo completamente franca con Ud.? ¿No tengo algún derecho á su confianza? ¿Por qué no ha querido Ud. que Gabriel la viera en mi casa? Ud. ha sido un ángel para él, como para mí, y se oculta de él, como si le hubiera hecho un agravio. Aquí hay algún misterio que no alcanzo y que es necesario aclarar. No prolongue Ud. más mis dudas.

—Señora, dijo Rosalía, con voz balbuciente; ya que Ud. me lo exige, le diré lo que me había propuesto no revelarle jamás. Conozco tiempo hace, á Don Gabriel, y fue él quien....

—Concluya Ud., por Dios, ¿quien qué?

—Quien me hizo perder mi tranquilidad y emponzoñó para siempre mi existencia.

—¡ Gabriel! exclamó Doña Catalina fuera de sí; ¡Gabriel un pérfido, un desleal, un ingrato al amor que Ud. le profesaba ! ¡ Esto es imposible !

—No lo culpe Ud., señora, dijo Rosalía. Yo no era la mujer que convenía á su clase y posición y debí haberlo visto á tiempo. Yo sola soy culpable.

Doña Catalina se puso en pié y se preparó á retirarse.

—Permítame Ud., amiga mía, dijo, que vuelva ahora mismo á mi casa. Necesito tener una explicación con mi hijo.

—Suplico á Ud., por cuanto hay más sagrado, exclamó Rosalía, que no le diga una palabra. Es tarde. Todo sería inútil.

—Deje Ud. que haga mi deber, dijo Doña Catalina, rechazando suavemente á la hija del maestro de armas, que se oponía á que saliera, y partió.

CAPITULO XXXII.

UNA APARICIÓN.—LA DIPLOMACIA DE DOÑA CATALINA.

¿Cómo sabía el licenciado Gerónimo Rosales que Gabriel era primo suyo? He aquí un punto que necesita explicación.

Dos días después de la muerte de Arochena, se presentó en casa de Don Gerónimo una señora como de sesenta años, mas bien más que menos, de apariencia modesta y vestida con un traje tan modesto como su apariencia. Llebava una saya y un mantón de alepín negro, unas tocas blancas en derredor de la cara y un enorme rosario de cuentas gordas pendiente de un cinturón de cordobán que le ceñía el talle.

Rosales examinó detenidamente á aquella mujer. En su larga práctica en el bufete de Arochena había tenido que tratar con muchas bribonas; pero cuando hubo estudiado un poco la fisonomía de la de las tocas, formó el concepto de que aquella honrada dueña podría dar lecciones de bellaquería á la más redomada en el oficio.

—¿Es el señor licenciado Don Gerónimo Rosales, dijo levantando apenas los ojos del suelo, la persona con quien tengo el honor de hablar?

—Para servir á Dios y á Ud., señora, contestó el abogado, señalando una silla á la del rosario y ocupando él su puesto acostumbrado, delante de la mesa. ¿Quiere Ud. decirme cual es su gracia y en qué puedo servirla?

—Mi nombre, replicó la señora, es Doña Dorotea Bardales, ó de Bardales, pues soy hija de un hidalgo espa-

ñol, que sirvió á Su Majestad por mar y por tierra, aunque con más honra que provecho. En una de las muchas campañas que hizo mi padre, mi madre, que era toda una mujer, quiso acompañarlo, aunque estaba entonces de meses mayores. Yo nací entre el estruendo de la artillería y si me es permitido decirlo, me cortaron el ombligo con bayoneta.

Andando el tiempo, y habiendo quedado huérfana, tuve que acomodarme á servir, y de España vine á estos reinos, como dama de compañía de la esposa de su señor tío de Ud. Don Andrés de Urdaneche. Muerta esta señora cuando su hija tenía apenas unos doce años, me quedé en la casa, sirviendo de aya á la niña. Algunas veces aunque pocas, pues yo vivía muy retirada, ví á Ud. de visita en casa de Don Andrés.

Creció Catalina en años no menos que en belleza y en virtud, en la que yo, aunque mala, procuraba afirmarla, inculcándole sanas doctrinas y citándole buenos ejemplos. Don Andrés estaba satisfecho de la educación que recibía su hija, y yo por mi parte veía con gusto que mis esfuerzos para hacer de mi pupila una santita, no eran perdidos.

Pero ¡ ah señor Don Gerónimo de mi alma! el enemigo maligno, que nos asecha á toda hora y no deja escapar ocasión de dar al traste con la virtud más acrisolada, tomó la forma de un cierto Don Juan, el cual vió á Catalina en la iglesia, y verla y quedar locamente enamorado de ella, fue todo uno. Aquel Satanás disfrazado dió traza y modo de hablarme, sin que pudiera yo evitarlo. Me rogó, me pintó su pasión en los términos más expresivos, como que el demonio hablaba por su boca; me juró que su intención era casarse con Catalina, y que si no se declaraba de luego á luego con su padre, era por ciertas razones graves que no podía revelarme.

Era rico, buen mozo y cumplido caballero. Confieso que me interesé por él y creí que procedía de buena fe. ¡ Oh mil veces pérfido y artificioso Don Juan y cuan pronto se descubrió que todo aquello no era más que una red que tendía á la cándida paloma, y á mí, no menos simple que ella !

A los pocos meses de intimidad entre Montejo y mi pupila, aparecieron pruebas evidentes de que el infame había abusado de mi credulidad y del afecto que supo inspirar á la pobre niña que......

— ¿ Montejo ha dicho Ud.? interrumpió Don Gerónimo. ¿ Será, pues, Gabriel hijo de mi tía, Doña Catalina de Urdaneche ?

— Yo no supe más, continuó Doña Dorotea. Temiendo la cólera de Don Andrés y que quizá quisiera culparme por lo sucedido, aunque sin razón, preferí marcharme y sin decir nada á nadie, me fuí á San Salvador, sin más que lo encapillado. Allá me casé; pero ¡ ah ! los hombres, señor Don Gerónimo, siempre han de ser hombres ! No lo digo por Ud., que creo será una excepción de la regla. Mi marido, cuando me vió un poco entrada en años y que había desaparecido un corto haber que con mi trabajo pude adquirir allá, desapareció de la noche á la mañana, dejándome abandonada y sin recursos. En el conflicto en que me hallaba, dispuse venir á esta ciudad, y vendiendo unas pocas prendas que conservé, he podido hacer el viaje y vengo á ver á Ud., que me dicen es el síndico del concurso de la casa de Aguero y Urdaneche. Habiendo salido con tanta precipitación, como dejo dicho, no pude cobrar algunas mesadas que se me debían; y hoy, destituida de todo recurso, me veo en el caso de reclamarlas. Crea Ud. señor Don Gerónimo, que nunca hubiera yo dado este paso, pues no desempeñaba el cargo por interés, sino por amor á la familia; pero Ud. sabe que la necesidad tiene cara de erege y......

—Luego lo que se dijo de la muerte de la hija de Don Andrés no era cierto; exclamó Rosales, que prestaba ya poca atención á las palabras de Doña Dorotea. Gabriel es hijo suyo, añadió, y de consiguiente, primo mío. Esto es curioso. Si lo hubiéramos sabido tres días antes, ¡ qué diferente giro habrían tomado las cosas ! En fin, lo sucedido no tiene ya remedio.

—Señor, dijo la de las tocas, ¿ podré esperar que se haga justicia á mi reclamo, que se me pague lo que alcanzo ?

—Es necesario, contestó Rosales, que vea yo los libros de Don Andrés. Mi tío era hombre muy exacto y cumplido, y es extraño que Ud. tubiese mensualidades rezagadas.

—Como no las necesitaba, replicó Doña Dorotea, y estaban en manos muy seguras, las iba dejando en la casa.

—Si Ud. se sirve volver dentro de dos días, dijo Don Gerónimo, podré darle una contestación.

Doña Dorotea se despidió ofreciendo volver, y Rosales se quedó entregado á sus cavilaciones. Todo el misterio del origen de Gabriel estaba explicado. Recordando el carácter de su tío, comprendió que al saber la falta de Doña Catalina, la había lanzado de su casa y esparcido la falsa noticia de su muerte.

—De todos modos, dijo, me conviene tener á la vista á mi pariente. Montejo lo ha reconocido públicamente como hijo suyo, y lo es también de mi tía, la hija de Urdaneche. ¿ Quién sabe lo que estas circunstancias pueden dar de sí ?

Desde aquel momento Don Gerónimo formó la resolución de ofrecer á Gabriel un empleo en su escritorio, considerando que destituido enteramente de recursos, como quedaba, no dejaría de aceptarlo. Hemos visto que el licenciado no se equivocó en sus cálculos, y que Gabriel

recibió como un favor lo que no era sino efecto de una mira interesada.

Rosales registró los libros de Urdaneche y encontró que no se debía á la que fue aya de Doña Catalina más que el mes corriente cuando se marchó de la casa. Pudo haber rechazado de un modo terminante la injusta reclamación de la vieja; pero le pareció que quizá podría servirle alguna vez y se propuso entretenerla con promesas. El sucesor de Arochena era hombre que veía muy lejos y no descuidaba nada de lo que pudiera serle de alguna utilidad, aunque fuese después de cincuenta años.

Por eso fue que cuando volvió á verlo la de la camándula, le contestó que no había tenido tiempo de ver los libros, y le suministró una suma insignificante. Con este sistema de dilatorias y pequeñas dádivas la fue entreteniendo; y conversando con ella, tuvo ocasión de saber algunos pormenores acerca de la vida interior de su difunto tío.

Debemos decir ahora lo que pasó entre Doña Catalina y Gabriel luego que la señora supo, de boca de Rosalía, que era éste el novio que la había dejado, faltando á un solemne compromiso. Apenada y confusa, llegó á su casa la hija de Urdaneche y encontró á Gabriel paseándose en la salita, entregado á sus cavilaciones. No quiso la señora abordar, francamente la cuestión, y prefirió llegar por un rodeo al objeto que se proponía. Las mujeres menos avisadas tienen con frecuencia rasgos de habilidad diplómatica que no son comunes aún en los hombres de talento.

—Dime Gabriel, dijo Doña Catalina, poniendo mano á un trabajo de costura en que estaba ocupada; ¿quiénes son esas señoras Doña Engracia y Matilde á quienes

nombrabas con tanta frecuencia durante el delirio de la fiebre?

Un poco se turbó Gabriel con aquella pregunta inesperada; poro recobrando luego su serenidad, contestó:

—Doña Engracia es la esposa de Don Pedro Espinosa de los Monteros, regidor perpetuo del ayuntamiento y uno de los sujetos más ricos y considerados de la ciudad; y Matilde es una joven hija de ambos.

—Y realmente, dijo Doña Catalina, ¿pensaste tu en casarte con esa señorita, ó fue lo que dijiste sobre esto efecto de la fiebre?

A Gabriel se le hizo duro engañar á su madre; así fue que contestó, aunque con cierto rubor:

—Sí, madre; pensé seriamente en casarme con Matilde, y lo habría hecho, sin los acontecimientos que han venido á producir un cambio tan completo en mi situación.

—¿Y qué? exclamó la señora, ¿crees tu que esa joven pueda tenerte en menos por una circunstancia de la cual no tienes la menor culpa? ¿Lo que ella quería, acaso, era el apellido que llevabas y la posición que ocupabas y no tu persona?

—¿Qué quiere Ud., madre? contestó Gabriel. Matilde tiene las ideas de su familia y de su círculo. Con ellas ha nacido, puede decirse, en ellas se ha criado y con ellas morirá.

—¡Extraño modo de amar! dijo Doña Catalina, y guardó silencio durante un momento.

—Es decir, continuó diciendo luego, que si la que estaba destinada á ser tu esposa hubiera sido una joven menos encumbrada, probablemente no te habría desdeñado porque cambiabas el apellido de Fernández por el de Bermúdez?

—Así lo creo, contestó Gabriel, exhalando un suspiro.

—Si en vez de apasionarte, continuó Doña Catalina, de una mujer llena de cualidades, si quieres, pero altiva y desdeñosa, hubieses entregado tu corazón á otra modesta, sencilla, buena, que no buscara en tí el brillo de un apellido ilustre, sino tus prendas personales, hoy que has perdido todo aquello que era en tí ageno y prestado, te querría lo mismo que antes, ó más que antes talvez; porque las almas generosas aquilatan su amor en el crisol del infortunio.

—¡Oh sí! exclamó Gabriel, dejando caer tristemente la cabeza sobre el pecho. Una mujer como....la que Ud. pinta, no me habría despreciado, y al descender los escalones del patíbulo á donde acompañé á mi padre, me habría elevado aún más en su concepto. Pero mi desgracia no lo ha querido así.

—Talvez no es la desgracia, hijo mío. Quizá si examinaras desapasionadamente tu corazón, encontrarías que dejaste escapar la felicidad, una felicidad sólida y real, por correr en pos de la fingida y aparente. Como cuentan que hacían nuestros antiguos indios, cambiaste un verdadero tesoro por un juguete insignificante.

—¿Lo sabe Ud.? ¿lo sabe Ud.? exclamó Gabriel, poniéndose de rodillas delante de su madre y ocultando en su seno su rostro bañado en lágrimas. ¡Oh sí! Es verdad. Fuí un insensato, un pérfido ¡Hollé con planta indiferente el corazón de la que me adoraba y corrí á donde me llamaban el orgullo y la vanidad. Rosalía es un ángel, que habría hecho mi dicha, y Matilde me ha arrojado como arrojaría una de las joyas que ostenta en su tocado, si descubriese que era de plata sobredorada. He sido un loco, he cometido una mala acción y ahora es justo que lleve el castigo que yo mismo me he buscado.

Doña Catalina dejó que su hijo desahogara su pena y su remordimiento, y le dijo:

—Nunca es tarde, hijo mío, para reparar un error, ó al menos para procurarlo. Voy á decirte lo que no pude revelarte pocos días hace, cuando me lo preguntaste. Rosalía, á quien, ignorando lo que había pasado, insté vivamente para que me acompañara á asistirte, condescendió al fin con mis ruegos, bajo la condición de retirarse tan pronto como recobraras el conocimiento y mediante mi promesa de no decirte que había venido. Hoy que todo lo sé, me creo relevada de la obligación de conservar ese secreto y debo decirte que te ha cuidado como una amiga, como una hermana, como....

—¿Como qué más? madre mía, dijo Gabriel; concluya Ud. por Dios. ¿Será posible que Rosalía no me haya olvidado?

—Almas como la de esa joven, contestó la señora, no olvidan jamás.

—¿Habrá perdonado mi deslealtad, mi traición?

—Almas como la de Rosalía perdonan siempre.

—¿Estará dispuesta á devolverme su afecto, su amor?

Eso ya es diferente, dijo Doña Catalina. Si he de decirte lo que creo, temo que si hoy te encontraras con ella y le hicieras alguna indicación, recibirías solamente una repulsa cortéz pero terminante. Es necesario dejar eso al tiempo y á mí cuidado.

—¡Ah madre mía! exclamó Gabriel. No anhelo más que una vida tranquila y obscura al lado de Ud. y de Rosalía, cuyo amor he sentido renacer en mi lacerado corazón, desde el momento en que la entreví al volver del sueño agitado de la fiebre. Sentía en mi mano la suave presión de otra mano que no me era desconocida y que tantas veces había sellado con mis labios. Busqué aquella visión celeste, y había desaparecido. Desde aquel instante mi corazón sintió una vida nueva, y se abrió para mi, con los recuerdos de un pasado que se había desva-

necido, un mundo de ilusiones y felicidad. Dormido ó despierto, no he visto desde entonces sino á Rosalía, mi primero, mi único, mi verdadero amor. Ud. quiere que espere y calle, no sé si podré hacerlo, ó si el sentimiento infinito que llena mi alma, desbordará cuando la vea.

—Calma, hijo mío, calma, dijo Doña Cátalina; repito que dejes eso á mi cuidado. Rosalía no es orgullosa, pero es prudente, y además se estima en lo que vale. No debemos herir su justa susceptibilidad; no crea que es el despecho el que te conduce á buscarla otra vez. Dejemos obrar al tiempo, repito, y entre tanto procura adquirir los medios para hacer frente á las necesidades que trae consigo una nueva familia. Lo que ahora ganas basta para los dos; pero quizá no bastaría para tres. Trabajemos día y noche, si es necesario, á fin de que te proporciones lo que será preciso para casarte. Entre tanto, yo procuraré sondear á mi joven amiga y te diré francamente si puedes esperar, ó si debes renunciar á ella para siempre.

—¡ Renunciar ! jamás; exclamó Gabriel. Aguardaré un año, cinco, diez; lo que fuere preciso; pero no tendré un momento de tranquilidad mientras no sepa que Rosalía consiente en ser mi esposa.

Después de la conversación que acabamos de referir, de la que se guardó Doña Catalina de decir una palabra á la hija del maestro de armas, Gabriel, completamente restablecido, volvió al escritorio de Rosales, donde trabajaba con ardor. Como la ocupación en el bufete del abogado le dejaba libres cuatro horas del día y además la noche, se dió á buscar con empeño otro trabajo en que pudiera ganar algo más, y no tardó en proporcionársele. Uno de los oidores, recien llegado al país, solicitaba un joven de buenas costumbres y de alguna instrucción, que diera á un hijo pequeño que tenía lecciones de escritura, y que le enseñara algo de matemáticas y de geografía.

Gabriel creyó poder desempeñar el cargo y fue personalmente á ofrecerse. Por fortuna el Dr. González, (así se llamaba el oidor,) no era hombre para quien la circunstancia de ser Gabriel hijo de un individuo que había muerto en el cadalso, fuese una razón para no admitirlo como maestro de su hijo. Le agradó el despejo de su inteligencia y sus buenas maneras, lo acogió con gusto, y le asignó veinte pesos mensuales, que Gabriel aceptó desde luego. El doctor tenía un hijo como de veintiseis años, capitán de artillería y una hija que contaba á la sazón unos diez y siete años. Paquita era una preciosa malagueña, que se había traído en los ojos el fuego del sol de Andalucía. Vivía también la esposa del doctor, señora que no llegaba aún á cuarenta años y cuya belleza severa contrastaba con la chispeante y traviesa fisonomía de Paquita.

En la noche del día en que el Dr. González aceptó á Gabriel como maestro de su hijo, comunicó la noticia á su familia, reunida en la sala de recibimiento.

—¿ Cómo dice Ud., papá, preguntó Paquita, que se llama el maestro de Carlos ?

—Gabriel Bermúdez, contestó el oidor.

—¿ Y es joven ? dijo la niña.

—Representa menos edad que tu hermano Gualberto.

—¿ Y es guapo ?

—No tiene mala figura; pero parece muy triste. Ya se ve, el pobre mozo tiene motivos para estarlo. Figuraos que es hijo de Pié-de-lana, ese bandido que despachamos á la horca hace muy pocos días.

—¡ Hijo de un ladrón ! exclamó la señora, santiguándose.

—¿ Y él también es bandido ? preguntó Paquita. Sobre que yo me muero por los bandidos. Mañana voy á espiarlo detrás de la mampara del gabinete.

—Calla, loca, dijo el oidor. Don Gabriel es todo un hombre de bien y si ha tenido la desgracia de que su padre no lo sea, él no tiene la culpa. Tengo buena idea de ese mozo. Debe ser hombre de corazón, según la manera en que se ha conducido con su padre.

—Algo ladrón, por lo menos, debe ser, replicó Paquita. Ya quisiera yo que fuera el día de mañana para conocerlo.

En eso comenzaron á entrar los tertulianos de la casa y no se volvió á hablar del asunto.

CAPITULO XXXIII.

LA TERTULIA DEL OIDOR. — QUINIENTOS PESOS POR UN ESCRIBANO.

A las ocho de la mañana del siguiente día la hija del oidor estaba situada detrás de la puerta vidriera que comunicaba la sala de la casa con el escritorio donde iba á recibir sus lecciones el discípulo de Gabriel. Al oir pasos en el corredor, Paquita levantó la cortina de tafetán verde que cubría la mampara, lo suficiente tan solo para poder examinar al que aguardaba con impaciencia. Entró en efecto el joven preceptor; lo examinó la malagueña muy á su satisfacción, y en seguida, retirándose de puntillas, corrió á decir á su mamá que no se había equivocado en su juicio, pues el maestro de Carlitos tenía ciertas miradas, y ciertos movimientos de cabeza, un aire en fin, que á diez leguas revelaba su procedencia de bandidos; y que si él mismo no era uno de ellos, le faltaría muy poco.

—No hay duda, le contestó Doña Clara (tal era el nombre de la señora,) que eres gran fisonomista, pues te ha bastado un segundo para calificar á Don Gabriel Bermúdez y declararlo punto menos que los que andan con el trabuco en Sierra Morena.

—¿Qué, lo duda Ud.? dijo Paquita; pues ya vera como el día menos pensado nos viene la noticia de que está en la cárcel. ¿Y no le parece á Ud. convidarlo para que venga por las noches á oir un poco de música? Apuesto lo que Ud. quiera á que Don Gabriel puntea la guitarra y canta divinamente.

—Loca, dijo Doña Clara, ¿cómo quieres que convide yo á nuestra tertulia á un hombre á quien no conozco todavía ni de vista, y de quien lo único que sé hasta ahora es que es hijo de uno á quien han ahorcado?

—Razón de más para convidarlo, exclamó Paquita; y si Ud. no lo hace, lo haré yo de parte de Ud. Estoy cansada de ver únicamente en nuestras reuniones por las noches la peluca colorada del administrador general de rentas, la calva del regente, los bigotes canos del comandante del Fijo y de ver bostezar á las tres ó cuatro viejas que vienen á tomar chocolate, á preguntar donde amanece *nuestro amo*, y á hablar de enfermedades y de criadas. Quiero muchachos alegres, y si Ud. no los llama, yo haré por que vengan, nos divertiremos y si es necesario le pegaré fuego á la ciudad.

—Pero niña, replicó Doña Clara, ya iremos conociendo el vecindario y eligiendo nuestras amistades. Hasta ahora no hemos hecho más que anunciarnos y comenzar á recibir visitas de cumplimiento. Han pasado recado de que esta noche vendrá la señora del regidor Espinosa de los Monteros con su hija, que dicen es una guapa chica y con la que harás amistad. Luego vendrán otras y jóvenes caballeros también, pues tu hermano comienza á relacionarse y los traerá. Entre tanto, tú en el piano, tu padre con el violín y tu hermano con la flauta, hay para pasar las veladas con alguna distracción.

Lo que decía Doña Clara era cierto. El oidor su marido, gran aficionado á la música, había organizado unos pequeños conciertos en que se entretenían por las noches, desde las ocho hasta las once ó las doce, alternando la música con la conversación y la malilla. Su círculo era limitado todavía; pero el Doctor González era tan despreocupado y campechano, Doña Clara tan amable y cortés, Paquita tan agraciada y tan franca, y el joven capitán de

artillería tan buen mozo y bien educado, que la tertulia prometía venir á ser pronto una de las más frecuentadas y agradables de la ciudad.

Anunciada de antemano la visita de Doña Engracia de los Monteros y de su hija, como se acostumbraba hacerlo con las de cumplimiento, poco antes de las ocho y media estaban dos criados con la librea de la casa preparados en el zaguán con un cirio cada uno, para alumbrar á las señoras cuando bajaran del coche.

La llegada de la familia de González fue un acontecimiento en la ciudad. Contaban que la señora había sido azafata de la reina, que el rey era padrino del joven capitán, que al Doctor le habían ofrecido una toga en la cancillería de Granada, ó de Sevilla; pero que estando bastante delicado del pecho, había preferido, por consejo de los médicos, un empleo en Indias. Los trajes de las señoras llamaban mucho la atención, y hasta las rarezas que se contaban de la malagueñita caían en gracia y todo se explicaba con esta sencilla frase: ¡ como es andaluza ! Doña Paquita habría podido, según ella misma decía, pegar fuego á la ciudad, sin que se le tomara á mal la broma.

La de Espinosa y su hija hicieron la visita. Doña Engracia pareció á la familia del oidor "una bendita de Dios" lo cual en el lenguaje de cierta sociedad equivale á que se dijera: es una grandísima tonta. Matilde y Paquita no congeniaron mucho, lo que no impidió que se hicieran dos mil zalamerías y que á media visita se trataran de "tu y vos." No sucedió lo mismo entre el capitán de artillería y la hija del regidor perpetuo. Gualberto declaró á Matildita una real moza, y Matilde no declaró, pero pensó que Gualberto era mejor, con tercio y quinto, que todos los oficiales del Fijo.

A poco de haber entrado Doña Engracia y su hija, apareció en la tertulia un sujeto como de cuarenta y cinco

años, regordete y de aire festivo, que saludó á las señoras de la casa como si fuese un conocido de más de diez años. Era Don Cristóbal de Oñate, aquel individuo que sirvió de intermediario en los amores de Gabriel con Manuelita la Tatuana, y que mediante ciertos empeños, había logrado el empleo de contador de diezmos, que desempeñaba muy á satisfacción suya, pero no tanto á la de sus superiores gerárquicos.

Llegaron á poco el administrador general, con su peluca colorada, el regente con su calva y el coronel comandante del Fijo con sus bigotes canos; sin que faltaran tampoco las tres ó cuatro señoras viejas de quienes había hablado Paquita. El acontecimiento del día era un bando que había mandado publicar el capitán general, amenazando con penas muy severas á las personas que ocultaran en sus casas á algunos de los complices del llamado Pié-de-lana, con quienes la justicia no había podido dar todavía, y especialmente al escribano real Don Ramón Martínez de Pedrera, condenado á muerte en rebeldía, y por cuya captura se ofrecían quinientos pesos.

Una de las señoras dijo que ella sabía en mucha reserva que Pedrera estaba escondido bajo la mesa del altar mayor de la Concepción; y encargó que no la dieran por autora. Otra de las tertulianas replicó que eso no podía ser, por que se habría ahogado, y añadió, que donde estaba realmente era en las bóvedas de San Francisco; pero que no la dieran por autora. Por último una tercera tertuliana dijo con aire de misterio que todas aquellas eran historias; que el escribano había andado dos noches antes vestido de padre y que habiéndolo seguido un curioso, por quien ella sabía la anécdota, lo había visto andar y desandar calles, y meterse por último dentro del caño del desagüe de la esquina de San Sebastián; pero que en ningún caso fueran á darla por autora de la noticia.

Cristobal de Oñate oía todas aquellas simplezas sin prestarles mucha atención. Parecía preocupado, é hizo varias preguntas que indicaban cierto empeño de averiguar el paradero del escribano real.

El Doctor González sacó el violín y comenzó á hacer oír algunos arpegios, lo que manifestaba que iba á darse principio al concierto. Aplaudieron la idea los circunstantes. Paquita se puso al piano, Oñate despaviló las dos velas de sebo que estaban á los lados del atril y el capitán Gualberto desenvainó la flauta.

Hiciéronlo divinamente. Así lo declaró el administrador general, que se había dormido á media sonata y á quien estuvo á punto de caérsele la peluca en una cabeceada. Lo mismo dijo el regente, que por decir algo, preguntó si no era aquello un trozo de ópera, y el coronel del Fijo, quien declaró tener tentaciones de aprender á tocar el contrabajo y completar el cuarteto.

Las señoras opinaron que el oidor y sus hijos podían apostárselas con los más hábiles profesores de la ciudad; y eso á pesar de que no habían prestado la menor atención á la música, pues mientras duró el concierto, se ocuparon en referir á Doña Clara la vida y milagros de media ciudad. El resultado positivo de aquella tertulia fue que el capitán Gualberto hizo propósito firme de procurarse todas las ocasiones posibles de ver á Matilde, y que ésta lo formó igualmente de volver á oir cuantas veces pudiera la flauta del capitán.

Solo Oñate no estuvo muy pródigo de elogios. El bando del capitán general lo tenía muy pensativo.

Apenas tomó parte en la conversación, y al salir de la tertulia, se despidió del regente y del administrador y se fue con el comandante del Fijo.

—¿Sabe Ud., señor coronel, dijo Don Cristóbal, luego que estuvieron solos, que no me parece difícil dar con

ese bribón del escribano y ponerlo en manos de la justicia?

—Pues si Ud. sabe donde está, contestó el comandante, su deber es decirlo inmediatamente á quien corresponde.

—Yo no lo sé, replicó Oñate; pero sostengo que no es cosa difícil dar con él. El caso es manejar el asunto con habilidad; porque el Don Ramón es muy cuco y capaz de escaparse de las manos como una anguila. ¿Podría yo contar, llegado el caso, con una fuerza del batallón, de veinticinco hombres, al mando de un oficial de toda confianza?

—No habría inconveniente en mandar un piquete á registrar casas, y Ud. lo acompañaría para hacer las indicaciones oportunas.

—Eso bastaría, replicó Don Cristóbal. Tengo sospechas de cual puede ser el escondite de Pedrera. Voy á tratar de cerciorarme y una vez seguro, corro á pedir el auxilio; lo atrapo y hago un buen servicio al rey.

—Y cobra Ud. los quinientos pesos ofrecidos al que lo entregue, añadió el coronel riéndose y echando una mirada de desprecio á Oñate.

Como la noche no estaba muy clara, no pudo éste ver aquella mirada del viejo militar; pero sospechamos que aún cuando se hubiese apercibido de ella, no por eso habría desistido de su ruin propósito.

Desde el siguiente día se puso Don Cristóbal en campaña. Había advertido en una casa poco distante de la que él ocupaba ciertas sombras que le daban á entender que había allí algo extraordinario, y comenzó á procurar saber lo que era. Con diversos pretextos envió personas que penetraran en la casa y procuraran ver si había algún sujeto que no fuera de la familia; pero nada logró por aquel medio. A fuerza de dádivas llegó á sobornar una criada, y ésta le contó que hacía poco había llegado de

noche un huésped que venía de fuera y que decían estaba muy enfermo, con lo que se mantenía encerrado en su cuarto, y solo un criado antiguo de la casa lo servía y le llevaba la comida.

—¿No podría yo hablar con ese criado? dijo Oñate.

—No es fácil, contestó la mujer, porque nunca sale á la calle.

—¿Y tú pudieras penetrar en el cuarto del huésped?

—Imposible. Se mantiene cerrado por dentro; abren cuando llama el criado; entrega lo que lleva y vuelven á cerrar.

Oñate guardó silencio. No quería ser más explícito con la criada, por no despertarle sospechas de quien pudiera ser el huésped; pues era de temerse se anticipase á hacer la denuncia, por cobrar la recompensa prometida.

—¿Tus amos viven solos? preguntó.

—Ahora no, contestó la mujer. Hace poco llegó una señora, muy buena cristiana, que viene de San Salvador, y se llama Doña Dorotea Bardales. Es antigua conocida de la familia; vino á apearse á la casa, y aunque á los amos no les gustó mucho darle posada, no pudieron negarse, pues ella dijo que no tenía á donde ir y que permanecería muy pocos días. Pero el tiempo pasa y se ha ido quedando.

—¡Doña Dorotea Bardales! dijo Oñate, como queriendo recordar donde había oido aquel nombre. Hará unos veinte años había en la ciudad una mujer, de alguna edad ya, que se llamaba así, y que si no estoy equivocado, era ama de llaves ó cosa así, en casa de Don Andrés de Urdaneche.

—La misma, replicó la criada. Le he oído decir que fue aya de la hija de ese señor, que nunca le dieron un real de sus salarios, y que viene á cobrarlos al concurso.

—¿A donde va á misa Doña Dorotea? preguntó Don Cristóbal.

—Al Carmen todos los días porque es tercera de escapulario cubierto, contestó la criada.

—Bien, replicó él, no digas nada á nadie de lo que hemos hablado.

Diciendo así, le puso en la mano dos duros, que la moza no quería recibir, diciendo que ella no le daba aquellos informes por interés, sino porque le había tomado cariño; pero Oñate insistió y la pobre tuvo que conformarse.

Al siguiente día á las seis, Don Cristóbal, envuelto en su capa, estaba parado en la esquina del Carmen, al tiempo que salían de misa las terceras, á quienes observaba, sin dar con Doña Dorotea. Cuando habían salido todas de la iglesia, y comenzaba ya Don Cristóbal á sospechar si la moza lo habría engañado, vió asomar una dama vestida de alepín negro y con unas tocas blancas al derredor de la cara. Se fijó en ella y aunque muy cambiada, al fin hubo de reconocerla. Cuando iba á pasar junto á él, con los ojos bajos y acomodándose la camándula en el cinturón se desembozó Oñate y abriendo los brazos, se fue hacia la vieja y se los echó al cuello, diciéndole:

—Mi señora Doña Dorotea, ¡qué buena fortuna es la mía de ver á Ud. después de tantos años! La encuentro á Ud. como si ayer la hubiese visto en casa de Urdaneche. ¿No se acuerda Ud. ya de mí, de Cristóbal de Oñate, á quien tantas veces vió Ud. en casa de Don Andrés?

—A la verdad, caballero, contestó la vieja, que no recuerdo bien....; han pasado tantos años....

—¡Vaya! dijo él, pues yo no la he olvidado á Ud. un solo día desde que dejé de verla, y cuando alguna familia conocida está en apuros por falta de una aya que cuide á la niña, digo, suspirando: ¡ah! ¡si estuviera aquí aquella perla de las ayas, Doña Dorotea de Bardales! Pudieran pagarse sus servicios á peso de oro.

—Favor que Ud. me hace, señor Don.... dispense Ud. ¿cómo me dice que se llama?

—Cristóbal de Oñate, servidor de Ud.

—Yo lo soy de Ud. señor Don Cristóbal. Vivo aquí cerca, en casa de una antigua amiga, Doña Ruperta Quiñónez. Allí me tiene para lo que mande.

—No dejaré, contestó el taimado, de darme el gusto de pasar á saludar á Ud. Entre tanto, añadió bajando la voz, como Ud. está ahora de forastera en la ciudad, y puede tener.... digamos.... algún apurito; alguna necesidad de ocurrir á algún amigo.... yo no le perdonaría el que fuese á ocupar á otros. No soy rico; pero lo poco que tengo está á sus órdenes. Con franqueza.... puede Ud. disponer de mi bolsa.

Los ojos apagados de la antigua aya de Doña Catalina brillaron de alegría. No acertaba á explicarse de donde podía venirle á aquel sujeto, de quien, en Dios y en conciencia, no se acordaba, aquel entrañable afecto por ella. Pero como quiera que fuese, se propuso aprovechar las generosas ofertas de Don Cristóbal y se despidió, repitiéndole que fuese á verla.

No echó Oñate la indicación en saco roto. El mismo día estuvo en la casa donde estaba hospedada la Bardales, y promoviendo con astucia la conversación acerca de la familia con quien vivía su amiga, vino á parar en que ésta le confirmara lo que le había referido la criada acerca del huésped enfermo.

—¿Y no ha podido Ud. dijo Don Cristóbal averiguar el nombre de ese sujeto?

—Nunca lo llaman más que el huésped, contestó ella; y como la cosa no me interesaba, no lo he procurado. ¿A Ud. le interesa el saberlo?

—A mí, para nada, dijo él. Simple curiosidad y nada más. Pero si Ud. pudiera averiguarlo, no me pesaría.

—Lo procuraré, contestó la vieja, que comenzó á sospechar cual podía ser el objeto de los halagos y de la visita de Oñate. Al despedirse éste, le dijo Doña Dorotea que con gran vergüenza le suplicaba le prestase diez pesos, para devolvérselos dentro de ocho días, lo que hizo él de mil amores, diciendo que en eso y en cualquiera otra cosa tendría gusto en servirla.

Animada con la dádiva y más aún con la esperanza de vender caro el servicio, ofreció la vieja bribona no descansar hasta sorprender el secreto del huésped enfermo, y Don Cristóbal se despidió lleno de esperanzas de poder cobrar los quinientos pesos ofrecidos por la entrega del escribano.

CAPITULO XXXIV.

LA CAPTURA Y SUS CONSECUENCIAS.

Para cumplir la oferta hecha á Cristóbal de Oñate, Doña Dorotea Bardales discurrió hacer por las noches el ejercicio de la *vía-crucis* en los corredores de la casa; y en falta de estaciones, se arrodillaba delante de las puertas de los cuartos. Cuando llegó á la del que ocupaba el huésped, pegó la cara á la madera y espió por las rendijas de las tablas. Un hombre, que parecía de alguna edad, estaba escribiendo en una mesa, pero volvía las espaldas á la puerta, y con esto no pudo la honradísima dueña verle la cara.

Repitió la devoción á la siguiente noche, y vió que el individuo estaba paseándose por la habitación. Era realmente un sujeto de edad, medio encorbado y cano, lo que podía advertirse por no llevar el cabello empolvado. La fisonomía del huésped no era desconocida para Doña Dorotea. Recordaba haber visto algunas veces aquella cara; pero por más que caviló, no pudo dar con el nombre del que la llevaba. Se limitó, pues, á tomar perfectamente las señas del sujeto, para trasmitirlas á Oñate, lo que verificó al día siguiente, que acudió el contador de diezmos á saber el resultado de la pesquisa de la noche anterior. Con la posible exactitud trazó el retrato del huésped; y tales fueron las señales que dió, que Don Cristóbal hubo de concluir que si el escondido no era el escribano real, debía ser algún hermano suyo gemelo.

—Los datos, dijo Oñate, que Ud. me comunica, son importantes; y aunque todavía no me dan la certeza de que

el huésped sea el sujeto que busco, són suficientes para que yo proceda al descubrimiento de una manera directa. Si del paso que voy á dar resulta que el individuo es el que busco, cuente Ud. con que le daré cuatro onzas.

— Las recibiré, contestó la dueña, por no hacer á Ud. el desaire; no por que si me he tomado el trabajo de servir á Ud., es por amistad y no por interés. Ahora si desearía me dijese Ud., como si fuera bajo el siglo de la confesión, quien es la persona que Ud. cree esté escondida en ese cuarto por que yo lo conozco; pero no hay santos que me hagan acordarme del nombre.

— No tengo, replicó Oñate, el menor inconveniente en decir á Ud. quien pienso debe ser y por qué lo busco. El individuo se llama Anotnio Fastrana, y es un diezmero que está en descubierto de una cantidad regular con la renta. Yo, como empleado en ella, estoy interesado en atrapar á ese deudor moroso, que se oculta por no pagar, y hacer que cumpla como corresponde.

La vieja se tragó la píldora sin dificultad, y calculó que la deuda del diezmero debía de ser gorda, ya que se le ofrecían á ella cuatro onzas por haberlo descubierto. Don Cristóbal se despidió y fue á trazar su plan de operaciones.

Mientras preparaba el golpe que le había de producir una ganancia de quinientos duros con muy poco trabajo, la antigua aya de Doña Catalina de Urdaneche entró en cuentas consigo misma. Una idea luminosa brotó de repente en su imaginación. ¿Qué incoveniente habría en que ella explotara la confianza que le había hecho Oñate, haciendo porque supiera el huésped que aquel se proponía atraparlo? Un hombre que estaba amenazado de desembolsar una gruesa suma y talvez de ir á la cárcel por añadidura, ¿cómo no había de recompensar el aviso con otras cuatro onzas por lo menos? Si el huésped huía,

era prueba de ser el mismo que buscaba Don Cristóbal, que no podría excusarse de cumplir su oferta; y así vendría á recibir una recompensa doble: cuatro onzas por haberlo descubierto, y otro tanto por salvarlo. Hecha esta maquiavélica combinación financiera, comenzó la dueña á discurrir el modo de ponerla por obra. Hablar con el mismo interesado, era casi imposible; no quedaba, pues, más advitrio que entenderse con Doña Ruperta Quiñónez, la señora de la casa.

Pensar hacerlo y salir á ejecularlo fue todo uno, pues temía que si tardaba un poco, pudieran llegar á prender al pobre diezmero. Fuese al cuarto de Doña Ruperta y cerrando la puerta por dentro con misterio, le habló en estos términos:

— Vengo, amiga mía, á revelar á Ud. un secreto de la mayor importancia.

La señora pareció un poco alarmada y preguntó:

— ¿ De qué se trata ? ¿ De qué secreto habla Ud.?

— ¿ De qué ha de ser ? dijo la dueña; del huésped que tiene Ud. en su casa, que ha sido descubierto, Dios sepa cómo, por ese malvado que ha estado hoy á verme, un Don Cristóbal de Oñate, que está interesado en la captura de ese infeliz hombre.

— ¡ Oñate, interesado ! exclamó Doña Ruperta.

— Pues es muy claro, replicó Doña Dorotea, ¿ no ve Ud. que es contador de diezmos ?

— ¿ Y qué tiene que ver eso con...... dijo la señora y se detuvo, sin querer decir más, y dando diente con diente, como si tuviera tercianas.

— ¿ Cómo que tiene que ver ? Pues no está ahí escondido Don Antonio Pastrana, el diezmero ? ¿ Cree Ud. que no lo sé ? ¡ Ay amiga mía ! del cielo á la tierra no hay nada oculto. Ud. no ha tenido confianza en mí; y yo, sin preguntarlo á nadie, he venido á saber qué pájaro tiene

Ud. enjaulado en su casa. En fin, si Ud. quiere salvar á ese pobre hombre de pagar una suma muy gorda y de ir á la cárcel por ribete, dígale que se ponga en salvo sin pérdida de tiempo; y que si estima en algo el servicio que le presto, me remita con Ud. alguna cosita; unas cuatro onzas por ejemplo, que necesito para pagar un pico.

Dicho esto, Doña Dorotea se marchó á su cuarto, y Doña Ruperta, tronándose los dedos, llamó á su criada y le previno fuese inmediatamente en busca de su marido, que andaba fuera de casa.

A la media hora llegó el caballero, y la señora le refirió su conversación con la dueña, lo que pareció alarmarlo muchísimo.

— Es indispensable que se vaya, dijo; pues es seguro que esta noche está aquí Oñate con tropa para capturarlo. Pero ¿cómo es posible que salga con la luz del día?

— Eso sería entregarse en el acto, replicó la señora. No le queda otra cosa que hacer, sino aguardar que entre la noche saltar las paredes de la casa y acojerse á una de las vecinas, donde se ocultará mientras lo buscan aquí; y después podrá irse á otra parte, disfrazado.

Pareció al marido de Doña Ruperta, que lo que esta indicaba era lo único que podía hacerse y fue á hablar con el huésped.

Aquella misma noche, como á las siete, estaba Doña Catalina de Urdaneche en la salita de su casa, conversando tranquilamente con Gabriel, cuando oyeron un gran ruido de voces y carreras en la calle. Iba Gabriel á abrir la ventana, para averiguar lo que causaba el alboroto, cuando se abrió violentamente la puerta de la sala que daba al corredor y se precipitó en la pieza un hombre, en cuerpo y con la cabeza descubierta. Estaba pálido como un difunto, y parecía bajo la presión de un terror pro-

fundo. Doña Catalina y Gabriel se fijaron en el que entraba, y exclamaron á la vez:

—¡Don Ramón!

El escribano real, pues él mismo era, al reconocer á Doña Catalina, se detuvo y se quedó como clavado en el suelo, sin hacer el menor movimiento.

—¿Ud. aquí? dijo Gabriel ¿qué es esto?

—Ud. no puede ignorar, respondió Pedrera, que he sido condenado á muerte; que han ofrecido quinientos pesos al que me entregue á la justicia y amenazado con penas severas á cualquiera que me oculte. Estaba yo escondido en una casa con la cual comunica esta por el interior. Me han denunciado y me buscan. Estan registrando la casa donde estaba y he pasado á esta sin saber que Uds. la ocupaban. Veo que mi destino me ha traído á muy mal lugar, (y dirigió una mirada al soslayo á Doña Catalina,) y voy á ver si puedo pasar á otra de las vecinas.

—No tendría Ud. tiempo, replicó Gabriel; oigo ya voces y tropel de gente en el patio interior de la casa. Dentro de un minuto estarán aquí los que buscan á Ud. Sé á lo que nos exponemos mi madre y yo; pero Ud. está en nuestra casa y no son Doña Catalina de Urdaneche ni Gabriel Bermúdez los que entregan á un hombre que ha buscado asilo bajo su techo.

Diciendo así, Gabriel cerró la puerta y comenzó á buscar donde podría ocultar al escribano. No había absolutamente en aquella mal amueblada salita donde poder hacerlo. Los agentes de la autoridad llamaban ya á la puerta. Doña Catalina dijo á Pedrera: "venga Ud.," y y haciendo que se agazapara bajo el sofá de rejilla, se sentó y cubrió con la falda de su vestido al que había sido su carcelero y su verdugo durante doce años.

Gabriel abrió y se precipitaron en la sala un teniente del Fijo, diez soldados del mismo cuerpo y el delator

Cristóbal de Oñate. El oficial se detuvo, por un sentimiento de respeto al que acababa de ser su superior, y los soldados descansaron sobre los fusiles.

—¿Qué se le ofrece á Ud. en mi casa, señor oficial? preguntó Gabriel, en tono serio, pero cortés.

—Ha pasado aquí, de la vecindad, contestó el teniente, llevándose la mano á la gorra por un movimiento maquinal, un reo á quien tengo orden de capturar, vivo ó muerto; el escribano real Don Ramón Martínez de Pedrera. Suplico á Ud. lo entregue y no se exponga á las penas severas á que sujeta el bando del capitán general á cualquiera que oculte á dicho reo.

—El que ha llevado ese uniforme, señor teniente, contestó Gabriel, señalando al del oficial, no comete una acción indigna. Yo no diré á Ud. si la persona á quien busca está ó no está en mi casa; pero suplico á Ud. no vuelva á hacerme una proposición como la que acabo de escuchar.

—Perdone Ud., dijo el teniente, alargando la mano á Gabriel; las órdenes que he recibido son terminantes.

—Haga Ud., replicó Gabriel, lo que considere su deber, que yo cumplo el mío; y cruzó los brazos, sin pronunciar una palabra.

El oficial hechó una ojeada en derredor de la salita y pidió permiso á Gabriel para registrar las otras habitaciones. Contestóle éste que hiciera lo que gustara, y con esto salió el teniente, seguido de Oñate y de los soldados. Dejó dos de estos á la puerta y registró las otras piezas de la casa. Volvió para despedirse de Gabriel, y cuando éste creía salvado al infeliz escribano, dijo Oñate al teniente:

—Perdone Ud. ¿No sería conveniente ver si bajo ese sofá se oculta el reo á quien hay orden de prender? Parece sería del caso que la señora tuviera la bondad de levantarse un momento.

El oficial se mordió los labios, y dijo á Doña Catalina:

— Sírvase Ud. señora, ponerse en pié.

La señora tuvo que hacerlo, y el malvado delator, que alcanzó á ver al escribano, se acercó y apartando la falda del vestido de Doña Catalina, puso al reo á la vista de todos los presentes.

— Es Ud. un infame, exclamó Gabriel, dirigiéndose á Oñate; y descargándole una tremenda bofetada en la mejilla. El delator no hizo más que levantar los hombros.

El oficial mandó asegurar al reo, y trataba de marcharse; pero Don Cristóbal lo detuvo y le dijo:

— El artículo 4o. del bando previene sean reducidas á prisión las personas en cuya casa se encontrare el reo y que se hayan negado á entregarlo. Si Ud. no cumple, daré parte al coronel.

— Vamos, dijo Gabriel, y tomando su sombrero, se dispuso á salir.

— La señora también, dijo Oñate, señalando á Doña Catalina.

— Estoy pronta, contestó ella, cubriéndose con un mantón. Corrió una lágrima por las mejillas de Gabriel cuando vió que colocaban á su madre al lado derecho del reo. El ocupó el izquierdo, y seguidos por el oficial, los soldados y Don Cristóbal de Oñate, salieron de la casa. Gabriel fue conducido á la cárcel pública y Doña Catalina á la casa de recogidas.

Media hora después, Paquita la Malagueña, la hija del doctor González, que al oír que había alboroto en las calles se había puesto á la ventana y llamaba á cuantos pasaban para averiguar lo que ocurría, entró á la sala donde estaba reunida la tertulia, y palmoteando con alegría exclamó, dirigiéndose á Doña Clara:

— ¡ Qué viva ! ¡ que Don Gabriel, el maestro de Carlos, está en la cárcel ! ¿ No se lo dije á Ud., mamá ? Aca-

ban de contarme en la ventana que estaba medio á medio en la compañía de Pié-de-lana, y que lo han cojido concertando un asalto con ese escribano Pereda ó Pedrera, á quien buscaban.

Al oír aquella noticia, el coronel comandante del Fijo se puso pálido, pues no se habrá olvidado el afecto y estimación que tenía por Gabriel.

—Es imposible, dijo; ese joven es incapaz de una acción indigna del uniforme que ha llevado. Si está preso debe ser por alguna equivocación. Corro al cuartel á averiguar lo que haya.

Salió el comandante del Batallón, y tras él los demás tertulianos, cuya curiosidad había excitado la noticia.

Al siguiente día era pública en la ciudad. y cada cual explicaba á su modo la parte que Gabriel Bermúdez y su madre tenían en aquel suceso. Eso así, todos estaban de acuerdo en que el asunto era muy grave para el hijo de Pié-de-lana, y el que menos lo sentenciaba á diez años de presidio en San Felipe, con retención.

Oñate ocurrió á la tesorería real por sus quinientos duros, y en adelante nadie volvió á llamarlo Don Cristóbal, sino Don Judas. Cuando Doña Dorotea fue á reclamarle las cuatro onzas, haciendo valer la importancia del servicio que le había prestado, Don Judas sin decir palabra y con una cara de vinagre, sacó cuatro pesos y los presentó á la dueña. Los recibió esta y sin retirar la mano, dijo:

—Faltan sesenta. Ud. me ofreció cuatro onzas.

—De plata, contestó el delator; y harto pagada está Ud.,vieja malvada, con estos cuatro duros y los otros diez que me arrancó, por lo poco que ha hecho.

—Satanás cargue con Ud., Iscariote, gritó la dueña; y ¡ojalá que tenga yo vida para verlo danzar en la cuerda, como va á bailar el escribano!

—Espero ser yo el que le tire á Ud. las patas, bruja, dijo Oñate, y tomándola por un brazo, la plantó en la calle y cerró la puerta.

Martínez de Pedrera fue despachado brevemente. No habiendo acudido á los emplazamientos que le había hecho la justicia, y seguida la causa con los estrados del tribunal, había sido condenado á la pena ordinaria de último suplicio. Averiguada la identidad de la persona, hizo su disposición testamentaria, entró en capilla y á los tres días fue conducido al suplicio. Confesó sus crímines y sufrió la muerte con serenidad.

El mismo día recibió Gabriel un billete que contenía estas palabras:

—"Nómbreme Ud. defensor.

Gerónimo Rosales."

Doña Catalina de Urdaneche recibió otro igual.

Tanto Gabriel como la señora consideraron conveniente aceptar los servicios de aquel hábil letrado y cuando se les notificó que estaban en el caso de nombrar persona que los defendiese, designaron á Rosales.

Entre tanto el coronel comandante del Fijo, instruido por el teniente que había hecho la captura del escribano de la conducta de Gabriel y su madre en aquel lance, fue á hablar con el capitán general y le hizo las más vivas recomendaciones en favor de aquel joven, que si había infringido las disposiciones del bando, se había conducido con la hidalguía de un caballero. Bustamante no fue insensible á aquella indicación; pero contestó que reflexionaría sobre el particular.

Pocos días después se levantó la incomunicación en que había estado el reo. El primero que lo visitó fue el coronel comandante del Fijo, y el segundo.... un joven á quien hemos perdido de vista hace algún tiempo; uno

con quien el héroe de nuestra historia no se había conducido bien y que, sin embargo, perdonándole aquel agravio, lo veía siempre como á un hermano. Hervias se presentó á la puerta del calabozo donde estaba encerrado Gabriel, pálido, destrazado, sin afeitarse y profundamente abatido. Al ver á su amigo inclinó la cabeza avergonzado. Hervias le abrió los brazos; Gabriel se arrojó á ellos y ambos jóvenes estuvieron durante un rato mezclando sus lágrimas, sin pronunciar una palabra.

CAPITULO XXXV.

LA VISTA DE LA CAUSA. — LA HERENCIA DE PEDRERA. — RECONCILIACIÓN. — UNA RESOLUCIÓN INESPERADA.

Una numerosa concurrencia de los sujetos más distinguidos de la ciudad, se agolpaba en la sala de sesiones de la real audiencia el día señalado para la vista de la causa instruida contra Doña Catalina Robles y su hijo Gabriel Bermúdez por haber ocultado en su casa al escribano Martínez de Pedrera. Veíanse por diversos puntos del salón los uniformes blancos de los oficiales del Fijo, que mostraban grande interés por su antiguo camarada; y en el hemiciclo que ocupaba el tribunal se alcanzaba á distinguir al coronel comandante del batallón, á quien se había dado asiento abajo de los jueces. Doña Catalina llevaba cubierta la cara con un velo de gasa negra, lo que se le permitió á causa de su enfermedad. Gabriel, pálido, demacrado, pero con la serenidad del que no tiene por qué avergonzarse de la falta de que se le acusa, se presentó en medio del capitán Hervias y de su defensor, el Licenciado Gerónimo Rosales. Un rumor sordo, que no podía saberse si era favorable ó adverso á los reos, circuló por la concurrencia cuando se presentaron en la sala. Después reinó el más profundo silencio. El relator hizo una concisa y exacta exposición de la causa, el fiscal leyó un pedimento en que se esforzaba en pintar con negros colores la conducta de ambos procesados y pedía la aplicación de las penas señaladas en el bando, y en seguida tomó la palabra el defensor.

El alegato de éste fue sencillo, lógico, convincente, y tuvo arranques de verdadera elocuencia. Hizo valer con habilidad todo lo que podía favorecer á sus clientes y llamó la atención de los jueces á lo que había de noble y digno en la conducta de aquella señora y de aquel joven que se veían en aquel momento en el banco de los criminales, por haber cumplido los sagrados deberes de la hospitalidad.

Las palabras del abogado hicieron impresión en el ánimo de los jueces y electrizaron al auditorio, que prorrumpió en aplausos. Doña Catalina y Gabriel podían ser condenados por el tribunal; pero la opinión los absolvía, y por una de esas evoluciones que no son raras en las masas, el público entero se pronunció al siguiente día en favor de los acusados é hizo de Gabriel una especie de héroe. Los que lo condenaban pocos días antes á presidio, lo proclamaban ya modelo de valor y de caballerosidad. Volvió á ser tan popular como el día que se presentó en el caballo árabe en el paseo de Santa Cecilia.

La sala declaró que Doña Catalina Robles y Don Gabriel Bermúdez habían conpurgado su falta con la prisión padecida y recobraron la libertad.

Al día siguiente de su salida de la cárcel, como á las siete de la mañana, se presentó en la pobre casa que habitaban la madre é hijo, un sujeto á quien Gabriel había visto algunas veces visitando al escribano real Martínez de Pedrera, y le dijo que tenía que comunicarle una notiticia muy importante. Diciendo así, sacó del bolsillo un pliego de papel sellado, escrito por las cuatro caras, y añadió:

—Aquí tiene Ud. el testamento que otorgó mi pobre amigo Pedrera, que me nombró su albacea. Ud. es heredero universal de sus bienes, que consisten en la casa que habitaba y treinta y dos mil pesos en dinero. Hay

algunas mandas y legados que importan cosa de diez mil duros, y como la casa está valuada en otros diez, vienen á quedar á Ud. los treinta y dos mil limpios de polvo y paja. Sírvase Ud. leer la disposición testamentaria.

Hízolo Gabriel y vió que en efecto le dejaba Pedrera casi toda su fortuna, expresando que no tenía parientes y que deseaba darle una prueba de gratitud por el hidalgo comportamiento que había tenido con él en la noche de su captura.

El hijo de Pié-de-lana dobló el pliego y devolviéndolo al albacea, le dijo secamente:

—No debo ni quiero aceptar esa herencia.

Pareció al albacea de Pedrera tan extraña aquella resolución, que no pudo menos que exclamar:

—Joven, ¿ha perdido Ud. el juicio? ¿No se ha fijado Ud. bien en lo que le he dicho y en lo que Ud. mismo ha leído? Son treinta y dos mil pesos los que Ud. desecha. Si no me engaño, (añadió, paseando una mirada en derredor de la mal amueblada salita) Ud. es pobre; ¿porqué rechaza la fortuna que el cielo le depara?

—¿Quiere U. que le diga por qué? contestó Gabriel; lo haré, por más que me duela tener que ser severo con la memoria del desdichado Pedrera. No admito esa herencia, porque no considero un origen puro á la fortuna del que me la deja; porque al tocar yo ese dinero, sentiría como si me quemara las manos.

—Joven, replicó sonriendo el albacea, que era hombre positivo; piénselo Ud. bien antes de tomar una resolución de que tendría que arrepentirse. Lances de esta clase no suelen presentarse dos veces en la vida. Repito que hará Ud. bien en reflexionarlo.

Dicho esto, se despidió. Gabriel no dijo una palabra á Doña Catalina de lo que acababa de pasar, y no volvió á pensar en el asunto. Poco antes de las ocho se dirigió á

casa de Rosales, para atender á su ocupación en el escritorio. Al verlo llegar le dijo Don Gerónimo:

—Primo, á la verdad que no aguardaba á Ud. ya.

—No creo haber tardado, contestó Bermúdez, viendo la hora en un reloj de pared que estaba en el gabinete.

—No lo digo por eso, replicó el letrado. Ud. es la exactitud misma; pero un hombre que posee treinta y dos mil duros, no viene á doblarse sobre una mesa para ganar cuarenta al mes.

—Comprendo, dijo Gabriel. Ud. se refiere á la herencia de Don Ramón Martínez de Pedrera. ¿Es ese hecho ya del dominio del público?

—Desde muchos días, contestó Rosales. Cuando Ud. fue juzgado por la audiencia, todo el mundo, menos Ud. mismo, sabía la fortuna que le había caído de las nubes. Vea Ud., pues, si tenía yo razón para no contar ya con mi amanuense.

—Pues si no es más que por eso, dijo Gabriel, que no esperaba Ud. verme, debo decirle que se ha equivocado. No estoy en disposición de aceptar la herencia de Pedrera.

—¿Cómo? exclamó Rosales, poniéndose en pié y fijando en Gabriel una mirada que expresaba el mayor asombro. ¿He comprendido bien? ¿Que rehusa Ud. la herencia? ¡Treinta y dos mil duros! ¡Una fortuna! ¿Y prefiere Ud. seguir ganando un sueldo miserable como simple escribiente? Primo, Ud. está loco, ó es un....

—Califíqueme Ud. como guste, dijo Gabriel, con tal de que no pueda decir que he cometido una mala acción.

—¡Ay primo, primo, contestó Rosales, sobre eso de acciones buenas ó malas habría mucho que decir! ¿Con que prefiere Ud. que se declare intestado á Pedrera y que se lleve el rey la herencia?

—Que se la lleve quien quiera, como no sea yo.

—Piense Ud. que tiene una madre á quien mantener; que mañana ó esotro día puede Ud. caer enfermo y encontrarse imposibilitado de trabajar; que tal vez querrá casarse y establecer una familia.

—Todo es cierto, contestó Gabriel; pero yo no puedo, lo repito, aceptar esa herencia, y permítame que no entre en más explicaciones, porque tendría yo que ser severo con la memoria de alguno á quien debo respetar.

Diciendo así, Gabriel tomó papel y pluma y se disponía á continuar copiando las piezas señaladas por Rosales en el expediente del concurso de Aguero y Urdaneche.

—Es inútil que Ud. continúe en ese trabajo, dijo Don Gerónimo secamente, y permaneció en silencio durante un momento. En seguida puso delante de Gabriel unos tres pliegos de papel sellado y el borrador de un alegato, y le dijo que pusiera en limpio aquel escrito.

Cuando se retiró Bermúdez del trabajo, Don Gerónimo se puso á pasearse por el gabinete, y decía hablando consigo mismo:

—Es imposible hacer carrera con este mozo. No hay para que me empeñe yo mucho tampoco en la liquidación del concurso, si después ha de resultar con que no acepta la herencia de Don Juan de Montejo, como no quiere admitir la de Pedrera. Mi primo es un ganso, no hay remedio; y á menos que reflexione y cambie de resolución, tendré que despedirlo. Yo no necesito escribiente que gane cuarenta pesos; pues por quince ó diez y seis encontraré otro. Si lo acomodé fue para ir encaminando las cosas de modo que me tocaran seis ú ocho mil pesos de los cincuenta ó sesenta que podría producirle la liquidación del concurso; pero su terquedad echa á perder la combinación. Esta gente que se llama honrada suele ser muy tonta. El tal Gabriel no me parece hijo de su padre.... Pero, ¿y si reflexiona y muda de parecer? Es

necesario evitar á toda costa que el fisco se trague esos caudales....Eso si que no; por ningún pienso. Voy á ver al albacea de Pedrera, que no es tan insensato como mi pariente.

Don Gerónimo tomó la capa y el sombrero y se echó á la calle.

Entre tanto tenía lugar entre Doña Catalina y Gabriel una conversación de que debemos dar cuenta á nuestros lectores.

—Hijo, decía la señora, anoche he hablado largamente con Rosalía.

—¿Y qué dice, madre? preguntó Gabriel con inquietud? ¿Está dispuesta á perdonarme?

—No se muestra ofendida contigo, contestó Doña Catalina; pero dice que no debe ni quiere reanudar unas relaciones que ni á tí ni á ella les conviene mantener.

—Es decir que me ha olvidado, que ya no me ama, exclamó Gabriel con abatimiento.

—He ahí, dijo la señora, lo que yo no creo. Rosalía te ama aún más que antes, si es posible; pero, la verdad, te considera versátil y teme. No está segura de que estés completamente curado del amor á Matilde de los Monteros. Calcula, según he podido percibirlo, que van á abrirse de nuevo para tí las casas que te había cerrado el descubrimiento de tu orígen; ve que has ganado en la opinión con la conducta que observaste con Pedrera y tiembla, aunque no lo dice, de que volviendo á encontrarte con aquella joven, renazca una pasión que cree mal extinguida.

—Asegúrele Ud. madre, dijo Gabriel, que Matilde de los Monteros me es tan indiferente, como una pintura; que mi corazón es incapaz de conservar rencor; pero que no olvido tampoco los agravios. Entre esa mujer y yo hay un abismo que nada podrá llenar. Mi único anhelo

es ya vivir tranquilamente al lado de Ud. y de Rosalía. Somos pobres; pero mi trabajo podrá bastar para los tres. Ruégele Ud. que deseche esas malas ideas y que me permita verla.

Después de aquella conversación, Doña Catalina, que tenía el más vivo deseo de que la hija del maestro de armas fuese esposa de su hijo, volvió á hablar á Rosalía, repitiéndole palabra por palabra lo que aquel le había dicho. La pobre joven quería perdonar y perdonó; amaba al que había sido ingrato con ella, y lo acogió otra vez, cuando la buscó arrepentido y apasionado como antes. Viéronse en casa del maestro de armas, en presencia de Doña Catalina y renovaron aquellos juramentos que había hecho el oscuro cadete y olvidado el brillante capitán con culpable ligereza. Gabriel era ya otra cosa. El infortunio le había dado lecciones harto severas, y podía decirse que en poco tiempo había vivido años. Convinieron en que Rosalía participaría al capitán Matamoros su reconciliación con Gabriel, y lo prepararía para cuando éste solicitara formalmente la mano de la joven. Esto no podía verificarse muy pronto. Gabriel necesitaba de contar con algo, y á la verdad, cuarenta pesos que ganaba como escribiente de Rosales y veinte como pedagogo del hijo del oidor, era poco, aún en aquellos tiempos, para mantener una familia. Esperaba Gabriel que se le proporcionaría alguna colocación más ventajosa, y esa era su única esperanza para poder casarse.

Rosalía refirió á Don Feliciano lo que había pasado, y el viejo capitán, que por casualidad estaba en su entero juicio en aquel momento, frunció las cejas y echó tres ó cuatro votos y juramentos de los que acostumbraba.

—¿Con que vuelve el capitancito? dijo, pues no dejaba nunca de dar aquel título á Gabriel. ¿Con que está convencido ya de que la alianza con los Matamoros de Peña-

pelada valía más que cualquiera otra? ¡Sable y lanza! Ahora debía yo mandarlo con trompetas destempladas. Si hubiera seguido mi consejo y casádose contigo clandestinamente, nada de lo que ha pasado habría sucedido.

El señor Fernández de Córdoba, sabiendo que era tu marido, no tal que hubiera salido con la pata de gallo de que el mozo no era su hijo. Habría aprobado la elección de Rafael, y dejádole cuanto tenía, y todos viviríamos años hace como en la gloria. Pero dime, niña, ¿has reflexionado que eso de casarte con el hijo de un ahorcado no es muy honroso para una familia como la nuestra, que tiene muy limpias sus ejecutorias?

—Nuestras ejecutorias, contestó Rosalía riéndose, se perdieron en la ruina de la Antigua, y nadie podrá decir si se han ensuciado ó no porque yo me case con Gabriel Bermúdez. El no tiene la culpa de ser hijo de quien es. Yo no lo quise antes porque fuera Fernández de Córdoba, ni he de dejar de quererlo ahora porque se llama Bermúdez. Es un joven excelente, que me quiere; su madre es una santa mujer, y esto me basta.

—Y todavía ha de volver, dijo Matamoros, á servir en el Fijo. Dicen que el coronel lo quiere muchísimo y que se hace lenguas de él; como que se atribuye á su influencia el que no lo hayan mandado á presidio á Golfo-dulce por haber ocultado á aquella buena pieza del escribano. En fin, ¡sable y lanza! no sabemos lo que el tiempo puede dar de sí. Ahora se asciende pronto. Si fuera como cuando yo servía, en tiempo de Don Matías, eso era otra cosa. Y dime, ¿cómo anda ese tu Don Miguel en materia de fondos?

—Gabriel es pobre, contestó Rosalía. No gana ahora más que sesenta duros mensuales; pero es joven, desea trabajar y como no le faltan apoyos, puede obtener alguna buena colocación.

—Vaya con Dios. dijo Don Feliciano; que venga y cásense cuando puedan.

Dicho esto, el veterano se puso la gorra y tocándose el bolsillo del chaleco, advirtió que aún le quedaban unos seis reales, resto del precio de una saya que había cosido su hija en aquellos días. Salió y fue á celebrar en la fonda más inmediata la reconciliación de su hija con el futuro coronel, pues daba ya por hecho que había de volver al servicio y no parar hasta ponerse los tres galones en las mangas.

Gabriel volvió á frecuentar la casa de Don Feliciano con tanta confianza como antes, sin más diferencia sino que ahora iba regularmente en compañía de su madre. Una noche conversaban los tres, y de una cosa en otra vinieron á hablar de la ejecución del escribano real Don Ramón Martínez de Pedrera.

—Y sabe Ud., madre, dijo Gabriel, que el pobre Don Ramón tuvo la peregrina idea de hacerme su heredero?

—No lo sabía, contestó Doña Catalina, nunca me lo habías dicho.

—Dí tan poca importancia á la cosa, replicó él, que no volví á pensar en eso.

—Y qué, preguntó la señora, tan insignificante era lo que dejaba el escribano real ?

—No era poco el caudal, dijo Gabriel. Pagadas ciertas mandas y algunos legados, me quedaban unos treinta y dos mil pesos.

—¡Treinta y dos mil pesos! exclamó la señora: ¿y qué hiciste?

—Decir sencillamente que no debía ni quería aceptar semejante herencia, contestó él; y pienso que Ud. aprobará mi resolución.

Doña Catalina permaneció pensativa durante un momento, y luego dijo:

—Hicistes muy bien; ese dinero nos habría traido desgracia.

—¿Y á quién corresponderá la herencia, preguntó Rosalía, rehusándola Ud.?

—Al rey, contestó Gabriel. Don Ramón no tenía parientes que pudieran heredarlo.

—Pues yo pienso, dijo Rosalía, que Ud. ha hecho mal en rehusar esa herencia y que debe aceptarla, si aún es tiempo.

Gabriel y Doña Catalina se quedaron estupefactos al escuchar aquellas palabras. Un sentimiento de profundo disgusto se dejó ver en el semblante del joven, que dirigió una mirada inquieta á Rosalía. Doña Catalina para no dejar ver, sin duda, la impresión que le causaba una salida tan inesperada, se levantó, con pretexto de despavilar una vela que ardía en una rinconera.

En aquel momento Rosalía se inclinó hácia Gabriel y le dijo tres ó cuatro palabras al oído. El joven se dió una palmada en la frente, y exclamó:

—Aún no es tarde, corro á decir al albacea que acepto la herencia de Pedrera.

Doña Catalina fijó los ojos en Rosalía, cuya fisonomía impasible nada le reveló, y en seguida en Gabriel, que desapareció, sin dar otra explicación. La pobre señora quedó abrumada de pena, pues comenzaba á temer que su hijo estaba perdiendo el juicio.

CAPITULO XXXVI.

EL CONSEJO DE ROSALIA.—LA RECOMPENSA.

—Vengo á manifestar á Ud., dijo Gabriel al albacea de Don Ramón Martínez de Pedrera, á quien encontró cenando, que he reflexionado y acepto la herencia del escribano real.

El sujeto á quien se dirigieron estas palabras, puso sobre la mesa el tenedor y el cuchillo, se limpió los labios con la servilleta y sonriéndose con malicia contestó:

—De sabios es mudar de consejo. Ud. ha caído en la cuenta de que no todos los días se presentan ocasiones de ocultar reos, de que condenen á estos á la horca y de que le dejen á uno su caudal. ¿Gusta Ud. de cenar?

Dicho esto, prendió un alón de pollo y comenzó á masticarlo muy despacio.

—Gracias, contestó Gabriel con sequedad. Venía yo únicamente á comunicar á Ud. mi resolución.

—¿No es verdad, joven, dijo el albacea de Pedrera, que hay una enorme diferencia entre estar uno escribiendo de la mañana á la noche, para ganar unos tristes cuarenta pesos, vivir en una pobre casa, mal amueblada, comer escasamente, vestir como Ud. viste ahora y caminar por sus piés; y estar alojado, comido, bebido y vestido como un príncipe y andar arrastrado, pasando el día sin hacer maldita la cosa? Ud. ha elegido la mejor parte, y ya veo que no es lo que me figuraba, sino un mozo de talento. Mañana procederemos á los inventarios y muy pronto estará Ud. en quieta y pacífica posesión de los treinta y

dos mil, pudiendo llamarse feliz y vivir como el más pintado. ¡Lástima que á nuestro amigo el escribano no le haya tocado otro tanto más en las ganancias de la compañía! Vengan esos cinco, joven, y pecho al agua; que esta vida otro se la ha de gozar.

Disgustado Gabriel de la charla imprudente y cínica de aquel individuo, se despidió, y al siguiente día se presentó en el escritorio de Rosales, á la hora acostumbrada.

—Estoy resuelto, le dijo, á aceptar la herencia de Pedrera. Anoche estuve á ver al albacea y le comuniqué mi determinación.

No dejó el abogado de extrañar aquel repentino cambio en las disposiciones de Gabriel; pero no pudiendo adivinar la idea que lo motivaba, hubo de atribuirlo, como el albacea, á que el interés había vencido á los escrúpulos.

—Primo, dijo Don Gerónimo, me alegro de que Ud. vea las cosas por donde deben verse. ¿Qué hubiéramos ganado con que el fisco se hiciera dueño de esos bienes? Supongo que en la misma disposición estará Ud. ya para el caso de que logre yo arreglar lo del concurso de Aguero y Urdaneche de modo que vengan á tocar unos cincuenta ó sesenta mil pesos al heredero de Don Juan de Montejo?

—Aceptaría yo esa herencia, contestó Gabriel, como acepto la del escribano; pero Ud. olvida que Don Juan de Montejo no figura absolutamente en el proceso, ni aparece que haya sido él la misma persona que fue ejecutada con el nombre de Juan Bermúdez.

—Eso, replicó el letrado, déjelo Ud. á mi cargo. Yo probaré hasta la evidencia la identidad de ambos sujetos, como también el derecho de Ud. á la herencia, como hijo natural reconocido de Don Juan de Montejo.

—¿Podría yo obtener, preguntó Gabriel, la causa instruida contra Don Juan y sus cómplices?

—Nada más fácil, respondió Rosales, y dirigiéndose al armario donde tenía sus papeles más interesantes, sacó un voluminoso legajo. La tengo en mi poder, añadió, habiéndola obtenido bajo conocimiento para hacer la defensa de uno de los reos. Aún no la he devuelto, y Ud. puede verla aquí, mientras yo voy á la audiencia, pues tengo que alegar hoy en estrados.

Un momento después salió Don Gerónimo, y Gabriel se quedó solo, hojeando el abultado proceso. Que no era una simple curiosidad la que lo había movido al querer ver aquella causa, lo habría conocido cualquiera que hubiese advertido que el amanuense del abogado iba haciendo apuntamientos en un pliego de papel, á medida que avanzaba en la lectura del legajo.

Aquel día no se retiró Gabriel del escritorio al dar las doce. Eran las dos de la tarde y trabajaba todavía sobre el proceso, tomando apuntamientos. A las dos y media que llegó Rosales, había concluido y guardádose en el bolsillo el pliego de apuntes.

—¿Ud. aquí todavía? dijo el abogado. ¿Tanto le interesó la lectura del proceso, que se le han pasado las horas sin advertirlo?

—Me ha interesado más de lo que Ud. cree, primo, contestó Gabriel; he leído toda la causa muy despacio; puede Ud. guardarla, pues no la necesito ya.

—Bien, replicó Rosales. Y á propósito, añadió, acabo de ver al albacea de Pedrera, quien me encarga diga á Ud. que mañana si gusta, puede tomar posesión de la herencia.

—Iré á recibir lo que me corresponda, contestó Gabriel.

—Y supongo que no tendré ya el gusto de ver á Ud. por acá, dijo Rosales; al menos como empleado en mi escritorio.

—Si Ud. me necesita, replicó el joven, y no está descontento de mis servicios, continuaré viniendo como hasta ahora.

Diciendo así, se despidió de Rosales y se retiró.

—¡Vaya si el niño es codicioso! dijo Don Gerónimo luego que hubo salido Gabriel. Va á embolsarse treinta y dos mil duros y no suelta el miserable empleo que le proporcioné cuando no tenía que comer. Sea como fuere, me conviene tenerlo cerca. Seguiré pagándole los cuarenta duros; á bien que del mismo cuero han de salir las correas. Por ahora es necesario que me pague mis honorarios por la defensa. Luego veremos lo del concurso.

Al siguiente día recibió Gabriel la cantidad que quedaba libre, pagadas las mandas y legados, para lo cual se destinó el precio de la casa, pues hubo pronto quien diera por ella la suma en que había sido estimada. En seguida tomó Gabriel el pliego de apuntamientos que había hecho con presencia de la causa, los cuales no eran otra cosa sino una nómina de las personas á quienes había robado la cuadrilla de Pié-de-lana, con expresión de las cantidades de que habían sido despojadas. Sobre una basta mesa de pino, medio coja, única que había en la casa, hizo una distribución á prorata de los treinta y dos mil pesos entre los sujetos que habían sido robados, procediendo en el reparto con la mayor escrupulosidad, y luego que hubo concluido, tomó la capa y el sombrero y fue á buscar á esas personas, ó á sus herederos, pues algunas no existían ya. No fue poco el asombro de aquellos sujetos cuando Gabriel les manifestó que iba á restituirles parte de lo que les había robado la compañía de Pié-de-lana. Tocaban el dinero y no lo creían, tan extraña les parecía la conducta de aquel joven medio destrazado.

En término de tres días concluyó Gabriel la restitución quedándole únicamente la cantidad de seis mil pesos que correspondía al padre de Don Ricardo de Bustamante, el joven á quien ahorcaron y robaron Don Juan de Montejo y el escribano Pedrera. Depositó la suma en una casa

de comercio respetable y escribió al padre de Bustamante que podía girar por ella. Cuando hubo hecho la última devolución, regresó á su casa, donde estaban reunidas Doña Catalina y Rosalía. Sacó un legajo de recibos en que constaban los pagos hechos, y poniéndolos en manos de su madre le dijo:

— He dispuesto de los treinta y dos mil pesos de la herencia de Pedrera, conforme al consejo de Rosalía. Aquí tiene Ud. las constancias.

Doña Catalina recorrió con bastante inquietud algunos de los recibos, en todos los cuales constaba que Don Gabriel Bermúdez había hecho aquellas restituciones espontáneamente. Doña Catalina, cuyos ojos se inundaron de lágrimas, estrechó á Gabriel y á Rosalía contra su seno, y durante un rato no pudo pronunciar una palabra, dominada como estaba por la emoción. Gabriel y Rosalía permanecían serenos y sonreían, como si hubieran ejecutado la acción más sencilla del mundo.

— Quedamos tan pobres como estábamos hace cuatro días, dijo Gabriel riéndose.

— Se equivoca Ud., contestó Rosalía. Las buenas acciones son cantidades en giro, y algún día nos será devuelto el capital con sus premios.

La noticia del destino que dió Gabriel á la herencia de Pedrera estalló en la ciudad como una bomba. El sentimiento público, la idea de las masas, que rarísima vez se extravía, aplaudió el hecho sin reserva. No faltó, sin embargo, quien opinara de otro modo. El albacea del escribano y el licenciado Rosales se encontraron en la calle y entablaron el siguiente diálogo:

— ¿Qué le parece á Ud., dijo Don Gerónimo, lo que ha hecho Bermúdez?

— Pero ¿es cierto lo que se cuenta? preguntó el albacea. ¿Es verdad que la cantidad que le entregué ha pasado

íntegra á las personas á quienes había robado la cuadrilla de Pié-de-lana?

—Tan cierto, replicó Rosales, como que ni Ud. ni yo lo habríamos hecho. He hablado con Berroterán, que ha recibido mil quinientos pesos y con cinco ó seis más á quienes han tocado diversas cantidades en el reparto. El hombre no se ha reservado un cuartillo y no sé que hará para pagarme mis honorarios por la defensa.

El albacea sacó una caja de plata en que llevaba rapé, le dió dos golpecitos sobre la tapa, tomó una regular cantidad de tabaco y rellenándose las narices, dijo:

—Que hay tontos en este mundo, amigo Don Gerónimo, cosa es que no admite duda. El trabajo está en dar con ellos.

El albacea se despidió y Rosales dió la vuelta, diciendo entre dientes:

—Para lo del concurso me dejo descuartizar, si no hago antes un pacto de iguala con ese maniroto, que no tiene la menor idea del valor del dinero.

Al fin de la cuadra donde tuvo lugar el diálogo que acabamos de trascribir, conversaba Cristóbal de Oñate con uno de sus amigotes, y comentaban el hecho que andaba en todas las bocas.

—¿Ha visto Ud., decía el amigo de Oñate, un lance más ridículo? ¿Creerá ese tonto que con lo que ha hecho olvidarán que es hijo de un ladrón y le darán por mujer á la hija de Espinosa?

—Primero es que yo crea lo de las restituciones, respondió Don Cristóbal. Lo que ha hecho es pagar á unos dos ó tres, para que suene y se ha quedado con la mayor parte de la herencia. Sé muy bien que en una casa de comercio ha puesto á usura seis mil pesos, y he hablado con una docena de personas á quienes robó la cuadrilla de Pié-de-lana y no les ha dado un claco. Desengáñese

Ud. mi amigo y desengañe á cuantos pueda del error en que están respecto á ese hipócrita.

—Pero él, replicó el otro, dicen que sigue viviendo muy pobremente.

—Por llevar adelante la farsa. ¿Querría Ud. que de la noche á la mañana echara coche?

—Pero continúa como escribiente con cuarenta pesos en el escritorio de Rosales, y dando lecciones al hijo del oidor González, que le paga veinte.

—Sí, por ahora; ya verá Ud. como dentro de pocos días deja todo eso y vuelven los lujos y el despilfarro, como cuando era oficial del Fijo. No, amigo, no hay que dejarse embaucar; diga Ud. á todo el mundo, como yo lo hago, que no hay tales restituciones, que todo es farsa y que el Don Gabrielito se ha embolsado la plata del escribano, á pesar de que le consta que es robada.

Oñate y su amigo salieron publicando, el uno por el norte y el otro por el sur, que Gabriel Bermúdez era un hipócrita y que lo de las devoluciones era una comedia. No faltaron otros que hicieran igual declaratoria por el oriente y por el ocaso; así fue que la especie circuló por los cuatro vientos, y se esparció en seguida por los otros veintiocho de la rosa naútica. Aquel rumor calumnioso llegó, naturalmente, á oídos de Gabriel; pero no se tomó el trabajo de desmentirlo. Bastábale con el testimonio de su propia conciencia y con que las personas cuya opinión estimaba en más hicieran plena justicia á la rectitud de su procedimiento.

El coronel comandante del Fijo le envió á decir lacónicamente que se había conducido como hombre de honor. El Doctor González le abrió los brazos el primer día que fue á dar la lección al chico, después de verificadas las restituciones y le dijo:

Don Gabriel, he estimado á Ud. desde que lo conocí; ahora le ofrezco mi amistad.

Hervias estrechó la mano á su amigo con efusión y exclamó:

—Hermano mío, estoy orgulloso de tí.

No pudo continuar, pues la emosión le anudaba la garganta.

Aquellos testimonios de aprobación habrían bastado á Gabriel. Pero además, la gran mayoría del público le hacía justicia. Rosales que tenía esperanzas mejor fundadas cada día de arreglar los asuntos del concurso de la casa de Aguero y Urdaneche de modo que pudiera corresponder un regular tanto por ciento á los acreedores, propuso á Gabriel que le diera ocho mil pesos, en caso de que fuera el cincuenta por ciento ó pasara de esa proporción; y seis mil, si excediendo de cuarenta, no llegaba á cincuenta.

—No tendré inconveniente, contestó Gabriel, siempre que los interesados en las restituciones aprueben de antemano el convenio que Ud. me propone. Se los preguntaré.

Rosales se encogió de hombros, considerando que la probidad de su señor primo rayaba en quijotesca; pero tuvo que someterse á la condición puesta por Gabriel. Habló éste á los interesados, que aceptaron el partido con la mejor voluntad y Gabriel firmó la obligación condicional á favor del licenciado.

Manejó éste las cosas con tal habilidad y desplegó tanta diligencia en el cobro de lo que debían á la casa en las provincias, en el Perú y en Cádiz, que al fin pudo hacerse la liquidación del concurso, distribuyéndose un cuarenta y cinco por ciento entre los acreedores. Correspondió á Don Juan de Montejo una suma que pasaba de cincuenta mil pesos.

Rosales emprendió entonces probar la identidad de éste y del llamado Pié-de-lana, lo que no le fue muy

difícil, mediante las declaraciones de los que ejecutaron la captura en la huerta de la casa del escribano real; y las autoridades, sabiendo el destino que iba á darse á aquellos fondos, no pretendieron que se sostuviera la ficción del viaje de Montejo. Establecido aquel punto era más sencillo aún probar el reconocimiento de Gabriel, pues constaba á toda la ciudad. No pudo tampoco reservarse ya el nombre de la madre de Gabriel, pues pasando de boca en boca la noticia de que era hijo de Doña Catalina de Urdaneche, vino á saberse que ésta vivía y que no era otra que la que había sido juzgada con el apellido de Robles.

Don Gerónimo Rosales recibió los ocho mil pesos ofrecidos, y viendo que Gabriel quedaba tan destituido de recursos como antes, no tuvo valor para despedirlo del escritorio. La ciudad se hacía lenguas de su buen comportamiento, y los padres lo señalaban á sus hijos como un modelo de virtud y de desprendimiento.

El sufría, sin embargo; una tristeza interior lo devoraba y esparcía un velo sombrío sobre el rostro del pobre joven. Amaba cada día más á Rosalía, y veía cada vez más lejano el día en que podría unirse á ella. Las economías que había podido hacer eran insignificantes y no se le ocultaba que tendrían que pasar muchos años antes de que pudiese contar con una cantidad muy módica, como producto de sus ahorros.

Un día, abrumado bajo el peso de estas tristes reflexiones, se paseaba Gabriel en la salita de su casa, mientras Doña Catalina y Rosalía se afanaban en concluir un traje que habían encargado á la joven para una fiesta. La moza que servía á Doña Catalina entró con una carta y la puso en manos de Gabriel, á quien iba dirigida. Era un billete muy atento del jefe de una de las casas de comercio más respetables de la ciudad, en que suplicaba á

Don Gabriel Bermúdez tuviese la bondad de acercarse á su escritorio, para comunicarle un asunto de mucho interés.

Acudió Gabriel inmediatamente y fue recibido con particulares atenciones por los dependientes de la casa. Introducido en el gabinete del principal, le dijo éste:

—Caballero, me he tomado la libertad de llamar á Ud. á mi escritorio para comunicarle una noticia por la cual lo felicito muy sinceramente. ¿No es cierto que la señora Doña Catalina de Urdaneche vive?

—Si señor, contestó Gabriel; es mi madre, y no tengo inconveniente en decirlo, pues no es ya un secreto para nadie.

—Muy bien, replicó el negociante, y añadió: acabo de recibir instrucciones de mi corresponsal de Sevilla para entregar á la señora veinticinco mil pesos.

—¿Y con qué motivo? preguntó Gabriel.

—Ha muerto, dijo el jefe de la casa, un caballero anciano, tío muy rico, carnal de Doña Catalina, dejando consignado en su testamento que se entregase esa suma á su sobrina, si es que vive, ó á sus herederos, caso de que haya muerto y los tuviere. El albacea ha depositado los veinticinco mil pesos en la casa de nuestro corresponsal, con encargo de averiguar si vive la señora, ó alguno que la represente. Como es público ya que Doña Catalina existe, repito que la suma está á sus órdenes.

Gabriel no volvía en sí de la sorpresa que le causaba aquella noticia. De donde no hubiera podido imaginarlo siquiera le venía una fortuna, que podía recibir sin escrúpulo. Agradeció el aviso al negociante y volviendo á su casa, participó la buena nueva á Doña Catalina y á Rosalía, que estaban juntas, como sucedía frecuentemente.

—Bendito sea Dios, hijo mío, exclamó la señora. Ahora podré morir tranquila.

—Ud. ve, dijo Rosalía á Gabriel sonriendo, que ha prestado á un pagador muy cumplido, y que una acción buena suele tardar muy poco en obtener su recompensa.

CAPITULO XXXVII.

UNA AVENTURA EXTRAÑA.

Luego que Doña Catalina de Urdaneche recibió el legado del tío de Sevilla, no pensó ya sino en que su hijo se proporcionara una ocupación independiente y en que se verificara su matrimonio con Rosalía. Lo primero se obtuvo pronto, teniendo Gabriel oportunidad de adquirir por un precio moderado, una *labor* á poca distancia de la capital, donde había algún ganado y una regular plantación de caña de azúcar, con su correspondiente trapiche, movido por una corriente de agua. Para lo segundo dió Gabriel los pasos necesarios y todo estuvo allanado pronto. Doña Catalina, Rosalía y Gabriel disponían trasladar su residencia á la finca, á donde llevarían al capitán Matamoros y á los hermanos de Rosalía. La felicidad parecía sonreir aquellos tres seres, con quienes se había mostrado antes tan huraña.

La elección de Gabriel era generalmente aprobada; pues la fama de las virtudes de Rosalía había pasado del estrecho círculo de las personas que la conocían y esparcídose por la ciudad. La paciencia con que sufría las impertinencias de su padre, el maternal desvelo con que cuidaba de sus hermanos pequeños y aún la dignidad y resignación con que había sobrellevado la deslealtad de su novio, (que se supo por las vecinas,) toda se le tomaba en cuenta, como sucede de ordinario en los lances supremos de la vida de la mujer: el matrimonio y la muerte.

El oidor González, no pudiendo apadrinar personalmente al que había sido preceptor de su niño, á causa de la prohibición contenida en la ley 48, título 16, libro 2o.

de la recopilación de Indias, ofreció espontáneamente á Gabriel que lo haría su hijo el capitán. Paquita le perdonó el chasco que le había dado resultando con no ser bandido ni cosa que lo pareciera, sino un hombre de bien á carta cabal, y quiso ser madrina; ofertas que fueron aceptadas con agradecimiento.

Fijado el día en que debía tener lugar la boda, la víspera, como á las seis de la tarde, se ocupaba Rosalía en algunos preparativos para la ceremonia. Don Feliciano, Antonio y la niña hermana de aquella andaban haciendo algunas compras. Llamaron á la puerta; fue Rosalía á abrir y se encontró con una mujer anciana y temblorosa, que mostraba estar muy afligida.

—Tengo una hija, dijo la vieja, joven como de la edad de Ud., que está en punto de muerte. Somos solas, no hay quien me ayude á asistirla, ni aún á quein dejar un momento con ella mientras voy en busca de un sacerdote. Sé que Ud. es buena y caritativa; ¿quiere tener la bondad de hacer mis veces por un cuarto de hora á la cabecera de la enferma, mientras yo voy á traer al cura?

—Estoy sola, contestó Rosalía, mi padre y mis hermanos deben volver pronto y extrañarán el no encontrarme.

—Vivo cerca de aquí, replicó la anciana; por el amor de Dios, no se niegue Ud., pues mi hija se va á morir sin confesión. Cuando su señor padre venga, ya Ud. estará de vuelta, pues es cosa de un cuarto de hora y no más.

Rosalía vaciló aún; pero pudo más su natural bondad; y tomando un pañolón, dijo á la vieja:

—Vamos; pero no podré estar fuera de casa más que quince minutos. Procure Ud., pues, volver pronto con el padre.

Echaron á andar. La casa no estaba tan cercana como había dicho la vieja. Empujó esta la puerta, y pasando

un estrecho zaguán, atravesaron un corredor. Abrió otra puerta que daba á una habitación, y dijo la anciana:

— Aquí está la enferma, hágame Ud. favor de entrar y acompañarla, mientras yo voy por el cura.

Entró Rosalía y se dirigió á una cama cuyas cortinas estaban caídas. Entre tanto advirtió con alguna alarma que su conductora echaba llave por fuera á la puerta; pero luego imaginó que quizá aquello sería efecto del aturdimiento en que la tenía la grave enfermedad de su hija.

Levantó Rosalía la cortina del pabellón y vió una mujer joven, pálida y extenuada; pero al parecer no por una enfermedad aguda, sino por efecto de una vida desarreglada. Estaba echada en la cama; pero vestida. Cuando la hija del maestro de armas alzó la cortina y vió con sorpresa á la joven, fijó esta en Rosalía sus ojos negros, que dos profundas ojeras y la estenuación cadavérica del rostro hacían parecer extraordinariamente grandes; é incorporándose con un movimiento brusco, exclamó:

— ¿Con que Ud. es la que quiere arrebatarme á Gabriel?

Petrificada quedó la pobre Rosalía al escuchar aquellas palabras y al examinar á la que las pronunciaba. Estaba vestida con el trage de las mujeres del pueblo. Su negra y abundante cabellera, que daba indicios de no haber sido peinada en algunos días, caía sobre sus espaldas, destrenzada. Se conocía que la joven había sido hermosa; pero el vicio, al clavar su garra en aquella naturaleza poco vigorosa, había dejado marcada su huella en todas las facciones. La voz era ronca y cavernosa, como si saliese de pulmones horadados por la tísis. A las palabras que pronunció la desconocida siguió una carcajada, que tenía algo de feroz ó de lúgubre, que hizo la impresión más desagradable en Rosalía. No sabía ésta que contestar á lo

que acababa de oír. Entonces la otra saltó de la cama con más ligereza que podía esperarse de su visible aniquilamiento, y encarándose con la hija del maestro de armas, le gritó, asiéndola fuertemente por una de las muñecas.

—¿Ud. es la que quiere arrebatarme á Gabriel? Pues sepa Ud. que yo no soy mujer que me deje quitar á mi amante. No lo volverá Ud. á ver. ¿No sabe Ud. que el hijo del ahorcado solo puede casarse con la nieta de la emplumada?

—¿Qué significa esto? dijo Rosalía, como hablando consigo misma; me han traído á ver una loca.

—¡Loca! ¡loca! gritó Manuelita, (pues ya habrán conocido nuestros lectores que ella era la supuesta agonizante,) así nos llaman Uds., las hipócritas. Ud. verá que estoy muy en mi juicio y que sé vengarme de las pícaras que roban hombres.

Diciendo así, se dirigió á una puerta que daba á otra pieza y salió, dejando á Rosalía en la mayor confusión. No sabía como explicarse lo que decía aquella mujer, que llamaba suyo á Gabriel, y aunque el corazón leal de la joven se rehusaba á dar cabida á una sospecha ofensiva, no dejaba de mortificarla, lo que acababa de escuchar. Afligíala por otra parte la idea de que se hallaba encerrada en aquella casa, sin poder comunicar á su padre y al mismo Gabriel lo que pasaba, y considerando cuanta habría de ser la pena de estos y la de Doña Catalina al ver que había desaparecido. Comprendía que había caído en una red tendida por algún infame, y resolvió esperar el resultado de aquel extraordinario suceso.

Entre tanto Don Feliciano y sus hijos habían vuelto á su casa y no encontrando á Rosalía, no se alarmaron, suponiendo que habría ido á ver á Doña Catalina y que volvería pronto. Pero advirtiendo que se hacía tarde y que

no regresaba, mandó el capitán á Antonio á casa de Gabriel. Puede considerarse el desagrado de éste y de la señora al oír que Rosalía no estaba en su casa. Inmediatamente se dirigieron á la del maestro de armas, y oyendo que al volver de las tiendas, poco después de las seis, no habían encontrado á Rosalía, comenzó Gabriel á concebir serios temores de alguna desgracia. No sabía que hacer, ni que partido tomar. Preguntar en las vecindades, buscarla por la ciudad, habría sido dar lugar á comentarios poco favorables. Resolvieron, pues, aguardar, seguros de que solo alguna casualidad inesplicable haría que la joven estuviese tan tarde fuera de casa.

Aquella infeliz gente estuvo contando las horas con la mayor inquietud. Por último, al dar las doce, Gabriel no fue ya dueño de contenerse y se lanzó á la calle como un loco, sin saber á donde dirigirse. Doña Catalina abrumada por la pena, se puso á rezar; los niños lloraban y llamaban á gritos á su hermana, y el capitán acudió á su acostumbrado recurso en las alegrías y en las penas de la vida.

A las seis de la mañana volvió Gabriel, pálido, desencajado, más por la pena que por la vigilia. Había recorrido la ciudad en todas direcciones, sin encontrar el menor indicio de la joven. Hacía ya dos horas que aguardaban al cura, los padrinos y testigos, que habían sido citados para las cuatro. Con mano convulsiva trazó unas pocas lineas en un papel, suplicando al hijo del doctor González que lo excusara; pero que un inconveniente imprevisto lo obligaba á retardar la boda. Escribió en el mismo sentido al párroco y á los testigos y envió los billetes con la muchacha que los servía.

Hecho esto, volvió á salir y se dirigió á casa de su amigo Hervias, única persona á quien se atrevía á confiar lo sucedido. Con asombro oyó el joven capitán la

relación de Gabriel; y en el acto salieron juntos á ver si la casualidad les proporcionaba algún indicio de lo que podría haber sido de Rosalía, antes de ocurrir á la autoridad, lo que no quería hacer Gabriel sino en el último caso. Nada vieron, nada oyeron que pudiera sacarlos de aquella penosa ansiedad. Más de una vez seguramente pasaron delante de la casa donde se encontraba secuestrada la joven, muy distantes de imaginar que tenían tan cerca al objeto de su anhelo. A las seis de la tarde volvieron ambos á casa de Gabriel, con la desesperación pintada en el semblante. Gabriel, medio deshecho de fatiga y abrumado de aflicción, se dejó caer en el sofá, sin pronunciar una sola palabra. Hervias dijo á su amigo que era ya indispensable dar parte á la autoridad, y que si Gabriel no lo disponía de otro modo, iría á ver á los alcaldes ordinarios y al mayor de Plaza, á fin de que se dictasen algunas providencias. Ambos creían firmemente que Rosalía había sido víctima de un rapto. ¿Pero quien podía haberlo ejecutado? He allí lo que no acertaban á imaginar.

Salió Hervias á practicar aquellas diligencias, y dijo que probablemente no volvería pronto, pues se proponía acompañar al mayor de plaza en las investigaciones que se harían seguramente para averiguar el paradero de Rosalía. Gabriel no contestó una palabra. El dolor lo tenía completamente abatido.

Media hora después de haber salido Hervias llamaron á la puerta con precipitación, y habiendo acudido la criada, una mujer desconocida le presentó un billete, recomendándole lo entregase inmediatamente á Don Gabriel. Hízolo así. Lo abrió este con mano convulsiva y leyó lo siguiente:

"Si Ud. quiere encontrar lo que ha perdido, acuda esta misma noche, á las doce en punto, á la última casa de la

banda derecha de la penúltima cuadra que conduce á la pila de la Habana. Vea por el postigo de la ventana, que estará entreabierto. No diga Ud. nada á nadie."

Gabriel guardó aquel billete y comenzó á pasearse por la salita de su casa, contando las horas en la más violenta agitación.

Mientras llega la que estaba indicada en aquel anónimo, debemos decir lo que había ocurrido á Rosalía desde el momento en que la dejamos sola en el cuarto de donde acababa de salir Manuelita la Tatuana. Como á las nueve de la noche volvió á aparecer la vieja, que entró por la puerta que daba á la pieza inmediata, permaneciendo cerrada la del corredor.

—Ud. me ha engañado, dijo Rosalía; me ha dicho que venía á acompañar á una enferma, y me ha puesto en presencia de una loca, ó algo peor. Abrame Ud. la puerta, pues tiempo hace que debía yo estar en mi casa.

La vieja Tatuana contestó con una carcajada, temblorosa como su voz, y dijo:

— No, palomita; Ud. ha caído en una trampa de donde no se sale sin pagar rescate.

— Pues diga Ud. pronto lo que debo dar por recobrar mi libertad, y al llegar á mi casa, recibirá lo que quiera. Pero ábrame esa puerta y concluyamos.

— Si no se trata, replicó la vieja, de que Ud. ó su novio de un cuarto; el rescate de que le hablo es de otra clase. Ud. ha hecho sufrir á mi pobre hija que es celosa como una pantera; ha caído en nuestras garras, pues no ha faltado una alma caritativa que formara el plan para cogerla, y ahora no se va, hasta que quedemos vengadas. Es tarde y voy á recogerme. Ahí tiene Ud. la cama de mi Manuelita, que dormirá esta noche conmigo en el otro cuarto. Puede descansar en ella, si le acomoda; y si no, pasar la noche donde está.

Diciendo así, la vieja se marchó, dejando á Rosalía en la mayor aflicción. Como debe considerarse, no quiso hacer uso de la cama y pasó la noche sentada en una silla, entregada á las reflexiones más atormentadoras. Consideraba la pena de Gabriel, de su padre, de sus hermanitos y de Doña Catalina, y al mismo tiempo le roía el corazón la idea, que no podía deshechar, de que hubiese algo de cierto en lo que decían aquellas mujeres.

Amaneció el día siguiente. La vieja entró y presentó á Rosalía pan y chocolate; pero no tomó más que unos pocos bocados, de que tenía harta necesidad y unos tragos de agua.

—Esta noche, dijo la Tatuana, tenemos bureo. Ud. asistirá y verá lo que es bueno. Coma, para que tenga fuerzas, por si le dan tentaciones, como puede suceder, de tomar parte en la fiesta.

—Por Dios, exclamó Rosalía, á quien aquellas palabras causaron, sin saber bien por qué, un gran temor; por Dios, déjeme Ud. salir. Le ofrezco que la recompensaré, y que ningún perjuicio se le seguirá por lo que ha hecho conmigo.

—Ud. se irá mañana, contestó la vieja; pero después que vea un *rumbo* de los nuestros. Eso no lo ven Uds. todos los días. Aguante por hoy, palomita, y mañana podrá volver si quiere, aunque un poco desplumada, á los brazos de su palomo.

La vieja infame se marchó y Rosalía volvió á quedarse sola, pasando así el resto del día.

Entró la noche. Rosalía comenzó á percibir movimiento en el interior de la casa. Llevaron algunas sillas y un sofá desvencijado á la pieza donde estaba. Como á las ocho volvió la vieja, puso unas cuantas botellas de aguardiente y una docena de vasos sobre una mesa. Encendió dos velas y abrió de par en par la puerta que daba á la

otra pieza. Pronto comenzaron á entrar varias mujeres de la condición de las de la casa, que veían á Rosalía con curiosidad y se sonreían con malicia. No tardaron en aparecer unos cuantos jóvenes, que parecían ser de clase decente, por sus trajes, y á quienes Rosalía no devolvió el saludo que le hicieron. La infeliz parecía clavada en la silla. No hacía el menor movimiento, ni había tenido fuerzas para hacerlo, aún cuando hubiera querido.

Apareció Manuelita, vestida con unas enaguas rojas y envuelta en un rebozo del mismo color, que contrastaba con la amarillez de su rostro. Un violín y una guitarra componían la orquesta. Cerraron con llave la puerta de comunicación que daba á la otra pieza, de modo que aún cuando Rosalía hubiera intentado salir, le habría sido imposible.

Entre el grupo de jóvenes caballeros se vió luego un hombre de alguna edad, grueso, vivaracho y cuya fisonomía habría revelado á un observador perspicaz los rasgos inequívocos de una perversión moral llevada hasta el cinismo. Era nuestro antiguo conocido el contador de diezmos Cristóbal de Oñate, promotor y alma de aquella fiesta. Menudearon las libaciones, y el alcohol no tardó en hacer su efecto. Los hombres se tomaban con la parte femenina de la reunión libertades que Rosalía no podía dejar de ver y que le sacaron los colores al rostro. A las once y media, la atmósfera de la pieza estaba saturada de carbónico, de humo, que despedían los cigarros y de emanaciones alcohólicas. Se oían gritos, carcajadas, palabras obcenas, y dominaba aquella barahunda la voz ronca de la joven Tatuana, que parecía presa de una agitación febril. Pocos minutos antes de las doce, Oñate se acercó á una de las ventanas y entreabrió un postigo. En seguida se puso á un lado, como si quisiera evitar el ser visto desde la calle. Uno de los jóvenes se colocó junto á Rosalía, le

dirigió algunas palabras que esta no escuchó y el individuo pasó el brazo sobre el respaldo de la silla que ocupaba la hija del maestro de armas, de modo que visto á cierta distancia, parecía que lo hacía descansar sobre los hombros de Rosalía.

Dieron las doce. Gabriel estaba delante del postigo. Vió á Rosalía sentada junto á un hombre que le tenía echado el brazo sobre la espalda. No creyó en el testimonio de sus propios ojos; volvió á fijarlos en aquel grupo y no pudo ya dudar de la espantosa realidad. Era ella, la mujer á quien creía un ángel de pureza y de bondad, la mujer cuyas huellas habría besado, sentada en medio de una orgía y sufriendo la grosera caricia de un hombre!

El postigo se cerró violentamente. Gabriel desenvainó la espada, que llevaba ceñida á la cintura y apoyando la guarnición en el suelo, iba á darse muerte con su propio acero. Pero en aquel momento una mano vigorosa tomó el arma y la retiró, oyéndose al mismo tiempo una voz que exclamaba:

—¿Qué haces, insensato?

Era Hervias, que habiendo conocido desde cierta distancia á su amigo, se adelantó á una patrulla que lo acompañaba, pudo ver rápidamente lo mismo que vió Gabriel y llegó á tiempo de evitar que este pusiera fin á su vida. Gabriel sintió que la sangre se le agolpaba á la frente, exhaló un gemido y cayó sin conocimiento en los brazos de su amigo.

CAPITULO XXXVIII.

DESENLACE.

Mientras sucedía en la calle, delante de las ventanas de la casa de la Tatuana, lo que dejamos dicho al fin del capítulo anterior, tenía lugar otra escena en el interior de la casa. A una señal de Cristóbal de Oñate, los músicos tocaron sus instrumentos con más fuerza, los jóvenes y las mozas levantaron la voz, hablando todos á la vez en confusa gritería, y la vieja Tatuana, para aumentar la barahunda, hacía chocar unas con otras las botellas vacías. El vértigo estaba en el más alto grado de paraxismo. Rosalía clavada en su sitio, había tomado el partido de cerrar los ojos para no ver aquella escena infernal. Pronto tuvo que abrirlos, pues sintió que la tiraban fuertemente por un brazo, obligándola á ponerse en pié. Era el malvado de Oñate, que le gritaba:

— Levántese Ud. Falta el final de la comedia.

Rosalía estaba resignada á sufrir cuanto quisiesen hacer de ella, con tal de que respetasen su honor. Púsose en pié, y entonces Manuelita se deslizó por detrás de la joven y sacando unas grandes tijeras, cortó en un instante las dos trenzas negras y tupidas de la hija del maestro de armas, que pendían sobre su espalda. De un salto se puso en medio de la sala y levantando en alto los cabellos, fue saludada aquella acción infame por un coro de gritos, de risas y de palmadas.

En aquel momento se abrió violentamente el postigo de la ventana que daba á la calle, y que no tenía reja, y se precipitaron en la sala de la orgía dos oficiales con el

uniforme del Fijo. Eran el capitán Hervias y un teniente. El primero llevaba en la mano la espada que acababa de arrevatar á Gabriel, y ceñida la suya á la cintura. La aparición de los dos oficiales y el semblante airado y terrible de Hervias infundieron espanto en hombres y mujeres, que se quedaron como petrificados. Reinó el más profundo silencio donde un momento antes todo era algazara y carcajadas. Hervias paseó una mirada colérica por los grupos que llenaban la pieza, como buscando á alguna persona, y fijándose al fin en Oñate, que trataba de ocultarse, le gritó, adelantándoso hácia él, con la espada de Gabriel en la mano:

—Tras Ud. vengo, malvado. Lo he visto por la rendija del postigo que Ud. abrió, y hé comprendido lo que mi pobre amigo no pudo alcanzar en su alucinación. Ud. es el autor de esta intriga infame. Debía yo ahora matarlo como á un perro; pero no debo mancharme con un asesinato. Defienda Ud. su vida.

Diciendo así el indignado joven, cuya mirada parecía despedir relámpagos, alargó la espada á Oñate, que vacilaba en tomarla; pero que al fin hubo de decidirse, aunque temblando de miedo. Hervias desenvainó la suya. Las mujeres, al ver aquello, alzaron el grito y llamaban á la justicia. Los hombres hicieron un círculo al derredor de los combatientes, y el teniente del Fijo, desnudando su acero, dijo en voz alta:

—El combate es igual por ambas partes. Al primero que intente interrumpirlo de cualquier modo, lo atravieso con mi espada. ¡Silencio! gritó, dirigiéndose á las mujeres.

No volvió á oirse una voz ni á notarse el más ligero movimiento por parte de los que presenciaban el duelo. Fue este de corta duración. Oñate no era adversario capaz de sostener las cargas furibundas de Hervias. La es-

pada de éste pasó al través del pecho del contador de diezmos que cayó bañado en su sangre.

En aquel momento, Manuelita, que estaba inmediata á los combatientes, más pálida que de costumbre y presa de la más violenta agitación, lanzó un gemido sordo, arrojó una bocanada de sangre y cayó junto al moribundo Oñate.

Hizo éste seña de que quería decir alguna cosa, y todos los presentes se volvieron á él.

— Voy á morir, dijo con voz entrecortada. Reconozco mis faltas. Yo he sido el autor de lo que se ha hecho con Rosalía. Que me perdone y que me perdone también Don Gabriel, á quien he ofendido gravemente.

No pudo decir más. Dilató desmesuradamente las pupilas y paseó una mirada extraviada por aquellos grupos de hombres y mujeres que llevaban todavía impresas en sus semblantes las señales de la bacanal, y los cerró en seguida para no volverlos á abrir jamás.

Hervias se dirigió á Rosalía y tomándola por la mano exclamó:

Venga Ud. señorita, salgamos de este infierno.

En seguida dijo en voz alta:

— Que se abra inmediatamente la puerta que da á la calle.

La vieja Tatuana, que había acudido al socorro de su hija, corrió á buscar la llave, y volviendo pronto con ella abrió. Salió Rosalía apoyada en el brazo de Hervias y los siguió el teniente del Fijo. En la calle, la pobre joven prorrumpió en llanto y explicó al capitán sencillamente lo que había ocurrido.

— No podía ser de otro modo, exclamó Hervias.

Llegaron á casa del maestro de armas, donde dejó á Rosalía y se dirigió con el teniente á la de Gabriel, que había llegado media hora antes, conducido por el sarjento

y los soldados de la patrulla, á quienes lo había recomendado el capitán.

Gabriel, que había recobrado el conocimiento, estaba entregado á la más negra desesperación. Cuando vió á Hervias se arrojó en sus brazos y exclamó sollozando:

— Hermano mío, amigo mío, ¡qué desgraciado soy!

— Te equivocas, contestó Hervias. Los celos, unos celos incomprensibles han ofuscado momentáneamente tu juicio. ¿Cómo no has reflexionado que era imposible, absolutamente imposible que Rosalía hubiera sido capaz de prestarse voluntariamente á semejante infamia?

— ¿Y lo que yo mismo he visto? dijo Gabriel.

Hervias hizo á éste una relación detallada de lo que había referido Rosalía; en seguida le dijo como acababa de morir Oñate y la declaración explícita que había hecho en presencia de muchos testigos, uno de ellos el teniente del Fijo que estaba presente.

Gabriel vió disiparse sus negras ideas á medida que oía la relación de su amigo, y cuando éste hubo concluido exclamó:

— ¡Oh Rosalía, Rosalía! ¡Qué cruel y que injusto he sido contigo! Corro á pedirle que me perdone.

Salió seguido por Hervias, por el teniente y por Doña Catalina, que había escuchado, llorando de júbilo, la relación del capitán.

Rosalía no se había acostado. Rodeada por su padre y sus hermanos, les había hecho una explicación breve y sencilla de lo ocurrido. Don Feliciano juraba acabar con los infames que habían ultrajado á su hija, y la niña lloraba al tocar los cabellos mutilados de su hermana.

Entró Gabriel, seguido de Doña Catalina, de Hervias y del teniente. La escena fue patética. Gabriel se puso de rodillas delante de Rosalía, y tomándole una mano, la bañó con sus lágrimas.

La pobre joven comprendió que Gabriel había dudado de ella. Una lágrima se desprendió de su párpado y rodó lentamente por su mejilla. En aquel momento experimentó un dolor más agudo y mas cruel que los que había sentido durante la orgía en casa de la Tatuana.

Pero Rosalía, siempre noble, generosa siempre, perdonó aquella incomprensible sospecha y procuró consolar á Gabriel, diciéndole que era necesario sufrir con resignación los contratiempos de que está llena la vida.

Tres días después se verificó el matrimonio de Gabriel y Rosalía. Presentóse ésta cubierta la cabeza con una cofia ó redecilla de seda azul, que le sentaba muy bien, según lo declaró la madrina, que añadió estaba tentada de hacerse cortar las trenzas, para quedar tan bonita como su ahijada.

No concurrieron á la ceremonia más que los padrinos, los testigos, que fueron Hervias y el Licenceado Rosales, Doña Catalina, el padre y los hermanos de Rosalía. El capitán Matamoros, de grande uniforme, muy limpio y acicalado, contó durante el almuerzo, su campaña de Roatán, y tuvo suficiente dominio sobre sí mismo para conservarse en un término medio entre la sanidad y la embriaguez.

Al siguiente día se trasladaron todos á la labor que había comprado Gabriel, donde vivieron algunos años, disfrutando de la tranquilidad y de la ventura que es dado alcanzar en esta vida. El primer contratiempo que experimentó aquella familia fue la muerte de Doña Catalina, que cerró los ojos á la vida, teniendo el inefable consuelo de abrazar á sus hijos y de imprimir un ardiente beso en la frente de una hermosa niña que acababa de dar á luz Rosalía y que tenía el mismo nombre de su abuela.

Poco tardó en seguirla Don Feliciano, que murió en su ley; esto es, á consecuencia de un ataque cerebral que le

sobrevino después de una temporada en que apuró un número de botellas mayor del que buenamente podía resistir.

Manuelita la Tatuana, conducida á la casa de recogidas junto con su madre, al día siguiente de la noche en que huvo lugar la escena que hemos descrito al principio de este capítulo, sucumbió pronto á la enfermedad interior que la devoraba. La siguió de cerca la vieja, que había sido sentenciada á seis años de prisión.

Doña Dorotea de Bardales tardó poco en ser huéspeda de la misma casa. Complicada en un robo hecho á la familia que la había recibido bondadosamente, fue reducida á prisión. Su causa se prolongó algunos años y sentenciada á otros dos de cárcel, no pudo ya concluirlos.

El Licenciado Rosales adquirió cada día más reputación como letrado, y en el año 1819 recibió el nombramiento de fiscal de la audiencia de Palma de Mayorca.

El hijo del oidor González llegó á aficionarse seriamente á Matilde Espinosa de los Monteros, que por su parte correspondió á aquella inclinación. Gabriel había dejado de existir para ella desde el momento en que no fue Fernández de Córdoba, ni un capitán del Fijo. La boda del capitán de artillería Don Gualberto González y de la hija del regidor decano Don Pedro Espinosa de los Monteros, se celebró con una suntuosa fiesta, en que todos rebosaban de júbilo, menos la antigua esclava Mariana, que arrinconada en la cocina de la casa, movía la cabeza y decía hablando consigo misma:

—Dios los ayude. Esto no parará en bien. Mejor hubiera sido Don Gabriel.

Talvez aquella vieja negra tuvo en aquel momento una revelación intuitiva de los secretos del porvenir.

En el año 1821, Gabriel Bermúdez, que contaba á la sazón veintinueve años, dejó la finca al cuidado de Anto-

nio, hermano de Rosalía, que tenía ya diez y ocho y era muy formal y entendido, y se trasladó á la ciudad con su mujer y sus tres hijos. Electrizado, como tantos otros jóvenes, con las ideas de emancipación política, fue uno de los más ardientes partidarios de la independencia, y el día 15 de Septiembre se veía á la cabeza de los grupos más entusiastas.

Verificada la separación del reino de Guatemala de su antigua metrópoli, Gabriel fue invitado á entrar de nuevo en el servicio militar, con su grado de capitán del Fijo. El ardor guerrero de aquel joven no estaba extinguido. Contra la opinión de Rosalía, aceptó la propuesta y volvió á vestir el uniforme. Presentía que la vida del oficial no sería ya tan quieta y pacífica como antes y que muy pronto tendría ocasión de dar rienda á su entusiasmo bélico.

Fue como lo había pensado. En Mayo de 1822 recibió orden el batallón de salir á campaña. El capitán Bermúdez se distinguió en el ataque de San Salvador, que tuvo lugar el 10 de Junio, y fue uno de los primeros que llegaron á la plaza aquel día. El triunfo terminó con una retirada desastrosa, en la cual tuvo Gabriel el acerbo dolor de ver morir á su hermano, á su amigo, á su compañero de armas el teniente coronel Don Luis de Hervias, que expiró en sus brazos.

Profundamente afectado con aquella pérdida, volvió Gabriel á Guatemala; pero aunque Rosalía le hizo las más vivas instancias para que pidiera su retiro, no quiso hacerlo. Contestó que no era ocasión; que deberían volver sobre San Salvador y que terminada la campaña, dejaría el servicio.

En efecto, habiendo venido el general mejicano Filísola al frente de una división y recibido órdenes de Iturbide para reducir la provincia de San Salvador, salió de la ca-

pital, llevando los dos cuerpos que había en ella: el Fijo y el batallón de milicias provinciales.

El 7 de enero de 1823 atacó Filísola una de las fortificaciones exteriores de San Salvador. Gabriel, con dos compañías de su cuerpo, dió una brillante carga, que decidió de la jornada. "! Bravo, coronel, le gritó el general. Ud. nos ha dado la victoria." Gabriel se volvió para saludar á su jefe, y en aquel momento una bala disparada de las trincheras, atravesó la cabeza del heroico joven, que cayó, con la muerte pintada en el semblante. Filísola se apeó del caballo, puso una rodilla en tierra y levantando el cuerpo de Gabriel, lo sostuvo hasta que espiró. Una humilde sepultura, señalada con una tosca cruz, guardó los restos mortales de Gabriel Bermúdez. En 1828 Antonio, hermano de Rosalía, fue á exhumar los restos de Gabriel, y pudo encontrarlos, merced á las indicaciones, muy precisas, que Filísola había dado á la viuda, cuando regresó de la campaña del año 23.

Andando el tiempo y comenzado á formar el cementerio de San Juan de Dios, Rosalía hizo construir un sepulcro para su familia, y sobre los nichos vacíos colocó las cenizas de Gabriel. Frecuentemente visitaba, acompañada de sus hijos, aquel sitio que encerraba los restos de su esposo, y le llamó la atención, en una de tantas visitas que hizo, el encontrar una corona de siemprevivas sobre el mausoleo. El hecho se repitió varias veces, sin que pudiese Rosalía imaginar que mano piadosa y amiga colocaba aquellas flores sobre los restos de su marido. El día 3 de Enero de 1840, aniversario de la muerte de Gabriel, Rosalía y sus hijos fueron más temprano que de costumbre, á cubrir de flores el mausoleo, y vieron una mujer anciana y pobremente vestida, que colocaba una corona de siemprevivas sobre la caja de calicanto que guardaba las cenizas de Gabriel.

—Mamá, dijo Catalina, la hija mayor de Rosalía, allí está la que pone las flores en el sepulcro.

Rosalía apresuró el paso, y cuando la desconocida, advirtiendo la llegada de la familia, quiso retirarse, ya no era tiempo. Quedóse como una estátua, apoyada la mano sobre la corona de siemprevivas que acababa de colocar sobre los restos.

Rosalía se acercó y con acento conmovido dijo á la desconocida, que volvía la cara hácia el sepulcro:

—¿Podré saber, señora, quien es la persona piadosa y amiga que conserva un recuerdo del desdichado cuyos restos mortales guarda ese sepulcro?

La mujer volvió la cara, y cuando Rosalía la hubo examinado durante un breve rato, exclamó:

—¡Matilde! ¡Es posible!

—Perdona, Rosalía, contestó Matilde de los Monteros, si me he tomado la libertad de depositar este triste recuerdo sobre la tumba de tu marido. No creí que pudiéramos encontrarnos aquí jamás.

Rosalía abrió los brazos y estrechó con efusión á su antigua amiga, á quien no había visto desde que ésta iba á casarse con Gabriel. Habiendo vivido fuera de la ciudad desde su matrimonio, ignoraba las desdichas de Matilde. El oidor González, no quiso jurar la independencia en 1821. Regresó á España con su familia, quedando únicamente Gualberto, que dejó la carrera militar y se puso al frente de los negocios de la casa de Espinosa de los Monteros, habiendo muerto Don Pedro y Doña Engracia.

El matrimonio de Gualberto y Matilde estuvo muy lejos de ser feliz. El joven inexperto en el manejo de una casa de comercio, vió deshacerse en sus manos la considerable fortuna que la familia de Espinosa había acumulado durante cuatro generaciones. Con la ruina vinieron los dis-

gustos y las recriminaciones mútuas. Gualberto culpaba á Matilde, á su orgullo y á su vanidad de los desastres que sufrían. Ella le devolvía el cargo con acrimonía, atribuyendo á su ineptitud y á sus dilapidaciones la catástrofe que los abrumaba. Un día exasperado Gualberto, levantó la mano y dió una bofetada á Matilde, que, llena de indignación, se marchó de la casa, asilándose en la de uno de sus parientes, donde fue recibida como por caridad. Gualberto reunió los últimos objetos de valor que quedaban en la casa, los vendió á vil precio y se fue furtivamente, embarcándose para España. Jamás volvió á saberse qué había sido de él.

Esta fue la relación que hizo Matilde á Rosalía junto al sepulcro de Gabriel, interrumpiéndola frecuentemente con sus sollozos y con sus lágrimas. Cuando Matilde hubo concluido su triste historia, le dijo Rosalía:

—¿Quieres hacerme un servicio importante?

—¿Qué puedo hacer yo por tí? preguntó Matilde con la expresión del más profundo abatimiento.

—Venirte á vivir conmigo, replicó Rosalía. Me ayudarás en el manejo de mi casa y en la educación de mis hijas. Serás mi hermana y partiré contigo la fortuna que me dejó Gabriel.

Matilde, deshecha en lágrimas, quiso besar las manos de su amiga. Esta no lo consintió, la abrazó coriñosamente y le dijo:

—Vámonos á casa.

Rosalía dirigió una mirada al sepulcro que encerraba los restos de Gabriel, y murmuró en voz baja:

—Confío en que me lo agradecerás desde el cielo.

FIN.





